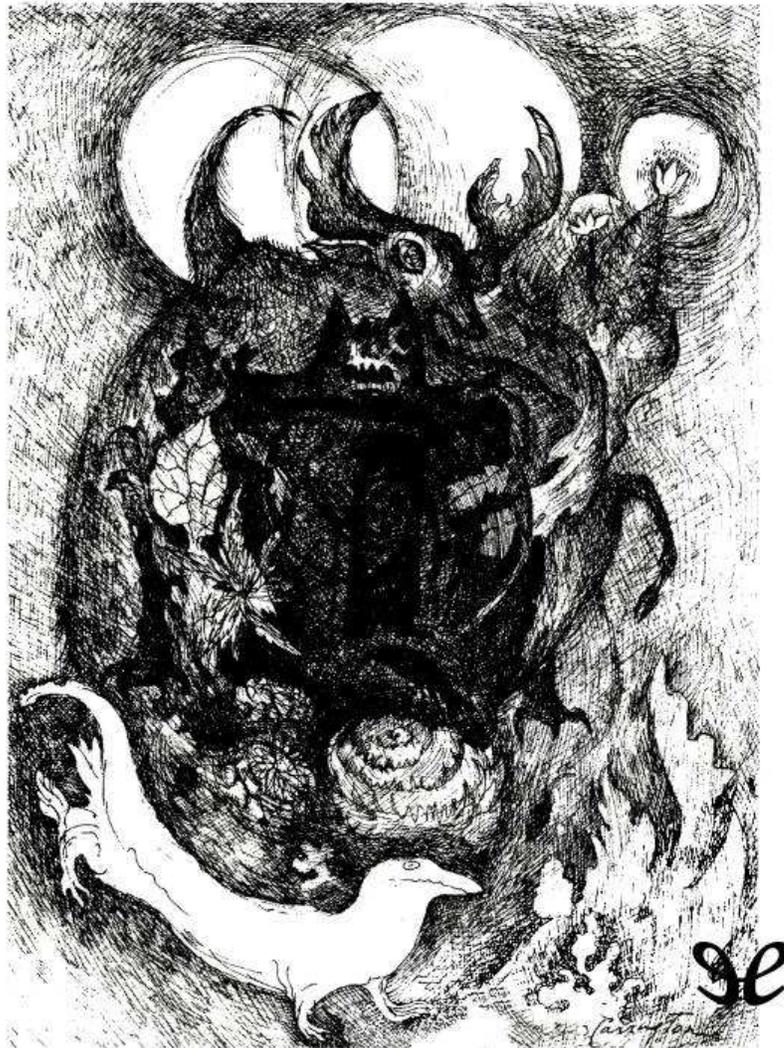


Carlos Castaneda  
**L**as enseñanzas  
de don Juan



«Como Lázaro vuelto de la tumba» (dijo algún crítico), un antropólogo narra la primera etapa del aprendizaje que lo convertirá en «hombre de conocimiento» bajo la guía de un brujo yaqui. Por diversos medios, don Juan sumerge a su discípulo en una «realidad no ordinaria», tan objetiva como la cotidiana pero totalmente distinta, inexplicable para nuestros esquemas de pensamiento pero no para la sabiduría antigua, que el maestro transmite con impecable coherencia lógica y poética.

La popularidad alcanzada por los textos de Castaneda confirma que agitan zonas profundas y olvidadas del alma colectiva, que Octavio Paz evoca en su prólogo: «Todos vimos alguna vez el mundo con esa mirada anterior pero hemos perdido el secreto». ¿Nos atrevemos a recuperarlo? Las dudas y los terrores de Castaneda son los de todos nosotros y, como él, oscilamos entre lo racional y lo mágico.

Las otras obras del ciclo, iniciado en este libro, son: *Relatos de poder*, *Una realidad aparte* y *Viaje a Ixtlán*.

**Carlos Castaneda**

**Las enseñanzas de don Juan**

**Una forma Yaqui de conocimiento**

Título original: *The Teachings of Don Juan: a Yaqui Way of Knowledge*

Carlos Castaneda, 1968

Traducción: Juan Tovar

Para don Juan  
y para las dos personas que compartieron conmigo  
su sentido del tiempo mágico

## **COMENTARIOS DEL AUTOR EN OCASIÓN DEL TRIGÉSIMO AÑO DE LA PUBLICACIÓN DE *LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN: UNA FORMA YAQUI DE CONOCIMIENTO***

*Las enseñanzas de don Juan: una forma yaqui de conocimiento* se publicó por primera vez en 1968 (primera edición en español en 1974, FCE). En ocasión del trigésimo año de su publicación, me gustaría hacer algunas aclaraciones acerca de la obra misma y formular algunas conclusiones generales con respecto al tema del libro, a las que he llegado tras años de esfuerzos serios y consistentes. El libro fue el resultado de un trabajo antropológico de campo que realicé en el estado de Arizona, Estados Unidos de América, y en el estado de Sonora, México. Cuando me encontraba dedicado a cursar mis estudios de graduado en el Departamento de Antropología de la Universidad de California, Los Ángeles, por casualidad conocí a un viejo chamán, un indio yaqui del estado de Sonora, México. Su nombre era Juan Matus.

Consulté a varios profesores del Departamento de Antropología acerca de la posibilidad de hacer trabajo de campo antropológico sirviéndome del viejo chamán como informante clave. Cada uno de esos profesores trató de disuadirme basándose en su convicción de que antes de pensar en hacer trabajo de campo tenía que darle prioridad a los cursos de requisito académico en general, y a las formalidades de mis estudios de graduado, tales como los exámenes escritos y orales. Los profesores tenían toda la razón. No tenían que persuadirme para que entendiera la lógica de sus consejos.

Había, sin embargo, un profesor, el doctor Clemente Meighan, que abiertamente incitó mi interés en hacer trabajo de campo. Es a él a quien debo dar crédito total por haberme inspirado a llevar a cabo la investigación antropológica. Fue el único que me impulsó a sumergirme tan profundamente como pudiera en la posibilidad que se había abierto para mí. Su exhortación se basaba en su experiencia personal en el trabajo de campo como arqueólogo. Me dijo que lo que había descubierto a través de su trabajo era que el tiempo apremiaba y que quedaba muy poco antes de que áreas de conocimiento enormes y complejas, alcanzadas por culturas en declinación se perdieran para siempre bajo el impacto de la tecnología y las corrientes de filosofía modernas. Me dio como ejemplo el trabajo de algunos antropólogos conocidos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, quienes coleccionaron datos etnográficos sobre las culturas indígenas americanas de las llanuras, o de California, tan rápido y tan metódicamente como fuera posible. Su prisa era justificada, porque dentro de una generación, las fuentes de información acerca de la mayoría de esas culturas indígenas fueron arrasadas, sobre todo entre las culturas indígenas de California.

Al mismo tiempo que ocurría lo anterior, tuve la buena suerte de tomar clases con el profesor Harold Garfinkel, del Departamento de Sociología de la UCLA. Él me proveyó con el paradigma etnometodológico más extraordinario, en el cual las acciones prácticas de la vida cotidiana eran tema auténtico para el discurso filosófico, y cualquier fenómeno que se encontrara bajo investigación debía ser examinado bajo su propia luz, y de acuerdo a sus reglas y consistencias propias. Si había algunas leyes o reglas a establecer, éstas tendrían que ser

propias al fenómeno mismo. Por lo tanto, las acciones prácticas de los chamanes, vistas como un sistema coherente con sus propias reglas y configuraciones, eran tema digno de una investigación seria. Tal investigación no tenía que ser sometida a teorías elaboradas a priori, ni a comparaciones con el material obtenido bajo los auspicios de un fundamento filosófico diferente.

Bajo la influencia de estos dos profesores me involucré profundamente en mi trabajo de campo. Las dos fuerzas que me impulsaban, que venían de mi contacto con estos dos hombres eran: que le quedaba muy poco tiempo a los procesos de pensamiento de las culturas indígenas americanas antes de que todo se perdiera en el revoltijo de la tecnología moderna; y que el fenómeno bajo observación, sea lo que fuere, era un tema genuino para la investigación y merecía el mayor esmero y seriedad de mi parte.

Me sumergí tan profundamente en mi trabajo de campo que estoy seguro de que, en última instancia, desilusioné a la misma gente que me patrocinaba. Terminé en un campo que era tierra de nadie. No era tema de la antropología o la sociología, la filosofía o la religión. Había seguido las reglas y las configuraciones propias del fenómeno, pero no había tenido la capacidad de salir a la superficie en un lugar seguro. En consecuencia, arriesgué mi esfuerzo total al caerme de las escalas académicas apropiadas, las que miden su valor o la carencia de él.

La descripción irreducible de lo que realicé en mi trabajo de campo consistiría en decir que el chamán yaqui don Juan Matus me introdujo en la *cognición* de los chamanes del México antiguo. Por *cognición*, se entienden los procesos responsables de la conciencia de la vida cotidiana, procesos que incluyen la memoria, la experiencia, la percepción y el uso experto de cualquier sintaxis dada. El concepto de *cognición* era, en ese momento, el obstáculo más poderoso para mí. Era inconcebible para mí, como hombre intelectual de Occidente, que la *cognición*, tal como la define el discurso filosófico de nuestro tiempo, pudiera ser algo más que un asunto homogéneo y omniabarcante para la totalidad de la humanidad. El hombre occidental está dispuesto a considerar diferencias culturales que explicarían maneras singulares de describir fenómenos, pero las diferencias culturales no podrían explicar que los procesos de la memoria, la experiencia, la percepción y el uso experto de la lengua fueran distintos a los procesos que conocemos. En otras palabras, para el hombre occidental, sólo existe la *cognición* como un grupo de procesos generales.

No obstante, para los videntes del linaje de don Juan, existe la *cognición* del hombre moderno y existe la *cognición* de los chamanes del México antiguo. Don Juan consideraba a estos dos, como mundos enteros de la vida cotidiana, que eran intrínsecamente distintos el uno del otro. En un momento dado, y sin que me diera cuenta, mi tarea cambió misteriosamente de la mera recopilación de datos antropológicos a la internalización de los nuevos procesos cognitivos del mundo de los chamanes.

La genuina internalización de tales conceptos implica una transformación, una respuesta distinta al mundo cotidiano. Los chamanes descubrieron que el impulso inicial de esta transformación siempre ocurre como una alianza intelectual a algo que parece ser un mero

concepto, pero que tiene poderosas e insospechadas corrientes de fondo. Esto fue mejor descrito por don Juan cuando dijo: «El mundo de todos los días jamás puede tomarse como algo personal que tiene poder sobre nosotros, algo que puede crearnos o destruirnos, porque el campo de batalla del hombre no está en su lucha con el mundo que lo rodea. Su campo de batalla está sobre el horizonte, en un área que es impensable para el hombre común, el área donde *el hombre deja de ser hombre*».

Él explicó esas aseveraciones diciendo que era energéticamente imperativo para los seres humanos darse cuenta de que lo único que importa es su encuentro con el *infinito*. Don Juan no pudo reducir el término *infinito* a una descripción más manejable. Dijo que era energéticamente irreducible. Era algo que no podía personificarse y a lo que ni siquiera podía aludirse, salvo en términos tan vagos como «*lo infinito*».

Poco sabía yo en ese tiempo que don Juan no me estaba dando solamente una descripción intelectual atractiva; me estaba describiendo algo que él llamaba un *hecho energético*. Para él, los *hechos energéticos* eran las conclusiones a las que él y los otros chamanes de su linaje llegaron al involucrarse en una función que llamaban *ver*: el acto de percibir energía directamente como fluye en el universo. La capacidad de percibir energía de esta manera es uno de los puntos culminantes del chamanismo.

Según don Juan Matus, la tarea de acomodarme dentro de la *cognición* de los chamanes del México antiguo se llevó a cabo de una manera tradicional, es decir, que lo que me hizo fue lo que se le había hecho a todo chamán iniciado a través del tiempo. La internalización de los procesos de un *sistema cognitivo* diferente, siempre empezaba llamando la atención total de los chamanes iniciados a darse cuenta de que somos seres que vamos a morir. Don Juan y los otros chamanes de su linaje creían que la comprensión total de este *hecho energético*, esta verdad irreducible, conduciría a la aceptación de la nueva *cognición*.

El resultado final que los chamanes como don Juan Matus buscaban, para sus discípulos, era darse cuenta de algo que por su sencillez es tan difícil de lograr: que somos, de hecho, seres que vamos a morir. Por lo tanto, la verdadera lucha del hombre no está en la lucha con sus prójimos, sino con el *infinito*, y esto ni siquiera es una lucha; es, en esencia, un asentimiento.

Voluntariamente tenemos que asentir con el *infinito*. En la descripción de los videntes, nuestras vidas se originan en el *infinito* y terminan donde tuvieron origen: en el *infinito*.

La mayor parte de los procesos que he descrito en mi obra publicada tenía que ver con el vaivén de mi persona como ser socializado bajo el impacto de nuevos fundamentos. En la situación de mi trabajo de campo, lo que ocurría era algo más urgente que una mera invitación a internalizar los procesos de esa nueva *cognición chamánica*; era un mandato. Después de años de lucha por mantener intactos los límites de mi *persona*, estos límites cedieron. Luchar por conservarlos era un acto sin sentido, visto a la luz de lo que don Juan y los chamanes de su linaje querían hacer. Era, sin embargo, un acto muy importante a la luz de mi necesidad, que era la necesidad de toda persona civilizada: mantener los límites del mundo conocido.

Don Juan dijo que el *hecho energético* que era la piedra angular de la *cognición* de los chamanes del México antiguo era que cada matiz del cosmos es una expresión de energía. Desde su plano de *ver* energía directamente, esos chamanes llegaron al *hecho energético* de que el cosmos entero está compuesto por fuerzas gemelas que, al mismo tiempo, son opuestas y complementarias entre sí. Llamaron a estas dos fuerzas, *energía animada* y *energía inanimada*.

*Vieron* que la *energía inanimada* no tiene conciencia. Para los chamanes, la conciencia es una condición vibratoria de la *energía animada*. Don Juan dijo que los chamanes del México antiguo fueron los primeros en *ver* que todos los organismos de la Tierra son poseedores de energía vibratoria. Los llamaron *seres orgánicos*, y *vieron* que es el organismo mismo el que establece la cohesión y los límites de tal energía. *Vieron* también que existen conglomerados de *energía animada* vibratoria que tienen cohesión propia, libre de las ataduras de un organismo. Los llamaron *seres inorgánicos*, y los describieron como cúmulos de energía cohesiva, invisible al ojo humano, una energía que es consciente de sí misma y que posee una unidad determinada por una fuerza aglutinante diferente a la fuerza aglutinante de un organismo.

Los chamanes del linaje de don Juan *vieron* que la condición esencial de la energía animada, orgánica o inorgánica, es convertir la energía del universo en general en datos sensoriales. En el caso de los *seres orgánicos*, estos datos sensoriales son a su vez transformados en un sistema de interpretación, en el cual se clasifica la energía en general y se asigna una respuesta dada a cada clasificación, cualquiera que ésta sea. La aseveración de los videntes es que, en el reino de los *seres inorgánicos*, los datos sensoriales en que los seres inorgánicos transforman la energía en general deben ser, por definición, interpretados por ellos en cualquier forma, por incomprensible que sea.

De acuerdo a la lógica de los chamanes, en el caso de los seres humanos, el sistema para interpretar los datos sensoriales es su *cognición*. Sostienen que la *cognición* humana puede ser interrumpida temporalmente, ya que es simplemente un sistema de taxonomía, en el que las respuestas han sido clasificadas junto con la interpretación de datos sensoriales. Cuando ocurre esta interrupción, afirman los videntes que la energía puede ser percibida directamente como fluye en el universo. Los videntes describen el percibir energía directamente como si diera el efecto de verla con los ojos, aunque los ojos intervienen sólo en forma mínima.

Percibir energía directamente les permitió a los chamanes del linaje de don Juan *ver* a los seres humanos como conglomerados de campos de energía, que tienen la apariencia de esferas luminosas. El observar a los seres humanos de tal forma, les permitió a aquellos chamanes llegar a conclusiones energéticas extraordinarias. Notaron que cada una de esas esferas luminosas está conectada individualmente a una masa energética de proporciones inconcebibles que existe en el universo; una masa a la que llamaron *el oscuro mar de la conciencia*. Observaron que cada esfera individual está unida al *mar oscuro de la conciencia* en un punto que es aún más brillante que la misma esfera luminosa. Esos chamanes llamaron a ese punto de unión el *punto de encaje* porque observaron que es en ese lugar donde ocurre la percepción. El flujo de la energía en general se convierte, en ese punto, en datos sensoriales, y esos datos son entonces interpretados como el mundo que nos rodea.

Cuando le pedí a don Juan que me explicara cómo ocurría este proceso de convertir el flujo de energía en datos sensoriales, me contestó que lo único que los chamanes saben al respecto es, que la inmensa masa de energía llamada *el oscuro mar de la conciencia* les proporciona a los seres humanos todo lo necesario para producir esta transformación de energía en datos sensoriales, y que tal proceso jamás podría ser descifrado debido a la vastedad de esa fuente original.

Lo que descubrieron los chamanes del México antiguo, cuando enfocaron su *ver* en el *oscuro mar de la conciencia*, fue la revelación de que todo el cosmos está compuesto por filamentos luminosos que se extienden infinitamente. Los chamanes los describen como filamentos luminosos que se dirigen en todas direcciones sin jamás tocarse el uno al otro. *Vieron* que son filamentos individuales y que, sin embargo, se agrupan en masas de tamaño inconcebible.

Aparte del *mar oscuro de la conciencia*, otra de tales masas de filamentos que observaron los chamanes y que les gustó por su vibración era algo que llamaron *intento*, y al acto de cada chamán de enfocar su atención en tal masa le llamaron *intentar*. *Vieron* que el universo entero era un universo de *intento*, y para ellos el *intento* era el equivalente de inteligencia. Por lo tanto, el universo era, para ellos, un universo de inteligencia suprema. La conclusión a la que llegaron y que se convirtió en parte de su *mundo cognitivo*, fue que la energía vibratoria, consciente de sí misma, era en extremo inteligente. *Vieron* que la masa de *intento* en el cosmos era responsable de todas las mutaciones posibles, todas las variaciones posibles que ocurrieron en el universo, no a causa de circunstancias ciegas y arbitrarias, sino debido al *intentar* ejecutado por la energía vibratoria, al nivel del flujo de la energía misma.

Don Juan señaló que en el mundo de la vida cotidiana los seres humanos utilizan el *intento* y el *intentar* en la forma en que interpretan al mundo. Don Juan, por ejemplo me alertó al hecho de que mi mundo cotidiano no estaba regido por mi percepción sino por la interpretación de mi percepción. Me dio como ejemplo el concepto de *universidad*, que en aquel momento era un concepto de suprema importancia para mí. Dijo que *universidad* no era algo que pudiera percibir con mis sentidos, porque ni mi vista, ni mi sentido del oído, ni mi sentido del gusto, ni mi sentido del tacto o del olfato me daban idea alguna acerca de *universidad*. *Universidad* ocurría únicamente en mi *intentar*, y para construirla allí tenía que hacer uso de todo lo que sabía como persona civilizada, de manera consciente o subliminal.

El *hecho energético* de que el universo está compuesto por filamentos luminosos dio origen a la conclusión de los chamanes, de que cada uno de esos filamentos que se extienden infinitamente es un campo de energía. Observaron que los filamentos luminosos o, más bien, campos de energía de tal naturaleza, convergen en y pasan a través del *punto de encaje*. Dado que se determinó que el tamaño del *punto de encaje* era equivalente al de una pelota de tenis moderna, sólo un número finito aunque extremadamente grande de campos de energía, converge en y pasa a través de ese punto.

Cuando los videntes del México antiguo *vieron* el *punto de encaje*, descubrieron el *hecho*

*energético* de que el impacto de los campos de energía que pasan a través del *punto de encaje* era transformado en datos sensoriales; datos que luego eran interpretados como la *cognición* del mundo de la vida cotidiana. Aquellos chamanes explicaron la homogeneidad de *cognición* entre los seres humanos por el hecho de que el *punto de encaje* de toda la raza humana está localizado en el mismo lugar en las esferas energéticas luminosas que somos: a la altura de los omóplatos, a la distancia de un brazo tras ellos y contra el borde de la esfera luminosa.

Su *ver-observar* del *punto de encaje* llevó a los videntes del México antiguo a descubrir que el *punto de encaje* cambiaba de posición bajo condiciones de sueño normal, o de extrema fatiga, o de enfermedad, o por la ingestión de plantas psicotrópicas. Aquellos chamanes *vieron* que cuando el *punto de encaje* estaba en una nueva posición, un haz diferente de campos de energía pasaba a través de él, forzando al *punto de encaje* a convertir esos campos de energía en datos sensoriales, y a interpretarlos, dando como resultado un verdadero mundo nuevo a percibir. Aquellos chamanes sostuvieron que cada mundo nuevo que surge de tal manera es un mundo omniabarcante, diferente al mundo cotidiano, pero extremadamente parecido a él, por el hecho de que uno podría vivir y morir en él.

Para los chamanes como don Juan Matus, el ejercicio más importante de *intentar* implica el movimiento volitivo del *punto de encaje* para alcanzar puntos predeterminados en el conglomerado total de campos de energía que compone al ser humano, es decir, que a través de miles de años de indagación, los videntes del linaje de don Juan descubrieron que existen posiciones claves dentro de la totalidad de la esfera luminosa que es un ser humano donde se puede situar el punto de encaje y donde el bombardeo resultante de los campos de energía sobre él, puede producir un mundo nuevo completamente verdadero. Don Juan me aseguró que era un *hecho energético* que la posibilidad de viajar a cualquiera de esos mundos, o a todos ellos, es el legado de todo ser humano. Dijo que esos mundos estaban allí para ser interrogados, como preguntas que en ocasiones están rogando ser formuladas, y que todo lo que el vidente o el ser humano necesitaban para alcanzarlos era *intentar* el movimiento del *punto de encaje*.

Otro asunto relacionado con el *intento* pero transpuesto al nivel del *intentar* universal era, para los chamanes del México antiguo, el *hecho energético* de que el universo mismo continuamente nos empuja, tira de nosotros y nos pone a prueba. Para ellos, era un *hecho energético* que el universo en general es predatorio al máximo, pero no predatorio en el sentido en que entendemos el término: el acto de saquear o robar, o de herir o explotar a los demás para ganancia propia. Para los chamanes del México antiguo, la condición predatoria del universo quería decir que el *intentar* del universo, es estar constantemente poniendo a prueba a la conciencia. *Vieron* que el universo crea un número inconcebible de *seres orgánicos* y un número inconcebible de *seres inorgánicos*. Al ejercer presión sobre todos ellos, el universo los fuerza a acrecentar su conciencia, y de esta forma, el universo trata de hacerse consciente de sí mismo. En el *mundo cognitivo* de los chamanes, por ende, la conciencia es la cuestión final.

Don Juan Matus y los chamanes de su linaje consideraban a la *conciencia* como el acto de estar deliberadamente consciente de todas las posibilidades perceptivas del ser humano, no sólo de las posibilidades perceptivas dictadas por cualquier cultura dada, cuyo papel parece ser

el de restringir la capacidad perceptiva de sus miembros. Don Juan sostenía que el soltar o liberar el total de la capacidad perceptiva de los seres humanos no interferiría en forma alguna con su conducta funcional. De hecho, la conducta funcional se convertiría en un asunto extraordinario, puesto que adquiriría un valor nuevo. Bajo estas circunstancias, función se transforma en una necesidad de lo más exigente. Libre de idealidades y de pseudo-metas, el hombre sólo tiene a la función como su fuerza guiadora. Los chamanes le llaman a esto *impecabilidad*. Para ellos, ser impecable significa hacer todo lo mejor que uno pueda, y un tanto más. Derivaron función a partir de *ver* energía directamente como fluye en el universo. Si la energía fluye de cierta manera, el seguir el flujo de la energía es, para ellos, ser funcional. Función, por ende, es el común denominador por medio del cual los chamanes se enfrentan a los *hechos energéticos* de su *mundo cognitivo*.

El ejercicio de todas las unidades de la *cognición de los chamanes* les permitió a don Juan y a todos los chamanes de su linaje llegar a conclusiones energéticas extrañas que a primera vista parecen ser pertinentes sólo a ellos y a sus circunstancias personales, pero que al ser examinadas minuciosamente, podrían aplicarse a cualquiera de nosotros. Según don Juan, la culminación de la búsqueda de un chamán es algo que él consideraba el *hecho energético* más esencial, no sólo para los videntes, sino para cada ser humano sobre la Tierra. Lo llamaba el *viaje definitivo*.

El *viaje definitivo* es la posibilidad de que la conciencia individual, acrecentada hasta el límite por la adherencia del individuo a la *cognición de los chamanes*, pudiera mantenerse más allá del punto en que el organismo es capaz de funcionar como una unidad cohesiva, es decir, más allá de la muerte. Esta conciencia trascendental fue comprendida por los chamanes del México antiguo como la posibilidad de que la conciencia de los seres humanos fuera más allá de lo conocido para llegar, de esta forma, al nivel de la energía que fluye en el universo. Los chamanes como don Juan Matus definieron su búsqueda como la búsqueda de llegar a ser, al final, un *ser inorgánico*, es decir, energía consciente de sí misma, actuando como una unidad cohesiva, pero sin un organismo. Llamaron a este aspecto de su cognición, *libertad total*, un estado en el que existe la conciencia, libre de las imposiciones de la socialización y de la sintaxis.

Éstas son las conclusiones generales que se han extraído a partir de mi inmersión en la *cognición* de los chamanes del México antiguo. Años después de la publicación de *Las enseñanzas de don Juan: una forma yaqui de conocimiento*, me di cuenta de que lo que don Juan me había ofrecido era una revolución cognitiva total. En mis obras subsiguientes, he tratado de dar una idea de los procedimientos para efectuar esta revolución cognitiva. En vista del hecho de que don Juan me estaba familiarizando con un mundo vivo, los procesos de cambio en tal mundo vivo nunca cesan. Las conclusiones, por lo tanto, son sólo dispositivos mnemotécnicos, o estructuras operacionales, que sirven como trampolines para saltar hacia nuevos horizontes de *cognición*.

CARLOS CASTANEDA

1998

# LA MIRADA ANTERIOR

## PRÓLOGO DE OCTAVIO PAZ

HACE UNOS años me dijo Henri Michaux: «Yo comencé publicando pequeñas *plaquettes* de poesía. El tiro era de unos 200 ejemplares. Después subí a 2 mil y ahora he llegado a los 20 mil. La semana pasada un editor me propuso publicar mis libros en una colección que tira 100 mil ejemplares. Rehusé: lo que quiero es regresar a los 200 del principio». Es difícil no simpatizar con Michaux: más vale ser desconocido que mal conocido. La mucha luz es como la mucha sombra: no deja ver. Además, la obra debe preservar su misterio. Ciertamente, la publicidad no disipa los misterios y Homero sigue siendo Homero después de miles de años y miles de ediciones. No los disipa pero los degrada: hace de Prometeo un espectáculo de circo, de Jesucristo una estrella de *music-hall*, de *Las meninas* un icono de obtusas devociones y de los libros de Marx objetos simultáneamente sagrados e ilegibles (en los países comunistas nadie los lee y todos juran en vano sobre ellos). La degradación de la publicidad es una de las fases de la operación que llamamos *consumo*. Transformadas en golosinas, las obras son literalmente deglutidas, ya que no gustadas, por lectores apresurados y distraídos.

Algunos desesperados de talento oponen a las facilidades de la publicidad un texto impenetrable. Recurso suicida. La verdadera defensa de la obra consiste en irritar y seducir la atención del lector con un texto que pueda leerse de muchas maneras. El ejemplo mayor es *Finnegans Wake*; la dificultad de ese libro no depende de que su significado sea inaccesible sino de que es múltiple: cada frase y cada palabra es un haz de sentidos, un puñado de semillas semánticas que Joyce siembra en nuestras orejas con la esperanza de que germinen en nuestra cabeza. Ixión convertido en libro, Ixión y sus reflexiones, flexiones y fluxiones. Una obra que dura —lo que llamamos: un clásico— es una obra que no cesa de producir nuevos significados. Las grandes obras se reproducen a sí mismas en sus distintos lectores y así cambian continuamente. De la capacidad de autoproducción se sigue la pluralidad de significados y de ésta la multiplicidad de lecturas. Sólo hay una manera de leer las últimas noticias del diario pero hay muchas de leer a Cervantes. El periódico es hijo de la publicidad y ella lo devora: es un lenguaje que se usa y que, al usarse, se gasta hasta que termina en el cesto de basura; el Quijote es un lenguaje que al usarse se reproduce y se vuelve otro. Es una transparencia ambigua: el sentido deja ver otros posibles sentidos.

¿Qué pensará Carlos Castaneda de la inmensa popularidad de sus obras? Probablemente se encogerá de hombros: un equívoco más en una obra que desde su aparición provoca el desconcierto y la incertidumbre. En la revista *Time* se publicó hace unos meses una extensa entrevista con Castaneda. Confieso que el «misterio Castaneda» me interesa menos que su obra. El secreto de su origen —¿es peruano, brasileño o chicano?— me parece un enigma mediocre, sobre todo si se piensa en los enigmas que nos proponen sus libros.<sup>[1]</sup> El primero de esos

enigmas se refiere a su naturaleza: ¿antropología o ficción literaria? Se dirá que mi pregunta es ociosa: documento antropológico o ficción, el significado de la obra es el mismo. La ficción literaria es ya un documento etnográfico y el documento, como sus críticos más encarnizados lo reconocen, posee indudable valor literario. El ejemplo de *Tristes Tropiques* —autobiografía de un antropólogo y testimonio etnográfico— contesta la pregunta. ¿La contesta realmente? Si los libros de Castaneda son una obra de ficción literaria, lo son de una manera muy extraña: su tema es la derrota de la antropología y la victoria de la magia; si son obras de antropología, su tema no puede ser lo menos: la venganza del «objeto» antropológico (un brujo) sobre el antropólogo hasta convertirlo en un hechicero. Antiantropología.

La desconfianza de muchos antropólogos ante los libros de Castaneda no se debe sólo a los celos profesionales o a la miopía del especialista. Es natural la reserva frente a una obra que comienza como un trabajo de etnografía (las plantas alucinógenas —peyote, hongos y datura— en las prácticas y rituales de la hechicería yaqui) y que a las pocas páginas se transforma en la historia de una conversión. Cambio de posición: el «objeto» del estudio —don Juan, chamán yaqui— se convierte en el sujeto que estudia y el sujeto —Carlos Castaneda, antropólogo— se vuelve el objeto de estudio y experimentación. No sólo cambia la posición de los elementos de la relación sino que también ella cambia. La dualidad sujeto/objeto —el sujeto que conoce y el objeto por conocer— se desvanece y en su lugar aparece la de maestro/neófito. La relación de orden científico se transforma en una de orden mágico-religioso. En la relación inicial, el antropólogo quiere *conocer* al otro; en la segunda, el neófito quiere *convertirse* en otro.

La conversión es doble: la del antropólogo en brujo y la de la antropología en *otro* conocimiento. Como relato de su conversión, los libros de Castaneda colindan en un extremo con la etnografía y en otro con la fenomenología, más que de la religión, de la experiencia que he llamado de la *otredad*.<sup>[2]</sup> Esta experiencia se expresa en la magia, la religión y la poesía pero no sólo en ellas: desde el paleolítico hasta nuestros días es parte central de la vida de hombres y mujeres. Es una experiencia constitutiva del hombre, como el trabajo y el lenguaje. Abarca del juego infantil al encuentro erótico y del saberse solo en el mundo a sentirse parte del mundo. Es un desprendimiento del yo que somos (o creemos ser) hacia el *otro* que también somos y que siempre es distinto de nosotros. Desprendimiento: aparición: Experiencia de la *extrañeza* que es ser hombres. Como destrucción crítica de la antropología, la obra de Castaneda roza las opuestas fronteras de la filosofía y la religión. Las de la filosofía porque nos propone, después de una crítica radical de la realidad, otro conocimiento, no-científico y alógico; las de la religión porque ese conocimiento exige un cambio de naturaleza en el iniciado: una conversión. El *otro* conocimiento abre las puertas de la *otra* realidad a condición de que el neófito se vuelva *otro*. La ambigüedad de los significados se despliega en el centro de la experiencia de Castaneda. Sus libros son la crónica de una conversión, el relato de un despertar espiritual y, al mismo tiempo, son el redescubrimiento y la defensa de un saber despreciado por Occidente y la ciencia contemporánea. El tema del saber está ligado al del poder y ambos al de la metamorfosis: el hombre que sabe (el brujo) es el hombre de poder (el guerrero) y ambos, saber y poder, son las llaves del cambio. El brujo puede ver la otra realidad porque la ve con otros ojos —con los ojos del *otro*—.

Los medios para cambiar de naturaleza son ciertas drogas usadas por los indios americanos. La variedad de las plantas alucinógenas que conocían las sociedades precolombinas es asombrosa, del *yagé* o *ayahuaca* de América del Sur al peyote del altiplano mexicano, y de los hongos de las montañas de Oaxaca y Puebla a la *datura* que da don Juan a Castaneda en el primer libro de la trilogía. Aunque los misioneros españoles conocieron (y condenaron) el uso de sustancias alucinógenas por los indios, los antropólogos modernos no se interesaron en el tema sino hasta hace muy poco tiempo. En realidad, señala Michael J. Harner, «los estudios más importantes sobre la materia se deben, más que a los antropólogos, a farmacólogos como Lewin y a botánicos como Schultz y Watson»<sup>[3]</sup>. Uno de los méritos de Castaneda es haber pasado de la botánica y la fisiología a la antropología. Castaneda ha penetrado en una tradición cerrada, una sociedad subterránea y que coexiste, aunque no convive, con la sociedad moderna mexicana. Una tradición en vías de extinción: la de los brujos, herederos de los sacerdotes y chamanes precolombinos.

La sociedad de los brujos de México es una sociedad clandestina que se extiende en el tiempo y en el espacio. En el tiempo: es nuestra contemporánea, pero por sus creencias, prácticas y rituales hunde sus raíces en el mundo prehispánico; en el espacio: es una cofradía que por sus ramificaciones abarca a toda la república y penetra hasta el sur de los Estados Unidos. Una tradición sincretista, lo mismo por sus prácticas que por su visión del mundo. Por ejemplo, don Juan usa indistintamente el peyote, los hongos y la *datura* mientras que los chamanes de Huatla, según Munn, se sirven únicamente de los hongos. En las ideas de don Juan sobre la naturaleza de la realidad y del hombre aparece continuamente el tema del doble animal, el *nahual*, cardinal en las creencias precolombinas, al lado de conceptos de origen cristiano. Sin embargo, no me parece aventurado afirmar que se trata de un sincretismo en el que tanto el fondo como las prácticas son esencialmente precolombinas. La visión de don Juan es la de una civilización vencida y oprimida por el cristianismo virreinal y por las sucesivas ideologías de la República Mexicana, de los liberales del siglo XIX a los revolucionarios del XX. Un vencido indomable. Las ideologías por las que matamos, y nos matan desde la Independencia, han durado poco; las creencias de don Juan han alimentado y enriquecido la sensibilidad y la imaginación de los indios desde hace varios miles de años.

Es notable, mejor dicho reveladora, la ausencia de nombres mexicanos entre los de los investigadores de la faz secreta, nocturna de México. Esta indiferencia podría atribuirse a una deformación profesional de nuestros antropólogos, víctimas de prejuicios cientistas que, por lo demás, no comparten todos sus colegas de otras partes. A mi juicio se trata más bien de una inhibición debida a ciertas circunstancias históricas y sociales. Nuestros antropólogos son los herederos directos de los misioneros, del mismo modo que los brujos lo son de los sacerdotes prehispánicos. Como los misioneros del siglo XVI, los antropólogos mexicanos se acercan a las comunidades indígenas no tanto para conocerlas como para cambiarlas. Su actitud es inversa a la de Castaneda. Los misioneros querían extender la comunidad cristiana a los indios; nuestros antropólogos quieren integrarlos en la sociedad mexicana. El etnocentrismo de los primeros era religioso, el de los segundos es progresista y nacionalista. Esto último limita gravemente su comprensión de ciertas formas de vida. Sahagún comprendía profundamente la religión india, incluso sí la concebía como una monstruosa artimaña del demonio, porque la contemplaba desde

la perspectiva del cristianismo. Para los misioneros las creencias y prácticas religiosas de los indios eran algo perfectamente serio, *endemoniadamente* serio; para los antropólogos son aberraciones, errores, productos culturales que hay que clasificar y catalogar en ese museo de curiosidades y monstruosidades que se llama etnografía.

Otro de los obstáculos para la recta comprensión del mundo indígena, lo mismo el antiguo que el contemporáneo, es la extraña mezcla de *behaviorismo* norteamericano y de marxismo vulgar que impera en los estudios sociales mexicanos. El primero es menos dañino; limita la visión pero no la deforma. Como método científico es valioso, no como filosofía de la ciencia. Esto es evidente en la esfera de la lingüística, la única de las llamadas ciencias sociales que se ha constituido verdaderamente como tal. No es necesario extenderse sobre el tema: Chomsky ha dicho ya lo esencial. La limitación del marxismo es de otra índole. Reducir la magia a una mera superestructura ideológica puede ser, desde cierto punto de vista, exacto. Sólo que se trata de un punto de vista demasiado general y que no nos deja ver el fenómeno en su particularidad concreta. Entre antropología y marxismo hay una oposición. La primera es una ciencia o, más bien, aspira a convertirse en una; por eso se interesa en la descripción de cada fenómeno particular y no se atreve sino con las mayores reservas a emitir conclusiones generales. Todavía no hay leyes antropológicas en el sentido en que hay leyes físicas. El marxismo no es una ciencia, sino una teoría de la ciencia y de la historia (más exactamente: una teoría histórica de la ciencia); por eso engloba todos los fenómenos sociales en categorías históricas universales: comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo. El modelo histórico del marxismo es sucesivo, progresista y único; quiero decir, todas las sociedades han pasado, pasarán o deben pasar por cada una de esas fases de desarrollo histórico, desde el comunismo original hasta el comunismo de la era industrial. Para el marxismo no hay sino una historia, la misma para todos. Es un universalismo que no admite la pluralidad de civilizaciones y que reduce la extraordinaria diversidad de sociedades a unas cuantas formas de organización económica. El modelo histórico de Marx fue la sociedad occidental; el marxismo es un etnocentrismo que se ignora.<sup>[4]</sup>

En otras páginas me he referido a la función de las drogas alucinógenas en la experiencia visionaria (*Corriente alterna*, México, 1967). Sería una impertinencia repetir aquí lo que dije entonces, de modo que me limitaré a recordar que el uso de los alucinógenos puede equipararse a las prácticas ascéticas: son medios predominantemente físicos y fisiológicos para provocar la iluminación espiritual. En la esfera de la imaginación son el equivalente de lo que son el ascetismo para los sentidos y los ejercicios de meditación para el entendimiento. Apenas si debo añadir que, para ser eficaz, el empleo de las sustancias alucinógenas ha de insertarse en una visión del mundo y del trasmundo, una escatología, una teología y un ritual. Las drogas son parte de una disciplina física y espiritual, como las prácticas ascéticas. Las maceraciones del eremita cristiano corresponden a los padecimientos de Cristo y de sus mártires; el vegetarianismo del yoguín a la fraternidad de todos los seres vivos y a los misterios del karma; los giros del derviche a la espiral cósmica y a la disolución de las formas en su movimiento. Dos transgresiones opuestas, pero coincidentes, de la sexualidad normal: la castidad del clérigo cristiano y los ritos eróticos del adepto tantrista. Ambas son negaciones religiosas de la generación animal. La comunión huichol del peyote implica prohibiciones sexuales y alimenticias

más rigurosas que la Cuaresma católica y el Ramadán islámico. Cada una de estas prácticas es parte de un simbolismo que abarca al macrocosmos y al microcosmos; cada una de ellas, asimismo, posee una periodicidad rítmica, es decir, se inscribe dentro de un calendario sagrado. La práctica es visión y sacramento, momento único y repetición ritual.

Las drogas, las prácticas ascéticas y los ejercicios de meditación no son fines sino medios. Si el medio se vuelve fin, se convierte en agente de destrucción. El resultado no es la liberación interior sino la esclavitud, la locura y no la sabiduría, la degradación y no la visión. Esto es lo que ha ocurrido en los últimos años. Las drogas alucinógenas se han vuelto potencias destructivas porque han sido arrancadas de su contexto teológico y ritual. Lo primero les daba sentido, trascendencia; lo segundo, al introducir períodos de abstinencia y de uso, minimizaba los trastornos psíquicos y fisiológicos. El uso moderno de los alucinógenos es la profanación de un antiguo sacramento, como la promiscuidad contemporánea es la profanación del cuerpo. Los alucinógenos, por lo demás, sólo son útiles en la primera fase de la iniciación. Sobre este punto Castaneda es explícito y terminante: una vez rota la percepción cotidiana de la realidad —una vez que la visión de la *otra* realidad cesa de ofender a nuestros sentidos y a nuestra razón— las drogas salen sobrando. Su función es semejante a la del *mandala* del budismo tibetano: es un *apoyo* de la meditación, necesario para el principiante, no para el iniciado.

La acción de los alucinógenos es doble: son una crítica de la realidad y nos proponen otra realidad. El mundo que vemos, sentimos y pensamos aparece desfigurado y distorsionado; sobre sus ruinas se eleva otro mundo, horrible o hermoso, según el caso, pero siempre maravilloso. (La droga otorga paraísos e infiernos conforme a una justicia que no es de este mundo, pero que, indudablemente, se parece a la del otro según lo han descrito los místicos de todas las religiones). La visión de la *otra* realidad reposa sobre las ruinas de *esta* realidad. La destrucción de la realidad cotidiana es el resultado de lo que podría llamarse la crítica sensible del mundo. Es el equivalente, en la esfera de los sentidos, de la crítica racional de la realidad. La visión se apoya en un escepticismo radical que nos hace dudar de la coherencia, consistencia y aun existencia de este mundo que vemos, oímos, olemos y tocamos. Para ver la otra realidad hay que dudar de la realidad que vemos con los ojos. Pirrón es el patrono de todos los místicos y chamanes.

La crítica de la realidad de este mundo y del yo la hizo mejor que nadie, hace dos siglos, David Hume: nada cierto podemos afirmar del mundo objetivo y del sujeto que lo mira, salvo que uno y otro son haces de percepciones instantáneas e inconexas ligadas por la memoria y la imaginación. El mundo es imaginario, aunque no lo sean las percepciones en que, alternativamente, se manifiesta y se disipa. Puede parecer arbitrario acudir al gran crítico de la religión. No lo es: «When I view this table and that chimney, nothing is present to me but particular perceptions, which are of a like nature with all the other perceptions... When I turn my reflection on *myself*, I never can perceive this *self* without some one or more perceptions: nor can I ever perceive anything but the perceptions. It is the compositions of these, therefore, which forms the *self*»<sup>[5]</sup>. Don Juan, el chamán yaqui, no dice algo muy distinto: lo que llamamos realidad no son sino «descripciones del mundo» (*pinturas* las llama Castaneda, siguiendo en esto a Russell y a Wittgenstein más que a su maestro yaqui). Estas descripciones no son más

sino menos consistentes e intensas que las visiones del peyote en ciertos momentos privilegiados. El mundo y yo: un haz de percepciones percibidas (¿emitidas?) por otro haz de percepciones. Sobre este escepticismo, ya no sensible sino racional, se construye lo que Hume llama la *creencia* —nuestra idea del mundo y de la identidad personal— y don Juan la *visión del guerrero*.

El escepticismo, si es congruente consigo mismo, está condenado a negarse. En un primer momento su crítica destruye los fundamentos pretendidamente racionales en que descansa nuestra fe en la existencia del mundo y del ser del hombre: uno y otro son opiniones, creencias desprovistas de certidumbre racional. El escéptico se sirve de la razón para mostrar las insuficiencias de la razón, su sinrazón secreta. Inmediatamente después, en un movimiento circular, se vuelve sobre sí mismo y examina su razonamiento: si su crítica ha sido efectivamente racional, debe estar marcada por la misma inconsistencia. La sinrazón de la razón, la incoherencia, aparecen también en la crítica de la razón. El escéptico tiene que cruzarse de brazos y, para no contradecirse una vez más, resignarse al silencio y a la inmovilidad. Si quiere seguir viviendo y hablando debe afirmar, con una sonrisa desesperada, la validez no-racional de las creencias.

El razonamiento de Hume, incluso su crítica del yo, aparece en un filósofo budista del siglo II, Nagarjuna. Pero el nihilismo circular de Nagarjuna no termina en una sonrisa de resignación sino en una afirmación religiosa. El indio aplica la crítica del budismo a la realidad del mundo y del yo —son vacuos, irreales— al budismo mismo: también la doctrina es vacua, irreal. A su vez, la crítica que muestra la vacuidad e irrealidad de la doctrina es vacua, irreal. Si todo está vacío también «todo-está-vacío-incluso-la-doctrina-*todo-está-vacío*» está vacío. El nihilismo de Nagarjuna se disuelve a sí mismo y reintroduce sucesivamente la realidad (relativa) del mundo y del yo, después la realidad (también relativa) de la doctrina que predica la irrealidad del mundo y del yo y, al fin, la realidad (igualmente relativa) de la crítica de la doctrina que predica la irrealidad de mundo y del yo. El fundamento del budismo con sus millones de mundos y, en cada uno de ellos, sus millones de Budas y Bodisatvas es un precipicio en el que *nunca* nos despeñamos. El precipicio es un reflejo que nos refleja.

No sé qué pensarán don Juan y don Genaro de las especulaciones de Hume y de Nagarjuna. En cambio, estoy (casi) seguro de que Carlos Castaneda las aprueba —aunque con cierta impaciencia—. Lo que le interesa no es mostrar la inconsistencia de nuestras descripciones de la realidad —sean las de la vida cotidiana o las de la filosofía— sino la consistencia de la visión mágica del mundo. La visión y la práctica: la magia es ante todo una práctica. Los libros de Castaneda, aunque poseen un fundamento teórico: el escepticismo radical, son el relato de una iniciación a una doctrina en la que la práctica ocupa el lugar central. Lo que cuenta no es lo que dicen don Juan y don Genaro, sino lo que hacen. ¿Y qué hacen? Prodigios. Y esos prodigios ¿son reales o ilusorios? Todo depende, dirá con sorna don Juan, de lo que se entienda por real y por ilusorio. Tal vez no son términos opuestos y lo que llamamos realidad es también ilusión. Los prodigios no son ni reales ni ilusorios: son medios para destruir la realidad que vemos. Una y otra vez el humor se desliza insidiosamente en los prodigios como si la iniciación fuese una larga tomadura de pelo. Castaneda debe dudar tanto de la realidad cotidiana, negada por los prodigios, como de la realidad de los prodigios, negada por el humor. La dialéctica de

don Juan no está hecha de razones sino de actos pero no por eso es menos poderosa que las paradojas de Nagarjuna, Diógenes o Chuang-Tseu.

La función del humor no es distinta de la de las drogas, el escepticismo racional y los prodigios: el brujo se propone con todas esas manipulaciones romper la visión cotidiana de la realidad, trastornar nuestras percepciones y sensaciones, aniquilar nuestros endebles razonamientos, arrasar nuestras certidumbres —para que aparezca la *otra* realidad—. En el último capítulo de *Journey to Ixtlán*, Castaneda ve a don Genaro nadando en el piso del cuarto de don Juan como si nadase en una piscina olímpica. Castaneda no da crédito a sus ojos, no sabe si es víctima de una farsa o si está a punto de *ver*. Por supuesto, no hay nada que ver. Eso es lo que llama don Juan: *parar el mundo*, suspender nuestros juicios y opiniones sobre la realidad. Acabar con el «esto» y el «aquello», el sí y el no, alcanzar ese estado dichoso de imparcialidad contemplativa a que han aspirado todos los sabios.

La *otra* realidad no es prodigiosa: es. El mundo de todos los días es el mundo de todos los días: ¡qué prodigio!

La iniciación de Castaneda puede verse como un regreso, guiado por don Juan y don Genaro —ese Quijote y ese Sancho Panza de la brujería andante, dos figuras que poseen la plasticidad de los héroes de los cuentos y leyendas— el antropólogo desanda el camino. Vuelta a sí mismo, no al que fue ni al pasado: al ahora. Recuperación de la visión directa del mundo, ese instante de inmovilidad en que todo parece detenerse, suspendido en una pausa del tiempo. Inmovilidad que sin embargo transcurre —imposibilidad lógica pero realidad irrefutable para los sentidos—. Maduración invisible del instante que germina, florece, se desvanece, brota de nuevo. El ahora: antes de la separación, antes de falso-o-verdadero, real-o-ilusorio, bonito-o-feo, bueno-o-malo. Todos vimos alguna vez el mundo con esa mirada *anterior* pero hemos perdido el secreto. Perdimos el poder que une al que mira con aquello que mira. La antropología llevó a Castaneda a la hechicería y ésta a la visión unitaria del mundo: a la contemplación de la *otredad* en el mundo de todos los días. Los brujos no le enseñaron el secreto de la inmortalidad ni le dieron la receta de la dicha eterna: le devolvieron la vista. Le abrieron las puertas de la *otra* vida. Pero la otra vida está aquí. Sí, allá está aquí, la otra realidad es el mundo de todos los días. En el centro de este mundo de todos los días centellea, como el vidrio roto entre el polvo y la basura del patio trasero de la casa, la revelación del mundo de allá. ¿Qué revelación? No hay nada que ver, nada que decir: todo es alusión, seña secreta, estamos en una de las esquinas del cuarto de los ecos, todo nos hace signos y todo se calla y se oculta. No, no hay nada que decir.

Alguna vez Bertrand Russell dijo que «la clase *criminal* está incluida en la clase hombre». Uno podría decir: «La clase *antropólogo* no está incluida en la clase *poeta*, salvo en algunos casos». Uno de esos casos se llama Carlos Castaneda.

OCTAVIO PAZ

*Cambridge, Mass., a 15 de septiembre de 1973*

# PRÓLOGO

DE WALTER GOLDSCHMIDT

ESTE LIBRO es a la vez etnografía y alegoría.

Carlos Castaneda, bajo la tutela de don Juan, nos hace atravesar ese momento de crepúsculo, esa grieta en el universo, entre la luz del día y la oscuridad, y penetrar en un mundo no simplemente aparte del nuestro, sino de un orden de realidad diferente por completo. Para alcanzarlo tuvo la ayuda de mescalito, yerba del diablo y humito: peyote, datura y hongos. Pero éste no es un mero recuento de experiencias alucinatorias, pues las sutiles manipulaciones de don Juan guían al viajero mientras sus interpretaciones dan sentido a los eventos que nosotros, a través del aprendizaje de brujo, tenemos ocasión de experimentar.

La antropología nos ha enseñado que el mundo recibe definiciones diferentes en sitios diferentes. No es sólo que la gente tenga costumbres distintas: no es sólo que la gente crea en dioses distintos y espere distintos destinos después de la muerte. Más bien, es que los mundos de pueblos diferentes tienen formas diferentes. Los mismos supuestos metafísicos difieren: el espacio no se adapta a la geometría euclidiana, el tiempo no forma un fluir continuo unidireccional, la causalidad no corresponde a la lógica aristotélica, el hombre no se diferencia del no-hombre ni la vida de la muerte, como en nuestro mundo. Sabemos algo sobre la forma de estos mundos gracias a la lógica de los idiomas aborígenes y a los mitos y ceremonias registrados por antropólogos. Don Juan nos ha mostrado destellos del mundo de un hechicero yaqui, y como lo vemos bajo la influencia de sustancias alucinógenas, lo captamos con una realidad diferente por entero a la de aquellas otras fuentes. Ésa es la virtud especial de esta obra.

Castaneda afirma con razón que este mundo, pese a todas sus diferencias de percepción, posee su propia lógica interna. Ha intentado explicarlo desde dentro, por así decirlo —desde el interior de sus propias experiencias bajo la tutela de don Juan, ricas e intensamente personales—, más que examinarlo en los términos de nuestra lógica. Si no puede lograr esto por entero, tal cosa se debe no tanto a su limitación personal como a una limitación que nuestra cultura y nuestro lenguaje imponen a la percepción; sin embargo, sus esfuerzos tienden un puente entre el mundo de un hechicero yaqui y el nuestro, entre el mundo de realidad no ordinaria y el mundo de realidad ordinaria.

La importancia central de entrar en mundos ajenos al nuestro —y por ende la de la antropología misma— yace en el hecho de que la experiencia nos lleva a comprender que también nuestro propio mundo es una elaboración cultural. Experimentando otros mundos podemos, entonces, ubicar el nuestro en su valor justo y de ese modo capacitarnos para ver fugazmente cómo debe ser, de hecho, el mundo real, aquél entre nuestra propia estructura cultural y esos otros mundos. La sabiduría y la poesía de don Juan, y la destreza y la poesía de

su escribano, nos dan una visión tanto de nosotros mismos como de la realidad. Como es apropiado en toda alegoría, lo que se ve está en quien contempla, y no necesita aquí ninguna exégesis.

Carlos Castaneda inició sus entrevistas con don Juan siendo estudiante de antropología en la Universidad de California, Los Ángeles. Estamos en deuda con él por su paciencia, su valor y su perspicacia al buscar y enfrentar la prueba de su doble aprendizaje y al informarnos de los detalles de sus experiencias. En esta obra demuestra la destreza esencial de la buena etnografía: la capacidad de entrar en un mundo ajeno. Creo que ha encontrado un camino con corazón.

WALTER GOLDSCHMIDT

## **RECONOCIMIENTOS**

QUIERO expresar profunda gratitud al profesor Clement Meighan, que inició y fijó el curso de mi trabajo antropológico de campo; al profesor Harold Garfinkel, que me dio el ejemplo y el espíritu de la investigación exhaustiva; al profesor Robert Edgerton, que criticó mi trabajo desde el principio; a los profesores William Bright y Pedro Carrasco por sus críticas y su aliento, y al profesor Lawrence Watson por su inestimable ayuda en la clarificación de mi análisis. Finalmente, agradezco a la señora Grace Stimson y al señor F. A. Guilford su ayuda en la preparación del manuscrito.

Para mí sólo recorrer los caminos que tienen  
corazón, cualquier camino que tenga corazón.

Por ahí yo recorro, y la única prueba que  
vale es atravesar todo su largo. Y por ahí  
yo recorro mirando, mirando, sin aliento.

DON JUAN

... nada más puede intentarse que establecer

el principio y la dirección de un camino

infinitamente largo. Pretender cualquier

totalización sistemática y definitiva sería,

al menos, un autoengaño. La perfección puede

aquí ser lograda por el estudiante individual

sólo en el sentido subjetivo de que éste

comunica todo cuanto ha podido ver.

GEORG SIMMEL

## INTRODUCCIÓN

DURANTE el verano de 1960, siendo estudiante de antropología en la Universidad de California, Los Ángeles, hice varios viajes al suroeste para recabar información sobre las plantas medicinales usadas por los indios de la zona. Los hechos que aquí describo empezaron durante uno de mis viajes. Esperaba yo un autobús Greyhound en un pueblo fronterizo, platicando con un amigo que había sido mi guía y ayudante en la investigación. De pronto se inclinó hacia mí y dijo que el hombre sentado junto a la ventana, un indio viejo de cabello blanco, sabía mucho de plantas, del peyote sobre todo. Pedí a mi amigo presentarme a ese hombre.

Mi amigo lo saludó, luego se acercó a darle la mano. Después de que ambos hablaron un rato, mi amigo me hizo seña de unirnos, pero inmediatamente me dejó solo con el viejo, sin molestarse siquiera en presentarnos. Él no se sintió incomodado en lo más mínimo. Le dije mi nombre y él respondió que se llamaba Juan y que estaba a mis órdenes. Me hablaba de «usted». Nos dimos la mano por iniciativa mía y luego permanecimos un tiempo callados. No era un silencio tenso, sino una quietud natural y relajada por ambas partes. Aunque las arrugas de su rostro moreno y de su cuello revelaban su edad, me fijé en que su cuerpo era ágil y musculoso.

Le dije que me interesaba obtener informes sobre plantas medicinales. Aunque de hecho mi ignorancia con respecto al peyote era casi total, me descubrí fingiendo saber mucho, e incluso insinuando que tal vez le conviniera platicar conmigo. Mientras yo parlotteaba así, él asentía despacio y me miraba, pero sin decir nada. Esquivé sus ojos y terminamos por quedar los dos en silencio absoluto. Finalmente, tras lo que pareció un tiempo muy largo, don Juan se levantó y miró por la ventana. Su autobús había llegado. Dijo adiós y salió de la terminal.

Me molestaba haberle dicho tonterías, y que esos ojos notables hubieran visto mi juego. Al volver, mi amigo trató de consolarme por no haber logrado algo de don Juan. Explicó que el viejo era a menudo callado o evasivo; pero el efecto inquietante de ese primer encuentro no se disipó con facilidad.

Me propuse averiguar dónde vivía don Juan, y más tarde lo visité varias veces. En cada visita intenté llevarlo a hablar del peyote, pero sin éxito. No obstante, nos hicimos muy buenos amigos, y mi investigación científica fue relegada, o al menos reencaminada por cauces que se hallaban mundos aparte de mi intención original.

El amigo que me presentó a don Juan explicó más tarde que el viejo no era originario de Arizona, donde nos conocimos, sino un indio yaqui de Sonora.

Al principio vi a don Juan simplemente, como un hombre algo peculiar que sabía mucho sobre el peyote y que hablaba el español notablemente bien. Pero la gente con quien vivía lo consideraba dueño de algún «saber secreto», lo creía «brujo». Como se sabe, la palabra denota esencialmente a una persona que, posee poderes extraordinarios, por lo general malignos.

Después de todo un año de conocernos, don Juan fue franco conmigo. Un día me explicó

que poseía ciertos conocimientos recibidos de un maestro, un «benefactor» como él lo llamaba, que lo había dirigido en una especie de aprendizaje. Don Juan, a su vez, me había escogido como aprendiz, pero me advirtió que yo debería comprometerme a fondo, y que el proceso era largo y arduo.

Al describir a su maestro, don Juan usó la palabra «diablero». Más tarde supe que éste es un término usado sólo por los indios de Sonora. Denota a una persona malvada que practica la magia negra y puede transformarse en animal: en pájaro, perro, coyote o cualquier otra criatura. En una de mis visitas a Sonora tuve una experiencia peculiar que ilustraba el sentir de los indios hacia los diableros. Iba yo conduciendo un auto de noche, en compañía de dos amigos indios, cuando vi a un animal, al parecer un perro, cruzar la carretera. Uno de mis compañeros dijo que no era un perro, sino un coyote enorme. Disminuí la velocidad, y me acerqué a la cuneta para verlo bien. Permaneció unos cuantos segundos más al alcance de los faros y luego corrió a adentrarse en el chaparral. Era sin duda un coyote, pero del doble del tamaño ordinario. Hablando excitadamente, mis amigos convinieron en que era un animal muy fuera de lo común, y uno de ellos indicó que podía tratarse de un diablero. Decidí relatar aquella experiencia para interrogar a los indios de aquella zona sobre sus creencias en cuanto a la existencia de los diableros. Hablé con muchas personas, contando la anécdota y haciendo preguntas. Las tres conversaciones siguientes indican sus creencias al respecto.

—¿Crees que era un coyote, Choy? —pregunté a un joven después de que oyó la historia.

—Quién sabe. Un perro, de seguro. Demasiado grande para coyote.

—¿Crees que pudo ser un diablero?

—Ésos son puros cuentos. Esas cosas no existen.

—¿Por qué dices eso, Choy?

—La gente se imagina cosas. Te apuesto a que si hubieran cogido al animal habrían visto que era un perro. Una vez tenía yo que hacer un trabajo en otro pueblo, y me levanté antes del amanecer y ensillé un caballo. De ida, me encontré en el camino con una sombra oscura que parecía un animal enorme. Mi caballo se encabritó y me tiró de la silla. Yo también casi me muero del susto, pero resultó que la sombra era una mujer que iba caminando al pueblo.

—¿O sea, Choy, que no crees que existan los diableros?

—¡Diableros! ¿Qué es un diablero? ¡Dime qué es un diablero!

—No sé, Choy. Manuel iba conmigo esa noche y dijo que el coyote podría haber sido un diablero. ¿Tú no puedes decirme qué es un diablero?

—Dizque un diablero es un brujo que cambia de forma y toma la que quiere. Pero todo

el mundo sabe que eso es puro cuento. Los viejos de aquí están llenos de historias sobre diableros. No las vas a hallar entre nosotros los más jóvenes.

—¿Qué clase de animal piensa usted que fue, doña Luz? —pregunté a una mujer de edad madura.

—Eso sólo Dios lo sabe, pero creo que no era un coyote. Hay cosas que parecen coyotes, pero no son. ¿Iba corriendo el coyote, o estaba comiendo?

—Estuvo inmóvil casi todo el tiempo, pero creo que cuando lo vi al principio estaba comiendo algo.

—¿Está usted seguro de que no llevaba nada en el hocico?

—A lo mejor sí. Pero dígame, ¿tendría eso algo que ver?

—Sí, sí tendría. Si llevaba algo en el hocico, no era un coyote.

—¿Qué era entonces?

—Era un hombre o una mujer.

—¿Cómo se llaman esas personas, doña Luz?

No respondió. La interrogué un rato más, pero sin éxito. Finalmente dijo no saber. Le pregunté si aquellas personas se llamaban diableros, y respondió que «diablero» era uno de los nombres que se les daban.

—¿Conoce usted a algún diablero? —pregunté.

—Conocí a una mujer —dijo—. La mataron. Eso pasó cuando yo era niña. Dizque la mujer se convertía en perra. Y cierta noche una perra entró en la casa de un blanco a robar queso. El blanco la mató con una escopeta, y en el mismo instante en que la perra murió en la casa del blanco, la mujer murió en su choza. Sus parientes se juntaron y fueron al blanco a exigirle pago. El blanco les pagó buen dinero por haber matado a la mujer.

—¿Cómo pudieron exigirle pago si sólo mató un perro?

—Dijeron que el blanco sabía que no era perro, porque había otros hombres con él y todos vieron que el animal se paró en dos patas, como gente, para alcanzar el queso, que estaba en una bandeja colgada del techo. Los hombres estaban esperando al ladrón porque todas las noches le robaban queso al blanco. Así que el blanco mató al ladrón sabiendo que no era perro.

—¿Hay muchos diableros en estos días, doña Luz?

—Esas cosas son muy secretas. Dicen que ya no hay diableros, pero yo lo dudo, porque alguien de la familia del diablero tiene que aprender lo que el diablero sabe. Los diableros tienen sus propias leyes, y una de ellas es que un diablero debe enseñar sus secretos a algún pariente suyo.

—¿Qué cree que era el animal, don Genaro? —pregunté a un hombre muy anciano.

—Un perro de algún rancho de por ahí. ¿Qué otra cosa?

—¡Podría haber sido un diablero!

—¿Un diablero? ¡Está loco! No hay diableros.

—¿Quiere usted decir que ya no hay, o que nunca hubo?

—En un tiempo sí hubo. Es cosa sabida de todos, Pero la gente les tenía mucho miedo y los mató.

—¿Quién los mató, don Genaro?

—Toda la gente de la tribu. El último diablero que yo conocí fue S... Mató docenas, quizá hasta cientos de personas con su brujería. No podíamos tolerar eso y la gente se juntó y una noche le cayeron por sorpresa y lo quemaron vivo.

—¿Cuándo fue eso, don Genaro?

—En mil novecientos cuarenta y dos.

—¿Lo vio usted?

—No, pero la gente todavía lo comenta. Dicen que no quedaron cenizas, aunque la estaca era de madera verde. Todo lo que quedó al final fue un gran charco de grasa.

Aunque don Juan tildaba de diablero a su benefactor, nunca mencionó el sitio donde había adquirido su saber ni identificó a su maestro. De hecho, don Juan revelaba muy poco de su vida personal. Sólo decía que nació en el suroeste en 1891; que había pasado casi toda su vida en México; que en 1900 su familia fue exiliada por el gobierno a la parte central del país, junto con miles de otros indios sonorenses, y que él vivió en el centro y el sur de México hasta 1940, Así, como don Juan había viajado mucho, su conocimiento podía ser producto de múltiples influencias. Y aunque se consideraba indio de Sonora, yo no podía tener certeza para catalogar totalmente su saber en la cultura de los indios sonorenses. Pero no es mi intención determinar aquí su medio cultural preciso.

En junio de 1961 inicié mi aprendizaje con don Juan. Anteriormente lo había visto en

diversas ocasiones, pero siempre en calidad de observador antropológico. Durante esas primeras conversaciones, yo tomaba notas en forma encubierta. Luego, confiando en mi memoria, reconstruía toda la conversación. Pero cuando empecé a participar como aprendiz, tal método de tomar notas se dificultó mucho, pues nuestras conversaciones se referían a muchos temas diferentes. Entonces don Juan me permitió —aunque tras de vigorosa protesta— anotar abiertamente cuanto se dijera. También me habría gustado tomar fotos y hacer grabaciones, pero no quiso permitírmelo.

Serví como aprendiz primero en Arizona y después en Sonora, porque don Juan se mudó a México durante el curso de mi preparación. El procedimiento que seguí fue verlo durante unos cuantos días cada determinado tiempo. Mis visitas se hicieron más frecuentes y más largas durante los meses de verano de 1961, 1962, 1963 y 1964. En retrospectiva, pienso que este método de conducir el aprendizaje impidió que la enseñanza fuera completa, porque retrasó la venida del compromiso pleno indispensable para convertirme en brujo. Sin embargo, el método fue benéfico desde mi punto de vista personal, porque me dio un poco de distancia, y eso fomentó a su vez un sentido de examen crítico que habría sido imposible de lograr si yo hubiera participado continuamente, sin interrupción. En septiembre de 1965 interrumpí voluntariamente el aprendizaje.

Varios meses después de mi retirada, medité por primera vez en la idea de ordenar sistemáticamente mis notas de campo. Como los datos que había reunido eran bastante voluminosos e incluían mucha información miscelánea, empecé por tratar de establecer un sistema de clasificación. Dividí los datos en grupos de conceptos y procedimientos interrelacionados y dispuse tales grupos en orden jerárquico de importancia subjetiva, es decir, de acuerdo con el efecto que cada uno había tenido sobre mí. En esa forma llegué a la siguiente clasificación: usos de plantas alucinógenas; procedimientos y fórmulas empleados en la brujería; adquisición y manipulación de objetos de poder; usos de plantas medicinales; canciones y leyendas.

Reflexionando sobre los fenómenos experimentados, advertí que mi intento de clasificación no había producido sino un inventario de categorías; cualquier intento de refinar mi plan no daría, por tanto, sino un inventario más complejo. Eso no era lo que yo deseaba. Durante los meses siguientes a mi abandono del aprendizaje, necesité comprender lo que había experimentado, y lo que había experimentado era la enseñanza de un sistema coherente de creencias por medio de un método pragmático y experimental. Desde la primera sesión en que participé, se me había hecho manifiesto que las enseñanzas de don Juan poseían cohesión interna. Una vez decidido definitivamente a comunicarme su saber, procedió a hacer sus explicaciones por pasos ordenados. Descubrir ese orden y comprenderlo resultó para mí una tarea en extremo difícil.

Mi incapacidad de lograr una comprensión parece haber nacido del hecho de que, tras cuatro años como aprendiz, seguía siendo un principiante. Resultaba claro que el conocimiento de don Juan y su método de transmitirlo eran los de su benefactor; así, mis dificultades para comprender sus enseñanzas debieron de ser análogas a las que él mismo experimentó. Don

Juan aludía a nuestra similitud como principiantes en comentarios incidentales sobre la incapacidad de comprender a su maestro durante su propio aprendizaje. Tales observaciones me llevaron a creer que para cualquier principiante, indio o no, el conocimiento de la brujería se hacía incomprensible por las características extranjeras de los fenómenos que el aprendiz experimentaba. Personalmente, como occidental, dichas características me resultaron tan ajenas que me fue prácticamente imposible explicarlas según mi propia vida cotidiana, y me vi forzado a concluir que sería inútil cualquier intento de clasificar mis datos de campo en mis propios términos.

Así se hizo obvio que el saber de don Juan debía ser examinado como él mismo lo comprendía; sólo en esos términos podría manifestarse en forma convincente. Sin embargo, al tratar de reconciliar mis puntos de vista con los de don Juan advertí que, cuando trataba de explicarme su saber, usaba siempre conceptos que lo hicieran «inteligible». Como esos conceptos eran ajenos a mí, tratar de comprender los conocimientos de don Juan como él los comprendía me colocaba en otra posición insostenible. Por tanto, mi primera tarea era determinar el orden de conceptualización empleado por don Juan. Trabajando en ese sentido, vi que él mismo había hecho hincapié particular en cierto terreno de sus enseñanzas: específicamente, los usos de plantas alucinógenas. Sobre la base de este descubrimiento, revisé mi propio esquema de categorías.

Don Juan usó, por separado y en distintas ocasiones, tres plantas alucinógenas: peyote (*Lophophora williamsii*), toloache (*Datura inoxia* syn. *D. meteloides*) y un hongo (posiblemente *Psilocybe mexicana*). Desde antes de su contacto con europeos, los indios americanos conocían las propiedades alucinógenas de estas tres plantas. A causa de sus propiedades, han sido muy usadas por placer, para curar, en la brujería, y para alcanzar un estado de éxtasis. En el contexto específico de sus enseñanzas, don Juan relacionaba el uso de la *Datura inoxia* y la *Psilocybe mexicana* con la adquisición de poder, un poder que él llamaba un «aliado». Relacionaba el uso de la *Lophophora williamsii* con la adquisición de sabiduría, o conocimiento de la buena manera de vivir.

La importancia de las plantas consistía, para don Juan, en su capacidad de producir etapas de percepción peculiar en un ser humano. Así, me guió al experimentar una serie de tales etapas con el propósito de exponer y validar su conocimiento. Las he llamado «estados de realidad no ordinaria», en el sentido de realidad inusitada contrapuesta a la realidad ordinaria de la vida cotidiana. La distinción se basa en el significado inherente a los estados de realidad no ordinaria. En el contexto del saber de don Juan se consideraban reales, aunque su realidad se diferenciaba de la realidad ordinaria.

Don Juan consideraba los estados de realidad no ordinaria como única forma de aprendizaje pragmático y único medio de adquirir el poder. Daba la impresión de que otras partes de sus enseñanzas eran incidentales a la adquisición de poder. Este punto de vista permeaba la actitud de don Juan hacia todo lo que no estaba conectado directamente con los estados de realidad no ordinaria. A través de mis notas de campo hay referencias dispersas al sentir de don Juan. Por ejemplo, en una conversación insinuó que algunos objetos poseen en sí

mismos cierta cantidad de poder. Aunque él en lo particular no tenía ningún respeto por los objetos de poder, decía que los brujos menores a menudo se valían de ellos. Le pregunté frecuentemente sobre esos objetos, pero pareció no tener interés en discutirlos. Sin embargo, cuando el tema se trajo a colación en otra oportunidad, consintió, con renuencia en hablar de ellos.

—Hay ciertos objetos empapados de poder —dijo—. Hay cantidades de objetos así cultivados por hombres poderosos con ayuda de espíritus amigos. Estos objetos son herramientas; no son herramientas comunes, sino herramientas de muerte. Pero no son más que objetos; no tienen poder de enseñar. Hablando con propiedad, están en el terreno de los objetos de guerra; están hechos para la lucha; están hechos para matar, cuando se los arroja.

—¿Qué clase de objetos son, don Juan?

—No son en realidad objetos; más bien son modos de poder.

—¿Cómo puede uno obtener esos modos de poder, don Juan?

—Depende de la clase de objeto que quieras.

—¿Cuántas clases de objetos hay?

—Ya te dije, docenas. Cualquier cosa puede ser un objeto de poder.

—Bueno, entonces, ¿cuáles son los más poderosos?

—El poder de un objeto depende de su dueño, de la clase de hombre que sea. Un objeto de poder cultivado por uno de esos brujos de mala muerte es una idiotez; en cambio, un brujo fuerte y poderoso da su fuerza a sus herramientas.

—¿Cuáles son entonces los objetos de poder más comunes? ¿Cuáles prefieren la mayoría de los brujos?

—No hay preferencias. Todos son objetos de poder, todos son lo mismo.

—¿Usted tiene alguno, don Juan?

No respondió; sólo me miró y se echó a reír. Permaneció callado largo rato, y pensé que mis preguntas lo molestaban.

—Hay límites para esos modos de poder —prosiguió—. Pero de esto yo tengo la seguridad que no entiendes ni una palabra. A mí me ha llevado casi una vida entender que, por sí solo, un aliado puede revelar todos los secretos de esos poderes menores y volverlos cosa de niños. Yo tuve herramientas así en un tiempo, cuando era muy joven.

—¿Qué objetos de poder tenía usted?

—Maíz pinto, cristales y plumas.

—¿Qué es el maíz pinto, don Juan?

—Un grano de maíz que tiene una raya de color rojo en la mitad.

—¿Es un solo grano?

—No. Un brujo tiene cuarenta y ocho.

—¿Qué hacen esos granos de maíz, don, Juan?

—Cada uno puede matar a un hombre entrando en su cuerpo.

—¿Y cómo entra en el cuerpo?

—Es un objeto de poder y su poder consiste, entre otras cosas, en entrar en el cuerpo.

—¿Y qué hace cuando entra?

—Se hunde; se acomoda en el pecho o en los intestinos. El hombre se enferma y, a menos que el brujo que lo atienda sea más fuerte que el que le hizo la brujería, muere tres meses después del momento en que el grano de maíz le entró en el cuerpo.

—¿Hay alguna manera de curarlo?

—El único modo es sacándole el maicito, pero muy pocos brujos se atreven a hacerlo. Puede que un brujo logre chuparlo, pero si no es lo bastante fuerte para rechazarlo, el maíz se le mete en el propio cuerpo y lo mata en lugar del otro.

—Pero ¿cómo logra un grano de maíz entrar en el cuerpo de alguien?

—Para explicar eso debo hablarte de la brujería del maíz pinto, que es una de las brujerías más poderosas que conozco. La brujería se hace con dos maicitos. A uno se lo esconde en el botón fresco de una flor amarilla. Luego, a la flor se la deja en algún lugar donde pueda quedar en contacto con la víctima: en el camino por donde él pase a diario, o en cualquier parte donde acostumbre llegar. Apenas la víctima pisa la flor, o la toca de cualquier manera, la brujería está hecha. El maicito pinto se hunde en su cuerpo.

—¿Qué pasa con el grano de maíz después de que el hombre lo toca?

—Todo su poder entra en el hombre, y el grano queda libre. Se convierte en un maíz

cualquiera. Puede dejarse en el sitio de la brujería, o puede barrerse; no importa. Es mejor barrerlo y echarlo al matorral para que algún pájaro se lo coma.

—¿Puede comérselo un pájaro antes de que el hombre lo toque?

—No. Ningún pájaro es tan estúpido, te lo aseguro. Los pájaros no se le acercan.

Don Juan describió entonces un procedimiento muy complejo por medio del cual pueden obtenerse tales maíces de poder.

—Debes tener en cuenta que el maíz pinto es un simple instrumento, no un aliado —dijo—. Cuando hayas hecho esa distinción no tendrás problema. Pero si consideras que esas herramientas son supremas, serás un tonto.

—¿Son los objetos de poder tan poderosos como un aliado? —pregunté.

Don Juan rió desdeñoso antes de contestar. Parecía estar esforzándose por tenerme paciencia.

—El maíz pinto, los cristales y las plumas son simples juguetes en comparación con un aliado —dijo—. Un hombre necesita objetos de poder sólo cuando no tiene un aliado. Buscarlos es perder el tiempo, sobre todo para ti. Tú deberías tratar de ganarte un aliado; cuando lo logres comprenderás lo que te estoy diciendo ahora. Los objetos de poder son como juego de niños.

—No me entienda mal, don Juan —protesté—. Por supuesto que quiero tener un aliado, pero también quiero saber todo lo que pueda acerca de los objetos de poder. Usted mismo ha dicho que saber es poder.

—¡No! —dijo categórico—. El poder depende de la clase de saber que se tenga. ¿De qué sirve saber cosas que no valen la pena?

En el sistema de creencias de don Juan, la adquisición de un aliado significaba exclusivamente la explotación de los estados de realidad no ordinaria que produjo en mí usando plantas alucinógenas. Creía que enfocando dichos estados y omitiendo otros aspectos del saber que él impartía, yo llegaría a una visión coherente de los fenómenos experimentados.

Por tanto, he dividido este libro en dos partes. En la primera, presento selecciones de mis notas de campo, relativas a los estados de realidad no ordinaria que atravesé durante el aprendizaje. Como he ordenado mis notas de acuerdo con la continuidad del relato, no siempre tienen una secuencia cronológica exacta. Nunca describí por escrito un estado de realidad no ordinaria hasta varios días después de haberlo experimentado, cuando ya podía tratarlo con calma y objetividad. En cambio, mis conversaciones con don Juan fueron anotadas conforme ocurrían, inmediatamente después de cada estado de realidad no ordinaria. Por ello, mis informes de estas conversaciones tienen a veces fecha anterior a la descripción completa de

una experiencia.

Mis notas de campo revelan la versión subjetiva de lo que yo percibía al atravesar la experiencia. Esa versión se presenta aquí tal como la narraba a don Juan, quien exigía una reminiscencia completa y fiel de cada detalle y un recuento en pleno de cada experiencia. Al anotar dichas experiencias, añadí detalles incidentales, en un intento por recuperar el ámbito total de cada estado de realidad no ordinaria. Quería describir en la forma más completa posible el efecto emotivo que había experimentado.

Mis notas de campo manifiestan asimismo el contenido del sistema de creencias de don Juan. He condensado largas páginas de preguntas y respuestas entre don Juan y yo, con el fin de no reproducir la repetitividad propia de toda conversación. Pero como también quiero reflejar con exactitud el tono general de nuestras conversaciones, he quitado únicamente el diálogo que no aportó nada a mi comprensión de los conocimientos que don Juan me impartía. La información que él me daba era siempre esporádica, y por cada arranque de parte suya había horas de sondeo por la mía. Sin embargo, en muchas ocasiones expuso libremente sus conocimientos.

En la segunda parte de este libro, presento un análisis estructural sacado exclusivamente de los datos ofrecidos en la primera parte. A través de mi análisis intento cimentar los siguientes argumentos: 1) don Juan presentaba sus enseñanzas como un sistema de pensamiento lógico; 2) el sistema sólo tenía sentido examinado a la luz de sus propias unidades estructurales, y 3) el sistema estaba planeado para guiar al aprendiz a un nivel de conceptualización que explicaba el orden de los fenómenos que había experimentado el mismo aprendiz.

# **PRIMERA PARTE LAS ENSEÑANZAS**

## I

LAS NOTAS sobre mi primera sesión con don Juan están fechadas el 23 de junio de 1961, En esa ocasión principiaron las enseñanzas. Yo había visto a don Juan varias veces antes, únicamente en calidad de observador. En cada oportunidad le había pedido instruirme sobre el peyote. Siempre hacia caso omiso de mi petición, pero jamás rechazaba de plano el tema y yo interpretaba sus titubeos como una posibilidad de que, rogándole más, podría inclinarse a hablar de sus conocimientos.

En esta sesión inicial me dio a entender claramente que podría tener en cuenta mi petición siempre y cuando yo poseyera claridad de mente y propósito —con respecto a lo que le había preguntado—. Me era imposible cumplir tal condición, pues yo sólo le había pedido enseñanza sobre el peyote como medio de establecer con él un lazo de comunicación. Pensé que su familiaridad con el tema podía predisponerlo a estar más abierto y más dispuesto a hablar, permitiéndome así el ingreso en su conocimiento de las propiedades de las plantas. Sin embargo, él había tomado mi petición en sentido literal, y le preocupaba mi propósito de desear aprender sobre el peyote.

*Viernes, 23 de junio, 1961*

—¿Me va usted a enseñar, don Juan?

—¿Por qué quieres emprender un aprendizaje así?

—Quiero, de veras que me enseñe usted lo que se hace con el peyote. ¿No es buena razón nada más que querer saber?

—¡No! Debes buscar en tu corazón y descubrir por qué un joven como tú quiere emprender tamaña tarea de aprendizaje.

—¿Por qué aprendió usted, don Juan?

—¿Por qué preguntas eso?

—Quizá los dos tenemos las mismas razones.

—Lo dudo. Yo soy indio. No andamos por los mismos caminos.

—Mi única razón es que *quiero* aprender, sólo por saber. Pero le aseguro, don Juan, que mis intenciones no son malas.

—Te creo. Te he fumado.

—¿Cómo dice?

—No importa ya. Conozco tus intenciones.

—¿Quiere usted decir que vio a través de mí?

—Puedes decirlo así.

—¿Entonces me enseñará?

—¡No!

—¿Porque no soy indio?

—No. Porque no conoces tu corazón. Lo importante es que sepas exactamente por qué quieres comprometerte. Aprender los asuntos del «Mescalito» es un acto de lo más serio. Si fueras indio, tu solo deseo sería suficiente. Muy pocos indios tienen ese deseo.

*Domingo, 25 de junio, 1961*

Me quedé con don Juan toda la tarde del viernes. Iba a marcharme a eso de las 7 p. m. Estábamos sentados en el zaguán de su casa y yo resolví preguntarle una vez más acerca de la enseñanza. Era casi una pregunta de rutina y esperaba que él volviese a negarse. Le pregunté si había alguna forma de aceptar mi solo deseo de saber, como si yo fuera indio. Tardó un rato largo en responder. Me sentí obligado a quedarme, porque don Juan parecía estar tratando de decidir algo.

Finalmente me dijo que había una forma, y procedió a delinear un problema. Señaló que yo estaba muy cansado sentado en el suelo, y que lo adecuado era hallar un «sitio» en el suelo donde pudiera sentarme sin fatiga. Yo tenía las rodillas contra el pecho y los brazos enlazados en torno a las pantorrillas. Cuando don Juan dijo que yo estaba cansado, advertí que me dolía la espalda y me hallaba casi exhausto.

Esperé su explicación con respecto a lo de un «sitio», pero don Juan no hizo ningún intento abierto de aclarar el punto. Pensé que acaso quería indicarme cambiar de posición, de modo que me levanté y fui a sentarme más cerca de él. Don Juan protestó por mi movimiento y recalcó claramente que un sitio significaba un lugar donde uno podía sentirse feliz y fuerte de manera natural. Palmeó el lugar donde se hallaba sentado y dijo que ése era su sitio, añadiendo que me había puesto una adivinanza: yo debía resolverla solo y sin más deliberación.

Lo que él había planteado como un problema que ha de ser resuelto era ciertamente una adivinanza. Yo no tenía idea de cómo empezar, ni idea de lo que él tenía en mente. Varias veces pedí una pista, o al menos un indicio, sobre cómo proceder a la localización de un punto donde me sintiera feliz y fuerte. Insistí y argumenté que no tenía la menor idea de qué quería decir él en realidad, porque no me era posible concebir el problema. Él me sugirió caminar por el zaguán, hasta hallar el sitio.

Me levanté y empecé a recorrer el suelo. Me sentí ridículo y fui a sentarme frente a don Juan.

Él se enojó mucho conmigo y me acusó de no escuchar, diciendo que acaso no quisiera aprender. Tras un rato se calmó y me explicó que no cualquier lugar era bueno para sentarse o para estar en él, y que dentro de los confines del zaguán había un único sitio donde yo podía estar en las mejores condiciones. Mi tarea consistía en distinguirlo entre todos los demás lugares. La norma general era «sentir» todos los sitios posibles a mi alcance hasta determinar sin lugar a dudas cuál era el sitio correspondiente.

Argüí que, si bien el zaguán no era demasiado grande (3,5 X 2,5 metros), el número de sitios posibles era avasallador, que requeriría un tiempo muy largo para probarlos todos y que como él no especificaba el tamaño del sitio, las posibilidades podían ser infinitas. Mis argumentos resultaron fútiles. Don Juan se puso en pie y, con mucha severidad, me advirtió que resolver el problema tal vez requiriera días, pero de no resolverlo daba igual que me marchara, porque él no tendría nada que decirme. Recalcó que él sabía dónde era mi sitio, y que por tanto yo no podría mentirle; dijo que sólo en esta forma le sería posible aceptar como razón válida mi deseo de aprender los asuntos del Mescalito. Añadió que nada en este mundo era un regalo: todo cuanto hubiera que aprender debía aprenderse por el camino difícil.

Dio vuelta a la casa para ir a orinar en el chaparral. De regreso entró directamente en su casa por la parte trasera.

Pensé que la misión de hallar el supuesto sitio de felicidad era su propio modo de deshacerse de mí, pero me levanté y empecé a pasear de un lado a otro. El cielo estaba claro. Podía ver cuanto había en el zaguán y sus inmediaciones. Debí de caminar una hora o más, pero no ocurrió nada que revelase la ubicación del sitio. Me cansé de andar y tomé asiento; tras unos cuantos minutos me senté en otro lugar, y luego en otro, hasta cubrir todo el piso en forma semisistemática. Deliberadamente procuraba «sentir» diferencias entre lugares, pero carecía de criterio para la diferenciación. Sentí que estaba perdiendo el tiempo, pero me quedé. Mi

racionalización fue que había venido de lejos sólo para ver a don Juan, y en realidad no tenía otra cosa que hacer.

Me acosté de espaldas y puse las manos bajo la cabeza a manera de almohada. Luego rodé y permanecí un rato sobre mi estómago. Repetí este proceso rodando por todo el piso. Por primera vez me pareció haber tropezado con un vago criterio. Sentía más calor acostado de espaldas.

Rodé nuevamente, ahora en dirección contraria, y otra vez cubrí el largo del piso, yaciendo boca abajo en los sitios donde estuve boca arriba en mi primera gira rodante. Experimenté las mismas sensaciones de tibieza y frío según la postura, pero no diferencia entre los sitios.

Entonces se me ocurrió una idea que creí brillante: ¡el sitio de don Juan! Me senté allí y luego me acosté, boca abajo al principio y después de espaldas, pero el lugar era igual a los otros. Me levanté. Estaba harto. Quería despedirme de don Juan, pero no me atrevía a despertarlo. Miré mi reloj. ¡Eran las 2 de la mañana! Había estado rodando durante seis horas.

En ese momento don Juan salió y rodeó la casa para ir al chaparral. Regresó y se detuvo junto a la puerta. Me sentía completamente abatido, y quise decirle algo desagradable y marcharme. Pero me di cuenta de que no era culpa suya; yo mismo había querido prestarme a todas esas tonterías. Le declaré mi fracaso: llevaba toda la noche rodando en el suelo, como un idiota y aún no podía hallar pies ni cabeza a la adivinanza.

Don Juan rió y dijo que eso no lo sorprendía, porque yo no había procedido, correctamente. No había usado los ojos. Eso era cierto, pero yo estaba muy seguro de que él me había indicado sentir la diferencia. Señalé esto, y él arguyó que es posible sentir con los ojos, cuando no están mirando de lleno las cosas. En mi propio caso, dijo, no tenía yo otro medio de resolver el problema que usar cuanto tenía: mis ojos.

Entró en la casa. Tuve la certeza de que me había observado. No tenía, pensé, otra forma de saber que yo no había estado usando los ojos.

Empecé a rodar de nuevo, porque ése era el procedimiento más cómodo. Esta vez, sin embargo, apoyé la barbilla en las manos y miré cada detalle.

Tras un intervalo cambió la oscuridad en torno mío. Mientras enfocaba el punto directamente frente a mí, toda la zona periférica de mi campo de visión adquirió una coloración brillante, un amarillo verdoso homogéneo. El efecto fue pasmoso. Mantuve los ojos fijos en el punto frente a mí y empecé a reptar de lado, boca abajo, trecho por trecho.

De pronto, en un punto cercano a la mitad del piso, advertí otro cambio de color. En un sitio, a mi derecha, aún en la periferia de mi campo de visión, el amarillo verdoso se hacía intensamente púrpura. Concentré allí la atención. El púrpura se desvaneció en un color pálido, pero brillante todavía, que permaneció estable mientras detuve en él mi atención.

Marqué el sitio con mi chaqueta y llamé a don Juan. Salió al zaguán. Yo estaba realmente excitado; había visto claramente el cambio de matices. Don Juan no pareció impresionarse, pero me indicó sentarme en el sitio e informarle de qué clase de sensación era aquélla.

Tomé asiento y luego me tendí de espaldas. En pie junto a mí, don Juan preguntó repetidamente cómo me sentía, pero yo no experimenté nada diferente. Durante unos quince minutos traté de sentir o ver una diferencia, mientras don Juan aguardaba paciente junto a mí. Me sentí fastidiado. Tenía un sabor metálico en la boca. De un momento a otro me dolía la cabeza. Estaba a punto de vomitar. La idea de mis esfuerzos absurdos me irritaba hasta la furia. Me levanté.

Don Juan debió notar mi profunda amargura. No rió: dijo con mucha seriedad que, si quería yo aprender, debía ser inflexible conmigo mismo. Sólo una opción me estaba abierta, dijo: renunciar y marcharme, caso en el cual jamás aprendería, o resolver la adivinanza.

Entró de nuevo. Yo quería irme en el acto, pero me hallaba demasiado cansado para conducir; además, el percibir los colores había sido tan asombroso que yo no vacilaba en considerar aquello como un criterio de algún tipo, y acaso pudieran percibirse otros cambios.

De cualquier modo, era demasiado tarde para irme. Me senté, estiré las piernas hacia atrás y volvía comenzar desde el principio.

Durante esta ronda atravesé rápidamente cada lugar, pasando por el sitio de don Juan, hasta el final del piso, y luego viré para cubrir el lado exterior. Al llegar al centro advertí que otro cambio de coloración estaba ocurriendo de nuevo en el borde de mi campo de visión. El color verdoso pálido percibido en toda el área se convertía, en cierto sitio a mi derecha, en un verdigrís nítido. Permaneció un momento y luego se metamorfoseó súbitamente en otro matiz fijo, distinto del que yo había percibido antes. Me quité un zapato para marcar el punto, y seguí rodando hasta cubrir el suelo en todas las direcciones posibles. No hubo ningún otro cambio de coloración.

Volví al punto indicado por mi zapato y lo examiné. Quedaba a metro y medio o poco más del sitio indicado por mi chaqueta, aproximadamente en dirección sureste. Había una piedra grande junto a él. Estuve tendido allí un buen rato, tratando de descubrir pistas, observando cada detalle, pero no sentí nada diferente.

Decidí probar el otro sitio. Rápidamente giré sobre mis rodillas, y estaba a punto de acostarme en la chaqueta cuando sentí una aprensión insólita. Era más bien como la sensación física de que algo empujaba mi estómago. Me levanté de un salto, retrocediendo con el mismo impulso. El cabello de mi nuca se erizó. Mis piernas se habían arqueado ligeramente, mi tronco estaba echado hacia adelante y mis brazos se proyectaban rígidamente frente a mí, con los dedos contraídos como garras. Advertí la extraña postura, y mi sobresalto aumentó.

Retrocediendo involuntariamente, tomé asiento en la piedra junto a mi zapato. De allí me

dejé resbalar al suelo. Intenté aclarar qué cosa había podido ocurrir para producirme tal susto. Pensé que debía haber sido mi fatiga. Ya casi era de día, Me sentí ridículo y confuso. Sin embargo, no tenía modo de explicar qué cosa me asustó, ni había descubierto lo que deseaba don Juan.

Resolví hacer un último intento. Me levanté, me acerqué despacio al lugar marcado por mi chaqueta, y de nuevo sentí la misma aprensión. Esta vez hice un vigoroso esfuerzo por dominarme. Tomé asiento y luego me arrodillé para tenderme boca abajo, pero no pude acostarme pese a mi voluntad. Puse las manos en el suelo. Mi aliento se aceleró; se me revolvió el estómago. Tuve una clara sensación de pánico y luché por no salir corriendo, Pensé que tal vez don Juan me vigilaba. Lentamente repté de regreso al otro sitio y apoyé la espalda contra la piedra. Quería descansar un rato para poner en orden mis ideas, pero me quedé dormido.

Oí a don Juan hablar y reír por encima de mi cabeza. Desperté.

—Hallaste el sitio —dijo.

Al principio no entendí, pero él me aseguró de nuevo que el lugar donde me había quedado dormido era el sitio en cuestión. Una vez más preguntó qué sentía allí tendido. Le dije que en realidad no advertía ninguna diferencia.

Me pidió comparar mis sensaciones en aquel momento con lo que había sentido al yacer en el otro sitio. Por vez primera se me ocurrió conscientemente que me era imposible explicar mi aprensión de la noche anterior, Don Juan me instó, con una especie de actitud de reto, a sentarme en el otro sitio.

Por algún motivo inexplicable, yo tenía miedo a ese lugar, y no me senté en él. Don Juan aseveró que sólo un tonto podía dejar de ver la diferencia.

Le pregunté si cada uno de los dos lugares tenía un nombre especial. Dijo que el bueno se llamaba el sitio y el malo el enemigo; dijo que estos dos lugares eran la clave del bienestar de un hombre, especialmente si buscaba conocimiento. El mero acto de sentarse en el sitio propio creaba fuerza superior; en cambio, el enemigo debilitaba e incluso podía causar la muerte. Dijo que yo había repuesto mi energía, dispendiada la noche anterior, echando una siesta en mi sitio.

También dijo que los colores percibidos por mí en asociación con cada sitio específico tenían el mismo efecto general de dar fuerza o de reducirla.

Le pregunté si existían para mí otros sitios como los dos que había hallado y cómo debería hacer para localizarlos. Dijo que muchos lugares en el mundo serían comparables a esos dos, y que la mejor manera de hallarlos era determinar sus colores respectivos.

Yo no sabía a ciencia cierta si había resuelto el problema o no; de hecho, ni siquiera me hallaba convencido de que hubiese habido algún problema; no podía dejar de sentir que la

experiencia era totalmente forzada y arbitraria. Estaba seguro de que don Juan me había observado toda la noche para luego seguirme la corriente diciendo que el sitio donde me quedara dormido *era* el buscado. Sin embargo, no veía yo motivo lógico de tal acción, y cuando me retó a sentarme en el otro sitio no pude hacerlo. Había una extraña separación entre mi experiencia pragmática de temer al «otro sitio» y mis consideraciones racionales sobre todo el episodio.

Don Juan, en cambio, se hallaba muy seguro de que yo había triunfado y, actuando en concordancia con mi éxito, me hizo saber que iba a instruirme con respecto al peyote.

—Me pediste que te enseñara los asuntos del Mescalito —dijo—. Yo quería ver si tenías espinazo como para conocerlo cara a cara. Mescalito no es chiste. Debes ser dueño de tus recursos. Ahora sé que puedo aceptar tu solo deseo como una buena razón para aprender.

—¿De veras va usted a enseñarme los asuntos del peyote?

—Prefiero llamarlo Mescalito. Haz tú lo mismo.

—¿Cuándo va usted a empezar?

—No es tan sencillo. Primero debes estar listo.

—Creo que estoy listo.

—Esto no es un chiste. Debes esperar hasta que no haya duda, y entonces lo conocerás.

—¿Tengo qué prepararme?

—No. Nada más tienes que esperar. A lo mejor te olvidas de todo el asunto después de un tiempo. Te cansas rápidamente. Anoche estabas a punto de irte a tu casa apenas se te puso difícil. Mescalito pide una intención muy seria.

## II

*Lunes, 7 de agosto, 1961*

Llegué a la casa de don Juan en Arizona la noche del viernes, a eso de las siete. Otros cinco indios estaban sentados con él en el zaguán de su casa. Lo saludé y tomé asiento esperando que alguien dijera algo. Tras un silencio formal, uno de los hombres se levantó, vino a mí y dijo: «Buenas noches». Me levanté y respondí: «Buenas noches». Entonces todos los otros se pusieron de pie y se acercaron y todos murmuramos «buenas noches» y nos dimos la mano, tocando apenas las puntas de los dedos del otro o bien sosteniendo la mano un instante y luego dejándola caer con brusquedad.

Todos nos sentamos de nuevo. Parecían algo tímidos: sin saber qué decir, aunque todos hablaban español.

Como a las siete y media, todos se levantaron de repente y fueron hacia la parte trasera de la casa. Nadie había pronunciado palabra en largo rato. Don Juan me hizo seña de seguirlos y todos subimos en una camioneta de carga estacionada allí. Yo iba en la parte trasera, con don Juan y dos hombres más jóvenes. No había cojines ni bancas y el piso de metal resultó dolorosamente duro, sobre todo cuando dejamos la carretera y nos metimos por un camino de tierra. Don Juan susurró que íbamos a la casa de un amigo suyo, quien tenía siete mescalitos para mí.

—¿Usted no tiene, don Juan? —le pregunté.

—Sí, pero no te los puedo ofrecer. Verás: otra gente tiene que hacerlo.

—¿Puede usted decirme por qué?

—A lo mejor «él» no te ve con agrado y no le caes bien, y entonces nunca podrás conocerlo con afecto, como debe ser, y nuestra amistad quedará rota.

—¿Por qué no iba yo a caerle bien? Nunca le he hecho nada.

—No tienes que *hacer* nada para caer bien o mal. O te acepta o te tira de lado.

—Pero si no me acepta, ¿hay algo que pueda yo hacer para caerle bien?

Los otros dos hombres parecieron haber oído mi pregunta y rieron.

—¡No! No se me ocurre nada que pueda uno hacer —dijo don Juan.

Volvió la cara a un lado y ya no pude hablarle.

Debimos haber viajado al menos una hora antes de detenernos frente a una casa pequeña. Estaba bastante oscuro, y una vez que el conductor hubo apagado los faros, yo apenas discernía el contorno vago del edificio.

Una mujer joven, mexicana a juzgar por la inflexión de su voz, le gritaba a un perro para hacerlo cesar sus ladridos. Bajamos de la camioneta y entramos en la casa. Los hombres murmuraban «buenas noches» al pasar junto a la mujer. Ella respondía y continuaba gritándole al perro.

La habitación era amplia y contenía pilas de objetos diversos. La luz opaca de un foco eléctrico muy pequeño hacia la escena bastante lóbrega. Reclinadas contra la pared había varias sillas con patas rotas y asientos hundidos. Tres de los hombres se instalaron en un sofá, el mueble más grande del aposento. Era muy viejo y se había vencido hasta el piso; a la luz indistinta, parecía rojo y sucio. Los demás ocupamos sillas. Estuvimos largo rato sentados en silencio.

De pronto, uno de los hombres se levantó y fue a otro cuarto. Tendría cincuenta y tantos años; era moreno, alto y fornido. Regresó al momento con un frasco de café. Quitó la tapa y me lo dio; dentro había siete cosas de aspecto raro. Variaban en tamaño y consistencia. Algunas eran casi redondas, otras alargadas. Se sentían al tacto como la pulpa de la castaña o la superficie del corcho. Su color pardusco las hacía semejar cáscaras de nuez duras y secas. Las manipulé, frotándolas durante un buen rato.

—Esto se masca —dijo don Juan en un susurro.

Sólo cuando habló me di cuenta de que se había sentado junto a mí. Miré a los otros hombres, pero ninguno me miraba; estaban hablando entre sí en voz muy baja. Fue un momento de indecisión y temor agudos. Me sentí casi incapaz de dominarme.

—Tengo que ir al retrete —le dije—. Voy afuera a dar una vuelta.

Don Juan me entregó el frasco de café y yo puse dentro los botones de peyote. Iba a salir de la habitación cuando el hombre que me había dado el frasco se levantó, se me acercó y dijo que tenía un excusado en el otro cuarto.

El excusado estaba casi contra la puerta. Junto a ésta, casi tocándolo, había una cama grande que llenaba más de la mitad del aposento. La mujer estaba durmiendo allí. Permanecí un rato inmóvil junto a la puerta; luego regresé a la habitación donde estaban los otros hombres.

El dueño de la casa me habló en inglés:

—Don Juan dice que usted es de Sudamérica. ¿Hay mescal allí?

Le dije que nunca había oído siquiera hablar de él.

Parecían interesados en Sudamérica y hablamos de los indios durante un rato. Luego, uno de los hombres me preguntó por qué quería comer peyote. Le dije que quería saber cómo era. Todos rieron con timidez.

Don Juan me urgió suavemente:

—Masca, masca.

Mis manos se hallaban húmedas y mi estómago se contraía. El frasco con los botones de peyote estaba en el piso junto a la silla. Me agaché, tomé al azar un botón y lo puse en mi boca. Tenía un sabor rancio. Lo partí en dos con los dientes y empecé a mascar uno de los trozo. Sentí un amargor fuerte, acerbo; en un momento toda mi boca quedó adormecida. El amargor crecía conforme yo mascaba, provocando un increíble fluir de saliva. Sentía las encías y el interior de la boca como si hubiera comido carne o pescado salados y secos, que parecen forzar a masticar más. Tras un rato masqué el otro pedazo; mi boca estaba tan entumecida que ya no pude sentir el amargor. El botón de peyote era un haz de hebras, como la parte fibrosa de una naranja o como caña de azúcar, y yo no sabía si tragarlo o escupirlo. En ese momento, el dueño de la casa se puso en pie e invitó a todos a salir al zaguán.

Salimos y nos sentamos en la oscuridad. Afuera se estaba bastante cómodo, y el anfitrión sacó una botella de tequila.

Los hombres se hallaban sentados en fila con la espalda contra la pared. Yo ocupaba el extremo derecho de la línea. Don Juan, instalado junto a mí, puso entre mis piernas el frasco con los botones de peyote. Luego me pasó la botella, que circulaba a lo largo de la línea, y me dijo que tomara algo de tequila para quitarme el sabor amargo.

Escupí las hebras del primer botón y tomé un sorbo. Me dijo que no lo tragara, que sólo me enjuagara la boca para detener la saliva. No sirvió de gran cosa para la saliva, pero sí ayudó a disipar un poco el sabor amargo.

Don Juan me dio un trozo de albaricoque seco, o quizá era un higo seco —no podía verlo en la oscuridad, ni percibir el sabor— y me dijo que lo mascara detenida y lentamente, sin prisas. Tuve dificultad para tragarlo; parecía que no quisiera bajar.

Tras una pausa corta la botella dio otra vuelta. Don Juan me entregó un pedazo de carne seca, quebradiza. Le dije que no tenía ganas de comer.

—Esto no es comer —dijo con firmeza.

El ciclo se repitió seis veces. Recuerdo que había mascado seis botones de peyote cuando la conversación se puso muy animada; aunque yo no lograba distinguir qué idioma se estaba hablando, el tema de la conversación, en la que todo mundo participaba, era muy interesante, y procuré escuchar con cuidado para poder intervenir. Pero al hacer el intento de hablar me di cuenta de que no podía; las palabras se desplazaban sin objeto en mi mente.

Reclinando la espalda contra la pared, escuché lo que decían los hombres. Hablaban en italiano y repetían continuamente una frase sobre la estupidez de los tiburones. El tema me pareció lógico y coherente. Yo había dicho antes a don Juan que los primeros españoles llamaron al río Colorado, en Arizona, «el río de los tizones», y alguien escribió o leyó mal «tizones» y el río se llamó «de los tiburones». Me hallaba seguro de que discutían esa anécdota, pero nunca se me ocurrió pensar que ninguno de ellos sabía italiano.

Tenía un deseo muy fuerte de vomitar, pero no recuerdo el acto en sí. Pregunté si alguien me traería un vaso de agua. Experimenté una sed insoportable.

Don Juan trajo una cacerola grande. La puso en el suelo junto a la pared. También trajo una taza o lata pequeña. La llenó en la cacerola y me la dio, y dijo que yo no podía beber: sólo debía refrescarme la boca.

El agua parecía extrañamente brillante, reluciente, como barniz espeso, Quise preguntarle de ello a don Juan y laboriosamente traté de formular mis pensamientos en inglés, pero entonces tomé conciencia de que él no sabía inglés. Experimenté un momento muy confuso y advertí el hecho de que, aun habiendo en mi mente un pensamiento muy claro, no podía hablar. Quería comentar la extraña apariencia del agua, pero lo que sobrevino no fue habla; fue sentir que mis pensamientos no dichos salían de mi boca en una especie de forma líquida. Era la sensación de vomitar sin esfuerzo, sin contracciones del diafragma. Era un fluir agradable de palabras líquidas.

Bebí. Y la impresión de que estaba vomitando desapareció. Para entonces todos los ruidos se habían desvanecido y hallé que me costaba trabajo enfocar las cosas. Busqué a don Juan y al volver la cabeza noté que mi campo de visión se había reducido a una zona circular frente a mis ojos. Esta sensación no me atemorizaba ni me inquietaba; al contrario, era una novedad: me era posible barrer literalmente el terreno enfocando un sitio y luego moviendo despacio la cabeza en cualquier dirección. Al salir al zaguán había advertido que todo estaba oscuro, excepto el brillo distante de las luces de la ciudad. Pero dentro del área circular de mi visión todo era claro. Olvidé mi interés en don Juan y los otros hombres, y me entregué por entero a explorar el terreno con un enfoque absolutamente preciso.

Vi la juntura de la pared y el piso del zaguán. Lentamente volví la cabeza a la derecha, siguiendo el muro, y vi a don Juan sentado contra él. Moví la cabeza a la izquierda para enfocar el agua. Hallé el fondo de la cacerola; alcé ligeramente la cabeza y vi acercarse un perro negro de tamaño mediano. Lo vi venir hacia el agua. El perro empezó a beber. Alcé la mano para

apartarlo de mi agua; enfoqué en él mi visión concentrada para llevar a cabo el movimiento de empujarlo, y de pronto lo vi transparentarse. El agua era un líquido reluciente, viscoso. La vi bajar por la garganta del perro al interior de su cuerpo. La vi correr pareja a todo lo largo del animal y luego brotar por cada uno de los pelos. Vi el fluido iridiscente viajar a lo largo de cada pelo individual y proyectarse más allá de la pelambre para formar una melena larga, blanca, sedosa.

En ese momento tuve la sensación de unas convulsiones intensas, y en cosa de instantes un túnel se formó a mi alrededor, muy bajo y estrecho, duro y extrañamente frío. Parecía al tacto una pared de papel aluminio sólido. Me encontré sentado en el piso del túnel. Traté de levantarme, pero me golpeé la cabeza en el techo de metal, y el túnel se comprimió hasta empezar a sofocarme. Recuerdo haber tenido que reptar hacia una especie de punto redondo donde terminaba el túnel; cuando por fin llegué, si es que llegué, me había olvidado por completo del perro, de don Juan y de mí mismo. Me hallaba exhausto. Mis ropas estaban empapadas en un líquido frío, pegajoso. Rodé en una y en otra dirección tratando de encontrar una postura en la cual descansar, una postura en que mi corazón no golpeará tan fuerte. En una de esas vueltas vi de nuevo al perro.

Los recuerdos regresaron en el acto, y de improviso todo estuvo claro en mi mente. Me volví en busca de don Juan, pero no pude distinguir nada ni a nadie. Todo cuanto podía ver era al perro, que se volvía iridiscente; una luz intensa irradiaba de su cuerpo. Vi otra vez el flujo del agua atravesarlo, encenderlo como una hoguera. Me llegué al agua, hundí el rostro en la cacerola y bebí con él. Tenía yo las manos en el suelo frente a mí, y al beber veía el fluido correr por mis venas produciendo matices de rojo y amarillo y verde. Bebí más y más. Bebí hasta hallarme todo en llamas; resplandecía de pies a cabeza. Bebí hasta que el fluido salió de mi cuerpo a través de cada poro y se proyectó al exterior en fibras como de seda, y también yo adquirí una melena larga, lustrosa, iridiscente. Miré al perro y su melena era como la mía. Una felicidad suprema llenó mi cuerpo, y corrimos juntos hacia una especie de tibieza amarilla procedente de algún lugar indefinido. Y allí jugamos. Jugamos y forcejamos hasta que yo supe sus deseos y él supo los míos. Nos turnábamos para manipularnos mutuamente, al estilo de una función de marionetas. Torciendo los dedos de los pies, yo podía hacerle mover las patas, y cada vez que él cabeceaba yo sentía un impulso irresistible de saltar. Pero su mayor travesura consistía en agitar las orejas de un lado a otro para que yo, sentado, me rascara la cabeza con el pie. Aquella acción me parecía total e insoportablemente cómica. ¡Qué toque de ironía y de gracia, qué maestría!, pensaba yo. Me poseía una euforia indescriptible. Reí hasta que casi me fue imposible respirar.

Tuve la clara sensación de no poder abrir los ojos; me encontraba mirando a través de un tanque de agua. Fue un estado largo y muy doloroso, lleno de la angustia de no poder despertar y de a la vez, estar despierto. Luego; lentamente, el inundo se aclaró y entró en foco. Mi campo de visión se hizo de nuevo muy redondo y amplio, y con ello sobrevino un acto consciente ordinario, que fue volver la vista en busca de aquel ser maravilloso. En este punto empezó la transición más difícil. La salida de mi estado normal había sucedido casi sin que yo me diera cuenta: estaba consciente, mis pensamientos y sentimientos eran un corolario de esa

conciencia, y el paso fue suave y claro. Pero este segundo cambio, el despertar a la conciencia seria, sobria, fue genuinamente violento. ¡Había olvidado que era un hombre! La tristeza de tal situación irreconciliable fue tan intensa que lloré.

*Sábado, 5 de agosto, 1961*

Más tarde, aquella mañana después del desayuno, el dueño de la casa, don Juan y yo regresamos a donde vivía don Juan. Yo estaba muy cansado, pero no pude dormirme en la camioneta. Sólo después de que el hombre se marchó, me quedé dormido, en el zaguán de la casa de don Juan.

Cuando desperté era de noche don Juan me había tapado con una cobija. Lo busqué, pero no estaba en la casa. Regresó más tarde con una olla de frijoles refritos y un montón de tortillas. Yo tenía mucha hambre.

Después de comer, mientras descansábamos, me pidió narrarle cuanto me hubiera ocurrido la noche anterior. Relaté mis experiencias en gran detalle y con la mayor exactitud posible. Cuando terminé, él asintió y dijo:

—Creo que andas muy bien. Se me dificulta explicarte ahora cómo y por qué. Pero creo que te fue bien. Verás: a veces él es juguetón como un niño; otras veces es terrible, espantoso. O hace travesuras o es muy serio. No se puede saber de antemano cómo va a ser con otra persona. Pero cuando uno lo conoce bien... a veces. Tú anoche jugaste con él. Eres la única persona que conozco que ha tenido un encuentro así.

—¿En qué forma difiere mi experiencia de la de otros?

—Tú no eres indio; por eso se me dificulta aclarar qué es qué. Pero él o toma a las gentes o las rechaza, sin importarles que sean indias o no. Eso lo sé. Las he visto por docenas. También sé que travesea, hace reír a algunos, pero jamás lo he visto con nadie.

—¿Puede usted decirme ahora, don Juan, cómo protege el peyote...?

No me dejó terminar. Me tocó vigorosamente el hombro.

—No lo nombres nunca así. Todavía no lo has visto lo bastante para conocerlo.

—¿Cómo protege Mescalito a la gente?

—Aconseja. Responde cualquier cosa que le preguntes.

—¿Entonces Mescalito es real? Digo, ¿es algo que puede verse?

Pareció desconcertado por mi pregunta. Me miró con una especie de expresión vacía.

—Lo que quise decir es que Mescalito...

—Oí lo que dijiste. ¿Qué no lo viste anoche?

Quise decirle que sólo había visto un perro, pero noté su mirada de extrañeza.

—¿Entonces cree usted que lo que vi anoche era él?

Me miró con desprecio. Chasqueó la lengua, sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo, y en tono muy belicoso añadió:

—¿A poco crees que era tu... mamá?

Hizo una pausa antes de «mamá» porque lo que iba a decir era «tu chingada madre». La palabra «mamá» resultó tan incongruente que ambos reímos largo tiempo.

Luego me di cuenta de que se había quedado dormido sin responder a mi pregunta.

*Domingo, 6 de agosto, 1961*

Llevé a don Juan en mi auto a la casa donde yo había tomado peyote. En el camino me dijo que el hombre que me «ofreció a Mescalito» se llamaba John. Al llegar a la casa encontramos a John sentado en el zaguán con dos hombres jóvenes. Todos se mostraron en extremo joviales. Reían y charlaban con gran desenvoltura. Los tres hablaban inglés perfectamente. Dije a John que iba a darle las gracias por haberme ayudado.

Quería saber su opinión sobre mi conducta durante la experiencia alucinógena, y les dije que había estado tratando de pensar en lo que hice aquella noche y no podía recordar. Rieron y se mostraron renuentes a hablar del asunto. Parecían contenerse a causa de don Juan. Todos lo miraban de reojo, como esperando su autorización para hablar. Don Juan debió de dársela con alguna seña, aunque yo no advertí nada, porque de pronto John empezó a decirme qué había hecho yo aquella noche.

Dijo haber sabido que yo estaba «prendido» cuando me oyó vomitar. Calculó que había yo vomitado unas treinta veces. Don Juan rectificó y dijo que sólo diez.

—Luego todos nos acercamos a ti —continuó John—. Estabas tieso y tenías convulsiones. Durante largo rato, acostado bocabajo, moviste los labios como si hablaras. Luego empezaste a pegar en el suelo con la cabeza, y don Juan te puso un sombrero viejo, y te detuviste. Estuviste horas temblando y gimiendo tirado en el piso. Creo que entonces todos nos dormimos, pero entre sueños yo te oía resoplar y gruñir. Luego te oí resoplar y gruñir. Luego te oí gritar, y desperté. Te vi saltar por los aires, gritando. Te abalanzaste sobre el agua, tiraste la cacerola y empezaste a nadar en el charco.

»Don Juan te trajo más agua. Te quedaste quieto un rato, sentado frente a la cacerola. Luego te levantaste de golpe y te quitaste toda la ropa. Estuviste de rodillas frente al agua, bebiendo a grandes tragos. Luego nada más te quedaste ahí sentado, mirando el aire. Pensamos que ahí te ibas a quedar para siempre. Casi todo el mundo estaba dormido, hasta don Juan, cuando de repente te levantaste otra vez, aullando, y te fuiste detrás del perro. El perro se asustó, y aulló también, y corrió para atrás de la casa. Entonces, todo el mundo despertó.

»Todos nos levantamos. Regresaste por el otro lado, todavía persiguiendo al perro. El perro corría delante de ti ladrando y aullando. Debiste dar como veinte vueltas a la casa, corriendo en círculos, ladrando como perro. Tuve miedo de que a la gente le entrara curiosidad. No hay vecinos cerca, pero tus aullidos eran tan fuertes que podían haberse oído a millas de distancia.

—Alcanzaste al perro —agregó uno de los jóvenes— y lo trajiste al zaguán en brazos.

—Entonces te pusiste a jugar con el perro —prosiguió John—. Luchabas con él, y el perro y tú se mordían y jugaban. Eso me hizo gracia. Mi perro no acostumbra jugar. Pero esta vez tú y el perro estaban rodando uno encima de otro.

—Luego corriste al agua y el perro bebió contigo —dijo el joven—. Corriste cinco o seis veces al agua, con el perro.

—¿Cuánto duró eso? —pregunté.

—Horas —dijo John—. Durante un rato los perdimos de vista a los dos. Creo que corrieron para atrás de la casa. Nada más los oíamos ladrar y gruñir. Tú parecías de veras un perro; no podíamos distinguirlos.

—A lo mejor era el perro solo —dije.

Rieron, y John dijo:

—¡Tú estabas ahí ladrando, muchacho!

—¿Qué pasó después?

Los tres hombres se miraron y parecieron tener dificultades para decidir qué pasó después. Finalmente, habló el joven que aún no decía nada.

—Se atragantó —dijo mirando a John.

—Sí, te atragantaste en serio. Comenzaste a llorar muy raro y luego caíste al piso. Pensamos que te estabas mordiendo la lengua, don Juan te abrió las quijadas y te echó agua en la cara. Entonces empezaste otra vez a temblar y a tener convulsiones. Luego estuviste inmóvil un rato largo. Don Juan dijo que todo había terminado. Para entonces ya era de mañana, así que te tapamos con una cobija y te dejamos a dormir en el zaguán.

Calló en ese punto y miró a los otros hombres, que obviamente trataban de contener la risa. Se volvió a don Juan y le preguntó algo. Don Juan sonrió y respondió a la pregunta. John se volvió hacia mí y dijo:

—Te dejamos en el porche porque teníamos miedo de que fueras a orinarte por los cuartos.

Todos rieron muy fuerte.

—¿Qué me pasaba? —pregunté—. ¿Hice yo...?

—¿Hiciste tú? —remedó John—. No íbamos a mencionarlo, pero don Juan dice que está bien. ¡Te orinaste en mi perro!

—¿Qué cosa?

—No pensarás que el perro corría porque te tenía miedo, ¿verdad? Corría porque lo estabas orinando.

Hubo risa general en este punto. Traté de interrogar a uno de los jóvenes, pero todos reían, y no me escuchó.

—Pero mi perro se desquitó —prosiguió John—: ¡también él se orinó en ti!

Esta afirmación era al parecer el colmo de lo cómico, porque todos rieron a carcajadas, incluso don Juan. Cuando se calmaron, pregunté con toda sinceridad:

—¿Es cierto de verdad? ¿Pasó realmente?

—Juro que mi perro te orinó de verdad —repuso John, todavía riendo.

De regreso rumbo a la casa de don Juan, le pregunté:

—¿Pasó en realidad todo eso, don Juan?

—Sí —dijo él—, pero ellos no saben lo que viste. No se dan cuenta de que estabas jugando con «él». Por eso no te molesté.

—Pero este asunto del perro y yo orinándonos, ¿es verdad?

—¡No era un perro! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Ésa es la única manera de entenderlo. ¡La única! Fue «él» quien jugó contigo.

—¿Sabía usted que todo esto ocurrió antes de que yo se lo contara?

Vaciló un instante antes de responder.

—No; después de que lo contaste, recordé el aspecto raro que tenías. Nada más supuse que te estaba yendo muy bien porque no parecías asustado.

—¿De veras jugó el perro conmigo como dicen?

—¡Carajo! ¡No era un perro!

*Jueves, 17 de agosto, 1961*

Expuse a don Juan mi sentir con respecto a la experiencia. Desde el punto de vista de mi propuesto trabajo, había sido desastrosa. Dije que no me apetecía otro «encuentro» similar con Mescalito. Acepté que cuanto me ocurrió había sido más que interesante, pero añadí que nada de ello podía realmente impulsarme a buscarlo de nuevo. Creía seriamente no estar hecho para ese tipo de empresas. El peyote me había producido, como reacción posterior, una extraña clase de incomodidad física. Era un miedo o una desdicha indefinidos; una cierta melancolía, que yo no podía definir con exactitud. Y tal estado no me parecía noble en modo alguno.

Don Juan rió y dijo:

—Estás empezando a aprender.

—Este tipo de aprendizaje no es para mí. No estoy hecho para él, don Juan.

—Tú eres muy exagerado.

—Ésta no es ninguna exageración.

—Lo es. El único problema es que solamente exageras los malos aspectos.

—En lo que a mí toca, no hay buenos aspectos. Todo lo que sé es que me da miedo.

—No hay nada malo en tener miedo. Cuando uno teme, ve las cosas en forma distinta.

—Pero a mí no me importa ver las cosas en forma distinta, don Juan. Creo que voy a dejar en paz el aprendizaje sobre Mescalito. No puedo con él, don Juan, Ésta es en realidad una mala situación para mí.

—Claro que es mala... hasta para mí. Tú no eres el único sorprendido.

—¿Por qué iba a estar sorprendido usted, don Juan?

—He estado pensando en lo que vi la otra noche. Mescalito de veras jugó contigo. Eso me extrañó, porque fue una señal.

—¿Qué clase de señal, don Juan?

—Mescalito te señaló.

—¿Para qué?

—No lo tenía yo claro entonces, pero ahora sí. Quería decirme que tú eras el escogido. Mescalito te señaló y con eso me dijo que tú eras el escogido.

—¿Quiere usted decir que me escogió entre otros para alguna tarea, o algo así?

—No. Quiero decir que Mescalito me dijo que tú podías ser el hombre que busco.

—¿Cuándo se lo dijo, don Juan?

—Al jugar contigo me lo dijo. Eso te hace mi escogido.

—¿Qué significa ser el escogido?

—Tengo secretos. Tengo secretos que no podré revelar a nadie si no encuentro a mí escogido. La otra noche, cuando te vi jugar con Mescalito, se me aclaró que eras tú. Pero no eres indio. ¡Qué extraño!

—Pero ¿qué significa para mí, don Juan? ¿Qué tengo que hacer?

—Me he decidido y voy a enseñarte los secretos que corresponden a un hombre de conocimiento.

—¿Quiere usted decir sus secretos sobre Mescalito?

—Sí, pero éstos no son los únicos secretos que tengo. Hay otros, de distinta clase, que me gustaría revelar a alguien. Yo mismo tuve un maestro, mi benefactor, y también me convertí en su escogido al realizar cierta hazaña. Él me enseñó todo lo que sé.

Le pregunté de nuevo qué requeriría de mí este nuevo papel; dijo que sólo se trataba de aprender, en el sentido de lo que yo había experimentado en las sesiones con él.

La manera en que la situación había evolucionado era bastante extraña. Yo había decidido decirle que iba a abandonar la idea de aprender sobre el peyote, pero antes de que pudiera lograrlo realmente él me ofreció enseñarme sus «secretos». Ignoraba qué quería decir con eso, pero sentía que esta vuelta súbita era muy seria. Argumenté que no llenaba los requisitos para una tarea así, pues ésta requería una rara clase de valor que yo no poseía. Le dije que la inclinación de mi carácter era hablar de actos que otros realizaban. Yo quería oír sus pareceres y opiniones acerca de todo. Le dije que sería feliz de poder estar allí sentado, escuchándolo durante días enteros. Para mí, *eso* sería aprender.

Escuchó sin interrumpirme. Hablé mucho tiempo. Luego dijo:

—Todo eso es muy fácil de entender. El miedo es el primer enemigo natural que un hombre debe derrotar en el camino del saber. Además, tú eres curioso. Eso compensa. Y aprenderás a pesar tuyo; ésa es la regla.

Protesté un rato más, tratando de disuadirlo. Pero él parecía convencido de que no me quedaba otra alternativa sino aprender.

—No estás pensando bien —dijo—. Mescalito de veras jugó contigo. Eso es lo único que hay que tener en cuenta. ¿Por qué no te ocupas de eso y no de tu miedo?

—¿Fue tan poco común?

—Eres la primera persona que he visto jugar con él. No estás acostumbrado a esta clase de vida; por eso las señales se te escapan. Así y todo eres una persona seria, pero tu seriedad está ligada a lo que tú haces, no a lo que pasa fuera de ti. Te ocupas demasiado de ti mismo. Ése es el problema. Y eso produce una tremenda fatiga.

—¿Pero qué otra cosa puede uno hacer, don Juan?

—Busca y ve las maravillas que te rodean. Te cansarás de mirarte a ti mismo, y el cansancio te hará sordo y ciego a todo lo demás.

—Dice usted bien, don Juan, pero ¿cómo puedo cambiar?

—Piensa en la maravilla de que Mescalito jugara contigo. No pienses en otra cosa; lo demás te llegará por su propia cuenta.

*Domingo, 20 de agosto, 1961*

La noche pasada, don Juan procedió a introducirme en el terreno de su saber. Estábamos sentados frente a su casa, en la oscuridad. De improviso, tras un largo silencio, empezó a hablar. Dijo que iba a aconsejarme con las mismas palabras usadas por su propio benefactor el día en que lo tomó como aprendiz. Al parecer, don Juan había memorizado las palabras, pues las repitió varias veces para asegurarse de que no se me fuera ninguna.

—Un hombre va al saber como a la guerra: bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza. Ir en cualquier otra forma al saber o a la guerra es un error, y quien lo cometa vivirá para lamentar sus pasos.

Le pregunté por qué era así, y dijo que, cuando un hombre ha cumplido estos cuatro requisitos, no hay errores por los que deba rendir cuentas; en tales condiciones sus actos pierden la torpeza de las acciones de un tonto. Si tal hombre fracasa, o sufre una derrota, sólo habrá perdido una batalla, y eso no provocará deploraciones lastimosas.

Declaró luego su intención de enseñarme lo que es un «aliado» en la misma forma exacta como su benefactor se lo había enseñado a él. Recalcó con fuerza las palabras «misma forma exacta.», repitiendo la frase varias veces.

Un «aliado», dijo, es un poder que un hombre puede traer a su vida para que lo ayude, lo aconseje y le dé la fuerza necesaria para ejecutar acciones, grandes o pequeñas, justas o injustas. Este aliado es necesario para engrandecer la vida de un hombre, guiar sus actos y fomentar su conocimiento. De hecho, un aliado es la ayuda indispensable para saber. Don Juan decía esto con gran convicción y fuerza. Parecía elegir cuidadosamente sus palabras. Repitió cuatro veces la siguiente frase:

—Un aliado te hará ver y entender cosas sobre las que ningún ser humano podría jamás iluminarte.

—¿Es un aliado algo parecido a un espíritu guardián?

—No es ni espíritu ni guardián. Es una ayuda.

—¿Es Mescalito el aliado de usted?

—¡No! Mescalito es otra clase de poder. ¡Un poder único! Un protector, un maestro.

—¿En qué se diferencia Mescalito de un aliado?

—A Mescalito no se le puede domar y usar como se doma y se usa a un aliado. Mescalito está fuera de uno mismo. Escoge mostrarse en muchas formas a quienquiera que tenga enfrente, sin importarle que sea un brujo o un peón.

Don Juan hablaba con hondo fervor de que Mescalito era el maestro de la buena manera de vivir. Le pregunté cómo enseñaba Mescalito a «vivir como se debe», y don Juan repuso que Mescalito *muestra* cómo vivir.

—¿Cómo lo muestra? —pregunté.

—Tiene muchos modos de hacerlo. A veces lo enseña en su mano, o en las piedras, o los árboles, o nomás enfrente de uno.

—¿Es como una imagen enfrente de uno?

—No. Es una enseñanza enfrente de uno.

—¿Habla Mescalito a la persona?

—Sí. Pero no con palabras.

—¿Entonces cómo habla?

—A cada hombre le habla distinto.

Sentí que mis preguntas lo molestaban. No hice ninguna más. Él siguió explicando que no había pasos exactos para conocer a Mescalito; por tanto, nadie podía instruir sobre él a excepción de Mescalito mismo. Esta característica lo hacía un poder único; no era el mismo para todos los hombres.

En cambio, dijo don Juan, la adquisición de un aliado requería la enseñanza más precisa y el seguir, sin desviación, una serie de etapas o pasos. Hay muchos de esos poderes aliados en el mundo, dijo, pero él sólo conocía bien dos de ellos. E iba a guiarme a ellos y a sus secretos, pero de mí dependía escoger *uno* de los dos, pues sólo uno podía tener. El aliado de su benefactor estaba en la yerba del diablo, dijo, pero a él en lo personal no le gustaba, aunque gracias al benefactor sabía sus secretos. Su propio aliado estaba en el «humito», dijo, pero no

concretó la naturaleza del humo.

Inquirí al respecto. Permaneció callado. Tras una larga pausa le pregunté:

—¿Qué clase de poder es un aliado?

—Ya te dije: es una ayuda.

—¿Cómo ayuda?

—Un aliado es un poder capaz de llevar a un hombre más allá de sus propios límites. Así es como un aliado puede revelar cosas que ningún ser humano podría.

—Pero Mescalito también lo saca a uno de sus propios límites. ¿No lo convierte eso en un aliado?

—No. Mescalito te saca de ti mismo para enseñarte. Un aliado te saca para darte poder.

Le pedí explicarme el punto con más detalle, o describir la diferencia entre ambos efectos. Me miró largo rato y rió. Dijo que aprender por medio de la conversación era no sólo un desperdicio sino una estupidez, porque el aprender era la tarea más difícil que un hombre podía echarse encima. Me pidió recordar la vez que traté de hallar mi sitio, y cómo quería yo encontrarlo sin trabajo porque esperaba que él me diese toda la información. Si lo hubiera hecho, dijo, yo jamás habría aprendido. Pero el saber cuán difícil era hallar mi sitio, y sobre todo el saber que existía, me darían un peculiar sentido de confianza. Dijo que mientras yo permaneciese enclavado en mi «sitio bueno» nada podría causarme daño corporal, porque yo tenía la seguridad de que en ese sitio específico me hallaba lo mejor posible. Tenía el poder de rechazar cuanto pudiera serme dañino. Pero si él me hubiese *dicho* dónde estaba el sitio, yo jamás habría tenido la confianza necesaria para considerar esto como verdadero saber. Así, saber era ciertamente poder.

Don Juan dijo entonces que, siempre que un hombre se propone aprender, debe laborar tan arduamente como yo lo hice para encontrar aquel sitio, y los límites de su aprendizaje están determinados por su propia naturaleza. Así, no veía objeto en hablar del conocimiento. Dijo que ciertas clases de saber eran demasiado poderosas para la fuerza que yo tenía: hablar de ellas sólo me acarrearía daño. Al parecer sintió que no había nada más que quisiera decir. Se levantó y fue rumbo a su casa. Le dije que la situación me abrumaba. No era lo que yo había pensado ni deseado.

Dijo que los temores son naturales; todos los sentimos y no podemos evitarlo. Pero por otra parte, pese a lo atemorizante que sea el aprender, es más terrible pensar en un hombre sin aliado o sin conocimientos.

### III

Pasaron más de dos años entre el tiempo en que don Juan decidió instruirme acerca de los poderes aliados y el tiempo en que me consideró listo para aprender sobre ellos en la forma pragmática y partícipe que él consideraba aprendizaje; en dicho lapso definió gradualmente las características generales de los dos aliados en cuestión. Me preparó para el corolario indispensable de todas las verbalizaciones y la consolidación de todas las enseñanzas: los estados de realidad no ordinaria.

Al principio, se refería de un modo muy casual a los poderes aliados. Las primeras menciones, en mis notas, están intercaladas entre otros temas de conversación.

*Miércoles, 23 de agosto, 1961*

—La yerba del diablo [toloache] era el aliado de mi benefactor. Podría haber sido también el mío, pero no me gustó.

—¿Por qué no le gustó la yerba del diablo, don Juan?

—Tiene una desventaja seria.

—¿Es inferior a otros poderes aliados?

—No. No me estás entendiendo. La yerba del diablo es tan poderosa como el mejor de los aliados, pero tiene algo que a mí en lo personal no me gusta.

—¿Me puede decir qué es?

—Malogra a los hombres. Los hace probar el poder demasiado pronto, sin fortificar sus corazones, y los hace dominantes y caprichosos. Los hace débiles en medio de gran poder.

—¿No hay alguna manera de evitarlo?

—Hay una manera de superar todo esto, pero no de evitarlo. Quien se hace aliado de la yerba debe pagar ese precio.

—¿Cómo puede uno superar ese efecto, don Juan?

—La yerba del diablo tiene cuatro cabezas: la raíz, el tallo y las hojas, las flores, y las semillas. Cada una es diferente, y quien se haga su aliado tiene que aprenderlas en ese orden. La cabeza más importante está en las raíces. El poder de la yerba del diablo se conquista por las raíces. El tallo y las hojas son la cabeza que cura enfermedades; bien usada, esta cabeza es un don a la humanidad. La tercera cabeza está en las flores y se usa para volver locos a los hombres, o para hacerlos obedientes, o para matarlos. El hombre que tiene a la yerba de aliado nunca torna las flores, ni tampoco toma el tallo y las hojas, a no ser que esté enfermo, pero las raíces y las semillas se toman siempre, sobre todo las semillas: son la cuarta cabeza de la yerba del diablo, y la más poderosa de todas.

»Mi benefactor decía que las semillas son la “cabeza sobria”: la única parte capaz de fortificar el corazón del hombre. La yerba del diablo es dura con sus protegidos, decía él, porque busca matarlos aprisa, y por lo común lo logra antes de que puedan llegar a los secretos de la “cabeza sobria”. Sin embargo, por ahí dicen que hubo hombres que averiguaron los secretos de la cabeza sobria. ¡Qué prueba para un hombre de conocimiento!».

—¿Averiguó su benefactor tales secretos?

—No, él no.

—¿Conoce usted a alguien que lo haya hecho?

—No. Pero vivieron en un tiempo en que ese saber era importante.

—¿Conoce a alguien que sepa de gente así?

—No, yo no.

—¿Conocía a alguien su benefactor?

—Él sí.

—¿Por qué no llegó su benefactor a los secretos de la cabeza sobria?

—Domar la yerba del diablo para hacerla un aliado es una de las tareas más difíciles que conozco. Ella y yo, por ejemplo, jamás nos hicimos alianza, quizá porque nunca le tuve cariño.

—¿Puede usted usarla todavía como aliado, aunque no le tenga cariño?

—Puedo, sólo que prefiero no hacerlo. Tal vez contigo sea diferente.

—¿Por qué se llama yerba del diablo?

Don Juan hizo un gesto de indiferencia, alzó los hombros y permaneció callado algún tiempo. Finalmente dijo que «yerba del diablo» era su nombre de leche. Había, añadió, otros nombres para la yerba del diablo, pero no debían usarse porque el pronunciar un nombre era asunto serio, sobre todo si uno estaba aprendiendo a domar un poder aliado. Le pregunté por qué el pronunciar un nombre era cosa tan grave. Dijo que los nombres se reservaban para usarse sólo al pedir ayuda, en momentos de gran apuro y necesidad, y me aseguró que tales momentos ocurren tarde o temprano en la vida de quien busca el conocimiento.

*Domingo, 3 de septiembre, 1961*

Hoy en la tarde don Juan recogió del campo dos plantas *Datura*.

Inesperadamente trajo a colación el tema de la yerba del diablo, y luego me pidió acompañarlo a los cerros a buscar una.

Fuimos en coche hasta las montañas cercanas. Saqué de la cajuela una pala y nos adentramos por una de las cañadas. Caminamos bastante rato, vadeando el chaparral que crecía denso en la tierra suave, arenosa. Don Juan se detuvo junto a una planta pequeña con hojas de color verde oscuro y flores grandes, blancuzcas, acampanadas.

—Esta —dijo.

Inmediatamente empezó a cavar. Traté de ayudarlo, pero él me rechazó con una vigorosa sacudida de cabeza y siguió cavando un hoyo circular en torno a la planta: un hoyo de forma cónica, hondo hacia el borde exterior, con un montículo en el centro del círculo. Dejando de cavar, se arrodilló cerca del tallo y limpió con los dedos la tierra suave en torno, descubriendo unos diez centímetros de una raíz grande, tuberosa, bifurcada, cuyo grosor contrastaba marcadamente con el del tallo, que parecía frágil por comparación.

Don Juan me miró y dijo que la planta era «macho» porque la raíz se bifurcaba desde el punto exacto en que se unía al tallo. Luego se levantó y echó a andar buscando algo.

—¿Qué busca usted, don Juan?

—Quiero hallar un palo.

Empecé a mirar en torno, pero él me detuvo.

—¡Tú no! Tú siéntate allí —señaló unas rocas como a seis metros de distancia—. Yo lo encontraré.

Volvió tras un rato con una rama larga y seca. Usándola a manera de coa, aflojó cuidadosamente la tierra a lo largo de los dos ramales divergentes de la raíz. Limpió en torno a ellos hasta una profundidad aproximada de medio metro. Cuanto más ahondaba, más apretada estaba la tierra, hasta el punto de ser prácticamente impenetrable a la vara.

Dejó de cavar y se sentó a recobrar el aliento. Me senté junto a él. Pasamos largo rato sin hablar.

—¿Por qué no la saca usted con la pala? —pregunté.

—Podría cortar y dañar a la planta. Tuve que conseguirme un palo de este sitio para que así, en caso de pegarle a la raíz, el daño no fuera tanto como el que haría una pala o un objeto extraño.

—¿Qué clase de palo trajo usted?

—Cualquier rama seca de paloverde es buena. Si no hay ramas secas, tienes que cortar una fresca.

—¿Pueden usarse las ramas de cualquier otro árbol?

—Ya te dije: sólo de paloverde y de ningún otro.

—¿Por qué, don Juan?

—Porque la yerba del diablo tiene muy pocos amigos, y el paloverde es el único árbol de por aquí que se lleva bien con ella: lo único que prende. Si dañas la raíz con una pala, no crecerá cuando la vuelvas a plantar, pero si la lastimas con un palo de éstos, lo más probable es que ni lo sienta.

—¿Qué va usted a hacer ahora con la raíz?

—Voy a cortarla. Debes dejarme. Vete a buscar otra planta y espera que te llame.

—¿No quiere que lo ayude?

—¡Sólo puedes ayudarme si te lo pido!

Alejándome, empecé a buscar otra planta, combatiendo el fuerte deseo de rondar a hurtadillas y observar a don Juan. Tras un rato se me unió.

—Ahora vamos a buscar la hembra —dijo.

—¿Cómo los distingue usted?

—La hembra es más alta y crece por encima del suelo, así que realmente parece un arbolito. El macho es grande y se extiende cerca del suelo y más parece un matorral espeso. Cuando saquemos a la hembra verás que la raíz se hunde por un buen trecho antes de hacerse horcón. El macho, en cambio, tiene el horcón de la raíz pegada al tallo.

Buscamos juntos por el campo de daturas. Luego, señalando una planta, dijo: «Ésa es hembra». Y procedió a cavar en torno de ella como había hecho antes. Apenas descubrió la raíz pude ver que ésta se ajustaba a su predicción. Lo dejé nuevamente cuando se disponía a cortarla.

Al llegar a su casa, abrió el bulto donde había puesto las daturas. Sacó primero la más grande, el macho, y la lavó en una amplia bandeja de metal. Limpió cuidadosamente toda la tierra de la raíz, el tallo y las hojas. Después de esa limpieza minuciosa, separó el tallo de la raíz haciendo una incisión superficial en torno a su juntura con un cuchillo corto y serrado, y quebrando la planta por allí. Tomó el tallo y separó cada una de sus partes haciendo montones individuales con las hojas, las flores y las espinosas vainas de semilla. Tiró cuanto estaba seco o comido de gusanos, y conservó sólo las partes intactas. Unió ambos ramales de la raíz atándolos con dos trozos de cordel, los quebró por la mitad tras hacer un corte superficial en la juntura, y obtuvo dos pedazos de raíz de igual tamaño.

Luego tomó un trozo de arpillera áspera y colocó en él los dos pedazos de raíz atados; encima puso las hojas en un montón ordenado, luego las flores, las vainas y el tallo. Dobló la arpillera e hizo un nudo con las puntas.

Repitió exactamente los mismos pasos con la otra planta, la hembra, sólo que al llegar a la raíz, en vez de cortarla, dejó intacta la horqueta, como una letra Y invertida. Luego puso todos los pedazos en otro bulto de tela. Cuando terminó, ya había oscurecido.

*Miércoles, 6 de septiembre, 1961*

Hoy, al atardecer, volvimos al tema de la yerba del diablo.

—Creo que deberíamos empezar otra vez con esa planta —dijo de pronto don Juan.

Tras un silencio cortés pregunté:

—¿Qué va usted a hacer con las plantas?

—Las plantas que saqué y corté son mías —dijo—. Es como si fueran yo mismo; con ellas voy a enseñarte la manera de domar a la yerba del diablo.

—¿Cómo lo hará usted?

—La yerba del diablo se divide en partes. Cada parte es distinta; cada una tiene su propósito y su servicio únicos.

Abrió la mano izquierda y midió sobre el piso desde la punta del pulgar hasta la del dedo anular.

—Ésta es mi parte. Tú medirás la tuya con tu propia mano. Ahora bien, para establecer dominio sobre la yerba del diablo, debes empezar por tomar la primera parte de la raíz. Pero como yo te he traído con ella, debes tomar la primera parte de la raíz de *mi* planta. Yo la he medido por ti, de modo que en realidad es *mi* parte la que debes tomar al principio.

Entró en la casa y sacó uno de los bultos de arpillera. Se sentó y lo abrió. Advertí que era la planta macho. También noté que sólo había un pedazo de raíz. Don Juan tomó el trozo restante de los dos originales y lo sostuvo frente a mi cara.

—Ésta es mi primera parte —dijo—. Yo te la doy. Yo mismo la he cortado para ti. La he medido como mía; ahora te la doy.

Por un instante, se me ocurrió que debería masticar la raíz como una zanahoria, pero él la metió en una bolsita blanca de algodón.

Fue a la parte trasera de la casa. Allí tomó asiento en el piso, cruzando las piernas, y con una «mano» redonda empezó a macerar la raíz dentro de la bolsa. Trabajaba sobre una piedra lisa que servía de mortero. De vez en vez lavaba las dos piedras, conservando el agua en un pequeño recipiente plano, labrado en un trozo de madera.

Al golpear cantaba, en forma muy suave y monótona, una cantilena ininteligible. Cuando hubo convertido la raíz en una pulpa blanda dentro de la bolsa, la colocó en el recipiente de madera. Volvió a meter allí el metate y la mano, llenó de agua la palangana y después la llevó a una especie de bebedero rectangular para cerdos colocado contra la cerca trasera.

Dijo que la raíz debía remojarse toda la noche y tenía que dejarse afuera de la casa para que recibiera el sereno.

—Si mañana es día de sol y calor, será muy buena señal.

*Domingo, 10 de septiembre, 1961*

El jueves 7 de septiembre fue un día muy claro y caluroso. Don Juan parecía muy complacido con el buen augurio y repitió varias veces que probablemente yo le había caído bien

a la yerba del diablo. La raíz se había remojado toda la noche, y a eso de las 10 a. m. fuimos detrás de la casa.

Él sacó la palangana de la artesa, la puso en el suelo y se sentó al lado. Tomó la bolsa y la frotó contra el fondo. La alzó unos centímetros por encima del agua y la exprimió, para luego dejarla caer. Repitió los mismos pasos tres veces más; luego desechó la bolsa, tirándola en la artesa, y dejó la palangana bajo el sol ardiente.

Regresamos dos horas después. Don Juan sacó una tetera de tamaño mediano, con agua amarillenta hirviendo. Ladeó la palangana con mucho tiento y vació el agua de encima, conservando el sedimento espeso acumulado en el fondo. Vacío el agua hirviendo sobre el sedimento y dejó nuevamente la palangana en el sol.

Esta secuencia se repitió tres veces a intervalos de más de una hora. Finalmente, vació casi toda el agua de la palangana, inclinó ésta a modo de que recibiera el sol del atardecer, y la dejó.

Cuando regresamos horas después, estaba oscuro. En el fondo de la palangana había una capa de sustancia gomosa. Parecía almidón a medio cocer, blancuzco o gris claro. Había quizá toda una cucharada cafetera de esa sustancia. Don Juan llevó la palangana a la casa, y mientras él ponía agua a hervir, yo quité trozos de tierra que el viento había echado en el sedimento. Se rió de mí.

—Ese poquito de tierra no le hace daño a nadie.

Cuando el agua hervía, vertió poco más o menos una taza en la palangana. Era la misma agua amarillenta usada antes. Disolvió el sedimento formando una especie de sustancia lechosa.

—¿Qué clase de agua es ésta, don Juan?

—Agua de flores y frutas de la cañada.

Vació el contenido de la palangana en un viejo jarro de barro que parecía florero. Todavía estaba muy caliente, de modo que sopló para enfriarlo. Tomó un sorbo y me pasó el jarro.

—¡Bebe ya! —dijo.

Lo tomé automáticamente, y sin deliberación bebí toda el agua. Era un poco amarga, aunque su amargor era apenas perceptible. Lo que resaltaba mucho era el olor acre del agua. Oía a cucarachas.

Casi inmediatamente empecé a sudar. Me dio mucho calor y la sangre se me agolpó en las orejas. Vi una mancha roja delante de mis ojos, y los músculos de mi estómago empezaron a contraerse en dolorosos retortijones. Tras un rato, aunque ya no sentía dolor, empecé a

enfriarme; el sudor literalmente me empapaba.

Don Juan me preguntó si veía negrura o manchas negras frente a mis ojos. Le dije que lo veía todo rojo.

Mis dientes castañeteaban a causa de un nerviosismo incontrolable que me llegaba en oleadas, como irradiando del centro de mi pecho.

Luego me preguntó si tenía miedo. No encontraba yo sentido a sus preguntas. Le dije que obviamente tenía miedo, pero él me preguntó nuevamente si tenía miedo de ella. No comprendí a qué se refería y dije que sí. Él rió y dijo que yo no tenía miedo en realidad. Me preguntó si seguía viendo rojo. Todo lo que yo veía era una enorme mancha roja frente a mis ojos.

Tras un rato me sentí mejor. Gradualmente desaparecieron los espasmos nerviosos, dejando sólo un cansancio doliente, agradable, y un intenso deseo de dormir. No podía tener los ojos abiertos, aunque aún oía la voz de don Juan. Me dormí. Pero la sensación de estar sumergido en un rojo profundo persistió toda la noche. Incluso soñé en rojo.

Desperté el sábado, alrededor de las 3 p. m. Había dormido casi dos días. Tenía una leve jaqueca y el estómago revuelto, y dolores intermitentes, muy agudos, en los intestinos. A excepción de eso, todo era como un despertar ordinario. Encontré a don Juan dormitando frente a su casa. Me sonrió.

—Todo salió muy bien la otra noche —dijo—. Viste rojo y eso es todo lo que importa.

—¿Qué habría pasado si no hubiera visto rojo?

—Habrías visto negro, y eso es mala señal.

—¿Por qué es mala?

—Cuando un hombre ve negro, quiere decir que no está hecho para la yerba del diablo, y vomita las entrañas, todas verdes y negras.

—¿Y se muere?

—No creo que nadie muera de esto, pero sí se puede enfermar por mucho tiempo.

—¿Qué les pasa a quienes ven rojo?

—No vomitan, y la raíz les produce un efecto de placer, lo cual significa que son fuertes y de naturaleza violenta: eso le gusta a la yerba. Así es como incita. Lo único malo es que los hombres terminan siendo esclavos suyos a cambio del poder que les da. Pero sobre esas cosas

no tenemos control. El hombre vive sólo para aprender. Y si aprende es porque ésa es la naturaleza de su suerte, para bien o para mal.

—¿Qué debo hacer luego, don Juan?

—Luego debes plantar un brote que he cortado de la otra mitad de la primera parte de raíz. Tú la otra noche tomaste la mitad, y ahora hay que meter en la tierra la otra mitad. Tiene que crecer y dar semilla antes de que puedas emprender la verdadera tarea de domar a la planta.

—¿Cómo la domaré?

—La yerba del diablo se doma por la *raíz*. Paso a paso, debes aprender los secretos de cada parte de la raíz. Debes tomarlas para aprender los secretos y conquistar el poder.

—¿Se preparan las distintas partes en la misma forma en que usted preparó la primera?

—No, cada parte es distinta.

—¿Cuáles son los efectos específicos de cada parte?

—Ya te dije: cada una enseña una forma distinta de poder. Lo que tomaste la otra noche no es nada todavía. Cualquiera puede con eso. Pero sólo el brujo puede tomar las partes más hondas. No puedo decirte qué hacen porque todavía no sé si ella irá a tomarte. Hay que esperar.

—¿Cuándo me dirá, entonces?

—Cuando tu planta crezca y dé semilla.

—Si cualquiera puede tomar la primera parte, ¿para qué se usa?

—Diluida, es buena para todas las cosas de la hombría: gente vieja que ha perdido el vigor, o jóvenes que buscan aventuras, o hasta mujeres que quieren pasión.

—Dijo usted que la raíz se usa sólo para el poder, pero veo que también se usa para otras cosas aparte del poder. ¿Estoy en lo cierto?

Me miró durante un rato muy largo, con una mirada firme que me hizo sentir incómodo. Sentí que mi pregunta lo había enojado, pero no podía comprender por qué.

—La yerba se usa sólo para el poder —dijo finalmente con tono seco, severo—. El hombre que quiere recobrar su vigor, la gente joven que busca soportar la fatiga y el hambre, el hombre que quiere matar a otro hombre, la mujer que quiere estar caliente: todos desean poder. ¡Y la yerba se lo da! ¿Sientes que la quieres? —preguntó tras una pausa.

—Siento un vigor extraño —dije, y era verdad. Lo había advertido al despertar y lo sentía entonces. Era una sensación muy peculiar de incomodidad, de amargura; todo mi cuerpo se movía y se estiraba con ligereza y fuerza inusitadas. Tenía comezón en los brazos y en las piernas. Mis hombros parecían henchirse; los músculos de mi espalda y de mi cuello me hacían sentir deseos de empujar árboles o frotarme contra ellos. Me sentía capaz de demoler un muro.

No dijimos más. Estuvimos un rato sentados en el zaguán. Noté que don Juan se estaba quedando dormido; cabeceó un par de veces y luego, sencillamente, estiró las piernas, se acostó en el piso con las manos tras la cabeza y se durmió. Me levanté y fui detrás de la casa, donde quemé mi energía física extra limpiando la basura; don Juan, recordaba yo, había dicho que le gustaría que yo lo ayudase a limpiar detrás de su casa.

Más tarde, cuando él se despertó y vino al traspatio, yo me hallaba más relajado.

Nos sentamos a comer, y durante la comida me preguntó tres veces cómo me sentía. Siendo esto una rareza, terminé por preguntar:

—¿Por qué le preocupa cómo me siento, don Juan? ¿Espera que tenga una mala reacción por haber tomado el jugo?

Rió. Pensé que se estaba portando como un niño travieso que ha armado una jugarreta e investiga los resultados de vez en cuando. Todavía riendo, dijo:

—No pareces enfermo. Hace rato-hasta me hablaste mal.

—No es cierto, don Juan —protesté—. No recuerdo haberle hablado nunca así.

Tomé muy en serio ese punto porque no recordaba haberme sentido molesto con él.

—Saliste en su defensa —dijo.

—¿En defensa de quién?

—Estabas defendiendo a la yerba del diablo. Ya parecías su amante.

Yo iba a protestar aún más vigorosamente, pero me contuve.

—De veras no me di cuenta de que estaba defendiéndola.

—Claro que no. Ni siquiera te acuerdas de lo que dijiste, ¿verdad?

—No, no me acuerdo. Tengo que admitirlo.

—Ya ves. Así es la yerba del diablo. Se te cuela como una mujer. Ni siquiera te das cuenta.

Todo lo que sabes es que te hace sentirte bien y con poder: los músculos se hinchan de vigor, los puños dan comezón, las plantas de los pies arden por perseguir a alguien. Cuando un hombre la conoce es cuando de veras se llena de ansias. Mi benefactor decía que la yerba del diablo se queda con los hombres que quieren poder y se deshace de los que no pueden con ella. Pero el poder era más común entonces; se buscaba con más ganas. Mi benefactor era un hombre poderoso y, según lo que me dijo, su benefactor era todavía más dado a buscar poder. Pero en esos días había razón para ser poderoso.

—¿Piensa usted que ya no hay razón para el poder en estos días?

—El poder está bien para ti, ahora. Eres joven. No eres indio. Acaso la yerba del diablo sea buena en tus manos. Parece que te gustó. Te hizo sentirte fuerte. Yo mismo sentí todo eso. Y sin embargo no me gustó.

—¿Puede decirme por qué, don Juan?

—¡No me gusta su poder! Ya no sirve de nada. En otros tiempos, como aquellos de los que mi benefactor me contaba, había razón para buscar poder. Los hombres realizaban hazañas fenomenales, eran admirados por su fuerza y temidos y respetados por su saber. Mi benefactor me contaba historias de hazañas verdaderamente fenomenales que se realizaron hace mucho, mucho. Pero ahora nosotros, los indios, ya no buscamos ese poder. Hoy en día, los indios usan la yerba para darse friegas. Usan las hojas y las flores para otras cosas; hasta dicen que les curan los granos. Pero no buscan su poder: un poder que actúa como un imán, más potente y más peligroso de manejar cuanto más se ahonda la raíz en la tierra. Cuando uno llega a los cuatro metros —dicen que algunos han llegado— encuentra el sitio del poder permanente, poder sin fin. Muy pocos seres humanos han hecho esto en el pasado, y nadie lo hace hoy.

Te lo digo, nosotros los indios ya no necesitamos el poder de la yerba del diablo. Creo que poco a poco hemos perdido el interés, y ahora el poder ya no importa. Yo mismo no lo busco, y sin embargo una vez, cuando tenía tu edad, también sentía por dentro su hinchazón. Me sentía como tú te sentiste hoy, sólo que quinientas veces más fuerte. Maté a un hombre con un solo golpe de mi brazo. Podía aventar peñascos, peñascos enormes que ni veinte hombres podían mover. Una vez salté tan alto que tronché las copas de los árboles más altos. ¡Pero todo eso fue de balde! Lo único que hacía era asustar a los indios: nada más a los indios. Los demás, que no sabían nada de eso, no lo creían. Veían un indio loco, o bien algo que se movía en las copas de los árboles.

Estuvimos callados largo tiempo. Yo necesitaba decir algo.

—Era distinto cuando había gente en el mundo —prosiguió—, gente que sabía que, un hombre podía convertirse en león de montaña o en pájaro, o que un hombre podía volar así nomás. Por eso ya no uso la yerba del diablo. ¿Para qué? ¿Para asustar a los indios?

Y lo vi triste, y una honda simpatía me llenó. Quise decirle algo, aunque fuera una

perogrullada.

—Tal vez, don Juan, ése sea el destino de todos los hombres que quieren saber.

—Tal vez —dijo suavemente.

*Jueves, 23 de noviembre, 1961*

Al llegar en el auto, no vi a don Juan sentado en su zaguán. Eso me pareció extraño. Lo llamé en voz alta y su nuera salió de la casa.

—Está adentro —dijo.

Resultó que don Juan se había dislocado el tobillo varias semanas antes. Había hecho su propio enyesado remojando tiras de tela en una papilla de cacto y hueso molido. Las tiras, atadas estrechamente en torno del tobillo, habían formado al secarse un molde ligero, ajustado. Tenía la dureza del yeso, pero no su amplitud de volumen.

—¿Cómo pasó? —pregunté.

La nuera, una yucateca, que lo estaba atendiendo, me contestó.

—Fue un accidente. ¡Se cayó y casi se rompe el pie!

Don Juan rió y esperó que la mujer saliera de la casa antes de responder.

—¡Qué accidente ni qué nada! Tengo cerca una enemiga. ¡La Catalina! Me empujó en un momento de debilidad y yo caí.

—¿Por qué hizo eso ella?

—Porque quería matarme, por eso.

—¿Estuvo aquí con usted?

—¡Sí!

—¿Por qué la dejó entrar?

—Yo no la dejé. Ella entró volando.

—¡Cómo dice!

—Es chanate. Y muy buena para eso. Me cogió desprevenido. Ha estado tratando de acabarme desde hace mucho. Esta vez anduvo muy cerca.

—¿Dijo usted que es un chanate? Digo, ¿es la Catalina un *pájaro*?

—Ahí vas otra vez con tus preguntas. ¡Es un chanate! Igual que yo soy un cuervo. ¿Soy un hombre o un pájaro? Soy un hombre que sabe cómo volverse pájaro. Pero hablando otra vez de la Catalina: ¡es una bruja del demonio! Su intención de matarme es tan fuerte que a duras penas logré quitármela de encima. El chanate se metió hasta mi casa y no pude detenerlo.

—¿Puede usted convertirse en pájaro, don Juan?

—¡Sí! Pero eso es algo que veremos después.

—¿Por qué quiere matarlo?

—Oh, hay un viejo problema entre nosotros. Se pasó de la raya, y ahora parece que tendré que acabar con ella antes de que ella acabe conmigo.

—¿Va usted a usar brujería? —pregunté con gran expectación.

—No seas tonto. Ninguna brujería trabajaría contra ella. ¡Tengo otros planes! Algún día te los diré.

—¿Puede su aliado protegerlo de ella?

—¡No! El humito nada más me dice qué hacer. Luego yo debo protegerme solo.

—¿Y Mescalito? ¿Puede protegerlo de ella?

—¡No! Mescalito es un maestro, no un poder que se use por motivos personales.

—¿Y la yerba del diablo?

—Ya te dije que debo protegerme solo, siguiendo las indicaciones de mi aliado el humito. Y hasta donde yo sé, el humito puede hacer cualquier cosa. Si quieres saber de lo que sea, el humo te dice. Y no sólo te da conocimiento, sino también los medios para proseguir. Es el aliado más maravilloso que un hombre pueda tener.

—¿Es el humito el mejor aliado posible para todo el mundo?

—Todos nosotros no somos iguales. Muchos le tienen miedo y no lo tocan, ni siquiera se le acercan. El humito es como todo lo demás; no se hizo para todos nosotros.

—¿Qué clase de humo es, don Juan?

—¡El humo de los adivinos!

Había en su voz una reverencia perceptible; un estado de ánimo que yo nunca había notado anteriormente.

—Empezaré por decirte exactamente lo que me dijo mi benefactor cuando empezó a enseñarme acerca de él. Aunque en ese entonces, igual que tú ahora, yo no tenía modo de entender. «La yerba del diablo es para los que quieren poder. El humito es para los que quieren observar y ver». Y en mi opinión, el humito no tiene rival, Una vez que un hombre entra en su campo, todos los otros poderes están a su disposición. ¡Es magnífico! Y por supuesto, requiere una vida entera. Años nada más para familiarizarse con sus dos partes vitales: la pipa y la mezcla de fumar. La pipa me la dio mi benefactor, y después de tantos años de acariciarla se ha vuelto mía. Se ha hecho a mis manos. Pasarla a tus manos, por ejemplo, será una verdadera faena para mí, y una gran hazaña para ti, ¡si salimos con bien! La pipa sentirá la tensión de que alguien más la manosee, y si alguno de nosotros comete un error no habrá manera de evitar que la pipa se parta sola por su propia fuerza o se escape de nuestras manos para romperse, aunque se caiga en un montón de paja. Si eso llega a suceder, será el fin de los dos. Sobre todo el mío. El humito se volvería contra mí en formas increíbles.

—¿Cómo podría volverse contra usted si es su aliado?

Mi pregunta pareció alterar el curso de sus pensamientos. Pasó largo rato sin hablar.

—La dificultad de los ingredientes —prosiguió de súbito— hace a la mezcla de fumar una de las sustancias más peligrosas que conozco. Nadie puede prepararla sin que le enseñen. ¡Es veneno mortal para cualquiera que no sea el protegido del humito! La pipa y la mezcla deben tratarse con extremo cuidado. Y el hombre que trata de aprender debe prepararse llevando una vida dura, tranquila. Los efectos son tan terribles que sólo un hombre fuerte puede soportar la más pequeña fumada. Al principio todo es aterrador y confuso, pero cada fumada define más las cosas. ¡Y de pronto el mundo se abre de nuevo! ¡Increíble! Cuando esto sucede, el humito se ha hecho aliado de uno y le resolverá cualquier problema permitiéndole entrar en mundos inconcebibles.

»Ésta es la mayor propiedad del humito, su mayor don. Y lleva a cabo su función sin dañar en lo más mínimo. ¡Yo llamo al humito un verdadero aliado!«.

Como de costumbre, estábamos sentados frente a su casa, donde el suelo de tierra está siempre limpio y bien apisonado. Don Juan se levantó de pronto y entró en la casa. Tras unos momentos regresó con un bulto angosto y volvió a sentarse.

—Ésta es mi pipa —dijo.

Se inclinó hacia mí para mostrarme una pipa que sacó de una funda de lienzo verde. Medía unos veintidós o veinticinco centímetros. El tallo era de madera rojiza, sencillo, sin ornamentación. El cuenco parecía también de madera, y era un poco voluminoso en comparación con el delgado tallo. Tenía un acabado pulido y era de color gris oscuro, casi del color del carbón.

Don Juan sostuvo la pipa frente a mi cara. Pensé que me la estaba entregando. Alargué la mano para tomarla, pero él la apartó rápidamente.

—Esta pipa me la dio mi benefactor —dijo—. A su tiempo yo te la pasaré a ti. Pero primero debes conocerla. Cada vez que vengas te la daré. Empieza por tocarla. Agárrala un rato muy corto, al principio, hasta que tú y la pipa se acostumbren el uno al otro. Luego métela en tu bolsa, o acaso en tu camisa. Y finalmente pónitela en la boca. Todo esto se hace poco a poco, despacio y con tiento. Cuando la amistad está hecha, fumas en ella. Si sigues mi consejo y no te apuras, a lo mejor el humito se hace también tu aliado preferido.

Me entregó la pipa, pero sin soltarla. Alargué hacia ella el brazo derecho.

—Con las dos manos —dijo él.

Toqué la pipa con ambas manos durante un momento muy breve. No me la acercó lo suficiente para asirla, sino sólo lo bastante para tocarla. Luego la apartó.

—El primer paso es que la pipa te guste. ¡Eso lleva tiempo!

—¿Puedo yo disgustar, a la pipa, don Juan?

—No. No puedes disgustarle, pero debes aprender a que te guste para que, cuando te llegue la hora de fumar, la pipa te ayude a no tener miedo.

—¿Qué fuma usted, don Juan?

—¡Esto!

Abrió el cuello de su camisa dejando ver una bolsita que llevaba colgada como un medallón. La sacó, la desató, y con mucho cuidado vertió parte del contenido en la palma de su mano.

Hasta donde pude ver, la mezcla parecía hojas de té finamente deshebradas cuyo color variaba del café oscuro al verde claro, con unas cuantas pizcas de amarillo brillante.

Reintegró la mezcla a la bolsa, cerró la bolsa, la ató con una tirilla de cuero y la puso nuevamente bajo su camisa.

—¿Qué clase de mezcla es?

—Lleva muchas cosas. Conseguir todos los ingredientes es empresa muy difícil. Hay que viajar lejos. Los honguitos que se necesitan para preparar la mezcla crecen sólo en ciertas épocas del año, y sólo en ciertos sitios.

—¿Tiene usted una mezcla diferente para cada tipo de ayuda que necesita?

—¡No! Sólo hay un humito, y no hay otro como él.

Señaló la bolsa colgada contra su pecho y alzó la pipa que descansaba entre sus piernas.

—¡Estas dos son una! Una no puede ir sin la otra. Esta pipa y el secreto de esta mezcla pertenecían a mi benefactor. A él se los entregaron en la misma forma en que mi benefactor me los dio a mi. Aunque la mezcla es difícil de preparar, uno puede volver a abastecerse. El secreto está en los ingredientes, y en la manera como se tratan y se mezclan. En cambio, la pipa es para toda la vida. Debe tratársela con cuidado infinito. Es resistente y fuerte, pero nunca hay que golpearla ni hacerla rodar de aquí para allá. Hay que manejarla con las manos secas, nunca cuando las manos están sudadas, y nada más debe usarse cuando se esté a solas. Y nadie, absolutamente nadie debe verla nunca, a menos que uno quiera dársela a alguien. Así me enseñó mi benefactor, y así he tratado a la pipa toda mi vida.

—¿Qué pasaría si usted perdiera o rompiera la pipa?

Meneó la cabeza, muy lentamente, y me miró.

—¡Me moriría!

—¿Son como la suya todas las pipas de los brujos?

—No todos tienen pipas como la mía. Pero conozco algunos que sí.

—¿Puede usted mismo hacer una pipa como ésta, don Juan? —insistí—. Suponga que no la tuviera: ¿cómo podría darme una si quisiera?

—Si no tuviera la pipa, no podría ni querría darla. Te darla cualquier otra cosa.

Parecía algo hosco conmigo. Metió con mucho cuidado la pipa en la funda, que debía de estar forrada de algún material suave, pues la pipa, que encajaba con justeza, se deslizó fácilmente al interior. Don Juan entró en la casa para guardar su pipa.

—¿Está usted enojado conmigo, don Juan? —le pregunté cuando volvió. Pareció sorprenderse de mi pregunta.

—¡No! ¡Nunca me enoja con nadie! Ningún ser humano puede hacer nada lo bastante importante para enojarme. Uno se enoja con la gente cuando siente que sus actos son importantes. Yo ya no siento eso.

*Martes, 26 de diciembre, 1961*

El tiempo específico de replantar el «brote», como don Juan llamaba a la raíz, no estaba fijado, aunque se suponía que era el siguiente paso para domar el poder vegetal.

Llegué a casa de don Juan el sábado 23 de diciembre, temprano por la tarde. Estuvimos un rato sentados en silencio, como de costumbre. El día era cálido y nublado. Habían pasado meses desde que don Juan me diera la primera parte.

—Es tiempo de devolver la yerba a la tierra —dijo de pronto—. Pero antes voy a prepararte una protección. Tú la guardarás, y sólo tú debes verla. Como yo voy a prepararla, también yo la veré. Eso no es bueno porque, como te dije, no le tengo buena voluntad a la yerba del diablo. No somos uno. Pero mi recuerdo no vivirá mucho; soy demasiado viejo. Sin embargo, debes guardarla de los ojos de otros porque, mientras dura su recuerdo de haberla visto, el poder de la protección sufre daño.

Entró en su cuarto y sacó tres bultos de arpillera debajo de un petate viejo. Volvió al zaguán y tomó asiento.

Tras largo silencio abrió uno de los bultos. Era la datura hembra que había recogido en mi compañía; todas las hojas, flores y vainas apiladas con anterioridad estaban secas. Tomó el trozo largo de raíz en forma de Y, y luego ató nuevamente el bulto.

La raíz se había secado y enjutado y las barras de la horqueta se hallaban más separadas y contorsionadas. Puso la raíz en su regazo, abrió el morral de cuero y extrajo su cuchillo. Sostuvo la raíz seca frente a mí.

—Esta parte es para la cabeza —dijo, e hizo la primera incisión en la cola de la Y, que vista al revés semejaba la forma de un hombre con las piernas abiertas.

—Ésta es para el corazón —dijo, y cortó cerca del ángulo de la Y. Luego cortó las puntas de la raíz, dejando unos siete centímetros en cada barra de la Y. Luego, con lentitud y paciencia, talló la forma de un hombre.

La raíz era seca y fibrosa. Para tallarla, don Juan hacía dos incisiones y pelaba las fibras entre ambas hasta la hondura de los cortes. Sin embargo, cuando se trataba de detalles, como dar forma a brazos y manos, cincelaba la madera. El producto final fue una figurilla como de alambre: un hombre con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos en posición de aferrar.

Don Juan se levantó y fue hasta una agave azul que crecía frente a la casa, junto al porche. Asió la dura espina de una de las pulposas hojas centrales, la dobló y le dio dos o tres vueltas. El movimiento circular casi separó la espina de la hoja, dejándola colgada. Él la mordió, o más bien la tomó entre los dientes, y dio un tirón. La espina salió de la pulpa, arrastrando consigo un manojo de largas fibras: hebras de sesenta centímetros de largo unidas a la parte leñosa como una cola blanca. Aún sosteniendo la espina con los dientes, don Juan trenzó las fibras entre las palmas de sus manos e hizo un cordel que ató alrededor de las piernas de la figurilla, para juntarlas. Envolvió la parte inferior del cuerpo hasta que el cordel se terminó; luego, con gran pericia, utilizó la espina como una lezna dentro de la parte delantera del cuerpo, bajo los brazos cruzados, hasta que la aguda punta salió, como brotando de las manos de la figurilla. Usó de nuevo los dientes y, jalando con suavidad, sacó la espina casi por entero. Parecía una larga lanza sobresaliendo del pecho de la figura. Sin mirar ya la estatuilla, don Juan la metió en su morral. Parecía exhausto por el esfuerzo. Se acostó en el piso y se quedó dormido.

Ya estaba oscuro cuando despertó. Comimos las provisiones que yo le había llevado y estuvimos un rato más sentados en el zaguán. Luego don Juan caminó hacia la parte trasera de la casa, llevando los tres bultos de arpillera. Cortó varias ramas secas y encendió una fogata. Nos sentamos cómodamente frente a ella y don Juan abrió los tres bultos. Además del que contenía los pedazos secos de la planta hembra, había otro con todo lo que aún quedaba de la planta macho, y un tercero, voluminoso, que contenía pedazos verdes de datura, recién cortados.

Don Juan fue a la artesa y regresó con un mortero muy hondo, que más parecía una jarra con el fondo en suave curva. Hizo un hoyo poco profundo y asentó firmemente el mortero en la tierra. Echó más ramas secas en el fuego; después tomó los dos bultos con los pedazos secos de las plantas macho y hembra y los vació juntos en el mortero. Sacudió la arpillera para asegurarse de que todos los pedazos habían caído en el mortero. Del tercer bulto extrajo dos trozos frescos de raíz de datura.

—Voy a prepararlos sólo para ti —dijo.

—¿Qué clase de preparación es, don Juan?

—Uno de estos pedazos viene de una planta macho, el otro de una planta hembra. Ésta es la única vez que se deben juntar las dos plantas. Los pedazos vienen de un metro de hondo.

Los maceró con golpes parejos de la mano del mortero. Al hacerlo cantaba en voz baja: una especie de zumbido monótono, sin ritmo. Las palabras me resultaron ininteligibles. Se hallaba absorto en su tarea.

Cuando las raíces estuvieron completamente maceradas, tomó del bulto algunas hojas de datura. Estaban limpias y recién cortadas, todas intactas, sin cortes ni agujeros de gusano. Las echó en el mortero una por una. Tomó un puñado de flores de datura y también las echó en el mortero, en la misma forma deliberada. Contó catorce de cada cosa. Luego sacó un manojo de vainas frescas, verdes: conservaban sus espinas y no estaban abiertas. No pude contarlas

porque las echó todas juntas en el mortero, pero supuse que también eran catorce. Añadió tres tallos de datura, sin hojas. Eran rojos oscuros y estaban limpios y, a juzgar por sus ramificaciones múltiples, parecían haber pertenecido a unas plantas grandes.

Tras poner en el mortero todos estos ingredientes, los convirtió en una pulpa con los mismos golpes parejos. En determinado momento inclinó el mortero y con la mano empujó la mezcla a una olla vieja. Me alargó la mano; pensé que quería que se la secara. En vez de ello, tomó mi mano izquierda y con un movimiento muy rápido separó los dedos medio y anular tanto como pudo. Luego, con la punta de su cuchillo, me hirió entre ambos dedos y desgarró hacia abajo la piel del anular. Actuó con tanta habilidad y rapidez que cuando retraje la mano ésta tenía una cortada honda, y la sangre fluía en abundancia. Cogió nuevamente mi mano, la puso sobre la olla y la apretó para forzar la salida de más sangre.

El brazo se me adormeció. Me hallaba en un estado de *shock*: extrañamente frío y rígido, con una sensación opresiva en el pecho y en los oídos. Sentí que resbalaba sobre mi asiento. ¡Me estaba desmayando! Don Juan soltó mi mano y agitó el contenido de la olla. Al recuperarme del *shock*, me sentí realmente enojado con él. Tardé bastante tiempo en recobrar la compostura.

Colocó tres piedras en torno al fuego y puso encima la olla. A todos los ingredientes añadió algo que me pareció ser un gran trozo de cola de carpintero, así como una olla de agua, y dejó hervir la mezcla. Las plantas de datura tienen, por sí solas, un olor muy peculiar. Combinadas con la cola, que produjo un fuerte olor cuando la mezcla empezó a hervir, creaban un vapor tan acerbo que yo debía contenerme para no vomitar.

La mezcla hirvió largo rato mientras seguíamos inmóviles, sentados frente a ella. A ratos, cuando el viento llevaba el vapor en mi dirección, la pestilencia me envolvía, y yo aguantaba el aliento en un esfuerzo por evitarla.

Don Juan abrió su morral y sacó la figurilla; me la dio cuidadosamente y me indicó ponerla en la olla sin quemarme las manos. La dejé resbalar suavemente hacia la papilla hirviente. Él sacó su cuchillo, y por un segundo creí que iba a cortarme de nuevo; en vez de ello, empujó la figurita con la punta del cuchillo y la hundió.

Observó la papilla hervir durante un rato más, y luego empezó a limpiar el mortero. Lo ayudé. Cuando terminamos, puso contra la cerca el mortero y la mano. Entramos en la casa, y la olla quedó toda la noche sobre las piedras.

Al amanecer, don Juan me dio instrucciones de sacar la figurilla de la goma y colgarla del techo mirando hacia el este, para que se secara al sol. A mediodía estaba tiesa como alambre. El calor había sellado el pegamento, y el color verde de las hojas se había mezclado con él. La figurilla tenía un acabado brillante, extraño.

Don Juan me pidió descolgarla. Luego me dio un morral pequeño que había hecho con una vieja chaqueta de ante que yo le llevé tiempo atrás. El morral era igual al que él mismo

tenía. La única diferencia era que el suyo era de cuero café suave.

—Mete tu «imagen» en el morral y ciérralo —dijo.

No me miraba, y deliberadamente mantenía apartado el rostro. Una vez que tuve la figurilla dentro del morral me dio una red para cargar y me indicó poner allí la olla de barro.

Caminó hasta mi coche, me quitó a red de las manos y la ató a la tapa abierta del compartimiento de guantes.

—Ven conmigo —dijo.

Lo seguí. Rodeó la casa, describiendo un círculo completo en el sentido de las manecillas del reloj. Se detuvo en el zaguán y circundó la casa de nuevo, esta vez en dirección contraria, regresando otra vez al zaguán. Permaneció inmóvil algún tiempo, y luego se sentó.

Estaba yo condicionado a suponer un significado en todo cuanto don Juan hacía. Me preguntaba cuál podría ser el de dar vueltas a la casa, cuando él dijo:

—¡Caramba! Se me olvidó dónde lo puse.

Le pregunté qué buscaba. Dijo haber olvidado dónde dejó el brote que yo debía replantar. Rodeamos la casa una vez más antes de que recordara el sitio.

Me mostró un pequeño frasco de vidrio sobre un pedazo de tabla clavado a la pared, debajo del techo. El frasco contenía la otra mitad de la primera parte de la raíz de datura. El brote mostraba un incipiente crecimiento de hojas en su extremo superior. El frasco contenía una pequeña cantidad de agua, pero nada de tierra.

—¿Por qué no tiene tierra? —pregunté.

—No todas las tierras son la misma, y la yerba del diablo debe conocer sólo la tierra en que vivirá y crecerá. Y ahora es tiempo de devolverla a la tierra, antes que la dañen los gusanos.

—¿Podemos plantarla aquí cerca de la casa? —pregunté.

—¡No! ¡No! Cerca de aquí no. Debe regresar a un sitio de tu gusto.

—¿Pero dónde puedo encontrar un sitio de mi gusto?

—Eso yo no sé. Puedes plantarla donde quieras. Pero hay que velar por ella, porque debe vivir para que tú tengas el poder que necesitas. Si muere, eso significa que no te quiere, y no debes molestarla más. Significa que no tendrás poder sobre ella. Por eso debes cuidarla y velar por ella, para que crezca. Pero no vayas a consentirla.

—¿Por qué no?

—Porque si no es su voluntad crecer, de nada sirve sonsacarla. Pero, eso sí, demuéstrole que te preocupas. Tenla limpia de gusanos y dale agua cuando la visites. Esto debe hacerse cada cierto tiempo hasta que tenga semilla. Después de que las primeras semillas germinen, estaremos seguros de que te quiere.

—Pero, don Juan, no me es posible cuidar la raíz como usted dice.

—¡Si quieres su poder, debes hacerlo! ¡No hay otra manera!

—¿Puede usted cuidármela mientras no estoy aquí, don Juan?

—¡No! ¡Yo no! ¡No puedo! Cada quien debe alimentar su propio brote. Yo tuve el mío. Ahora tú debes tener el tuyo. Y sólo cuando dé semillas, como te dije, podrás considerarte listo para aprender.

—¿Dónde piensa usted que debo replantarla?

—¡Eso es para que tú solo lo decidas! ¡Y nadie debe saber el lugar, ni siquiera yo! Así es como hay que replantar. Nadie, pero nadie, puede saber dónde está tu planta. Si un extraño te sigue, o te ve, toma el brote y corre para otro lado. Cualquiera podría causarte un daño como no te imaginas con sólo manosear el brote. Podría lisiarte o matarte. Por eso ni siquiera yo debo saber dónde está tu planta.

Me alargó el frasquito con el brote.

—Agárralo ya.

Lo tomé. Entonces me llevó casi a rastras a mi coche.

—Ahora debes irte. Ve y escoge el sitio donde replantarás el brote. Escarba un agujero hondo en tierra blanda, junto a un lugar con agua. Acuérdate: tiene que estar cerca del agua para crecer. Haz el agujero con las puras manos, aunque sangren. Pon el brote en el centro del agujero y haz un pilón alrededor, Luego remójalo con agua. Cuando el agua se hunda, llena el hoyo con tierra blanda. Después escoge un sitio a dos pasos del brote, en esa dirección [señaló hacia el sureste]. Haz allí otro agujero hondo, también con las manos, y tira en él lo que hay en la olla. Luego quiebra la olla y entiérrala hondo en otro lugar, lejos del sitio donde está tu brote. Cuando hayas enterrado la olla, regresa con tu brote y riégalo otra vez. Entonces saca tu imagen, sostenla entre los dedos donde está la cortada y, parad; en el sitio donde enterraste la cola, toca apenas el brote con la punta de la aguja. Da tres vueltas al brote, parándote cada vez en el mismo sitio a tocarlo.

—¿Tengo que seguir una dirección específica al dar vueltas a la raíz?

—Cualquier dirección es buena. Pero debes *siempre recordar* en qué dirección enterraste la cola y qué dirección tomaste al rodear el brote. Toca apenas el brote con la punta todas las veces menos la última: entonces la clavas hondo. Pero hazlo con cuidado; arrodíllate para afirmar la mano, porque no debes romper la punta dentro del brote. Si la rompes, estás acabado. La raíz no te servirá de nada.

—¿Tengo que decir algo mientras doy la vuelta al brote?

—No, eso lo haré yo por ti.

*Sábado, 27 de enero, 1962*

Apenas llegué a su casa esta mañana, don Juan me dijo que iba a enseñarme cómo se prepara la mezcla de fumar. Caminamos hasta los cerros y nos adentramos bastante por una de las cañadas. Se detuvo junto a un arbusto alto y esbelto cuyo color contrastaba marcadamente con el de la vegetación circundante. El chaparral en torno era amarillento, pero el arbusto era verde brillante.

—De este arbolito debes tomar las hojas y las flores —dijo—. El momento justo para cortarlas es el día de las ánimas.

Sacó su cuchillo y tronchó la punta de una rama delgada. Eligió otra rama similar y también le tronchó la punta. Repitió esta operación hasta tener un puñado de puntas de rama. Luego se sentó en el suelo.

—Mira —dijo—. Corté todas las ramas encima de la horqueta que hacen dos o más hojas y el tallo. ¿Ves? Todas son iguales. Nada más usé la punta de cada rama, donde las hojas están frescas y tiernas. Ahora hay que buscar un lugar sombreado.

Caminamos hasta que pareció hallar lo que buscaba. Sacó del bolsillo un largo cordel y lo ató al tronco y a las ramas bajas de dos arbustos, haciendo una especie de tendedero donde colgó de cabeza las puntas de rama. Las ordenó con pulcritud a lo largo del cordel; enganchadas por la horqueta entre las hojas y el tallo, parecían formar una larga fila de jinetes verdes.

—Hay que ver que las hojas se sequen en la sombra —dijo—. El sitio debe ser apartado y difícil de alcanzar. Así las hojas están protegidas. Hay que dejarlas a secar en un sitio donde sea casi imposible encontrarlas. Después de que se secan, hay que ponerlas en un paquete y sellarlas.

Quitó las hojas del cordel y las tiró en los arbustos cercanos. Al parecer sólo había querido mostrarme el procedimiento.

Seguimos caminando y don Juan cortó tres flores distintas, diciendo que eran parte de los ingredientes y debían juntarse al mismo tiempo. Pero las flores se ponían en sendas vasijas de barro y se secaban en la oscuridad; había que poner una tapa en cada vasija para que las flores crearan moho dentro del recipiente. Dijo que la función de las hojas y las flores consistía en endulzar la mezcla del humito.

Salimos de la cañada y nos encaminamos al lecho del río. Tras un largo rodeo volvimos a su casa; En la noche estuvimos sentados hasta hora avanzada en su propio cuarto, cosa que rara vez me permitía, y me habló del ingrediente final de la mezcla: los hongos.

—El verdadero secreto de la mezcla está en los honguitos —dijo—. Son el ingrediente más difícil de juntar. El viaje al sitio donde crecen es largo y peligroso, y seleccionar los buenos es todavía más arriesgado. Hay otras clases de hongos que crecen allí mismo y que no sirven; echan a perder a los buenos si se secan juntos. Requiere tiempo conocer bien los hongos, para no cometer un error. Hay daño grave si se usan los que no son: daño para el hombre y para la pipa. Sé de hombres que cayeron muertos por usar el humo sucio.

»En cuanto los honguitos se cortan, se meten en un guaje, así que no hay modo de revisarlos. Ves, hay que deshebrarlos para hacerlos pasar por el cuello del guaje».

—¿Cómo se puede prevenir un error?

—Teniendo cuidado y sabiendo escoger. Te dije que es difícil. No cualquiera puede domar el humito; la mayoría de la gente ni siquiera hace el intento.

—¿Cuánto tiempo se dejan los hongos dentro del guaje?

—Un año. Todos los demás ingredientes también se sellan un año, Luego se miden por partes iguales y se muelen por separado, hasta que quede un polvo muy fino. Los honguitos no necesitan molerse porque ellos solos se convierten en polvo finito; nada más hay que desmoronar los trozos. Cuatro partes de hongos se añaden a una parte de todos los demás ingredientes juntos. Luego se mezclan y se ponen en una bolsa como la mía —señaló el saquito colgado bajo su camisa.

—Entonces todos los ingredientes se juntan otra vez, y cuando se han puesto a secar ya estás listo para fumar la mezcla que acabas de preparar. En tu caso, fumarás el año entrante. Y el año después de ése, la mezcla será toda tuya porque la habrás juntado solo. La primera vez que fumes, yo te encenderé la pipa. Fumas toda la mezcla del cuenco y esperas. El humito vendrá. Lo sentirás. Te dará libertad de ver todo cuanto quieras ver. Hablando con propiedad, es un aliado sin rival. Pero quien lo busque debe tener una intención y tina voluntad irreprochables. Las necesita, porque si no tiene intención y voluntad de volver, el humito no lo dejará. Y después, también, debe tener intención y voluntad de recordar lo que el humito le permita ver; de otro modo no será más que una mancha de niebla en su mente.

*Sábado, 8 de abril, 1962*

En nuestras conversaciones, don Juan usaba a menudo la frase «hombre de conocimiento», o se refería a ella, pero nunca explicaba qué quería decir. Inquirí al respecto.

—Un hombre de conocimiento es alguien que ha seguido de verdad las penurias de aprender —dijo—. Un hombre que, sin apuro, sin vacilación ha ido lo más lejos que puede en desenredar los secretos del poder y el conocimiento.

—¿Puede cualquiera ser un hombre de conocimiento?

—No, no cualquiera.

—¿Entonces qué debe hacer un hombre para volverse hombre de conocimiento?

—Debe desafiar y vencer a sus cuatro enemigos naturales.

—¿Será un hombre de conocimiento tras derrotar a estos cuatro enemigos?

—Sí. Un hombre puede llamarse hombre de conocimiento sólo si es capaz de vencer a los cuatro.

—Entonces, ¿puede cualquiera que venza a estos enemigos ser un hombre de conocimiento?

—Todo el que los venza se convierte en un hombre de conocimiento.

—¿Pero hay requisitos especiales que un hombre debe cumplir antes de luchar con estos enemigos?

—No hay requisitos. Cualquiera puede tratar de llegar a ser hombre de conocimiento; muy pocos llegan a serlo, pero eso es natural. Los enemigos que un hombre encuentra en el camino para llegar a ser un hombre de conocimiento son de veras formidables, de verdad poderosos; y la mayoría, pues, se pierde.

—¿Qué clase de enemigos son, don Juan?

Se negó a hablar de los enemigos. Dijo que pasaría largo tiempo antes de que el tema tuviera algún sentido para mí. Traté de mantener vivo ese tema, y le pregunté si pensaba que yo podía volverme hombre de conocimiento. Dijo que nadie podía decir eso de seguro. Pero yo insistí en preguntar si había algunas pistas que él pudiera usar para determinar si yo tenía o no oportunidad de convertirme en un hombre de conocimiento. Dijo que dependería de mi batalla contra los cuatro enemigos —de si podía yo vencerlos o salía vencido— pero que era imposible predecir el resultado de esa lucha.

Le pregunté si podía usar brujería o adivinación para ver el desenlace de la batalla. Dijo terminantemente que los resultados de la contienda no podían anticiparse por ningún medio, porque volverse hombre de conocimiento era cosa temporal. Cuando le pedí explicar este punto, replicó:

—Ser hombre de conocimiento no tiene permanencia. Uno no es nunca en realidad un hombre de conocimiento. Más bien, uno se hace hombre de conocimiento por un instante muy corto, después de vencer a los cuatro enemigos naturales.

—Debe usted decirme, don Juan, qué clase de enemigos son.

No respondió. Insistí de nuevo, pero él abandonó el tema y se puso a hablar de otra cosa.

*Domingo, 15 de abril, 1962*

Cuando me disponía a partir, decidí preguntarle una vez más por los enemigos de un hombre de conocimiento. Aduje que no podría regresar en algún tiempo y sería buena idea escribir lo que él dijese y meditar en ello mientras estaba fuera.

Titubeó un rato, pero luego comenzó a hablar.

—Cuando un hombre empieza a aprender, nunca sabe lo que va a encontrar. Su propósito es deficiente; su intención es vaga. Espera recompensas que nunca llegarán, pues no sabe nada de los trabajos que cuesta aprender.

»Pero uno aprende así, poquito a poquito al comienzo, luego más y más. Y sus pensamientos se dan de topetazos y se hunden en la nada. Lo que se aprende no es nunca lo que uno creía. Y así se comienza a tener miedo. El conocimiento no es nunca lo que uno se espera. Cada paso del aprendizaje es un atolladero, y el miedo que el hombre experimenta empieza a crecer sin misericordia, sin ceder. Su propósito se convierte en un campo de batalla.

»Y así ha tropezado con el primero de sus enemigos naturales: ¡el miedo! Un enemigo terrible: traicionero y enredado como los cardos. Se queda oculto en cada recodo del camino, acechando, esperando. Y si el hombre, aterrado en su presencia, echa a correr, su enemigo habrá puesto fin a su búsqueda».

—¿Qué le pasa al hombre si corre por miedo?

—Nada le pasa, sólo que jamás aprenderá. Nunca llegará a ser hombre de conocimiento. Llegará a ser un maleante, o un cobarde cualquiera, un hombre inofensivo, asustado; de cualquier modo, será un hombre vencido. Su primer enemigo habrá puesto fin a sus ansias.

—¿Y qué puede hacer para superar el miedo?

—La respuesta es muy sencilla. No debe correr. Debe desafiar a su miedo, y pese a él debe dar el siguiente paso en su aprendizaje, y el siguiente, y el siguiente. Debe estar lleno de miedo, pero no debe detenerse. ¡Ésa es la regla! Y llega un momento en que su primer enemigo se retira. El hombre empieza a sentirse seguro de sí. Su propósito se fortalece. Aprender no es ya una tarea aterradora.

»Cuando llega ese momento gozoso, el hombre puede decir sin duda que ha vencido a su primer enemigo natural».

—¿Ocurre de golpe, don Juan, o poco a poco?

—Ocurre poco a poco, y sin embargo el miedo se conquista rápido y de repente.

—¿Pero no volverá el hombre a tener miedo si algo nuevo le pasa?

—No. Una vez que un hombre ha conquistado el miedo, está libre de él por el resto de su vida, porque a cambio del miedo ha adquirido la claridad: una claridad de mente que borra el miedo. Para entonces, un hombre conoce sus deseos; sabe cómo satisfacer esos deseos. Puede prever los nuevos pasos del aprendizaje, y una claridad nítida lo rodea todo. El hombre siente que nada está oculto.

»Y así ha encontrado a su segundo enemigo: la claridad! Esa claridad de mente, tan difícil de obtener, dispersa el miedo, pero también ciega.

»Fuerza al hombre a no dudar nunca de sí. Le da la seguridad de que puede hacer cuanto se le antoje, porque todo lo que ve lo ve con claridad. Y tiene valor porque tiene claridad, y no se detiene en nada porque tiene claridad. Pero todo eso es un error; es como si viera algo claro pero incompleto. Si el hombre se rinde a esa ilusión de poder, ha sucumbido a su segundo enemigo y será torpe para aprender. Se apurará cuando debía ser paciente, o será paciente cuando debería apurarse. Y tonteará con el aprendizaje, hasta que termine incapaz de aprender nada más».

—¿Qué pasa con un hombre derrotado en esa forma, don Juan? ¿Muere en consecuencia?

—No, no muere. Su segundo enemigo nomás ha parado en seco sus intentos de hacerse hombre de conocimiento; en vez de eso, el hombre puede volverse un guerrero impetuoso, o un payaso. Pero la claridad que tan caro ha pagado no volverá a transformarse en oscuridad y miedo. Será claro mientras viva, pero ya no aprenderá ni ansiará nada.

—Pero ¿qué tiene que hacer para evitar la derrota?

—Debe hacer lo que hizo con el miedo: debe desafiar su claridad y usarla sólo para ver,

y esperar con paciencia y medir con tiento antes de dar otros pasos; debe pensar, sobre todo, que su claridad es casi un error. Y vendrá un momento en que comprenda que su claridad era sólo un punto delante de sus ojos. Y así habrá vencido a su segundo enemigo, y llegará a una posición donde nada puede ya dañarlo. Esto no será un error ni tampoco una ilusión. No será solamente un punto delante de sus ojos. Ése será el verdadero poder.

»Sabrá entonces que el poder tanto tiempo perseguido es suyo por fin. Puede hacer con él lo que se le antoje. Su aliado está a sus órdenes. Su deseo es la regla. Ve claro y parejo todo cuanto hay alrededor. Pero también ha tropezado con su tercer enemigo: ¡el poder!

»El poder es el más fuerte de todos los enemigos. Y naturalmente, lo más fácil es rendirse; después de todo, el hombre es de veras invencible. Él manda; empieza tomando riesgos calculados y termina haciendo reglas, porque es el amo del poder.

»Un hombre en esta etapa apenas advierte que su tercer enemigo se cierne sobre él. Y de pronto, sin saber, habrá sin duda perdido la batalla. Su enemigo lo habrá transformado en un hombre cruel, caprichoso».

—¿Perderá su poder?

—No, nunca perderá su claridad ni su poder.

—¿Entonces qué lo distinguirá de un hombre de conocimiento?

—Un hombre vencido por el poder muere sin saber realmente cómo manejarlo. El poder es sólo un carga sobre su destino. Un hombre así no tiene dominio de si mismo, ni puede decir cómo ni cuándo usar su poder.

—La derrota a manos de cualquiera de estos enemigos ¿es definitiva?

—Claro que es definitiva. Cuando uno de estos enemigos vence a un hombre, no hay nada que hacer.

—¿Es posible, por ejemplo, que el hombre vencido por el poder vea su error y se corrija?

—No. Una vez que un hombre se rinde, está acabado.

—¿Pero si el poder lo ciega temporalmente y luego él lo rechaza?

—Eso quiere decir que la batalla sigue. Quiere decir que todavía está tratando de volverse hombre de conocimiento. Un hombre está vencido sólo cuando ya no hace la lucha y se abandona.

—Pero entonces, don Juan, es posible que un hombre se abandone al miedo durante años,

pero finalmente lo conquiste.

—No, eso no es cierto. Si se rinde al miedo nunca lo conquistará, porque se asustará de aprender y no volverá a hacer la prueba. Pero si trata de aprender durante años, en medio de su miedo, terminará conquistándolo porque nunca se habrá abandonado a él en realidad.

—¿Cómo puede vencer a su tercer enemigo, don Juan?

—Tiene que desafiarlo, con toda intención. Tiene que llegar a darse cuenta de que el poder que aparentemente ha conquistado no es nunca suyo en verdad. Debe tenerse a raya a todas horas, manejando con tiento, y con fe todo lo que ha aprendido. Si puede ver que, sin control sobre sí mismo, la claridad y el poder son peores que los errores, llegará a un punto en el que todo se domina. Entonces sabrá cómo y cuándo usar su poder. Y así habrá vencido a su tercer enemigo.

»El hombre estará, para entonces, al fin de su travesía por el camino del conocimiento, y casi sin advertencia tropezará con su último enemigo: la vejez! Este enemigo es el más cruel de todos, el único al que no se puede vencer por completo; el enemigo al que solamente podrá ahuyentar por un instante.

»Éste es el tiempo en que un hombre ya no tiene miedos, ya no tiene claridad impaciente; un tiempo en que todo su poder está bajo control, pero también el tiempo en el que siente un deseo constante de descansar. Si se rinde por entero a su deseo de acostarse y olvidar, si se arrulla en la fatiga, habrá perdido el último asalto, y su enemigo lo reducirá a una débil criatura vieja. Su deseo de retirarse vencerá toda su claridad, su poder y su conocimiento.

»Pero si el hombre se sacude el cansancio y vive su destino hasta el final, puede entonces ser llamado hombre de conocimiento, aunque sea tan sólo por esos momentitos en que logra ahuyentar al último enemigo, el enemigo invencible. Esos momentos de claridad, poder y conocimiento son suficientes».

## IV

Don Juan casi nunca hablaba abiertamente de Mescalito. Cada vez que yo lo interrogaba sobre el tema se negaba a contestar, pero siempre decía lo suficiente para crear una impresión de Mescalito: impresión que siempre era antropomórfica. Mescalito era masculino, no sólo por el género gramatical de su nombre, sino también por sus constantes cualidades de ser protector y maestro. Don Juan reafirmaba estas características en formas diversas cada vez que hablábamos.

*Domingo, 24 de diciembre, 1961*

—La yerba del diablo nunca ha protegido a nadie. Sólo sirve para dar poder. Mescalito, en cambio, es manso, como un niño.

—Pero dijo usted que Mescalito es a veces aterrador.

—Claro que es aterrador, pero una vez que lo conoces es manso y bondadoso.

—¿Cómo muestra su bondad?

—Es un protector y un maestro.

—¿Cómo protege?

—Puedes guardarlo contigo a toda hora y él verá que nada malo te ocurra.

—¿Cómo puede uno guardarlo consigo a toda hora?

—En una bolsita, amarrada con un cordón debajo del brazo o alrededor del cuello.

—¿Lo tiene usted consigo?

—No, porque yo tengo un aliado. Pero otra gente sí.

—¿Qué enseña?

—Enseña a vivir como se debe.

—¿Cómo enseña?

—Enseña las cosas y te dice lo que son.

—¿Cómo?

—Tendrás que ver por ti mismo.

*Martes, 30 de enero, 1962*

—¿Qué ve usted cuando Mescalito lo lleva consigo, don Juan?

—De esas cosas no se platica. No puedo decirte eso.

—¿Le pasaría algo malo si me dijera?

—Mescalito es un protector, un protector manso y bueno, pero eso no quiere decir que pueda uno burlarse de él. Por ser un protector bueno también puede ser el horror mismo para los que no le gustan.

—No quiero burlarme de él. Sólo quiero saber qué hace hacer o ver a otras personas. Yo le describí a usted todo cuanto Mescalito me hizo ver, don Juan.

—Contigo es diferente, a lo mejor porque no conoces sus modos. Hay que enseñarte sus modos como se enseña a caminar a un niño.

—¿Cuánto tiempo más hay que enseñarme?

—Hasta que él mismo empiece a tener sentido para ti.

—¿Y entonces?

—Entonces comprenderás solo. Ya no tendrás que decirme nada.

—¿Puede usted decirme solamente a dónde lo lleva Mescalito?

—No puedo hablar de eso.

—Nada más quiero saber si hay otro mundo al cual lleva a la gente.

—Hay.

—¿Es el cielo?

—Te lleva a través del cielo.

—Quiero decir, ¿es el cielo donde está Dios?

—Ya te estás haciendo el pendejo. No sé dónde está Dios.

—¿Es, Mescalito, Dios el único Dios? ¿O es uno de los dioses?

—Es sólo un protector y un maestro. Es un poder.

—¿Es un poder dentro de nosotros mismos?

—No. Mescalito no tiene nada que ver con nosotros mismos. Está fuera de nosotros.

—Entonces todo el que ve a Mescalito debe verlo en la misma forma.

—No, de ninguna manera. No es el mismo para todos.

*Jueves, 12 de abril, 1962*

—¿Por qué no me dice más sobre Mescalito, don Juan?

—No hay nada que decir.

—Ha de haber miles de cosas que yo debería saber antes de encontrarme de nuevo con él.

—No. A lo mejor para ti no hay nada que debas saber. Como ya te dije, no es el mismo para todos.

—Lo sé, pero de cualquier modo me gustaría saber qué opinan otros acerca de él.

—La opinión de aquellos que se preocupan por hablar de él no vale mucho. Ya verás. Lo más probable es que hables de él hasta cierto punto, y de allí en adelante no vuelvas a mencionarlo.

—¿Puede usted contarme de sus primeras experiencias?

—¿Para qué?

—Así sabré cómo portarme con Mescalito.

—Tú ya sabes más que yo, Jugaste de verdad con él. Algún día verás cuán bueno fue contigo el protector. Estoy seguro de que esa primera vez te dijo muchas, muchas cosas, pero estabas sordo y ciego.

*Sábado, 14 de abril, 1962*

—¿Toma Mescalito *cualquier* forma cuando se muestra?

—Sí, cualquier forma.

—Entonces, ¿cuáles son las formas más comunes que usted conoce?

—No hay formas comunes.

—¿Quiere usted decir, don Juan, que se aparece en cualquier forma hasta a los hombres que lo conocen bien?

—No. Se aparece en cualquier forma a los que apenas lo conocen un poco, pero para quienes lo conocen bien es siempre constante.

—¿Cómo es constante?

—A veces se les aparece como un hombre, igual que nosotros, o como una luz. Nada más una luz.

—¿Cambia alguna vez Mescalito su forma permanente con quienes lo conocen bien?

—No que yo sepa.

*Viernes, 6 de julio, 1962*

Don Juan y yo iniciamos un viaje el sábado 23 de junio, al atardecer. Dijo que íbamos a buscar honguitos en el estado de Chihuahua. Dijo que sería un viaje largo y duro. Tenía razón. Llegamos a un pequeño pueblo minero en el norte de Chihuahua a las 10 p. m. del miércoles 27 de junio. Caminamos desde el sitio donde estacioné el coche, en las afueras del pueblo, hasta la casa de sus amigos, un indio tarahumara y su esposa. Allí dormimos.

A la mañana siguiente, el hombre nos despertó a eso de las cinco. Nos llevó atole y frijoles.

Tomó asiento y habló con don Juan mientras comíamos, pero nada dijo sobre nuestro viaje.

Después del desayuno, el hombre puso agua en mi cantimplora y dos panes de dulce en mi mochila. Don Juan me entregó la cantimplora, se colgó la mochila a la espalda con un cordón, agradeció al hombre su cortesía y, volviéndose hacia mi, dijo:

—Es hora de irse.

Anduvimos cosa de kilómetro y medio sobre el camino de tierra. Después cortamos a través de los campos, y en dos horas nos hallamos al pie de los cerros al sur del pueblo. Ascendimos las suaves laderas en dirección suroeste aproximada: Cuando llegamos a las pendientes más abruptas, don Juan cambió de dirección y seguimos hacia el este, sobre un valle alto. Pese a su edad avanzada, don Juan mantenía un paso tan increíblemente rápido que al mediodía yo estaba agotado por completo. Nos sentamos y él abrió el saco de pan.

—Puedes comer todo si quieres —dijo.

—¿Y usted?

—No tengo hambre, y después no necesitaremos esta comida.

Yo estaba muy cansado y hambriento y acepté su oferta. Sentí que aquél era un buen momento para hablar sobre el propósito de nuestro viaje, y como incidentalmente pregunté:

—¿Piensa usted que nos quedaremos aquí mucho tiempo?

—Estamos aquí para juntar un poco de Mescalito. Nos quedaremos hasta mañana.

—¿Dónde está Mescalito?

—En todo el rededor.

Cactus de muchas especies crecían en profusión por toda la zona, pero no pude ver peyote entre ellos.

Echamos a andar de nuevo y a eso de las 3 llegamos a un valle largo y angosto, con empinadas colinas a los lados.

Me sentía extrañamente excitado ante la idea de hallar peyote, que nunca había visto en su medio natural. Entramos en el valle, y hemos de haber caminado unos ciento veinte metros cuando de pronto localicé tres inconfundibles plantas de peyote. Estaban agrupadas, unos centímetros por encima del terreno frente a mí, a la izquierda del sendero. Parecían rosas verdes redondas y pulposas. Corrí hacia ellas, señalándolas a don Juan.

Él no me hizo caso y deliberadamente me dio la espalda al alejarse. Me di cuenta que había hecho lo que no debía, y durante el resto de la tarde caminamos en silencio, cruzando despacio el suelo llano del valle, cubierto de piedras pequeñas y agudas. Pasábamos entre los cactus, espantando multitudes de lagartijas y a veces un pájaro solitario. Y yo dejé atrás veintenas de plantas de peyote sin decir una palabra.

A las 6 estábamos al pie de las montañas que marcaban el final del valle. Trepamos a una saliente. Don Juan dejó su saco y se sentó.

Yo tenía hambre de nuevo, pero no nos quedaba comida; sugerí que recogiéramos el Mescalito y volviéramos al pueblo. Pareció molestarse y chasqueó los labios. Dijo que íbamos a pasar la noche allí.

Permanecimos sentados en silencio. Había una pared de roca a la izquierda, y a la derecha estaba el valle recién atravesado. Se extendía una distancia considerable y parecía ser más ancho y menos llano de lo que yo pensaba. Desde esta perspectiva, se le veía lleno de cerritos y protuberancias.

—Mañana echamos a andar de regreso —dijo don Juan sin mirarme y señalando el valle. Caminamos de vuelta y lo recogemos al cruzar el campo. Es decir, lo recogeremos sólo cuando se nos presente en nuestro camino. *Él* nos encontrará y no al revés. *Él* nos encontrará... si quiere.

Don Juan se reclinó contra el farallón y, con la cabeza vuelta hacia un lado, continuó hablando como si hubiera allí otra persona aparte de mí.

—Otra cosa. Sólo *yo* puedo recogerlo. Tú a lo mejor puedes cargar la bolsa, o caminar delante de mí; todavía no sé. Pero mañana ino vayas a señalarlo como hiciste hoy!

—Lo siento, don Juan.

—Está bien. No sabías.

—¿Le enseñó su benefactor todo esto sobre Mescalito?

—¡No! Nadie me ha enseñado sobre él. Mi maestro fue el mismo protector.

—¿Entonces mescalito es como una persona con quien se puede hablar?

—No, no es.

—¿Entonces cómo enseña?

Permaneció callado un rato.

—¿Te acuerdas de la vez que jugaste con él? Entendiste lo que quería decir, ¿no?

—¡Sí!

—Así enseña. No lo sabías entonces, pero si le hubieras prestado atención te habría hablado.

—¿Cuándo?

—Cuando lo viste por primera vez.

Parecía muy molesto por mis preguntas. Le dije que tenía que preguntar todo esto porque deseaba averiguar cuanto pudiese.

—¡No me preguntes a *mí* —sonrió con malicia—. Pregúntale a él. La próxima vez que lo veas, pregúntale todo lo que quieres saber.

—Entonces Mescalito es como una persona con quien se puede...

No me dejó terminar. Se dio vuelta, recogió la cantimplora, bajó de la saliente y desapareció al rodear la roca. Yo no quería estar allí solo, y aunque no me había pedido acompañarlo fui tras él. Caminamos unos ciento cincuenta metros hasta un arroyuelo. Se lavó manos y cara y llenó la cantimplora. Hizo buches de agua, pero no la tragó. Saqué un poco de agua en el hueco de mis manos y bebí, pero él me detuvo y dijo que era innecesario beber.

Me dio la cantimplora y echó a andar de regreso a la saliente. Al llegar volvimos a sentarnos mirando el valle, de espaldas contra el farallón. Pregunté si podíamos encender un fuego. Reaccionó como si fuera inconcebible preguntar tal cosa. Dijo que por esa noche éramos huéspedes de Mescalito y que él nos daría calor.

Ya anochecía. Don Juan extrajo de su saco dos delgadas cobijas de algodón, echó una en mi regazo y, con la otra sobre los hombros, se sentó cruzando las piernas. Abajo, el valle estaba oscuro, sus contornos ya difusos en la bruma del atardecer.

Don Juan estaba inmóvil, encarando el campo de peyote. Un viento continuo soplaba en mi rostro.

—El crepúsculo es la raja entre los mundos —dijo él suavemente, sin volverse hacia mí.

No pregunté qué quería decir. Mis ojos se cansaron. De súbito me sentí exaltado, tenía un deseo extraño y avasallador de llorar.

Me acosté boca abajo. El piso de roca era duro e incómodo y yo tenía que cambiar de postura cada pocos minutos. Finalmente me senté y crucé las piernas, poniendo la cobija sobre

mis hombros. Para mi sorpresa, tal posición era perfectamente cómoda, y me quedé dormido.

Al despertar, oía don Juan hablarme. Estaba muy oscuro. No podía verlo bien. No comprendí qué cosa decía, pero le seguí cuando empezó a descender de la saliente. Nos desplazamos cuidadosamente, o al menos yo, a causa de la oscuridad. Nos detuvimos al pie del farallón. Don Juan tomó asiento y con una seña me indicó sentarme a su izquierda. Desabotonó su camisa y sacó una bolsa de cuero, la cual abrió y colocó en el suelo frente a él. Contenía botones secos de peyote.

Tras una pausa larga tomó uno de los botones. Lo sostuvo en la mano derecha, frotándolo varias veces entre pulgar e índice mientras canturreaba suavemente. De pronto dejó escapar un grito tremendo.

—¡Aíííí!

Fue sobrecogedor, inesperado. Me aterró. Vagamente lo vi poner el botón de peyote en su boca y empezar a mascarlos. Tras un momento recogió el saco, se inclinó hacia mí y me susurró que tomara el saco, cogiera un mescalito, volviera a poner el saco frente a nosotros, y luego hiciera exactamente lo que él.

Tomando un botón de peyote, lo froté como él había hecho. Mientras tanto, don Juan canturreaba, oscilando a un lado y a otro. Traté varias veces de meter el botón en mi boca, pero me avergonzaba gritar. Entonces, como en un sueño, un alarido increíble salió de mí: ¡Aíííí! Por un momento pensé que se trataba de alguien más. De nuevo sentí en el estómago los efectos de un *shock* nervioso. Estaba cayendo hacia atrás. Me estaba desmayando. Metí en mi boca el botón de peyote y lo masqué. Tras un rato don Juan tomó otro de la bolsa. Me sentí aliviado al ver que lo ponía en su boca tras un canturreo corto. Me pasó la bolsa, y volvía dejarla frente a nosotros después de sacar un botón. Este ciclo se repitió cinco veces antes de que yo notara algo de sed. Recogí la cantimplora para beber, pero don Juan me dijo que sólo me lavara la boca, y que no bebiera porque vomitaría.

Agité repetidamente el agua dentro de mi boca. En determinado momento la tentación de beber fue formidable, y tragué un poco. Inmediatamente mi estómago empezó a convulsionarse. Esperaba yo un fluir indoloro y fácil, como durante mi primera experiencia con el peyote, pero para mi sorpresa tuve sólo la sensación común de vomitar. No duró mucho, sin embargo.

Don Juan cogió otro botón y me entregó la bolsa, y el ciclo se renovó y repitió hasta que hube mascado catorce botones. Para entonces, todas mis sensaciones iniciales de sed, frío e incomodidad habían desaparecido. En su lugar tenía una novedosa sensación de tibieza y excitación. Tomé la cantimplora para refrescarme la boca, pero estaba vacía.

—¿Podemos ir al arroyo, don Juan?

En vez de proyectarse hacia afuera, el sonido de mi voz pegó en el velo del paladar, rebotó hacia la garganta y resonó entre ambos en una y otra dirección. El eco era suave y musical, y parecía aletear dentro de mi garganta. El roce de las alas me apaciguaba. Seguí sus movimientos de ida y vuelta hasta que desapareció.

Repetí la pregunta. Mi voz sonó como si me hallase hablando dentro de una bóveda.

Don Juan no respondió. Me levanté y me volví en dirección del arroyo, Lo miré para ver si venía, pero él parecía escuchar algo atentamente.

Hizo un ademán imperativo de guardar silencio.

—¡Abuhtol [?] ya está aquí! —dijo.

Yo nunca había oído esa palabra, y meditaba si preguntarle sobre ella cuando percibí un ruido que parecía ser un zumbido dentro de mis orejas. El sonido se hizo gradualmente más fuerte, hasta semejar la vibración causada por un enorme zumbador. Duró un momento breve y se fue apagando hasta que todo estuvo otra vez en silencio. La violencia y la intensidad del ruido me aterraron. Temblaba tanto que apenas podía permanecer en pie; sin embargo, mi estado era perfectamente racional. Si unos minutos antes me hallaba soñoliento, esta sensación había desaparecido por entero, dando paso a una lucidez extrema. El ruido me recordó una película de ficción científica en que las alas de una abeja gigantesca zumbaban al salir de un área de radiación atómica. Reí de la idea. Vi a don Juan reclinarsse para recuperar su postura relajada. Y de pronto volvió a acosarme la imagen de una abeja gigantesca. La imagen era más real que los pensamientos comunes. Estaba sola, rodeada de una claridad extraordinaria. Todo lo demás fue expulsado de mi mente. Este estado de claridad mental, sin precedente en mi vida, produjo otro momento de terror.

Empecé a sudar. Me incliné hacia don Juan para decirle que tenía miedo. Su rostro estaba a unos centímetros del mío. Me miraba, pero sus ojos eran los ojos de una abeja. Parecían anteojos redondos, con luz propia en la oscuridad. Sus labios formaban una trompa y de ellos surgía un ruido acompasado: «Peh-tuh-peh-tuh-peh-tuh». Salté hacia atrás, casi chocando contra el muro de roca. Durante un tiempo al parecer infinito experimenté un miedo insoportable. Jadeaba y gemía. El sudor se había congelado sobre mi piel, dándome una rigidez incómoda. Entonces oí la voz de don Juan diciendo:

—¡Levántate! ¡Muévete! ¡Levántate!

La imagen se desvaneció y de nuevo pude ver su rostro familiar.

—Voy por agua —dijo tras otro momento interminable. Mi voz se quebraba. Apenas me era posible articular las palabras. Don Juan asintió. Mientras me alejaba, advertí que el miedo se había ido en forma tan rápida y misteriosa como su llegada.

Al acercarme al arroyo noté que podía ver cada objeto en el camino. Recordé que acababa de ver claramente a don Juan, cuando antes apenas podía distinguir sus contornos. Me detuve y miré la distancia, y pude ver incluso el otro lado del valle. Algunos peñascos que había allí se hicieron perfectamente visibles. Pensé que debería ser de madrugada, pero se me ocurrió que tal vez hubiera perdido la noción del tiempo. Miré mi reloj. ¡Eran las 12 :10! Revisé el reloj para ver si estaba funcionando. No podía ser mediodía: ¡tenía que ser medianoche! Planeaba correr por el agua y volver a las rocas, pero vi acercarse a don Juan y lo esperé. Le dije que podía ver en la oscuridad.

Él se quedó mirándome largo rato sin decir palabra; si acaso habló, no lo oí, pues me hallaba concentrado en mi nueva y única capacidad de ver en lo oscuro. Podía distinguir los guijarros minúsculos en la arena. En momentos todo estaba tan claro que parecía ser madrugada o atardecer. Luego se oscurecía; luego se aclaraba de nuevo. Pronto advertí que la luminosidad correspondía a la diástole de mi corazón, y la oscuridad a la sístole. El mundo se hacía brillante y oscuro y brillante de nuevo con cada latido de mi corazón.

Estaba absorto en este descubrimiento cuando el extraño sonido que había oído antes se hizo audible otra vez. Mis músculos se tensaron.

—Anuhctal [según oí la palabra en esta ocasión] está aquí —dijo don Juan. Yo imaginaba el bramido tan atronante, tan avasallador, que nada más importaba. Cuando amainó, percibí un aumento súbito en el volumen de agua. El arroyo, que un minuto antes había tenido una anchura de menos de treinta centímetros, se expandió hasta ser un lago enorme. Luz que parecía venir de encima de él tocaba la superficie como brillando a través de follaje espeso. De tiempo en tiempo el agua cintilaba un segundo: dorada y negra. Luego quedaba oscura, sin luz, casi fuera de vista y sin embargo extrañamente presente.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí allí, nada más que observando, acuclillado a la orilla del lago negro. El rugido debió de calmarse mientras tanto, pues lo que me hizo regresar con violencia (¿a la realidad?) fue otro zumbido aterrador. Me volví para buscar a don Juan. Lo vi trepar y desaparecer tras la saliente de roca. Sin embargo, el sentimiento de estar solo no me molestaba en absoluto; reposaba allí en un estado de abandono y confianza totales. El bramido se hizo audible de nuevo; era muy intenso, como el ruido causado por un viento alto. Escuchándolo con todo el cuidado posible, logré reconocer una melodía definida. Era un conglomerado de sonidos agudos, como voces humanas, acompañado por un tambor bajo, grave. Enfoqué toda mi atención en la melodía, y nuevamente noté que la sístole y la diástole de mi corazón coincidían con el sonido del tambor y con la pauta de la música.

Me levanté y la melodía cesó. Traté de escuchar mi corazón, pero el latido no era localizable. Me acuclillé de nuevo, pensando que acaso la posición de mi cuerpo había causado o inducido los sonidos. ¡Pero nada ocurrió! ¡Ni un sonido! ¡Ni siquiera mi corazón! Pensé que ya era bastante, pero al ponerme en pie para marcharme sentí un temblor de tierra. El suelo bajo mis pies se estremecía. Perdí el equilibrio. Caí hacia atrás y quedé boca arriba mientras la tierra se sacudía con violencia. Traté de aferrar una roca o una planta, pero algo se deslizaba debajo

de mí. Me incorporé de un salto, estuve de pie un momento y volví a caer. El terreno donde me hallaba se movía, deslizándose hacia el agua como una balsa. Permanecí inmóvil, atontado por un terror que, como todo lo demás, era único, ininterrumpido y absoluto.

Surqué las aguas del lago negro encaramado en un fragmento de la ribera que parecía un tronco de barro. Tenía la sensación de ir más o menos hacia el sur, transportado por la corriente. Podía ver el agua moverse y arremolinarse en torno mío. Se sentía fría al tacto, y curiosamente pesada. La imaginé viva.

No había orillas ni puntos de referencia discernibles, ni puedo evocar las ideas o sentimientos que debieron de asaltarme durante aquel viaje. Tras lo que parecieron horas de ir a la deriva, mi balsa dio un viraje en ángulo recto hacia la izquierda, el este. Siguió deslizándose sobre el agua por una distancia muy corta, e inesperadamente chocó contra algo. El golpe me aventó hacia adelante. Cerré los ojos y sentí un dolor agudo al golpear el suelo con las rodillas y con los brazos extendidos. Después de un momento, alcé la mirada. Yacía sobre el polvo. Era como si mi tronco de barro se hubiese fundido con la tierra. Me senté y volví la cara. ¡El agua retrocedía! Se desplazaba hacia atrás, como una ola en la resaca, hasta desaparecer.

Quedé allí sentado largo tiempo, tratando de organizar mis pensamientos y de integrar en una unidad coherente todo lo ocurrido. Mi cuerpo entero estaba adolorido. Sentía la garganta como llaga viva; me había mordido los labios al «desembarcar». Me incorporé. El viento me dio conciencia de tener frío, Mi ropa estaba mojada. Las manos y quijadas y rodillas me temblaban con tal violencia que hube de acostarme nuevamente. Gotas de sudor resbalaban a mis ojos, quemándolos hasta hacerme gritar de dolor.

Tras un rato recobré en cierta medida la estabilidad y me levanté. En el crepúsculo oscuro, la escena era muy clara. Di unos pasos. Me llegó distintamente el sonido de muchas voces humanas. Parecían estar hablando alto. Seguí el sonido; caminé menos de cincuenta metros y me detuve de pronto. Había llegado al final del camino. El sitio donde me hallaba era un corral formado por grandes peñascos. Podía yo distinguir otra fila, y otra, y otra, hasta que se fundían con la montaña empinada. De entre ellos surgía la música más exquisita. Era un fluir sonoro ágil, constante, extraño.

Al pie de un peñasco vi a un hombre sentado en el suelo, con el rostro vuelto casi de perfil. Me acerqué hasta hallarme quizá a tres metros de él; entonces volvió la cabeza y me miró. Me detuve: ¡sus ojos eran el agua que yo acababa de ver! Tenían el mismo volumen enorme, el cintilar de oro y negro. La cabeza del hombre era puntiaguda como una fresa; su piel era verde, salpicada de innumerables verrugas. A excepción de la forma en punta, su cabeza era exactamente como la superficie de la planta del peyote. Me quedé inmóvil, mirándolo; no podía apartar los ojos de él.

Sentí que me estaba presionando deliberadamente el pecho con el peso de sus ojos. Me ahogaba. Perdí el equilibrio y me desplomé. Sus ojos se desviaron. Oí que me hablaba. Al principio su voz fue como el manso crujir de una brisa ligera. Luego la percibí como música —

como una melodía cantada— y «supe» que estaba diciendo:

—¿Qué quieres?

Me arrodillé frente a él y hablé de mi vida. Luego lloré. Me miró de nuevo. Sentí que sus ojos tiraban de mi y pensé que ése sería el momento de mi muerte. Me hizo seña de acercarme. Vacilé un segundo antes de dar un paso. Mientras me acercaba, él apartó de mí los ojos y me enseñó el dorso de su mano. La melodía dijo: «¡Mira!». En medio de la mano había un agujero redondo. «¡Mira!», dijo otra vez la melodía. Me asomé al agujero y me vi a mí mismo. Estaba muy viejo y débil y corría encorvado; chispas brillantes volaban en todo mi derredor. Luego tres de las chispas me golpearon, dos en la cabeza y una en el hombro izquierdo. Mi figura, en el agujero, se irguió por un momento hasta hallarse totalmente vertical, y luego desapareció junto con el hoyo.

Mescalito volvió de nuevo los ojos a mí. Estaban tan cerca que yo los «oía» retumbar suavemente con ese sonido peculiar tantas veces oído esa noche. Fueron apaciguándose hasta ser como un estanque quieto, ondulado por destellos de oro y negro.

Apartó los ojos una vez más y, saltando como grillo, se alejó cosa de cincuenta metros. Saltó otra y otra vez, y desapareció en la lejanía.

Lo siguiente que recuerdo es haber echado a andar. Muy racionalmente, traté de reconocer puntos de referencia, tales como montañas en la distancia, para orientarme. Durante toda la experiencia me habían obsesionado los puntos cardinales, y creía yo que el norte debía estar a mi izquierda. Caminé en esa dirección bastante rato antes de advertir que ya era de día y que ya no estaba usando mi «visión nocturna». Recordé que tenía reloj y vi la hora. Eran las 8.

A eso de las 10 llegué a la saliente donde había estado la noche anterior. Don Juan yacía dormido en el suelo.

—¿Dónde has estado? —dijo.

Me senté a tomar aire. Tras un largo silencio, don Juan preguntó:

—¿Lo viste?

Empecé a narrar la sucesión de mis experiencias desde el principio, pero me interrumpió diciendo que todo cuanto importaba era si lo había yo visto o no. Me preguntó si Mescalito había estado cerca de mí. Le dije que casi lo había tocado.

Esa parte de mi relato le interesó. Escuchó atentamente cada detalle, sin comentar, interrumpiendo sólo para inquirir sobre la forma del ente que yo había visto, su talante, y otros detalles acerca de él. Era como mediodía cuando don Juan pareció haber oído suficiente. Se

levantó y amarró a mi pecho un saco de lona; me ordenó caminar tras él y dijo que él iba a cortar a Mescalito y que yo debía recibirlo en mis manos y meterlo con delicadeza en el saco.

Bebimos un poco de agua y empezamos a caminar. Cuando llegamos al borde del valle, don Juan pareció titubear un momento sobre la dirección a seguir. Una vez que hubo elegido anduvimos en línea recta.

Cada vez que llegábamos a una planta de peyote, se acuclillaba frente a ella y muy gentilmente cortaba la parte superior con su cuchillo corto y serrado. Hacía una incisión al nivel del suelo y rociaba la «herida», como él la llamaba, con polvo puro de azufre que llevaba en una bolsa de cuero. Sostenía el botón fresco en la mano izquierda y esparcía el polvo con la derecha. Luego se ponía en pie para entregarme el botón, que yo recibía con ambas manos, como él había prescrito, y colocaba dentro del saco.

—Mantente derecho y no dejes que la bolsa toque la tierra ni las matas ni ninguna otra cosa —me decía repetidamente, como si pensara que yo lo olvidaría.

Recogimos sesenta y cinco botones. Cuando el saco estuvo completamente lleno, lo puso sobre mi espalda y amarró otro a mi pecho. Al terminar de cruzar la meseta teníamos dos sacos llenos, que contenían ciento diez botones de peyote. Los sacos eran tan pesados y voluminosos que yo apenas podía caminar bajo su bulto y su peso.

Don Juan me susurró que las bolsas estaban pesadas porque Mescalito quería regresar a la tierra. Dijo que la tristeza de dejar su morada era lo que hacía pesado a Mescalito; mi verdadera tarea era no dejar que los sacos tocaran el suelo, porque si lo hacía, Mescalito jamás me permitiría tomarlo de nuevo.

En un momento particular la presión de las correas sobre mis hombros se hizo insoportable. Algo estaba ejerciendo una fuerza tremenda, tirando hacia abajo. Sentí mucha aprensión. Noté que había empezado a caminar más rápidamente, casi a correr; iba por así decirlo trotando detrás de don Juan.

De pronto disminuyó el peso sobre mi pecho y mi espalda. La carga se hizo esponjosa y ligera. Corrí libremente para alcanzar a don Juan, que iba delante de mí. Le dije que ya no sentía el peso. Me explicó que ya habíamos dejado la morada de Mescalito.

*Martes, 3 de julio, 1962*

—Creo que Mescalito casi te ha aceptado —dijo don Juan.

—¿Por qué dice usted que *casi* me ha aceptado, don Juan?

—No te mató, ni siquiera te hizo daño. Te dio un buen susto, pero no uno malo de verdad. Si no te hubiera aceptado para nada, se te habría aparecido monstruoso y lleno de ira. Algunas gentes han aprendido lo que significa el horror al encontrárselo y no ser aceptadas.

—Si es tan terrible, ¿por qué no me lo dijo usted antes de llevarme al campo?

—No tienes valor suficiente para buscarlo a propósito. Pensé que era mejor que no supieses.

—¡Pero pude haber muerto, don Juan!

—Sí, pudiste. Pero yo estaba seguro de que te iba a ir bien. Una vez jugó contigo. No te hizo daño. Pensé que también esta vez tendría compasión de ti.

Le pregunté si realmente pensaba que Mescalito me había tenido compasión. La experiencia había sido aterradora; yo sentía casi haber muerto de susto.

Dijo que Mescalito fue de lo más bondadoso conmigo; me enseñó una escena que era una respuesta a una pregunta. Don Juan dijo que Mescalito me había dado una lección. Le pregunté cuál era la lección y qué significaba. Dijo que sería imposible responder a esa pregunta porque yo había tenido demasiado miedo para saber *exactamente* qué le preguntaba a Mescalito.

Don Juan sondeó mi memoria con respecto a lo que había dicho a Mescalito antes de que él me enseñara la escena en su mano. Pero yo no podía acordarme. Todo cuanto recordaba era haber caído de rodillas a «confesarle mis pecados».

Don Juan no pareció tener interés en hablar más de eso. Le pregunté:

—¿Puede enseñarme la letra de las canciones que usted cantaba?

—No, no puedo. Esas palabras son mías, las palabras que el protector mismo me enseñó. Las canciones son *mis* canciones. No puedo decirte cuáles son.

—¿Por qué no puede decirme, don Juan?

—Porque esas canciones son un lazo entre el protector y yo. Estoy seguro de que algún día él te enseñará tus propias canciones. Espera hasta entonces, y nunca jamás copies ni preguntes las canciones que pertenecen a otra gente.

—¿Cuál era el nombre que usted pronunció? ¿Puede decirme eso, don Juan?

—No. Su nombre nunca puede pronunciarse más que para llamarlo.

—¿Y si yo quiero llamarlo?

—Si algún día te acepta, te dirá su nombre. Ese nombre será para qué tú solo lo uses, ya sea para llamarlo en voz alta o para decírtelo en silencio a ti mismo. A lo mejor te dirá que su nombre es José. Quién sabe.

—¿Por qué es malo usar su nombre para hablar de él?

—Ya viste sus ojos, ¿no? Con el protector no se juega. ¡Por eso no puedo explicarme el hecho de que escogiera jugar contigo!

—¿Cómo puede ser él un protector si también hace mal a la gente?

—La respuesta es muy sencilla. Mescalito es un protector porque está a la disposición de cualquiera que lo busque.

—Pero, ¿no es cierto que todo en el mundo está a la disposición de cualquiera que lo busque?

—No, eso no es cierto. Los poderes aliados sólo están a disposición de los brujos, pero cualquiera puede disponer de Mescalito.

—Pero entonces ¿por qué daña a cierta gente?

—No a todos les gusta Mescalito, pero todos lo buscan con la idea de sacar provecho sin trabajar. Naturalmente, su encuentro con él siempre es horrendo.

—¿Qué ocurre cuando acepta por entero a alguien?

—Se le aparece como un hombre, o como una luz. Cuando alguien ha ganado esta clase de aceptación, Mescalito es constante. Ya no vuelve a cambiar después. A lo mejor cuando te lo encuentres de nuevo será una luz, y algún día hasta puede llevarte a volar y revelarte todos sus secretos.

—¿Qué tengo que hacer para llegar a ese punto, don Juan?

—Tienes que ser un hombre fuerte, y tu vida tiene que ser verdadera.

—¿Qué es una vida verdadera?

—Una vida que se vive con la certeza nítida de estar viviéndola; una vida buena, fuerte.

## V

Don Juan inquiría periódicamente, en forma casual, sobre el estado de mi datura. En el año transcurrido desde que replanté la raíz, la planta se había convertido en un arbusto grande. Había dado semillas y las vainas de las semillas se habían secado. Y don Juan juzgó que era hora de que yo aprendiera algo más sobre la yerba del diablo.

*Domingo, 27 de enero, 1963*

Don Juan me dio hoy la información preliminar sobre la «segunda parte» de la raíz de datura, el segundo paso en el aprendizaje de la tradición. Dijo que la segunda parte de la raíz era el verdadero principio del aprendizaje; en comparación con ella, la primera parte era juego de niños. Había que dominar la segunda parte; había que tomarla veinte veces por lo menos, dijo, antes de poder avanzar al tercer paso.

—¿Qué hace la segunda parte? —pregunté.

—La segunda parte de la yerba del diablo se usa para ver. Con ella, un hombre puede remontarse por los aires y ver qué está pasando en cualquier sitio que escoja.

—¿Puede en verdad un hombre volar por los aires, don Juan?

—¿Por qué no? Como ya te dije, la yerba del diablo es para aquellos que buscan poder. El hombre que domina la segunda parte puede usar la yerba del diablo para ganar más poder haciendo cosas que nadie se imagina.

—¿Qué clase de cosas, don Juan?

—No te lo puedo decir. Cada hombre es distinto.

*Lunes, 28 de enero, 1963*

—Si completas con bien el segundo paso —dijo don Juan—, sólo podré enseñarte otro paso más. Al ir aprendiendo sobre la yerba del diablo me di cuenta de que no era para mí, y ya no adelanté más en su camino.

—¿Qué le hizo decidir en contra de ello, don Juan?

—La yerba del diablo estuvo a punto de matarme todas las veces que traté de usarla. Una vez me fue tan mal que me di por acabado. Y sin embargo, yo habría podido evitar todo ese dolor.

—¿Cómo? ¿Hay alguna manera especial de evitar el dolor?

—Sí, hay una manera.

—¿Es una fórmula, o un procedimiento, o qué?

—Es una manera de agarrarse a las cosas. Por ejemplo, cuando yo estaba aprendiendo sobre la yerba del diablo, era demasiado ansioso. Me agarraba a las cosas de la misma manera que los niños agarran dulces. La yerba del diablo es sólo un camino entre cantidades de caminos. Cualquier cosa es un camino entre cantidades de caminos. Por eso debes tener siempre presente que un camino es sólo un camino; si sientes que no deberías seguirlo, no debes seguir en él bajo ninguna condición. Para tener esa claridad debes llevar una vida disciplinada. Sólo entonces sabrás que un camino es nada más un camino, y no hay afrenta, ni para ti ni para otros, en dejarlo si eso es lo que tu corazón te dice. Pero tu decisión de seguir en el camino o de dejarlo debe estar libre de miedo y de ambición. Te prevengo. Mira cada camino de cerca y con intención. Pruébalo tantas veces como consideres necesario. Luego hazte a ti mismo, y a ti solo, una pregunta. Es una pregunta que sólo se hace un hombre muy viejo. Mi benefactor me habló de ella una vez cuando yo era joven, y mi sangre era demasiado vigorosa para que yo la entendiera. Ahora sí la entiendo. Te diré cuál es: ¿tiene corazón este camino? Todos los caminos son lo mismo: no llevan a ninguna parte. Son caminos que van por el matorral. Puedo decir que en mi propia vida he recorrido caminos largos, largos, pero no estoy en ninguna parte. Ahora tiene sentido la pregunta de mi benefactor. ¿Tiene corazón este camino? Si tiene, el camino es bueno; si no, de nada sirve. Ningún camino lleva a ninguna parte, pero uno tiene corazón y el otro no. Uno hace gozoso el viaje; mientras lo sigas, eres uno con él. El otro te hará maldecir tu vida. Uno te hace fuerte; el otro te debilita.

*Domingo, 21 de abril, 1963*

La tarde del martes 16 de abril, don Juan y yo fuimos a los cerros donde están sus daturas. Me pidió dejarlo solo allí, y esperarlo en el coche. Volvió casi tres horas después cargando un paquete envuelto en una tela roja. Cuando iniciábamos el regreso a su casa, señaló el bulto y dijo que era su último regalo para mí.

Pregunté si quería decir que ya no iba a enseñarme. Explicó que se refería al hecho de que yo tenía una planta plenamente madura y ya no necesitaría de las suyas.

Al atardecer tomamos asiento en su cuarto; él sacó un mortero y una mano, ambos de acabado pulido. El cuenco del mortero tenía unos quince centímetros de diámetro. Desató un gran paquete lleno de bultos pequeños, seleccionó dos y los puso sobre un petate, a mi lado; luego añadió otros cuatro bultos del mismo tamaño, extraídos del paquete que trajo a casa. Dijo que eran semillas, y yo debía molerlas hasta convertirlas en polvo fino. Abrió el primer bulto y vertió parte de su contenido en el mortero. Las semillas secas eran redondas, de color amarillo caramelo.

Empecé a trabajar con la mano del mortero; tras un rato don Juan me corrigió. Me dijo que primero empujase la mano contra un lado del recipiente y luego la deslizara sobre el fondo para hacerla subir contra el otro lado. Le pregunté qué iba a hacer con el polvo. No quiso hablar de ello.

El primer lote de semillas resultó extremadamente duro de moler. Tardé cuatro horas en terminar el trabajo. La espalda me dolía a causa de la postura en que había estado sentado. Me acosté y quise dormirme allí mismo, pero don Juan abrió la siguiente bolsa y vació parte de su contenido en el mortero. Esta vez las semillas eran un poco más oscuras que las primeras y se hallaban apelotonadas. El resto del contenido de la bolsa era una especie de polvo, consistente en gránulos muy pequeños, redondos y oscuros.

Yo quería algo de comer, pero don Juan dijo que si deseaba aprender tenía que seguir la regla, y la regla sólo me permitía beber un poco de agua mientras aprendía los secretos de la segunda parte.

La tercera bolsa contenía un puñado de gorgojos negros, vivos. Y en la última había algunas semillas frescas: blancas y casi pulposas en su blancura, pero fibrosas y difíciles de convertir en pasta fina, como don Juan esperaba de mí. Cuando hube terminado de moler el contenido de las cuatro bolsas, él midió dos tazas de un agua verdosa, la vertió en una olla de barro y puso la olla al fuego. Cuando el agua hervía, añadió el primer lote de semillas pulverizadas. Agitó el líquido con un pedazo largo y puntiagudo de hueso o madera, que llevaba en su morral de cuero. Apenas hirvió nuevamente el agua, añadió las otras sustancias una por una, siguiendo el mismo procedimiento. Luego añadió otra taza de la misma agua y dejó la mezcla hervir a fuego lento.

Entonces me dijo que era hora de macerar la raíz, Extrajo cuidadosamente un largo pedazo de raíz de datura del bulto que había traído a casa. La raíz tenía unos cuarenta centímetros de largo. Era gruesa, como de cuatro centímetros de diámetro. Dijo que era la segunda parte, y también la había medido él mismo porque aún era *su* raíz. La próxima vez que yo probara la yerba del diablo, dijo, tendría que medir mi propia raíz.

Empujó hacia mí el gran mortero, y procedí a macerar la raíz exactamente como él había hecho con la primera parte. Me guió a través de los mismos pasos, y nuevamente dejamos la raíz macerada remojándose en agua, expuesta al sereno. Para entonces, la mezcla hirviente se había solidificado en la olla de barro. Don Juan retiró la olla del fuego, la puso dentro de una

red y la colgó de una viga a mitad del aposento.

El 17 de abril, a eso de las 8 de la mañana, don Juan y yo empezamos a colar con agua el extracto de raíz. Era un día claro, soleado, y don Juan interpretó el buen tiempo como augurio de que yo le simpatizaba a la yerba del diablo; dijo que, conmigo allí, nada más se acordaba de lo mala que la yerba había sido con él.

El procedimiento que seguimos para filtrar el extracto de raíz fue el mismo que yo había observado para la primera parte. Al atardecer, tras vaciar el agua de encima por octava vez, quedó en el fondo del recipiente una cucharada de sustancia amarillenta.

Volvimos al cuarto de don Juan, donde aún había dos bolsitas sin tocar. Abrió una, metió la mano y con la otra plegó el extremo abierto en torno de su muñeca. Parecía estar sosteniendo algo, a juzgar por la forma como su mano se movía dentro de la bolsa. De pronto, con un movimiento rápido, peló la bolsa de su mano como quitándose un guante, volteándola al revés, y acercó la mano a mi rostro. Estaba sosteniendo una lagartija. La cabeza del animal se hallaba a pocos centímetros de mis ojos. Había algo extraño en el hocico. Observé un momento, y luego me retraje involuntariamente. El hocico de la lagartija estaba cosido con puntadas toscas. Don Juan me ordenó coger la lagartija con la mano izquierda. La aferré; se revolvió contra mi palma. Sentí náuseas. Mis manos empezaron a sudar.

Don Juan tomó la última bolsa y, repitiendo los mismos movimientos, extrajo otra lagartija. También la acercó a mi cara. Vi que los ojos del animal estaban cosidos. Me ordenó coger esta lagartija con la mano derecha.

Para cuando tuve ambas lagartijas en las manos, me hallaba a punto de vomitar. Tenía un deseo avasallador de dejarlas caer y largarme de allí.

—¡No las apachurres! —dijo, y su voz me trajo un sentido de alivio y de propósito. Preguntó qué me pasaba. Trataba de estar serio, pero no pudo contener la risa. Intenté aflojar las manos, pero sudaban tan profusamente que las lagartijas, retorciéndose, empezaron a escapárseme. Sus garritas agudas arañaban mis manos, produciendo una increíble sensación de asco y náusea. Cerré los ojos y apreté los dientes. Una de las lagartijas ya se deslizaba a mi muñeca; sólo necesitaba dar un tirón para sacar la cabeza de entre mis dedos y quedar libre. Yo experimentaba una sensación peculiar de desesperación física, de incomodidad suprema. Gruñía a don Juan, entre dientes, que me quitara esas porquerías. Mi cabeza se sacudía involuntariamente. Él me miró con curiosidad. Gruñí como un oso, sacudiendo el cuerpo. Don Juan echó las lagartijas en sus bolsas y empezó a reír. Yo quería reír también, pero tenía el estómago revuelto. Me acosté.

Le expliqué que lo que me había afectado era la sensación de las garras en mis palmas; él dijo que muchas cosas podían volver loco a un hombre, sobre todo si no tenía la decisión, el propósito necesario para aprender; pero cuando un hombre poseía una intención clara y recia, los sentimientos no resultaban en modo alguno un obstáculo, pues era capaz de controlarlos.

Don Juan esperó un rato y entonces, repitiendo los mismos movimientos, me entregó de nuevo las lagartijas. Me dijo que alzara sus cabezas y las frotrara suavemente contra mis sienes, mientras les preguntaba cualquier cosa que quisiera saber.

Al principio no comprendí qué deseaba de mí. Me dijo otra vez que preguntara a las lagartijas cualquier cosa que yo no pudiese averiguar por mí mismo. Me dio toda una serie de ejemplos: podía yo descubrir cosas sobre personas que por lo común no veía, o sobre objetos perdidos, o sobre sitios que no conociera. Entonces advertí que se refería a la *adivinación*. Me puse muy excitado. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Sentí que perdía el aliento.

Me advirtió que esta primera vez no preguntara sobre asuntos personales: dijo que mejor pensara en algo que no tuviese nada que ver conmigo. Debía pensar rápidamente y con claridad, porque no habría modo de revocar mis pensamientos.

Traté frenéticamente de pensar en algo que deseara saber. Don Juan me instaba con imperiosidad, y quedé atónito al darme cuenta de que no podía pensar nada que quisiese «preguntar» a las lagartijas.

Tras una espera penosamente larga, se me ocurrió algo. Tiempo antes, habían robado un buen número de libros de un salón de lectura. No era un asunto personal, y sin embargo me interesaba. Yo no tenía ideas preconcebidas acerca de la identidad de la persona, o personas, que habían tomado los libros. Froté las lagartijas contra mis sienes, preguntándoles quién era el ladrón.

Tras un rato, don Juan metió las lagartijas en las bolsas y dijo que no había ningún secreto profundo con respecto a la raíz ni a la pasta. La pasta se hacía para dar dirección; la raíz aclaraba las cosas. Pero el verdadero misterio eran las lagartijas. Ellas eran el secreto de toda la brujería de la segunda parte, dijo don Juan. Le pregunté si eran un tipo especial de lagartijas. Respondió que sí lo eran. Tenían que venir de la zona de la propia planta de uno; tenían que ser amigas de uno. Y para trabar amistad con las lagartijas, había que cultivarla un largo período. Había que desarrollar una fuerte amistad con ellas dándoles comida y hablándoles con bondad.

Pregunté por qué era tan importante su amistad. Don Juan dijo que las lagartijas sólo se dejan capturar si conocen al hombre, y quien tomara en serio la yerba del diablo debía tratar con seriedad a las lagartijas. Dijo que, como regla, las lagartijas debían cogerse después de que la pasta y la raíz estuvieran preparadas. Debían cogerse al atardecer. Si uno no estaba en confianza con las lagartijas, dijo, podía pasarse días tratando, sin éxito, de cogerlas, y la pasta sólo duraba un día. Luego me dio una larga serie de instrucciones concernientes al procedimiento a seguir una vez capturadas las lagartijas.

—Una vez que hayas cogido las lagartijas, ponlas en bolsas separadas. Luego saca a la primera y háblale. Discúlpate por causarle dolor y ruégale que te ayude. Y cósele la boca con una aguja de madera. Haz la costura con fibras de agave y una espina de choya. Aprieta bien las puntadas. Luego dile las mismas cosas a la otra lagartija y cósele los párpados. A la hora en

que la noche empiece a caer estarás listo. Toma la lagartija de la boca cosida y explícale el asunto del que quieres saber. Pídele que vaya a ver por ti. Dile que tuviste que coserle la boca para que se apure a volver y no hable con nadie más. Déjala revolcarse en la pasta después de que se la embarres en la cabeza; luego ponla en el suelo. Si toma la dirección de tu buena fortuna, la brujería saldrá bien y fácil. Si agarra la dirección contraria, saldrá mal. Si la lagartija se acerca a ti (hacia el sur) puedes esperar mejor suerte que de costumbre, pero si se aleja de ti (hacia el norte), la brujería será terriblemente difícil. ¡Puedes hasta morir! De modo que, si se aleja de ti, estás a tiempo de rajarte. A estas alturas puedes tomar la decisión de rajarte. Si te rajás, perderás tu autoridad sobre las lagartijas, pero mejor eso que perder la vida. O también puede ser que decidas seguir con la brujería a pesar de mi advertencia. En ese caso, el paso siguiente es tomar la otra lagartija y decirle que escuche el relato de su hermana y luego te lo describa.

—¿Pero cómo puede la lagartija de la boca cosida decirme lo que ve? ¿No se le cosió la boca para que no hablara?

—Coserle la boca le impide contar su relato a los extraños. La gente dice que las lagartijas son platicadoras; en cualquier parte se paran a platicar. Bueno, el paso siguiente es embarrarle la pasta atrás de la cabeza, y luego frotar la cabeza de la lagartija contra tu sien izquierda, sin que la pasta toque el centro de tu frente. Al comienzo del aprendizaje, es buena idea enlazar a la lagartija por en medio, con un cordón, y amarrártela al hombro derecho. Así no la pierdes ni la lastimas. Pero conforme progresas y te vas familiarizando con el poder de la yerba del diablo, las lagartijas aprenden a obedecer tus órdenes y se quedan trepadas en tu hombro. Después que te hayas untado pasta en la sien derecha, con la lagartija, mete en la olla los dedos de las dos manos; úntate la pasta primero en las sienes y luego extiéndela bien sobre ambos lados de tu cabeza. La pasta se seca muy rápido, y puede aplicarse tantas veces como sea necesario. Cada vez, empieza por usar primero la cabeza de la lagartija y después tus dedos. Tarde o temprano la lagartija que fue a ver regresa y le cuenta a su hermana todo el viaje, y la lagartija ciega te lo describe como si fueras de su especie. Cuando la brujería esté terminada, pon a la lagartija en el suelo y déjala ir, pero no mires a dónde va. Escarba con las manos un agujero hondo y entierra en él todo lo que usaste.

Alrededor de las 6 p. m., don Juan recogió del recipiente el extracto de raíz, depositándolo sobre un trozo liso de pizarra; había menos de una cucharadita de almidón amarillo. Puso la mitad en una taza y añadió agua amarillenta. Dio vueltas a la taza para disolver la sustancia. Me entregó la taza y me dijo que bebiera la mezcla. Era insípida, pero dejó en mi boca un sabor levemente amargo. El agua estaba demasiado caliente y eso me molestó. Mi corazón empezó a golpear aprisa, pero pronto me tranquilicé de nuevo.

Don Juan trajo la olla de la pasta. Ésta parecía sólida y tenía una superficie reluciente. Quise penetrar la costra con el dedo, pero don Juan saltó hacia mí y apartó mi mano de la olla. Se molestó mucho; dijo que era mucho descuido de mi parte el tratar de hacer eso, y que si yo de veras quería aprender no había necesidad de ser descuidado. Eso era poder, dijo señalando la pasta, y nadie sabía qué clase de poder era en realidad. Era suficiente injuria, ya que nos

metiéramos con él para nuestros propios fines —algo que no podemos evitar porque somos hombres, dijo—, pero al menos había que tratarlo con el debido respeto. La mezcla semejaba avena cocida. Al parecer tenía almidón suficiente para darle esa consistencia. Don Juan me pidió traer las bolsas con las lagartijas. Tomó la lagartija del hocico cosido y me la entregó cuidadosamente. Me hizo cogerla con la mano izquierda y me dijo que tomara con el dedo un poco de pasta y lo frotara en la cabeza de la lagartija y luego pusiera a la lagartija en la olla y la sostuviera allí hasta que la pasta cubriese todo su cuerpo.

Luego me indicó sacar a la lagartija de la olla. Recogió la olla y me guió a una zona rocosa no demasiado lejos de su casa. Señaló una gran roca y me dijo que me sentara frente a ella, como si fuera mi datura, y, sosteniendo la lagartija frente a mi rostro, le explicara nuevamente lo que deseaba saber y le rogara ir a buscarme la respuesta. Me aconsejó decir a la lagartija que sentía haber tenido que causarle molestias, y prometerle que a cambio sería bueno con todas las lagartijas. Y luego me indicó sostenerla entre los dedos tercero y cuarto de mi mano izquierda, donde una vez él hizo un corte, y bailar alrededor de la roca haciendo exactamente lo que había hecho al replantar la raíz de la yerba del diablo; me preguntó si recordaba cuanto había hecho entonces. Dije que sí. Subrayó que todo tenía que ser exactamente igual, y que si no me acordaba debía esperar hasta que todo se hallase claro en mi memoria. Me advirtió con gran apremio que si actuaba en forma precipitada, sin deliberar, me haría daño a mí mismo. Su última indicación fue que yo pusiera en tierra a la lagartija del hocico cosido y observara hacia dónde se iba, para poder determinar el resultado de la experiencia. Dijo que no debía yo apartar los ojos de la lagartija ni por un instante, pues una treta común de las lagartijas era distraerlo a uno y luego salir corriendo.

Todavía no acababa de oscurecer. Don Juan miró el cielo.

—Te dejo solo —dijo, y se alejó.

Seguí todas sus instrucciones y luego puse a la lagartija en el suelo. La lagartija permaneció inmóvil donde la dejé. Luego me miró, y corrió a las rocas, hacia el este, y desapareció entre ellas.

Me senté en el suelo frente a la roca, como si estuviera ante mi planta. Una profunda tristeza me invadió. Me pregunté por la lagartija del hocico cosido. Pensé en su extraño viaje y en cómo me miró antes de correr. Era un pensamiento extraño, una proyección molesta. A mi modo yo también era una lagartija, realizando otro viaje extraño. Mi destino, acaso, era sólo el de ver; en ese momento sentía que nunca me sería posible decir lo que había visto. Para entonces ya estaba muy oscuro. Apenas podía ver las rocas que estaban frente a mí. Pensé en las palabras de don Juan: «El crepúsculo: ¡allí está la rendija entre los mundos!».

Tras largo titubeo empecé a seguir los pasos prescritos. Aunque la pasta parecía avena cocida, no tenía ese tacto. Era muy lisa y fría. Oía en forma peculiar, acre. Producía en la piel una sensación de frescura y se secaba rápidamente. Me froté las sienes once veces, sin notar efecto alguno. Traté con mucho cuidado de tomar en cuenta cualquier cambio en percepción o

estado de ánimo, pues ni siquiera sabía qué anticipar. De hecho, no era yo capaz de concebir la naturaleza de la experiencia, e insistía en buscar pistas.

La pasta se había secado y desprendido en escamas de mis sienes, Estaba a punto de untarme más cuando advertí que me hallaba sentado sobre los tobillos, a la japonesa. Había estado sentado con las piernas cruzadas y no recordaba haber cambiado de postura. Tardé algún tiempo en tomar plena conciencia de que me encontraba sobre el piso de una especie de claustro con arcadas altas. Pensé que eran de ladrillo, pero al examinarlas vi que eran de piedra.

Esta transición fue muy difícil. Sobrevino tan repentinamente que yo no estaba listo para seguirla. Mi percepción de los elementos de la visión era difusa, como si soñara. Pero los componentes no cambiaban. Permanecían fijos, y yo podía detenerme junto a cualquiera de ellos y examinarlo concretamente. La visión no era tan clara ni tan real como una inducida por el peyote. Tenía un carácter nebuloso, un matiz pastel intensamente placentero.

Me pregunté si podría levantarme o no, y en seguida noté que me había movido. Estaba en la parte superior de una escalera y H, una amiga mía, se hallaba al pie de ella. Sus ojos eran febriles. Había en ellos un brillo de locura. Rió fuertemente, con tal intensidad que resultó aterradora su risa, Empezó a subir la escalera. Quise huir o refugiarme, porque «ella había estado chiflada una vez». Ése fue el pensamiento que acudió a mi mente. Me oculté detrás de una columna y H pasó ante mí sin mirar, «Ahora se va a un largo viaje», fue otro pensamiento que se me ocurrió entonces, y finalmente la última idea que recordé fue: «Se ríe cada vez que está a punto de tronar».

De pronto la escena se hizo muy clara; ya no era como un sueño. Era como una escena común, pero yo parecía estar viéndola a través de un cristal. Traté de tocar una columna, pero todo cuanto noté fue que no podía moverme; sin embargo, sabía que podía quedarme cuanto quisiera, contemplando la escena. Estaba en ella pero no era parte de ella.

Sentí que levantaba un dique de pensamientos y argumentos racionales. Me hallaba, hasta donde podía juzgar, en un estado ordinario de conciencia sobria. Cada elemento pertenecía al terreno de mis procesos normales. Y sin embargo, yo sabía que no se trataba de un estado ordinario.

La escena cambió súbitamente. Era de noche. Me encontraba en el vestíbulo de un edificio. La oscuridad dentro del edificio me hizo consciente de que en la escena anterior la luz del sol tenía una hermosa claridad. Pero había sido algo tan común que en ese momento no lo advertí. Al seguir mirando la nueva visión, vi a un joven salir de un cuarto con una mochila grande sobre los hombros. No sabía yo quién era, aunque lo había visto una o dos veces. Pasó frente a mí y descendió las escaleras. Para entonces yo había olvidado mi aprensión, mis dilemas racionales. «¿Quién es ese tipo?» pensé. «¿Por qué lo vi?».

La escena cambió de nuevo y me hallé observando al joven mutilar libros: pegaba algunas páginas con goma, borraba marcas. Luego lo vi acomodar los libros con cuidado en una caja de

madera, Había una pila de cajas. No estaban en su cuarto sino en algún almacén. Otras imágenes acudieron a mi mente, pero no estaban claras. La escena se hizo nebulosa. Tuve la sensación de girar.

Don Juan me sacudió por los hombros y desperté. Me ayudó a levantarme y caminamos de regreso a su casa. Habían pasado tres horas y media desde el momento en que empecé a untar la pasta en mis sienes hasta la hora en que desperté, pero el estado visionario no pudo haber durado más de diez minutos. Yo no sentía ningún mal efecto; sólo hambre y sueño.

*Jueves, 18 de abril, 1963*

Don Juan me pidió anoche describir mi reciente experiencia, pero yo estaba demasiado adormecido para hablar de ella. No podía concentrarme. Hoy, apenas desperté, repitió su petición.

—¿Quién te dijo que esta muchacha H había estado chiflada? —preguntó cuándo terminé mi historia.

—Nadie. Fue sólo uno de los pensamientos que tuve.

—¿Crees que eran tus pensamientos?

Le dije que eran mis pensamientos, aunque yo no tenía motivo para pensar que H hubiese estado enferma. Eran pensamientos extraños. Parecían brotar en mi mente surgidos de ninguna parte. Don Juan me miró inquisitivo. Le pregunté si no me creía; rió y dijo que mi costumbre era ser descuidado con mis actos.

—¿Qué hice mal, don Juan?

—Debiste haber escuchado a las lagartijas.

—¿Cómo debí escuchar?

—La lagartijita encima de tu hombro te estaba describiendo todo lo que veía su hermana. Te estaba hablando. Te estaba diciendo todo, y tú no hiciste caso. En cambio, creíste que las palabras de la lagartija eran tus propios pensamientos.

—Pero si *eran* mis propios pensamientos, don Juan.

—No lo eran. Ésa es la naturaleza de esta brujería, Para decirte la verdad, la visión es más para escucharse que para mirarse. Lo mismo me pasó a mí. Estaba a punto de advertírtelo cuando recordé que mi benefactor no me lo advirtió a mi tampoco.

—¿Fue su experiencia como la mía, don Juan?

—No. La mía fue un viaje infernal. Casi me muero.

—¿Por qué fue infernal?

—A lo mejor porque yo no le caía bien a la yerba del diablo, o porque no tenía claro lo que quería preguntar. Como tú ayer. Has de haber estado pensando en esa muchacha cuando preguntaste por los libros.

—No me acuerdo de eso.

—Las lagartijas nunca yerran; toman cada pensamiento como una pregunta. La lagartija volvió y te dijo cosas de H que nadie podrá entender jamás, porque ni siquiera tú sabes cuáles eran tus pensamientos.

—¿Y la otra visión que tuve?

—Tus pensamientos han de haber estado firmes cuando hiciste esa pregunta. Y así es como hay que conducir esta brujería: con claridad.

—¿O sea que la visión de la muchacha no debe tomarse en serio?

—¿Cómo puede tomarse en serio si no sabes qué preguntas estaban contestando las lagartijitas?

—¿Sería más claro para la lagartija si uno hiciera una sola pregunta?

—Sí, sería más claro. Si pudieras sostener con firmeza un solo pensamiento.

—¿Pero qué ocurriría, don Juan, si la única pregunta no fuera sencilla?

—Mientras tu pensamiento sea firme y no se meta en otras cosas, es claro para las lagartijitas, y entonces su respuesta es clara para ti.

—¿Puede uno hacer más preguntas a las lagartijas mientras va avanzando en la visión?

—No. La visión es para mirar lo que las lagartijas te estén diciendo. Por eso dije que es una visión para oír más que una visión para ver. Por eso te pedí tratar asuntos no personales. Por lo general, cuando la pregunta trata de personas, tu ansia de tocarlas o de hablarles es demasiado fuerte, y la lagartija deja de hablar y la brujería se deshace. Deberás saber mucho más que ahora antes de querer ver cosas que te conciernan en lo personal. La próxima vez debes escuchar con cuidado. Estoy seguro de que las lagartijitas te dijeron muchas, muchas cosas, pero no estabas escuchando.

*Viernes, 19 de abril, 1963*

—¿Qué son todas las cosas que molí para la pasta, don Juan?

—Semillas de yerba del diablo y los gorgojos que viven de las semillas. La medida es un puño de cada cosa —ahuecó la mano derecha para mostrarme cuánto.

Le pregunté qué ocurriría si un elemento se usara solo, sin los demás. Dijo que tal procedimiento sólo produciría el antagonismo de la yerba del diablo y de las lagartijas.

—No debes enemistarte con las lagartijas —dijo—, porque al otro día, cuando esté atardeciendo, tienes que regresar al sitio de tu planta. Háblales a todas las lagartijas y pide que salgan otra vez a las dos que te ayudaron en la brujería. Busca por todas partes hasta que esté oscuro. Si no puedes hallarlas, debes intentarlo de nuevo al otro día. Sí eres fuerte hallarás a las dos, y entonces tendrás que comértelas allí mismo. Y tendrás por siempre la facultad de ver lo desconocido. Ya nunca necesitarás coger lagartijas para practicar esta brujería. Vivirán dentro de ti desde entonces.

—¿Qué hago si nada más encuentro una?

—Si nada más encuentras una, debes dejarla ir al final de tu búsqueda. Si la encuentras el primer día, no la guardes con la esperanza de coger a la otra al día siguiente. Eso nada más echaría a perder tu amistad con ellas.

—¿Qué sucede si no puedo hallarlas para nada?

—Creo que eso sería lo mejor para ti. Quiere decir que debes coger dos lagartijas cada vez que necesites su ayuda, pero también quiere decir que eres libre.

—¿Cómo, libre?

—Libre de ser esclavo de la yerba del diablo. Si las lagartijas viven dentro de ti, la yerba del diablo no te dejará ir jamás.

—¿Es malo eso?

—Claro que es malo. Te apartará de todo lo demás. Tendrás que pasar la vida cultivándola como aliado. Es posesiva. Una vez que te domina, sólo hay un camino a seguir: el suyo.

—¿Y si hallo muertas a las lagartijas?

—Si hallas muerta a una o a las dos, no debes tratar de hacer esta brujería durante un tiempo. Déjala descansar un rato.

»Creo que sólo esto necesito decirte; lo que te he dicho es la regla. Cada vez que practiques por tu cuenta esta brujería, debes sentarte frente a tu planta y seguir todos los pasos que te he descrito. Otra cosa, No debes comer ni beber hasta que la brujería esté terminada».

## VI

El siguiente paso en las enseñanzas de don Juan fue un nuevo aspecto en el dominio de la segunda parte de la raíz de datura. En el tiempo transcurrido entre las dos etapas del aprendizaje, don Juan inquirió únicamente acerca del desarrollo de mi planta.

*Jueves, 27 de junio, 1963*

—Es buena costumbre probar la yerba del diablo antes de emprender de líen, su camino —dijo don Juan.

—¿Cómo se le prueba, don Juan?

—Debes probar otra brujería con las lagartijas. Tienes todos los elementos que se necesitan para hacerles una pregunta más, esta vez sin mi ayuda.

—¿Es muy necesario que haga yo esta brujería, don Juan?

—Es la mejor forma de probar los sentimientos de la yerba del diablo hacia ti. Ella te prueba todo el tiempo, así que es justo que tú también la pruebes, y si en cualquier punto a lo largo de su camino sientes que por algún motivo no deberías seguir, entonces simplemente te detienes.

*Sábado, 29 de junio, 1963*

Saqué a colación el tema de la yerba del diablo. Quería que don Juan me dijese más sobre ella, y sin embargo no quería comprometerme a participar.

—La segunda parte se usa nada más para adivinar, ¿no es así, don Juan? —pregunté para iniciar la conversación.

—No solamente para adivinar. Con ayuda de la segunda parte, uno aprende la brujería de las lagartijas, y al mismo tiempo prueba a la yerba del diablo; pero en realidad la segunda parte se usa para otros propósitos. La brujería de las lagartijas es apenas el principio.

—Entonces, ¿para qué se usa, don Juan?

No respondió. Cambiando súbitamente el tema, me preguntó de qué tamaño estaban las daturas que crecían alrededor de mi propia planta. Señalé la altura con un gesto. Don Juan dijo:

—Te he enseñado a distinguir el macho de la hembra. Ahora, ve a tus plantas y tráeme los dos. Ve primero a tu planta vieja y observa con cuidado el cauce hecho por la lluvia. A estas alturas, el agua ha de haber llevado muy lejos las semillas. Observa las zanjitas hechas por el desagüe y de ellas determina la dirección de la corriente. Luego encuentra la planta que esté creciendo en el punto más alejado a tu planta. Todas las plantas de yerba del diablo que crezcan en medio son tuyas. Más tarde, cuando vayan soltando semilla, puedes extender el tamaño de tu territorio siguiendo el cauce desde cada planta a lo largo del camino.

Me dio instrucciones minuciosas sobre cómo procurarme una herramienta cortante. El corte de la raíz, dijo, debía hacerse en la forma siguiente. Primero, debía yo escoger la planta que iba a cortar y apartar la tierra en torno al sitio donde la raíz se unía al tallo. Segundo, debía repetir exactamente la misma danza que había ejecutado al replantar la raíz. Tercero, debía cortar el tallo y dejar la raíz en la tierra. El paso final era cavar para extraer cuarenta centímetros de raíz. Me instó a no hablar ni delatar sentimiento alguno durante este acto.

—Deberás llevar dos trozos de tela —dijo—. Extiéndelos en el suelo y pon las plantas encima. Luego córtalas en partes y amontónalas. El orden depende de ti, pero debes recordar siempre qué orden usaste, porque así es como tienes que hacerlo siempre. Tráeme las plantas tan pronto como las tengas.

*Sábado, 6 de julio, 1963*

El lunes 1º de julio corté las daturas que don Juan había pedido. Esperé a que estuviera bastante oscuro antes de bailar alrededor de las plantas, pues no quería que nadie me viera. Me sentía lleno de aprensión. Estaba seguro de que alguien iba a presenciar mis extrañas acciones. Previamente había yo elegido dos plantas que me parecieron macho y hembra. Tenía que cortar cuarenta centímetros de la raíz de cada una, y no fue tarea fácil cavar a esa profundidad con un palo. Requirió horas. Tuve que terminar el trabajo en la oscuridad completa, y ya listo para cortarlas debí usar una lámpara de mano. Mi aprensión original de que alguien fuera a verme resultó mínima en comparación con el miedo de que alguien notara la luz en los matorrales.

Llevé las plantas a casa de don Juan el martes 2 de julio. Él abrió los bultos y examinó los trozos. Dijo que aún tenía que darme semillas de sus plantas. Empujó un mortero frente a mí. Tomó un frasco de vidrio y vació su contenido —semillas secas aglomeradas— en el mortero.

Le pregunté qué eran, y repuso que semillas comidas de gorgojo. Había entre ellas bastantes bichos: pequeños gorgojos negros. Dijo que eran bichos especiales, que debíamos sacarlos y ponerlos en un frasco aparte. Me entregó otro frasco, lleno hasta la tercera parte del

mismo tipo de gorgojos. Un trozo de papel metido en el frasco les impedía escapar.

—La próxima vez tendrás que usar los bichos de tus propias plantas —dijo don Juan—. Lo que haces es cortar las vainas que tengan agujeritos: están llenas de gorgojos. Abres la vaina y raspas todo y lo echas en un frasco. Junta un puñado de gorgojos y guárdalos aparte. Trátalos mal. No les tengas miramientos ni consideraciones. Mide un puño de las semillas apelmazadas comidas de gorgojo y un puño del polvo de los bichos, y entierra lo demás en cualquier sitio en esa dirección [señaló el sureste] de tu planta. Luego juntas semillas buenas, secas, y las guardas por separado. Junta todas las que quieras. Siempre puedes usarlas. Es buena idea sacar allí las semillas de las vainas, para poder enterrar todo de una vez.

Luego, don Juan me dijo que moliera primero las semillas apelmazadas, después los huevos de gorgojo, después los bichos y finalmente las semillas buenas y secas.

Cuando todo estuvo bien pulverizado, don Juan tomó los pedazos de datura que yo había cortado y amontonado. Separó la raíz macho y la envolvió con delicadeza en un trozo de tela. Me entregó lo demás y me dijo que lo cortara en pedacitos, lo moliera bien y pusiera en una olla hasta la última gota del jugo. Dijo que yo debía macerar las partes en el mismo orden en que las había amontonado.

Después de que terminé, me hizo medir una taza de agua hirviendo y agitarla con todo en la olla, y luego añadir otras dos tazas. Me entregó una barra de hueso de acabado pulido. Agité con ella la papilla y puse la olla en el fuego. Don Juan dijo entonces que debíamos preparar la raíz, usando para ello el mortero grande porque la raíz macho no podía cortarse para nada. Fuimos atrás de la casa. Don Juan tenía listo el mortero, y procedía machacar la raíz como había hecho antes. La dejamos remojando, al sereno, y entramos en la casa.

Me indicó vigilar la mezcla en la olla. Debía dejarse hervir hasta que tuviera cuerpo: hasta que fuese difícil de agitar. Luego se acostó en su petate y se durmió. La papilla llevaba al menos una hora hirviendo cuando noté que cada vez era más difícil agitarla. Juzgué que debía estar lista y la quité del fuego. La puse en la red bajo las tejas y me dormí.

Desperté al levantarse don Juan. El sol brillaba en un cielo despejado. Era un día cálido y seco. Don Juan comentó de nuevo su certeza de que yo le caía bien a la yerba del diablo.

Procedimos a tratar la raíz, y al finalizar el día teníamos una buena cantidad de sustancia amarillenta en el fondo del cuenco. Don Juan escurrió el agua de encima. Pensé que ése era el fin del proceso, pero él volvió a llenar el recipiente con agua hirviendo.

Bajó la olla de la papilla. Ésta parecía casi seca. Llevó la olla dentro de la casa, la colocó cuidadosamente en el piso y se sentó. Luego empezó a hablar.

—Mi benefactor me dijo que se permitía mezclar la planta con manteca. Y eso es lo que vas a hacer. Mi benefactor me la mezcló a mí con manteca, pero, como ya te he dicho, yo nunca

le tuve afición a la planta ni traté realmente de hacerme uno con ella. Mi benefactor decía que para mejores resultados, para quienes de veras quieren dominar el poder, lo debido es revolver la planta con sebo de jabalí. El sebo de tripa es el mejor. Pero escoge tú. Acaso la vuelta de la rueda decida que tomes como aliado a la yerba del diablo, y en ese caso te aconsejo, como mi benefactor me aconsejó a mí, cazar un jabalí y sacar el sebo de tripa. En otros tiempos, cuando la yerba del diablo era lo mejor, los brujos acostumbraban ir de cacería nada más para traer sebo de jabalí. Buscaban a los machos más grandes y fuertes. Tenían una magia especial para jabalíes; tomaban de ellos un poder especial, tan especial que hasta en esos días costaba trabajo creerlo. Pero ese poder se perdió. No sé nada de él. Ni conozco a nadie que sepa. A lo mejor la misma yerba te enseña todo eso.

Don Juan midió un puño de manteca y lo echó en el cuenco donde estaba la pasta seca, limpiándose la mano en el borde de la olla. Me dijo que agitara el contenido hasta que estuviera suave y bien revuelto.

Batí la mezcla durante casi tres horas. Don Juan la miraba de tiempo en tiempo, sin considerarla terminada aún. Por fin pareció satisfecho. El aire batido en la pasta le había dado un color gris claro, y consistencia de jalea. Colgó la olla del techo, junto al otro recipiente. Dijo que iba a dejarlo allí hasta el otro día, porque preparar esta segunda parte requería dos días. Me dijo que no comiera nada entre tanto. Podía tomar agua, pero nada de comida.

El día siguiente, jueves 4 de julio, cuatro veces hice escurrir la raíz, dirigido por don Juan. La última vez que escurrí el agua del cuenco, ya estaba oscuro. Nos sentamos en el porche. Don Juan puso ambos recipientes frente a mí. El extracto de raíz consistía en una cucharadita de almidón blancuzco. Lo puso en una taza y añadió agua. Dio vueltas a la taza para disolver la sustancia y luego me entregó la taza. Me dijo que bebiera todo lo que había en la taza. Lo bebí rápido y luego puse la taza en el piso y me recliné. Mi corazón empezó a golpear; sentí perder el aliento. Don Juan me ordenó, como si tal cosa, quitarme toda la ropa. Le pregunté por qué, y dijo que para untarme la pasta. Vacilé. No sabía si desvestirme. Don Juan me instó a apurarme. Dijo que había muy poco tiempo para tonterías. Me quité toda la ropa.

Tomó su barra de hueso y cortó dos líneas horizontales en la superficie de la pasta, dividiendo así el contenido de la olla en tres partes iguales. Luego, empezando en el centro de la línea superior, trazó una raya vertical perpendicular a las otras dos, dividiendo la pasta en cinco partes. Señaló el área inferior de la derecha y dijo que era para mi pie izquierdo. El área encima de ésta era para mi pierna izquierda. La parte superior, la más grande, era para mis genitales. La que seguía hacia abajo, del lado izquierdo, era para mi pierna derecha, y el área inferior izquierda para mi pie derecho. Me dijo que aplicara la parte destinada al pie izquierdo en la planta del pie y la frotara a conciencia. Luego me guió en la aplicación de la pasta a la parte interior de toda mi pierna izquierda, a mis genitales, hacia abajo por toda la parte interior de la pierna derecha, y finalmente a la planta del pie derecho.

Seguí sus instrucciones. La pasta estaba fría y tenía un olor particularmente fuerte. Al terminar de aplicarla me enderecé. El olor de la mezcla entraba en mi nariz. Me estaba sofocando.

El olor acre literalmente me asfixiaba. Era como un gas de algún tipo. Traté de respirar por la boca y traté de hablarle a don Juan, pero no pude.

Don Juan me miraba con fijeza. Di un paso hacia él. Mis piernas eran como de hule y largas, extremadamente largas. Di otro paso. Las juntas de mis rodillas parecían tener resorte, como una garrocha para salto de altura; se sacudían y vibraban y se contraían elásticamente. Avancé. El movimiento de mi cuerpo era lento y tembloroso: más bien un estremecimiento ascendente y hacia adelante. Bajé la mirada y vi a don Juan sentado debajo de mí: muy por debajo de mí. El impulso me hizo dar otro paso, aún más largo y elástico que el precedente. Y entonces me elevé. Recuerdo haber descendido una vez; entonces empujé con ambos pies, salté hacia atrás y me deslicé boca arriba. Veía el cielo oscuro sobre mí, y las nubes que pasaban a mi lado. Moví el cuerpo a tirones para ver hacia abajo. Vi la masa oscura de las montañas. Mi velocidad era extraordinaria. Tenía los brazos fijos, plegados contra los flancos. Mi cabeza era la unidad directriz. Manteniéndola echada hacia atrás, describía yo círculos verticales. Cambiaba de dirección moviendo la cabeza hacia un lado. Disfrutaba de libertad y ligereza como nunca antes había conocido. La maravillosa oscuridad me producía un sentimiento de tristeza, de añoranza tal vez. Era como haber hallado un sitio al cual correspondía: la oscuridad de la noche. Traté de mirar en torno, pero todo cuanto percibía era que la noche estaba serena, y sin embargo pletórica de poder.

De pronto supe que era hora de bajar; fue como recibir una orden que debía obedecer. Y empecé a descender como una pluma, con movimientos laterales. Ese tipo de trayectoria me hacía sentir enfermo. Era lento y a sacudidas, como si estuvieran bajándome con poleas. Me dio náusea. Mi cabeza estallaba a causa de un dolor torturante en extremo. Una especie de negrura me envolvía. Tenía mucha conciencia del sentimiento de hallarme suspendido en ella.

Lo siguiente que recuerdo es la sensación de despertar. Estaba en mi cama, en mi propio cuarto. Me senté. Y la imagen de mi cuarto se disolvió. Me levanté. ¡Estaba desnudo! Al ponerme en pie, volvió la náusea.

Reconocí algunos puntos de referencia. Me encontraba a menos de un kilómetro de la casa de don Juan, cerca del sitio de sus daturas. De pronto todo encajó donde le correspondía y me di cuenta de que debería regresar caminando hasta la casa, desnudo. Hallarme privado de ropa era una profunda desventaja psicológica, pero nada podía yo hacer para resolver el problema. Pensé en improvisarme una falda con ramas, pero la idea parecía ridícula y además pronto amanecería, pues el crepúsculo matutino ya estaba claro. Olvidé mi incomodidad y mi náusea y eché a andar rumbo a la casa. Me obsesionaba el temor de ser descubierto. Iba a la expectativa de gente o perros. Traté de correr, pero me herí los pies en las piedritas agudas. Caminé despacio. Ya había clareado mucho. Entonces vi a alguien acercarse por el camino, y rápidamente salté tras los matorrales. La situación me parecía de lo más incongruente. Un momento antes me hallaba disfrutando el increíble placer de volar; al minuto siguiente estaba escondido, avergonzado de mi propia desnudez. Pensé en saltar de nuevo al camino y correr con todas mis fuerzas pasando junto a la persona que se acercaba. Pensé que se sobresaltaría tanto que, cuando advirtiera que se trataba de un hombre desnudo, yo ya la habría dejado muy

atrás. Pensé todo eso, pero no me atrevía moverme.

La persona que venía por el camino estaba casi junto a mí y se detuvo. La oí decir mi nombre. Era don Juan, y traía mi ropa. Riendo, me miró vestirme; rió tanto que acabé por reír también yo.

El mismo día, viernes 5 de julio, al caer la tarde, don Juan me pidió narrarle los detalles de mi experiencia. Relaté todo el episodio con el mayor cuidado posible.

—La segunda parte de la yerba del diablo se usa para volar —dijo cuando hube terminado—. El ungüento por sí solo no basta. Mi benefactor decía que la raíz es la que dirige y da sabiduría, y es la causa del volar. Conforme vayas aprendiendo, y la tomes seguido para volar, empezarás a ver todo con gran claridad. Puedes remontarte por los aires cientos de kilómetros para saber qué está pasando en cualquier lugar que quieras, o para descargar un golpe mortal sobre tus enemigos lejanos. Conforme te vayas familiarizando con la yerba del diablo, ella te enseñará a hacer esas cosas. Por ejemplo, ya te ha enseñado a cambiar de dirección. Así, te enseñará cosas que ni te imaginas.

—¿Cómo qué, don Juan?

—Eso no te lo puedo decir. Cada hombre es distinto. Mi benefactor jamás me dijo lo que había aprendido. Me dijo cómo proceder, pero jamás lo que él vio. Eso es nada más para uno mismo.

—Pero yo le digo a usted todo lo que veo, don Juan.

—Ahora sí. Más tarde no. La próxima vez que tomes la yerba del diablo la tomarás solo, alrededor de tus propias plantas, porque allí es donde aterrizarás: alrededor de tus plantas. Recuérdalo. Por eso vine aquí a mis plantas a buscarte.

No dijo más y me quedé dormido. Al despertar por la noche, me sentía revigorizado. Por alguna razón exudaba una especie de contento físico. Estaba feliz, satisfecho. Don Juan me preguntó:

—¿Te gustó la noche? ¿O te asustó?

Le dije que la noche había sido en verdad magnífica.

—¿Y tu dolor de cabeza? ¿Era muy fuerte? —preguntó.

—Tan fuerte como todas las otras sensaciones. Fue el peor dolor que he sentido —dije.

—¿Te impediría eso querer probar otra vez el poder de la yerba del diablo?

—No sé. No quiero ahora, pero más tarde quizá. De veras no sé, don Juan.

Había una pregunta que yo deseaba hacerle, Supe que él la evadiría, de modo que había esperado que él mismo tocara el tema; esperé todo el día. Por fin, aquella noche antes de irme, tuve que preguntarle:

—¿De verdad volé, don Juan?

—Eso me dijiste. ¿No?

—Ya lo sé, don Juan. Quiero decir, ¿voló mi cuerpo? ¿Me elevé como un pájaro?

—Siempre me preguntas cosas que no puedo responder. Tú volaste. Para eso es la segunda parte de la yerba del diablo. Conforme vayas tomando más, aprenderás a volar a la perfección. No es asunto sencillo. Un hombre vuela con ayuda de la segunda parte de la yerba del diablo. Nada más eso puedo decirte. Lo que tú quieres saber no tiene sentido. Los pájaros vuelan como pájaros y el enyerbado vuela así.

—¿Así como los pájaros?

—No, así como los enyerbados.

—Entonces no volé de verdad, don Juan. Volé sólo en mi imaginación, en mi mente. ¿Dónde estaba mi cuerpo?

—En las matas —repuso cortante, pero inmediatamente echó a reír de nuevo—. El problema contigo es que nada más entiendes las cosas de un modo. No piensas que un hombre vuela, y sin embargo un brujo puede recorrer mil kilómetros en un segundo para ver qué está pasando. Puede descargar un golpe sobre sus enemigos a grandes distancias. Conque ¿vuela o no vuela?

—Mire, don Juan, usted y yo tenemos orientaciones diferentes. Pongamos por caso que uno de mis compañeros estudiantes hubiera estado aquí conmigo cuando tomé la yerba del diablo. ¿Habría podido verme volar?

—Ahí vas de vuelta con tus preguntas de qué pasaría si... Es inútil hablar así. Si tu amigo, o cualquier otro, toma la segunda parte de la yerba, no le queda otra cosa sino volar. Ahora, si nada más te está viendo, puede que te vea volar, o puede que no. Depende del hombre.

—Pero lo que quiero decir, don Juan, es que si usted y yo miramos un pájaro y lo vemos volar, estamos de acuerdo en que vuela. Pero si dos de mis amigos me hubieran visto volar como anoche, ¿habrían estado de acuerdo en que yo volaba?

—Bueno, a lo mejor. Tú estás de acuerdo en que los pájaros vuelan porque los has visto

volar. Volar es cosa común para los pájaros. Pero no estarás de acuerdo en otras cosas que hacen los pájaros, porque nunca los has visto hacerlas. Si tus amigos supieran de hombres que vuelan con la yerba del diablo, entonces estarían de acuerdo.

—Vamos a ponerlo de otro modo, don Juan. Lo que quise decir es que, si me hubiera amarrado a una roca con una cadenota pesada, habría volado de todos modos, porque mi cuerpo no tuvo nada que ver con el vuelo.

Don Juan me miró incrédulo.

—Si te amarras a una roca —dijo—, mucho me temo que tendrás que volar cargando la roca con su pesada cadenota.

## VII

Juntar los ingredientes y prepararlos para la mezcla de fumar formaba un ciclo anual. El primer año, don Juan me enseñó el procedimiento. En diciembre de 1962, el segundo año, al renovarse el ciclo, don Juan se limitó a dirigirme; yo mismo recolecté los ingredientes, los preparé, y los guardé hasta el año siguiente.

En diciembre de 1963, empezó un nuevo ciclo. Don Juan me enseñó entonces a combinar los ingredientes secos que yo había juntado y preparado el año anterior. Echó la mezcla de fumar en una bolsita de cuero, y nos pusimos a reunir una vez más los diversos ingredientes, para el próximo año.

Don Juan rara vez mencionó el «humito» durante el año transcurrido entre ambas recolecciones. Sin embargo, siempre que iba a verlo me daba a sostener su pipa, y el proceso de «hacer amistad» con la pipa se desarrolló tal como él había prescrito. Puso la pipa en mis manos muy gradualmente. Exigía concentración y cautela absoluta en esa acción, y me daba instrucciones explícitas. Cualquier torpeza con la pipa produciría inevitablemente mi muerte o la suya propia, decía.

Apenas hubimos terminado el tercer ciclo de recolección y preparación, don Juan empezó a hablar del humo como aliado por primera vez en más de un año.

*Lunes, 23 de diciembre, 1963*

Regresábamos en el coche a su casa, tras recolectar unas flores amarillas para la mezcla. Eran uno de los ingredientes necesarios. Hice la observación de que aquel año, al juntar los ingredientes, no habíamos seguido el mismo orden que el pasado. Rió y dijo que el humito no era caprichoso ni mezquino, como la yerba del diablo. Para el humito, el orden de recolección carecía de importancia; lo único que se requería era que quien usara la mezcla fuese certero y exacto.

Pregunté a don Juan qué íbamos a hacer con la mezcla que él preparó y me dio a guardar. Repuso que era mía, y añadió que yo debía usarla lo más pronto posible. Pregunté cuánto se necesitaba cada vez. La bolsita que me había dado contenía aproximadamente el triple de la cantidad que cabría en una bolsa pequeña de tabaco. Me dijo que en un año tenía que usar todo el contenido de mi bolsa, y la cantidad necesaria cada vez que fumase era asunto personal.

Quise saber qué pasaría si nunca me acababa la bolsa. Don Juan dijo que nada pasaría;

el humito no exigía nada. Él mismo ya no necesitaba fumar, y sin embargo cada año hacía una mezcla nueva. Luego se corrigió y dijo que *rara vez* tenía que fumar. Le pregunté qué hacía con la mezcla no usada, pero no respondió. Dijo que la mezcla ya no servía si no se usaba en un año.

En este punto nos metimos en una larga discusión. Yo no formulaba correctamente mis preguntas, y sus respuestas parecían confusas. Yo deseaba saber si la mezcla perdería sus propiedades alucinógenas, o poder, después de un año, haciendo así necesario el ciclo anual, pero él insistió en que la mezcla no perdía su poder después de ningún tiempo. Sólo pasaba, dijo, que uno ya no la necesitaba porque había hecho nueva provisión; debía disponer del resto de la vieja mezcla en una forma específica, que don Juan no quiso revelarme en ese punto.

*Martes, 24 de diciembre, 1963*

—Dijo usted, don Juan, que ya no necesita fumar.

—Sí; como el humito es mi aliado, ya no necesito fumar. Puedo llamarlo en donde sea y cuando sea.

—¿Quiere decir que viene con usted aunque usted no fume?

—Quiero decir que yo voy libremente con él.

—¿Podré hacer eso yo también?

—Podrás, si logras ganártelo como aliado.

*Martes, 31 de diciembre, 1963*

El jueves 26 de diciembre tuve mi primera experiencia con el aliado de don Juan, el humito. Durante todo el día llevé a don Juan en coche de un lado a otro e hice encargos suyos. Regresamos a su casa al atardecer. Observé que no habíamos comido nada en todo el día. Eso no le preocupaba en absoluto; en cambio, empezó a decir que me era imperativo entrar en confianza con el humito. Dijo que debía experimentarlo yo mismo para ver cuán importante era como aliado.

Sin darme oportunidad de responder nada, don Juan anunció, que en ese preciso momento iba a encenderme su pipa. Intenté disuadirlo, argumentando que no me consideraba listo. Le dije que no sentía haber manejado la pipa el tiempo suficiente. Pero él dijo que no me quedaba mucho tiempo para aprender, y que yo debía usar la pipa muy pronto. La sacó de su

funda y la acarició. Sentado en el piso, junto a él, yo trataba frenéticamente de ponerme mal y desmayarme: de hacer cualquier cosa por aplazar este paso inevitable.

La habitación estaba casi oscura. Don Juan había encendido, y puesto en un rincón, la lámpara de kerosén. Por lo general, ésta mantenía el cuarto en una semioscuridad relajante, su luz amarillenta siempre apacible. Pero esta vez la luz parecía inusitadamente roja; sacaba de quicio. Don Juan desató su pequeña bolsa de mezcla sin quitarla del cordón amarrado en torno a su cuello. Acercó la pipa a sí, la puso dentro de su camisa y vertió parte de la mezcla en el cuenco. Me hizo observar el procedimiento, señalando que si la mezcla se derramaba caería dentro de su camisa.

Don Juan llenó tres cuartas partes del cuenco; luego ató la bolsa con una mano sosteniendo la pipa en la otra. Recogió un pequeño plato de barro, me lo entregó y me pidió ir afuera a traer brasitas del fuego. Fui atrás de la casa y saqué un montón de carbones de la estufa de adobe. Regresé apresurado al cuarto de don Juan. Sentía una angustia profunda. Era como una premonición.

Me senté junto a don Juan y le di el plato. Lo miró y dijo calmadamente que las brasas eran demasiado grandes. Las quería más chicas, que encajaran en el cuenco de la pipa. Volví a la estufa y traje algunas. Tomó el nuevo plato de brasas y lo puso frente a sí. Estaba sentado con las piernas cruzadas y metidas bajo el cuerpo. Me miró con el rabillo del ojo y se inclinó hasta casi tocar los carbones con la barbilla. Sostuvo la pipa en la mano izquierda, y con un movimiento extremadamente veloz de la derecha recogió una brasa ardiente y la puso en el cuenco de la pipa; luego irguió la espalda y, tomando la pipa con ambas manos, se la puso en la boca y dio tres fumadas. Extendió los brazos hacia mí y me dijo, en susurro enérgico, que tomase la pipa en las dos manos y fumara.

La idea de rechazar la pipa y salir corriendo cruzó por un segundo mi mente, pero don Juan exigió de nuevo —todavía susurrando— que tomara la pipa y fumase. Lo miré. Sus ojos estaban fijos en mí. Pero su mirada era amistosa, preocupada. Resultaba claro que yo había hecho la elección largo tiempo atrás; no había más alternativa que hacer lo que él decía.

Tomé la pipa y casi la dejé caer. ¡Estaba caliente! Me la llevé a la boca con gran cuidado porque imaginé que su calor sería insoportable. Pero no sentí calor alguno.

Don Juan me indicó inhalar. El humo fluyó entrando en mi boca y pareció circular allí. Sentí como si tuviera la boca llena de masa. El símil se me ocurrió aunque nunca había tenido la boca llena de masa. El humo era también como mentol, y el interior de mi boca se enfrió de repente. La sensación fue refrescante.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —oí susurrar a don Juan. Yo sentía que el humo se filtraba libremente dentro de mi cuerpo, casi sin mi control. No necesité más apremio de don Juan. Mecánicamente seguí inhalando.

De pronto, don Juan se inclinó y me quitó la pipa de las manos. Con golpes suaves vació la ceniza en el plato de las brasas, luego se mojó el dedo con saliva y le dio vueltas dentro del cuenco para limpiar las paredes de éste. Sopló repetidas veces a través del tallo. Lo vi devolver la pipa a su funda. Sus acciones retenían mi interés.

Cuando hubo limpiado y guardado la pipa, me miró, y por vez primera advertí que todo mi cuerpo se hallaba insensible, mentolado. Me pesaba el rostro y me dolían las quijadas. No podía tener cerrada la boca, pero no había flujo de saliva. Mi boca ardía de tan seca, y sin embargo yo no tenía sed. Empecé a percibir un calor insólito encima de toda mi cabeza. ¡Un calor frío! Cada vez que exhalaba, el aliento parecía cortarme los orificios nasales y el labio superior. Pero no quemaba; dolía como un trozo de hielo.

Don Juan estaba sentado junto a mí, a mi derecha, y sin moverse sostenía contra el suelo la funda de la pipa, como impidiéndole elevarse. Mis manos pesaban. Los brazos se me vencían, tirando de los hombros hacia abajo. Mi nariz chorreaba. La limpié con el dorso de la mano y se borró mi labio superior! Enjuagué mi cara y toda la carne desapareció. ¡Estaba derritiéndome! Sentí que mi carne en verdad se fundía. Levantándome de un salto, traté de agarrar algo — cualquier cosa— para sostenerme. Experimentaba un terror nunca antes sentido. Aferré una enorme estaca que don Juan tiene clavada en el piso, en el centro de su cuarto. Permanecí allí en pie un momento; luego me volvía mirarlo. Seguía sentado, inmóvil, deteniendo la pipa, mirándome con fijeza.

Mi aliento era dolorosamente cálido (¿o frío?). Me asfixiaba. Incliné la cabeza hacia adelante para apoyarla en la estaca, pero al parecer no di en ella: mi cabeza siguió descendiendo más allá del punto donde se encontraba la estaca. Me detuve casi llegando al suelo. Me enderecé. ¡La estaca estaba allí frente a mis ojos! Intenté nuevamente apoyar en ella la cabeza. Traté de controlarme y de estar consciente, y mantuve los ojos abiertos al inclinarme para tocar la estaca con la frente. Se hallaba a unos centímetros de mis ojos, pero al poner la cabeza contra ella tuve la extraña sensación de estar atravesándola.

Buscando desesperadamente una explicación racional, concluí que mis ojos estaban alterando la distancia, y que la estaca debía hallarse a tres metros, aunque yo la viera frente a mi cara. Entonces concebí una forma lógica y racional de corroborar la posición de la estaca. Empecé a caminar de lado en torno a ella, paso a pasito. Mi idea era que, rodeando así la estaca, no me sería posible en forma alguna describir un círculo mayor de metro y medio en diámetro; si la estaca se encontraba en realidad a tres metros de mí, o fuera de mi alcance, llegaría el momento en que yo le diera la espalda. Confiaba en que, en ese instante, la estaca se desvanecería, porque de hecho estaría detrás de mí.

Procedí entonces a rodear la estaca, pero durante toda la vuelta siguió frente a mis ojos. En un arranque de ira la agarré con ambas manos, pero mis manos la atravesaron. Estaba agarrando el aire. Calculé cuidadosamente la distancia hasta la estaca. Concluí que sería menos de un metro. Es decir, mis ojos la percibían como un metro. Jugué un momento con mi percepción de profundidad moviendo la cabeza de un lado a otro, enfocando por turno cada ojo,

primero sobre la estaca y luego sobre lo de atrás. Según mi manera de juzgar la profundidad, la estaca se hallaba sin duda frente a mí, posiblemente a un metro. Estirando los brazos para proteger mi cabeza, embestí con todas mis fuerzas.

La sensación fue la misma: atravesé la estaca. Esta ocasión fui a dar contra el piso. Me levanté. Y ésa fue tal vez la más insólita de todas las acciones que ejecuté aquella noche. ¡Me levanté con el pensamiento! No usé, al levantarme, mis músculos ni mi esqueleto en la forma que acostumbro, porque ya no tenía control sobre ellos. Lo supe en el instante de chocar contra el piso. Pero mi curiosidad con respecto a la estaca era tan fuerte que me «levanté con el pensamiento» en una especie de acción refleja. Y antes de haber tomado plena conciencia de que no podía moverme, estaba ya de pie.

Pedí ayuda a don Juan. En determinado momento grité frenéticamente, a voz en cuello, pero don Juan no se movió. Seguía mirándome, de soslayo, como no queriendo volver la cabeza para encararme de lleno. Di un paso hacia él, pero en vez de avanzar trastabillé hacia atrás y caí contra la pared. Supe que mi espalda la había arremetido, pero no sentí dureza alguna; me hallaba suspendido por entero en una sustancia blanda, esponjosa: era la pared. Tenía los brazos extendidos lateralmente, y poco a poco mi cuerpo parecía hundirse en el muro. Sólo podía ver al frente, hacia el cuarto. Don Juan seguía observándome, pero sin hacer el menor movimiento para ayudarme. Realicé un esfuerzo supremo por sacar mi cuerpo de la pared, pero sólo se hundía más y más. Con un terror indescriptible, sentí que la pared esponjosa me cubría la cara. Traté de cerrar los ojos, pero estaban fijos y abiertos.

No recuerdo qué más sucedió. De pronto vi a don Juan enfrente, a poca distancia. Nos hallábamos en el otro cuarto. Vi la mesa de don Juan y la estufa de tierra, encendida, y con el rabo del ojo distinguí la cerca fuera de la casa. Veía todo muy claro. Don Juan había traído la linterna de kerosén, ahora colgada de la viga en mitad de la habitación, Traté de mirar en dirección distinta, pero mis ojos estaban colocados exclusivamente para ver en línea recta hacia adelante. No podía distinguir, ni sentir, parte alguna de mi cuerpo. Mi respiración tampoco se notaba. Pero mis ideas eran lúcidas en extremo. Tenía clara conciencia de todo cuanto ocurría frente a mí. Don Juan se acercó, y mi claridad mental cesó. Algo pareció detenerse en mi interior. No había más ideas. Vi venir a don Juan y lo odié. Quería hacerlo pedazos. Lo habría matado entonces, pero no podía moverme. Al principio percibí vagamente una presión sobre mi cabeza, pero también desapareció. Sólo una cosa quedaba: una ira incontenible contra don Juan. Lo vi a unos centímetros de mí. Quise destrozarlo con las manos. Sentí estar gruñendo. Algo en mi empezó a retorcerse. Oí que don Juan me hablaba. Su voz era suave y tranquilizadora y, sentía yo, infinitamente agradable. Se acercó más aún y comenzó a recitar una canción de cuna.

*Señora Santa Ana, ¿por qué llora el niño?*

*Por una manzana que se le ha perdido.*

*Yo le daré una. Yo le daré dos.*

*Una para el niño y otra para vos.*

Una calidez me saturó. Era una tibieza de corazón y sentimientos. Las palabras de don Juan eran un eco distante. Revivían los recuerdos olvidados de la niñez.

La violencia antes sentida desapareció. El resentimiento se hizo añoranza: afecto gozoso que ya no tenía cuerpo y me hallaba en libertad de convertirme en lo que quisiera. Retrocedió. Mis ojos ocupaban un nivel normal, como si me encontrara de pie frente a él. Extendió ambos brazos hacia mí y me dijo que entrara en ellos.

O avancé, o él se me acercó. Sus manos estaban casi sobre mi rostro: sobre mis ojos, aunque yo no las sentía.

—Métete en mi pecho —le oí decir. Sentí que me envolvía. Era la misma sensación esponjosa de la pared.

Luego sólo pude oír su voz ordenándome mirar y ver. Ya no me era posible distinguirlo. Al parecer mis ojos estaban abiertos, pues veían relámpagos en un campo rojo; era como mirar una luz a través de párpados cerrados. Entonces mis pensamientos volaron de nuevo. Regresaron en un bombardeo de imágenes: rostros, paisajes. Escenas sin la menor coherencia brotaban y desaparecían. Era como uno de esos sueños rápidos en que las imágenes se enciman y cambian. Luego los pensamientos empezaron a disminuir en número e intensidad, y pronto se fueron otra vez. Había sólo una conciencia de afecto, de ser feliz. No discernía yo formas ni luz. De pronto tiraron de mí hacia arriba. Claramente sentí que me alzaban. Y me hallaba libre, moviéndome en agua o en aire con tremenda ligereza y velocidad. Nadaba como una anguila; me contorsionaba y viraba y me elevaba y descendía a voluntad. Sentí soplar un viento frío en todo mi derredor y empecé a flotar como una pluma de un lado a otro, bajando, y bajando, y bajando.

*Sábado, 28 de diciembre, 1963*

Desperté ayer, al terminar la tarde. Don Juan me dijo que yo había dormido apaciblemente casi dos días. La cabeza me dolía como si fuera a romperse. Bebí un poco de agua y vomité. Me sentía cansado, extremadamente cansado, y después de comer volví a dormirme.

Hoy me hallaba perfectamente relajado de nuevo. Don Juan y yo hablamos de mi experiencia con el humito. Pensando que él deseaba, como siempre, el relato completo, empecé a describir mis impresiones, pero me detuvo diciendo que no era necesario. Dijo que yo en realidad no había hecho nada y me había quedado dormido inmediatamente, así que no había nada de qué hablar.

—¿Y cómo me sentí? ¿No importa para nada? —insistí.

—No, con el humito no. Más tarde, cuando aprendas a viajar, hablaremos; cuando aprendas a meterte en las cosas.

—¿De veras se «mete» uno en las cosas?

—¿No recuerdas? Te metiste en esa pared y saliste por el otro lado.

—Pienso que en realidad me salí de mis cabales.

—No, no fue eso.

—¿Se portó usted igual que yo cuando fumó por primera vez, don Juan?

—No, igual no. Tenemos distinto carácter.

—¿Cómo se portó usted?

Don Juan no respondió. Planteé de otro modo la pregunta y la hice de nuevo. Pero él afirmó no recordar sus experiencias, y dijo que mi pregunta era comparable a interrogar a un pescador sobre lo que había sentido la primera vez que pescó.

Dijo que el humito como aliado era único, y le recordé que también había llamado único a Mescalito. Arguyó que cada uno era único, pero que diferían en especie.

—Mescalito es un protector porque te habla y puede guiar tus actos —dijo—. Mescalito enseña la forma debida de vivir. Y puedes verlo porque está fuera de ti. El humito, en cambio, es un aliado. Te transforma y te da poder sin mostrarse jamás. No puedes hablarle. Pero sabes que existe porque se lleva tu cuerpo y te hace ligero como el aire. No obstante, nunca lo ves. Pero allí está, dándote poder para que lleves a cabo cosas que ni te imaginas, como cuando se lleva tu cuerpo.

—Sentí de veras que había perdido mi cuerpo, don Juan.

—Pues sí.

—¿Quiere usted decir que yo en realidad no tenía cuerpo?

—¿Tú qué piensas?

—Bueno, no sé. Nada más puedo decirle lo que sentí.

—Eso es todo lo que hay en realidad: lo que sentiste.

—¿Pero cómo me vio usted, don Juan? ¿Qué parecía yo?

—No importa cómo te haya visto. Es como cuando agarraste la estaca. Sentiste que no estaba allí y le diste vuelta para estar seguro de que estaba allí. Pero cuando saltaste volviste a sentir que no estaba de veras allí.

—Pero usted me vio como soy ahora, ¿no?

—¡No! ¡No eras como eres ahora!

—¡Cierto! Lo admito. Pero ¿tenía mi cuerpo, verdad, aunque *yo* no pudiera sentirlo?

—¡No! ¡Carajo! ¡No tenías un cuerpo como el cuerpo que tienes hoy!

—¿Qué pasó entonces con mi cuerpo?

—Creí que entendías. Tu cuerpo se lo llevó el humito.

—Pero, ¿adónde fue a dar?

—¿Cómo demonios quieres que sepa eso?

Era inútil persistir en tratar de obtener una explicación «racional». Le dije que no quería discutir ni hacer preguntas estúpidas, pero si aceptaba la idea de que era posible perder mi cuerpo, perdería toda mi racionalidad.

Dijo que yo exageraba, como de costumbre, y que no perdí ni iba a perder nada a causa del humito.

*Martes, 28 de enero, 1964*

Pregunté a don Juan qué pensaba de la idea de dar el humito a todo el que deseara la experiencia.

Repuso con indignación que dar el humito a cualquiera sería igual que matarlo, porque no tendría a nadie que lo guiara. Pedí a don Juan explicar sus palabras. Repuso que yo estaba *allí*, vivo y hablando con él, porque él me había hecho regresar. Había recobrado mi cuerpo. Sin él, yo jamás habría despertado.

—¿Cómo recobró usted mi cuerpo, don Juan?

—Eso lo aprenderás más tarde, pero tendrás que aprenderlo por tu propia cuenta. Por

ese motivo quiero que aprendas lo más posible mientras yo ande todavía por aquí. Has perdido ya bastante tiempo haciendo preguntas estúpidas sobre cosas absurdas. Pero quizá no sea tu suerte aprender todo lo del humito.

—Bueno, ¿qué hago entonces?

—Deja que el humito te enseñe cuanto puedas aprender.

—¿También el humito enseña?

—Claro que enseña.

—¿Enseña como Mescalito?

—No, no es un maestro como Mescalito. No enseña las mismas cosas.

—Pero entonces, ¿qué enseña el humito?

—Te enseña a manejar su poder, y para aprender eso debes tomarlo todas las veces que puedas.

—Su aliado da mucho miedo, don Juan. Lo que sentí no se parecía a nada que yo hubiera experimentado jamás. Creí haber perdido la razón.

Por algún motivo, ésta fue la imagen más aguda que acudió a mi mente. Veía yo el sucedido total desde la peculiar perspectiva de haber tenido otras experiencias alucinógenas con las cuales trazar una comparación, y lo único que se me ocurría, una y otra vez, era que con el humito uno pierde la razón.

Don Juan descartó mi símil, diciendo que lo que yo sentí fue el poder inimaginable del humito. Y para manejar ese poder, dijo, hay que vivir una vida fuerte. La idea de la vida fuerte no atañe sólo al periodo de preparación, sino también se vincula a la actitud del sujeto después de la experiencia. Don Juan dijo que el humito es tan fuerte que sólo con fuerza es posible hermanarlo; de otro modo, la vida de uno se quebraría en pedazos.

Le pregunté si el humito tenía el mismo efecto sobre cualquiera. Dijo que producía una transformación, pero no en cualquiera.

—Entonces, ¿cuál es la razón especial de que el humito produjera la transformación en mí? —pregunté.

—Esa creo que es una pregunta muy tonta. Has seguido con obediencia todos los pasos que se necesitan. No es ningún misterio que el humito te transformara.

Nuevamente le pedí hablar de mi apariencia. Quería saber cómo me había visto, pues la imagen de un ser incorpóreo que don Juan había plantado en mi mente, comprensiblemente era insoportable.

Dijo que, a decir verdad, le dio miedo mirarme; sintió lo mismo que su benefactor debió de sentir al ver a don Juan fumar por vez primera.

—¿Por qué le daba miedo? —pregunté—. ¿Me veía tan mal?

—Jamás había visto fumar a nadie.

—¿No veía fumar a su benefactor?

—No.

—¿Ni siquiera se ha visto nunca usted mismo?

—¿Y cómo me voy a ver?

—Podría fumar frente a un espejo.

No respondió, pero se quedó mirándome y sacudió la cabeza. Volví a preguntarle si era posible mirarse en un espejo. Dijo que sería posible, aunque resultaría inútil, porque probablemente uno se moriría del susto, si no es que de otra cosa.

—Entonces ha de verse uno espantoso —dije.

—Toda mi vida me ha intrigado la misma cosa —dijo—. Y sin embargo no pregunté, ni me vi en un espejo. Ni siquiera pensé en eso.

—Entonces, ¿cómo puedo averiguar?

—Tendrás que esperar, como yo, hasta que le des el humito a otro. Si es que llegas a dominarlo, claro. Entonces verás cómo parece un hombre. Ésa es la regla.

—¿Qué pasaría si fumara yo frente a una cámara y me tomara un retrato?

—No sé. Quizás el humito se volvería en tu contra. Pero a ti eso no te importa porque ha de parecerte tan inofensivo que te crees capaz de jugar con él.

Le dije que no me proponía jugar, pero que antes él me había dicho que el humito no requería pasos, y yo pensaba que no había mal en querer saber qué aspecto tenía uno. Me corrigió: había querido decir que no existía la necesidad de seguir un orden específico, como con la yerba del diablo; con el humito, todo cuanto se necesitaba era la actitud debida. Desde

ese punto de vista, dijo, había que ser exacto al seguir la regla. Me dio un ejemplo, explicando que no importaba cuál de los ingredientes para la mezcla se recogiese primero, siempre y cuando la cantidad fuese la necesaria.

Pregunté si habría algún mal en contar a otros mi experiencia. Repuso que los únicos secretos que nunca debían revelarse eran cómo hacer la mezcla, cómo desplazarse y cómo regresar; otros asuntos relativos al tema carecían de importancia.

## VIII

Mi último encuentro con Mescalito fue una serie de cuatro sesiones celebradas en cuatro días consecutivos. Don Juan llamaba «mitote» a esta larga sesión. Era una ceremonia de peyote para «peyoteros» y aprendices. Había dos hombres mayores, como de la edad de don Juan, uno de los cuales era el guía, y cinco hombres más jóvenes, contándome a mí.

La ceremonia tuvo lugar en el estado de Chihuahua, cerca de la frontera con Tejas. Consistía en cantar y en ingerir peyote durante la noche. En el día las mujeres de servicio, que permanecían fuera de los confines del sitio de la ceremonia, proveían de agua a todos los hombres, y sólo un simulacro de comida ritual se consumía diariamente.

*Sábado, 12 de septiembre, 1964*

Durante la primera noche de la ceremonia, el jueves 3 de septiembre, tomé ocho botones de peyote. No tuvieron efecto sobre mí, o si lo hubo fue muy ligero. Mantuve cerrados los ojos la mayor parte de la noche. Me sentía mucho mejor así. No me dormí, ni estaba cansado. Al final de la sesión, el canto se hizo extraordinario. Por un breve momento me sentí exaltado y quise llorar, pero al concluir la canción se desvaneció el sentimiento.

Todos nos levantamos y salimos. Las mujeres nos dieron agua. Unos la bebieron, otros hicieron gárgaras. Los hombres no hablaban en absoluto, pero las mujeres charlaban y soltaban risitas de la mañana a la noche. La comida ritual se sirvió al mediodía. Era maíz cocido.

Al ponerse el sol el viernes 4 de septiembre, empezó la segunda sesión. El guía cantó su canción de peyote y el ciclo de canciones e ingestión de botones de peyote se inició nuevamente. Terminó en la mañana con todos los hombres cantando al unísono, cada quién su propia canción.

Al salir, no vi tantas mujeres como el día anterior. Alguien me dio agua, pero yo ya no me ocupaba de mi alrededor. Otra vez había ingerido ocho botones, pero el efecto fue distinto.

Debió de ser hacia el final de la sesión cuando el canto se aceleró grandemente, con todos cantando a la vez. Percibí que algo o alguien fuera de la casa quería entrar. No podía yo saber si el canto era para impedirle entrar o para atraerlo al interior.

Yo era el único que no tenía canción. Los demás parecían mirarme inquisitivamente, sobre todo los jóvenes. Terminé por sentirme incómodo y cerrar los ojos.

Entonces advertí que con los ojos cerrados me era posible percibir mucho mejor lo que pasaba. Esta idea concentró por entero mi atención. Cerraba los ojos y veía a los hombres frente a mí. Abría los ojos y la imagen no se alteraba. Las cosas en torno eran exactamente las mismas para mí, estuvieran mis ojos cerrados o abiertos.

De pronto todo se desvaneció, o se desmoronó, y en su lugar surgió la figura casi humana de Mescalito que yo había visto dos años antes. Se hallaba sentado a alguna distancia, de perfil hacia mí. Lo observé fijamente, pero él no me miró; ni una sola vez volvió la cara.

Creía estar haciendo algo mal, algo que lo mantenía a distancia. Me levanté y caminé hacia él para preguntarle al respecto. Pero el acto de moverme dispersó la imagen. Empezó a palidecer, y las figuras de los hombres con quienes yo estaba se superpusieron a ella, volvía oír el canto fuerte, frenético.

Salí a los matorrales cercanos y anduve un rato. Todo resaltaba con mucha claridad. Noté que veía en la oscuridad, pero esta vez importaba muy poco. El punto importante era: ¿por qué me rehuía Mescalito?

Regresé a unirme al grupo, y a punto de entrar en la casa oí un pesado retumbar y sentí un temblor. La tierra se sacudía. Era el mismo ruido que dos años atrás yo había oído en el valle del peyote.

Corrí de nuevo al matorral. Sabía que Mescalito estaba allí, y que iba a encontrarlo. Pero no estaba. Esperé hasta la mañana, y me uní a los otros poco antes de terminar la sesión.

El procedimiento habitual se repitió el tercer día. Yo no me hallaba cansado, pero dormí durante la tarde.

La noche del sábado 5 de septiembre, el viejo entonó su canción de peyote para iniciar el ciclo una vez más. Durante esta sesión masqué un solo botón y no escuché ninguna de las canciones ni presté atención a nada de lo que ocurría. Desde el primer momento, todo mi ser se concentró exclusivamente en un punto. Sabía que faltaba algo terriblemente importante para mi bienestar.

Mientras los hombres cantaban pedí a Mescalito, en alta voz, enseñarme una canción. Mi súplica se confundió con el estentóreo canto de los hombres. De inmediato percibí una canción en mis oídos. Me volví y, sentado de espaldas al grupo, escuché. Oí las palabras y la tonada una y otra vez, y las repetí hasta aprenderme toda la canción. Era una canción larga, en español. Entonces la canté al grupo varias veces. Y poco después llegó a mis oídos una nueva canción. Al amanecer, había yo cantado ambas canciones incontables veces. Me sentía renovado, fortificado.

Después de que nos dieron agua, don Juan me entregó una bolsa y todos salimos a los cerros. Fue un recorrido largo y esforzado hasta una meseta baja. Allí vi varias plantas de peyote.

Pero por alguna razón no quería mirarlas. Cuando hubimos cruzado la meseta, el grupo se disgregó. Don Juan y yo caminamos de retorno, juntando botones de peyote igual como habíamos hecho la primera vez que lo ayudé.

Regresamos al atardecer del domingo 6 de septiembre. En la noche, el guía abrió de nuevo el ciclo. Nadie había dicho una palabra, pero yo sabía perfectamente que se trataba de la única reunión. Esta vez el viejo cantó una canción nueva. Un saco con botones frescos de peyote se pasó de mano en mano. Era la primera vez que yo probaba un botón fresco. Era pulposo, pero difícil de masticar. Semejaba una fruta dura, verde, y era más acre y más amargo que los botones secos. En lo personal, el peyote fresco me pareció infinitamente más vivo.

Masqué catorce botones. Los conté con cuidado. No terminé el último, pues oí el conocido retumbar que marcaba la presencia de Mescalito. Todo el mundo cantaba con frenesí, y supe que don Juan y todos los demás habían oído realmente el ruido. No quise pensar que su reacción fuera respuesta a una señal dada por alguno de ellos sólo para engañarme.

En ese momento sentí que me envolvía una gran oleada de sabiduría. Una conjetura con la que llevaba tres años Jugando se convirtió en certeza. Había necesitado tres años advertir, o más bien descubrir, que cualquier cosa que esté contenida en el cacto *Lophophora williamsii* no tenía ninguna necesidad de mí para existir como entidad; existía por sí misma allá afuera, libre. Lo supe entonces.

Canté febrilmente hasta no poder ya dar voz a las palabras. Sentía como si las canciones estuvieran dentro de mi cuerpo, sacudiéndome en forma incontrolable. Me era preciso salir y hallar a Mescalito; de lo contrario, estallaría. Caminé hacia el campo de peyote. Seguía cantando mis canciones. Sabía que eran individualmente mías: la prueba incuestionable de mi peculiaridad. Percibía cada uno de mis pasos. Resonaban sobre la tierra; su eco producía la indescriptible euforia de ser un hombre.

Cada una de las plantas de peyote en el campo brillaba con una luz azulenta, cintilante. Una planta tenía una luz muy viva. Me senté frente a ella y le canté mis canciones. Mientras las cantaba, Mescalito salió de la planta: la misma figura semihumana que yo había visto antes. Me miraba. Con gran audacia, para una persona de mi temperamento, le canté. Hubo un sonido de flautas o de viento, una vibración musical conocida. Mescalito parecía haber dicho, como dos años antes:

—¿Qué quieres?

Hablé en voz muy alta. Sabía, dije, que algo estaba fuera de lugar en mi vida y en mis acciones, pero no podía descubrir qué era. Le rogué decirme qué andaba mal en mí, y también decirme su nombre para poder llamarlo cuando lo necesitara. Me miró, alargó la boca como una trompeta hasta alcanzar mi oído, y entonces me dijo su nombre.

De pronto vi a mi padre, en pie a mitad del campo de peyote; pero el campo había

desaparecido y la escena era mi vieja casa, la casa de mi niñez. Mi padre y yo estábamos en pie junto a una higuera Abracé a mi padre y, aprisa, empecé a decirle cosas que nunca antes había podido decir. Cada una de mis ideas era concisa, e iba al grano. Era, en realidad, como si no hubiese tiempo y yo tuviera que decir todo de golpe. Dije cosas estremecedoras sobre mis sentimientos hacia él, cosas que jamás habría podido pronunciar en circunstancias ordinarias.

Mi padre no habló. Solamente me escuchó, y luego fue jalado, o chupado, a otra parte. Me hallaba solo de nuevo. Lloré de remordimiento y de tristeza.

Crucé el campo de peyote clamando el nombre que Mescalito me había enseñado. Algo surgió de una luz extraña, como estrella, en una planta de peyote. Era un objeto largo y brillante: una barra de luz del tamaño de un hombre. Por un momento iluminó todo el campo con un intenso resplandor amarillento o ámbar; luego encendió el cielo creando una vista portentosa, maravillosa. Pensé que de seguir mirando me quedaría ciego; me cubrí los ojos y oculté la cabeza entre los brazos.

Tuve la clara noción de que Mescalito me indicaba comer un botón más de peyote. Pensé: «No puedo porque no tengo cuchillo para cortarlo».

—Come uno de la tierra —me dijo en la misma extraña forma.

Me acosté boca abajo y masqué la parte superior de una planta. Me encendió. Llenó de tibieza e inmediatez cada rincón de mi cuerpo. Todo estaba vivo. Todo tenía detalle exquisito e intrincado, y sin embargo todo era simple. Yo estaba en todas partes; podía ver al mismo tiempo hacia arriba y hacia abajo y alrededor.

Este sentimiento particular duró lo bastante para que yo lo Advirtiera. Luego se tornó en un terror opresivo: terror que no me invadió súbitamente, sino, de alguna manera, efusivamente. Al principio, mi maravilloso mundo de silencio fue sacudido por ruidos agudos, pero no me preocupé. Luego los ruidos se hicieron más fuertes, ininterrumpidos, como si estuviesen cerrándose sobre mí. Y gradualmente perdí el sentimiento de flotar en un mundo indiferenciado, indiferente y hermoso. Los ruidos se volvieron pasos gigantescos. Algo enorme respiraba y se movía en mi derredor. Creí que estaba cazándome.

Corrí a esconderme detrás de un peñasco, y desde allí traté de precisar qué me seguía. En determinado momento repté fuera de mi escondite para mirar y mi perseguidor, fuera el que fuera, me localizó. Era como un sargazo. Se arrojó encima de mí. Pensé que su peso me quebrantaría, pero en vez de ello me encontré dentro de un tubo o una cavidad.

Vi claramente que el sargazo no había cubierto toda la superficie en torno mío. Quedaba un poco de terreno libre debajo del peñasco. Empecé a reptar por allí. Vi enormes gotas líquidas caer del sargazo. «Supe» que estaba secretando ácido digestivo para disolverme. Una gota cayó sobre mi brazo; traté de limpiar el ácido con tierra y le apliqué saliva mientras continuaba escarbando. En cierto momento era yo casi vaporoso. Me empujaban hacia arriba, en dirección

de una luz. Pensé que el sargazo me había disuelto. Advertí vagamente una luz que se brillantaba; empujaba desde abajo de la tierra hasta que por fin brotó en algo que reconocí como el sol saliendo detrás de las montañas.

Lentamente empecé a recobrar mis procesos sensoriales habituales. Yacía bocabajo con la barbilla sobre el brazo doblado. La planta de peyote frente a mí empezó a iluminarse de nuevo, y antes de que yo pudiese mover los ojos la luz larga surgió otra vez. Se cernió sobre mí. Me senté. La luz tocó todo mi cuerpo con fuerza serena, y luego rodó hasta perderse de vista.

Corriendo durante todo el camino, llegué al sitio donde se hallaban los demás. Todos regresamos al pueblo. Don Juan y yo nos quedamos otro día con don Roberto, el guía peyotero. Yo dormí el tiempo que estuvimos allí. Cuando íbamos a marcharnos, los jóvenes que tomaron parte en el mitote se me acercaron. Me abrazaron uno por uno y rieron tímidamente. Cada uno se presentó. Pasé horas hablando con ellos acerca de todo, menos de las sesiones de peyote.

Don Juan dijo que era hora de irse. Los jóvenes volvieron a abrazarme.

—Vuelve —dijo uno de ellos.

—Ya te estamos esperando —añadió otro.

Manejé despacio, tratando de ver a los hombres mayores, pero ninguno estaba allí.

*Jueves, 10 de septiembre, 1964*

Hablar a don Juan de una experiencia me forzaba siempre a evocarla paso por paso, como mejor podía. Ésta parecía ser la única manera de recordar todo.

Hoy le conté los detalles de mi último encuentro con Mescalito. Escuchó atentamente mi historia hasta el punto en que Mescalito me dijo su nombre. Don Juan interrumpió allí.

—Ya vas por cuenta propia —dijo—. El protector te ha aceptado. De aquí en adelante, yo te seré de muy poca ayuda. Ya no tienes que decirme nada sobre tu relación con él. Ya sabes su nombre, y ni su nombre, ni sus tratos contigo, deben mencionarse nunca a ningún ser viviente.

Insistí en que deseaba narrarle todos los detalles de la experiencia, porque para mí no tenía sentido. Le dije que necesitaba su ayuda para interpretar lo que había visto. Dijo que eso podía hacerlo yo solo, que me convenía más empezar a pensar por mi cuenta. Argüí que me interesaba oír sus opiniones porque llegar a formular las mías requeriría demasiado tiempo, y no sabía cómo proceder.

Dije:

—Por ejemplo, las canciones. ¿Qué significan?

—Eso nada más tú puedes decidirlo —dijo él—. ¿Cómo voy yo a saber lo que significan? Sólo el protector puede decirte eso, igual que sólo él puede enseñarte sus canciones. Si yo te dijera lo que significan, sería lo mismo como si aprendieras las canciones de otra gente.

—¿Qué quiere usted decir con eso, don Juan?

—Oyendo cantar las canciones del protector, luego se conoce quiénes son los farsantes. Nada más las canciones con alma son suyas y él las enseñó. Las otras son copias de canciones de otros hombres. La gente es a veces así de engañosa. Canta canciones ajenas sin siquiera saber qué dicen.

Dije que yo había querido preguntar qué propósito tenían las canciones. Repuso que las canciones que yo había aprendido eran para llamar al protector, y que yo debía usarlas siempre, junto con su nombre, para llamarlo. Más tarde, probablemente Mescalito me enseñaría otras canciones con otros propósitos, dijo don Juan.

Le pregunté entonces si pensaba que el protector me había aceptado plenamente. Rió como si mi pregunta fuera tonta. El protector me había aceptado, dijo, y se había asegurado de que yo supiera que me había aceptado mostrándoseme dos veces como una luz, Don Juan parecía muy impresionado por el hecho de que yo había visto dos veces la luz. Recalcó ese aspecto de mi encuentro con Mescalito.

Le dije que no podía comprender cómo era posible ser aceptado y, a la vez, aterrorizado por el protector.

Pasó un rato muy largo sin responder. Parecía desconcertado. Por fin dijo:

—¡Es tan claro! Lo que él quería es tan claro que no veo cómo puedes entender mal.

—Todo es aún incomprensible para mí, don Juan.

—Requiere tiempo ver y entender de veras lo que Mescalito quiere decir; hay que pensar en sus lecciones hasta que se aclaren.

*Viernes, 11 de septiembre, 1964*

Insistí nuevamente en que don Juan interpretara mis experiencias visionarias, Dio largas un rato. Luego habló como si ya hubiéramos estado conversando sobre Mescalito.

—¿Ves cómo es idiota preguntar si es como una persona con quien se puede hablar? —

dijo don Juan—. No es como nada que hayas visto nunca. Es como un hombre, pero al mismo tiempo no tiene nada que ver con uno. Es difícil explicarle eso a la gente que no sabe nada de él y quiere saberlo todo de golpe. Y además, sus lecciones son tan misteriosas como él mismo. Ninguno, que yo sepa, puede predecir sus actos. Le haces una pregunta y él te enseña el camino, pero no te habla de él de la misma manera en que tú y yo hablamos. ¿Entiendes ahora lo que hace?

—No creo tener problemas para entender eso. Lo que no puedo figurarme es qué me quiso decir.

—Le preguntaste qué anda mal en ti, y él te dio el panorama completo: ¡No puede haber error! No puedes salir con que no entiendes. No fue plática-y sin embargo lo fue. Luego le hiciste otra pregunta, y te contestó exactamente del mismo modo. En cuanto a lo que quiso decir, no estoy seguro de entenderlo, porque tú decidiste no decirme cuál fue tu pregunta.

Repetí con mucho cuidado las preguntas que recordaba haber hecho, en el mismo orden: «¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Estoy en el buen camino? ¿Qué debería hacer con mi vida?». Don Juan dijo que las preguntas que yo había hecho eran sólo palabras; resultaba preferible no pronunciarlas, sino hacerlas desde adentro. Dijo que el protector quiso darme una lección, y para probar que quería darme una lección y no asustarme ni ahuyentarme, dos veces se mostró como una luz.

Aún no podía yo comprender, dije, por qué Mescalito me aterrorizó si me había aceptado. Recordé a don Juan que, de acuerdo a sus postulados, ser aceptado por Mescalito implicaba que la forma del protector era constante y no pasaba de la beatitud a la pesadilla. Don Juan volvió a reírse de mí y dijo que, si pensaba en la pregunta que había tenido en mi corazón al hablar con Mescalito, yo mismo entendería la lección.

Pensar en la pregunta que había tenido en mi «corazón» era un problema difícil. Dije a don Juan haber tenido muchas cosas en mente. Cuando pregunté si estaba en el buen camino, quise decir: ¿Tengo un pie en un mundo y otro en otro? ¿Qué mundo es el bueno? ¿Qué curso debe seguir mi vida?

Don Juan escuchó mis explicaciones y concluyó que yo no tenía una visión clara del mundo, y que el protector me había dado una lección hermosamente clara.

—Piensas que hay dos mundos para ti —dijo—: dos caminos. Pero nada más hay uno. El protector te enseñó esto con claridad increíble. El único mundo a tu disposición es el mundo de los hombres, y de ese mundo no te puedes salir. ¡Eres un hombre! El protector te enseñó el mundo de la felicidad, donde no hay diferencias porque no hay nadie que pregunte por las diferencias. Pero ése no es el mundo de los hombres. El protector te sacó de él y te enseñó cómo piensa y lucha un hombre. ¡Ése es el mundo del hombre! Y ser hombre es estar condenado a ese mundo. Eres vanidoso, crees que vives en dos mundos, pero eso es pura vanidad. Hay un solo mundo para nosotros. Somos hombres, y debemos estar conformes con el mundo de los

hombres.

»Creo que ésa fue la lección».

## IX

Don Juan me dio a entender que deseaba que yo me familiarizara lo más posible con la yerba del diablo. Esta posición era incongruente con su supuesto desagrado hacia la planta, pero él se explicó diciendo que era indispensable desarrollar un mejor conocimiento del poder de la yerba del diablo para entender el efecto del humito.

Sugirió repetidamente que al menos debía yo probar la yerba del diablo una vez más con una brujería con las lagartijas. Di vueltas largo tiempo a la idea. La urgencia de don Juan creció continuamente hasta que me sentí obligado a tomar su demanda en serio. Y un día resolví adivinar acerca de unos objetos robados.

*Lunes, 28 de diciembre, 1964*

El sábado 19 de diciembre corté la raíz de la datura. Esperé a que estuviera bastante oscuro para bailar alrededor de la planta. Preparé el extracto de raíz durante la noche y el domingo, a eso de las 6 a. m., fui al lugar de mi datura. Me senté frente a la planta. Había anotado cuidadosamente las enseñanzas de don Juan relativas al procedimiento. Releyendo mis notas, vi que no tenía que moler allí las semillas. De alguna manera, el solo estar frente a la planta me producía un raro estado de estabilidad emocional, una claridad de pensamiento o un poder de concentrarme en mis acciones del que ordinariamente carezco.

Seguí minuciosamente todas las instrucciones, calculando mi tiempo de modo que la pasta y la raíz estuvieran listas al atardecer. A eso de las cinco, me hallaba ocupado en cazar un par de lagartijas. Durante hora y media probé cuanto método se me ocurrió, pero fracasé en cada intento. Sentado frente a la datura, trataba de descubrir un modo expedito de lograr mi propósito cuando de pronto recordé que a las lagartijas, según don Juan, había que hablarles. Al principio me sentí ridículo hablando a las lagartijas. Era como avergonzarse de hablar frente a un público. El sentimiento no tardó en desvanecerse, y seguí hablando. Era casi de noche. Alcé una roca. Debajo había una lagartija. Parecía hallarse entumida. La recogí. Y entonces vi otra lagartija, rígida debajo de otra roca. Ni siquiera se retorcieron.

Coser el hocico y los ojos fue la tarea más difícil. Noté que don Juan había impartido a mis actos un sentido de irrevocabilidad. Su posición era que cuando uno empieza a actuar no hay modo de detenerse. Sin embargo, si yo hubiera querido parar, no había nada que me lo impidiese. La verdad era que no quería parar.

Dejé libre una lagartija, y tomó una dirección más o menos hacia el noroeste: augurio de

una experiencia buena, pero difícil. Até a mi hombro la otra lagartija y me embarré las sienes según lo prescrito. La lagartija estaba tiesa: por un momento pensé que había muerto, y don Juan nunca me había dicho qué hacer si eso ocurría. Pero sólo se hallaba entumida.

Bebí la poción y esperé un rato. No sentí nada fuera de lo ordinario. Empecé a untarme la pasta a las sienes. La apliqué veinticinco veces. Luego, en forma enteramente mecánica, como distraído, la extendí repetidas veces sobre mi frente. Advertí el error y me limpié apresuradamente la pasta. Mi frente sudaba; me puse febril. Me aferraba una angustia intensa, ya que don Juan me había aconsejado enfáticamente no untarme la pasta en la frente. El miedo se convirtió en un sentimiento de soledad absoluta, el sentimiento del juicio final. Me hallaba allí solo. Si algo malo iba a pasarme, nadie había que me ayudara. Quise echar a correr. Tenía una alarmante sensación de indecisión, de no saber qué hacer. Un torrente de pensamientos irrumpió en mi mente, destellando con velocidad extraordinaria. Noté que eran pensamientos más bien extraños; es decir, extraños en el sentido de que parecían acudir en forma distinta de los pensamientos comunes. Conozco la manera como pienso. Mis pensamientos tienen un orden definido que me es propio, y cualquier desviación resulta perceptible.

Uno de los pensamientos ajenos versaba sobre una aseveración hecha por un autor. Era, recuerdo vagamente, más como una voz, o algo dicho al fondo, en alguna parte. Fue tan rápido que me sobresaltó. Hice una pausa para examinarlo, pero se volvió un pensamiento común. Me hallaba seguro de haber leído el aserto, pero no podía recordar el nombre del autor. De pronto me acordé de que era Alfred Kroeber. Entonces otro pensamiento ajeno brotó para «decir» que no era Kroeber, sino Georg Simmel, quien había hecho la aseveración. Insistí en que era Kroeber, y sin saber cómo me vi envuelto en una discusión conmigo mismo. Y olvidé mi sentimiento de pérdida total.

Los párpados me pesaban como si hubiera tomado pastillas para dormir. Aunque nunca las he tomado, ésa fue la imagen que acudió a mi mente. Me estaba quedando dormido. Quise ir a mi coche a acostarme, pero no podía moverme.

Entonces, con bastante brusquedad, desperté, o mejor dicho, sentí claramente haber despertado. Mi primer pensamiento fue sobre la hora del día. Miré en torno. No me hallaba enfrente de la datura. Despreocupadamente acepté el hecho de que estaba viviendo otra experiencia adivinatoria. Eran las 12:35 en un reloj por encima de mi cabeza. Yo sabía que era de tarde.

Vi a un hombre joven con un rimerero de papeles en las manos. Yo estaba tan cerca de él que casi lo tocaba. Veía pulsar las venas de su cuello y oía el latir rápido de su corazón. Absorto en lo que veía, no había tomado conciencia, hasta el momento, de la calidad de mis pensamientos. Entonces oí una «voz» en mi oído describiendo la escena, y me di cuenta de que la «voz» era el pensamiento ajeno en mi mente.

Me concentré tanto en escuchar que la escena perdió para mí su interés visual. Oía la voz junto a mi oreja derecha, sobre el hombro, Literalmente creaba la escena al describirla. Pero

obedecía mi voluntad, pues yo podía detenerla en cualquier momento y examinar a mi antojo los detalles de lo que decía. «Oí-vi» toda la secuencia de las acciones del joven. La voz seguía explicándolas en detalle, pero de algún modo la acción carecía de importancia. Lo extraordinario era la vocecita. Tres veces durante el curso de la experiencia quise volverme para ver quién hablaba. Traté de hacer girar mi cabeza totalmente hacia la derecha, o nada más de volverme inesperadamente para ver si había alguien allí. Pero cada vez que lo hacía, se nublaba mi visión. Pensé: «El motivo de que no pueda volverme es que la escena no está en el terreno de la realidad ordinaria». Y ese pensamiento era mío.

Desde ese momento concentré mi atención sólo en la voz. Parecía venir de mi hombro. Era perfectamente clara, aunque pequeña. No era, sin embargo, una voz de niño ni una voz en falsete, sino la voz de un hombre en miniatura. Tampoco era mi voz. Supuse que hablaba en inglés. Cada vez que me proponía atrapar a la voz, se apagaba por entero o se hacía vaga y la escena palidecía. Pensé en un símil. La voz era como la imagen creada por partículas de polvo en las pestañas, o por los vasos sanguíneos en la córnea del ojo: una forma como gusano que puede verse mientras uno no la mira directamente, pero en el momento en que tratamos de mirarla se desliza fuera del panorama con el movimiento del ojo.

Me desinteresé por completo de la acción. Conforme escuchaba, la voz se hacía más compleja. Lo que yo tomaba por voz era más bien como algo que susurrara pensamientos a mi oído. Pero eso no era exacto. Algo estaba *pensando* por mí. Los pensamientos estaban fuera de mí mismo. Supe que era así porque podía retener al mismo tiempo mis propios pensamientos y los pensamientos del «otro».

En cierto punto, la voz creaba escenas, actuadas por el joven, que nada tenían que ver con mi pregunta original sobre los objetos perdidos. El joven realizaba acciones muy complejas. La acción nuevamente había cobrado importancia y ya no presté atención a la voz. Empecé a perder la paciencia; quería detenerme. «¿Cómo puedo acabar con esto?», pensé. La voz en mi oído dijo que debía volver a la cañada. Pregunté cómo, y la voz respondió que pensara en mi planta.

Pensé en mi planta. Solía sentarme frente a ella. Lo había hecho tantas veces que me fue bastante fácil visualizarlo. Creí que verla, como la vi en ese momento, era otra alucinación, ipero la voz dijo que yo había «vuelto»! Me esforcé por escuchar. Sólo había silencio: La datura frente a mí parecía tan real como todo lo demás que yo había visto, pero podía tocarla, podía moverme.

Me levanté y caminé hacia mi coche. El esfuerzo me agotó; me senté cerrando los ojos. Estaba mareado y quería vomitar. Tenía un zumbido en las orejas.

Algo resbaló sobre mi pecho. Era la lagartija. Recordé la admonición de don Juan acerca de liberarla. Regresé a la planta y desaté la lagartija. No quise ver si estaba muerta o viva. Rompí la olla de barro que contenía la pasta y la cubrí de tierra con los pies. Subí en mi coche y me quedé dormido.

*Jueves, 24 de diciembre, 1964*

Hoy narré toda la experiencia a don Juan. Como de costumbre, escuchó sin interrumpirme. Al final tuvimos el siguiente diálogo.

—No te fue bien porque hiciste algo muy malo.

—Lo sé. Fue un error estúpido, un accidente.

—Con la yerba del diablo no hay accidentes. Te dije que la yerba te probaría hasta lo último. Una de dos: o eres muy fuerte, o de veras la yerba te quiere. El centro de la frente es sólo para los grandes brujos que saben manejar su poder.

—¿Qué pasa cuando un hombre se pasa la pasta en la frente, don Juan?

—A menos que el hombre sea un brujo de primera nunca vuelve del viaje.

—¿Se ha frotado usted la pasta en la frente, don Juan?

—¡Jamás! Mi benefactor me dijo que muy pocas personas vuelven de un viaje así. Uno podría quedarse ido meses enteros y tener que ser atendido por otros. Mi benefactor decía que las lagartijas pueden llevar a un hombre al fin del mundo y enseñarle los secretos más maravillosos, si así lo pide.

—¿Conoce usted a alguien que haya emprendido ese viaje?

—Sí, mi benefactor. Pero nunca me dijo cómo volvió.

—¿Es tan difícil volver, don Juan?

—Sí. Por eso lo que tú hiciste de veras me sorprende. No sabías el camino, y debemos seguir ciertos pasos, porque es en los pasos donde el hombre halla fuerza. Sin ellos no somos nada.

Permanecimos horas en silencio. Él parecía sumergido en una meditación muy profunda.

*Sábado, 26 de diciembre, 1964*

Don Juan me preguntó si había buscado a las lagartijas. Le dije que sí, pero que no pude hallarlas. Le pregunté qué habría pasado si una de las lagartijas hubiera muerto mientras yo la

sostenía. Dijo que la muerte de una lagartija era un suceso infortunado. Si la lagartija del hocico cosido hubiera muerto en cualquier momento, no habría tenido objeto proseguir con la brujería. La muerte de esa lagartija también significaría que las lagartijas en general habían retirado su amistad, y yo tendría que abandonar el aprendizaje de los secretos de la yerba del diablo durante un buen tiempo.

—¿Cuánto tiempo, don Juan? —pregunté.

—Dos años o más.

—¿Qué habría pasado si muere la otra lagartija?

—Si muere la segunda lagartija, estás en verdadero peligro. Te quedas solo, sin guía. Si muere antes de que empieces la brujería, puedes suspenderla, pero entonces también tienes que dejar para siempre a la yerba del diablo. Si la lagartija muere estando en tu hombro, ya empezada la brujería, tendrías que seguir adelante, y eso es de veras la locura.

—¿Por qué es la locura?

—Porque en tales condiciones nada tiene sentido. Estás solo, sin guía, viendo cosas aterradoras, sin sentido.

—¿Qué quiere usted decir con «cosas sin sentido»?

—Cosas que venos por nosotros mismos. Cosas que vemos cuando no tenemos rumbo. Significa también que la yerba del diablo está tratando de librarse de ti, empujándote al abismo.

—¿Conoce usted a alguien que haya experimentado eso?

—Sí. A *mí* me pasó eso. Sin la sabiduría de las lagartijas, me volví loco.

—¿Qué vio usted, don Juan?

—Un montón de pendejadas. ¿Qué otra cosa habría podido ver si no tenía rumbo?

*Lunes, 28 de diciembre, 1964*

—Me dijo usted, don Juan, que la yerba del diablo prueba a los hombres. ¿A qué se refería usted?

—La yerba del diablo es como una mujer, y como mujer halaga a los hombres. Les pone trampas a cada vuelta. Te puso una trampa forzándote a untarte la pasta en la frente. Y tratará

de nuevo, y tú probablemente caerás. Te lo advierto. No la tomes con pasión; la yerba del diablo es sólo un camino a los secretos de un hombre de conocimiento, hay otros caminos. Pero su trampa es hacerte creer que el único camino es el suyo. Yo digo que es inútil desperdiciar la vida en un solo camino, sobre todo si ese camino no tiene corazón.

—Pero ¿cómo sabe usted cuándo no tiene corazón un camino, don Juan?

—Antes de embarcarte en cualquier camino tienes que hacer la pregunta: ¿tiene corazón este camino? Si la respuesta es no, tú mismo lo sabrás, y deberás entonces escoger otro camino.

—Pero ¿cómo sé de seguro si un camino tiene corazón o no?

—Cualquiera puede saber eso. El problema es que nadie hace la pregunta, y cuando uno por fin se da cuenta de que ha tomado un camino sin corazón, el camino está ya a punto de matarlo. En esas circunstancias muy pocos hombres pueden pararse a considerar, y más pocos aún pueden dejar el camino.

—¿Cómo debo proceder para hacer la pregunta apropiada, don Juan?

—Pregunta nada más.

—Lo que quiero decir es si hay un método indicado para que yo no me mienta a mí mismo y crea que la respuesta es sí cuando en realidad es no.

—¿Por qué habrías de mentir?

—Tal vez porque en el momento el camino es agradable y me gusta.

—Ésas son tonterías. Un camino sin corazón nunca es disfrutable. Hay que trabajar duro tan sólo para tomarlo. En cambio, un camino con corazón es fácil: no te hace trabajar por tomarle gusto.

Don Juan cambió de pronto el rumbo de la conversación y me enfrentó directamente con la idea de que me gustaba la yerba del diablo. Tuve que admitir que al menos sentía cierta inclinación hacia ella. Me preguntó cómo me sentía con respecto a su aliado, el humito, y tuve que decirle que la sola idea de tener que usarlo me asustaba hasta hacerme perder los sentidos.

—Te he dicho que para escoger un camino debes estar libre de miedo y de ambición. Pero el humito te ciega de miedo, y la yerba del diablo te ciega de ambición.

Argüí que se necesitaba ambición para emprender cualquier camino, y que su aseveración de que había que estar libre de ambición carecía de sentido. Una persona tiene que tener ambición para poder aprender.

—El deseo de aprender no es ambición —dijo—. El querer saber, es nuestro destino como hombres, pero convidar a la yerba del diablo es solicitar poder, y eso es ambición, porque no lo estás haciendo para saber. No dejes que la yerba del diablo te ciegue. Ya te tiene enganchado. Invita a los hombres y les da una sensación de poder; los hace sentirse capaces de hacer cosas que ningún hombre común puede. Pero ésa es su trampa. Y, luego, el camino sin corazón se vuelve contra los hombres y los destruye. No se necesita gran cosa para morir, y buscar la muerte es no buscar nada.

## X

En el mes de diciembre, 1964, don Juan y yo fuimos a recolectar las diversas plantas necesarias para hacer la mezcla de fumar. Era el cuarto ciclo. Don Juan se limitó a supervisar mis acciones. Me instaba a no precipitarme, a observar y deliberar antes de cortar cualquiera de las plantas. En cuanto los ingredientes fueron reunidos y almacenados, me sugirió que debía tener un nuevo encuentro con su aliado.

*Jueves, 31 de diciembre, 1964*

—Ahora que sabes un poco más sobre la yerba del diablo y el humito, puedes decir con más claridad a cuál de los dos prefieres —dijo don Juan.

—En serio, el humito me da terror, don Juan. No sé exactamente por qué, pero no le tengo buen sentimiento.

—Te gusta el halago, y la yerba del diablo te halaga Igual que una mujer, te hace sentir bien. El humito, en cambio, es el poder más noble, el que tiene el corazón más puro. Ni incita a los hombres ni los aprisiona; ni ama ni odia, Todo lo que requiere es fuerza. La yerba del diablo también requiere fuerza, pero distinta. Algo más parecido a ser ardiente con las mujeres. En cambio, la fuerza que el humito requiere es la fuerza del corazón. Él no es como la yerba del diablo, llena de pasiones, celos y violencias. El humito es constante. No tienes que preocuparte de que a lo mejor se te olvidó algo y te va a llevar la chingada.

*Miércoles, 27 de enero, 1965*

El martes 19 de enero fumé nuevamente la mezcla alucinógena. Le había dicho a don Juan que el humito me asustaba, y que le tenía mucha aprensión. Él dijo que yo debía probarlo de nuevo para evaluarlo con justicia.

Entramos en su cuarto. Eran casi las dos de la tarde. Sacó la pipa. Fui por las brasas y nos sentamos uno frente a otro. Dijo que iba a calentar la pipa y a despertarla, y que si me fijaba bien la vería relumbrar. Llevó la pipa a sus labios tres o cuatro veces y chupó a través de ella. La frotó con ternura. De pronto me hizo un signo casi imperceptible con la cabeza, indicándome que mirara el despertar de la pipa. Miré, pero no pude verlo.

Me entregó la pipa. Llené el cuenco con mi propia mezcla, y luego recogí una brasa usando unas tenazas que había hecho con unas pinzas de madera para ropa y que había estado guardando para esta ocasión. Don Juan miró mis tenazas y empezó a reír. Vacilé un momento, y el carbón se pegó a las tenazas. No me atreví a golpearlas contra el cuenco de la pipa, y tuve que escupir en la brasa para apagarla.

Don Juan volvió la cabeza y se cubrió el rostro con el brazo. Su cuerpo se sacudía. Por un momento creí que lloraba, pero estaba riendo en silencio.

La acción se interrumpió largo rato luego él mismo recogió velozmente una brasa, la puso en el cuenco y me ordenó fumar. Se requería todo un esfuerzo para chupar a través de la mezcla; parecía ser muy compacta. Tras el primer intento ya tenía yo el fino polvo en la boca. La adormeció al punto. Yo veía el resplandor en el cuenco, pero jamás sentí el humo como se siente el humo de un cigarro. Sin embargo, tenía la sensación de inhalar algo, algo que primero llenaba mis pulmones y luego se impulsaba hacia abajo para llenar el resto de mi cuerpo.

Conté veinte inhalaciones, y después la cuenta ya no importó. Empecé a sudar; don Juan me miró fijamente y me dijo que no tuviera miedo e hiciese exactamente lo que él me indicara. Traté de responder «bueno», pero en vez de ello produje un extraño sonido ululante. Continuó resonando después de que hube cerrado la boca. El sonido sobresaltó a don Juan, quien tuvo otro ataque de risa. Quise decir «sí» con la cabeza, pero ésta no podía moverla.

Don Juan me abrió suavemente las manos y se llevó la pipa. Me ordenó acostarme en el piso, pero sin dormirme. Pensé que tal vez me ayudaría a acostarme, pero no lo hizo. Sólo me miraba sin interrupción. De pronto vi girar el cuarto y me hallé mirando a don Juan desde una postura de costado. A partir de ese punto, las imágenes se hicieron extrañamente borrosas, como en un sueño. Puedo acordarme vagamente de haber oído a don Juan hablarme mucho durante el tiempo que estuve inmovilizado.

No experimenté miedo, ni desagrado, durante el estado en sí, ni me sentí mal al despertar el día siguiente. Lo único fuera de lo común fue que no pude pensar con claridad por un largo rato después de despertar. Luego, gradualmente, en un periodo de cuatro o cinco horas, volví a ser yo mismo.

*Miércoles, 20 de enero, 1965*

Don Juan no habló de mi experiencia, ni me pidió que se la relatara. Solamente comentó que me había dormido demasiado pronto.

—La única forma de seguir despierto es convertirse en pájaro o grillo o algo por el estilo —dijo.

—¿Cómo se hace eso, don Juan?

—Es lo que te estoy enseñando. ¿Te acuerdas de lo que te dije ayer cuando estabas sin cuerpo?

—No puedo recordar claramente.

—Yo soy un cuervo. Te estoy enseñando a convertirte en cuervo. Cuando aprendas eso, seguirás despierto y te moverás con libertad; de otro modo siempre estarás pegado al suelo, dondequiera que caigas.

*Domingo, 7 de febrero, 1965*

Mi segunda prueba con el humito tuvo lugar a eso del mediodía del domingo 31 de enero. Desperté al día siguiente, al empezar la noche. Me sentía poseedor de un poder fuera de lo común para recordar lo que don Juan me había dicho durante la experiencia. Sus palabras estaban impresas en mi mente. Yo seguía oyéndolas con claridad y persistencia extraordinarias. Durante esta prueba hubo otro hecho que se me hizo obvio: mi cuerpo entero se había entumido poco después de que empecé a tragar el polvo fino que se, metía en mi boca cada vez que yo chupaba la pipa. De modo que, no sólo inhalaba el humo, sino también ingería la mezcla.

Traté de narrar mi experiencia a don Juan; él dijo que yo no había hecho nada importante. Dije que podía recordar cuanto había ocurrido, pero él no quería saber de eso. Cada recuerdo era preciso e inconfundible. El proceso de fumar había sido el mismo que en el intento previo. Era casi como si ambas experiencias perfectamente pudieran yuxtaponerse, y yo pudiese iniciar mi recuento desde el momento en que la primera experiencia terminaba. Recordaba con claridad que desde el instante de caer de costado sobre el piso estuve completamente privado de sentimiento y pensamiento. Pero mi claridad no se menoscaba en modo alguno. Recuerdo haber tenido mi último pensamiento más o menos en el momento en que el cuarto se convirtió en un plano vertical: «Debí de golpearme la cabeza en el suelo, pero no siento dolor».

Desde ese momento sólo pude ver y oír. Me era posible repetir cada palabra que don Juan había dicho. Seguí una por una todas sus indicaciones. Parecían claras, lógicas y fáciles. Dijo que mi cuerpo estaba desapareciendo y sólo mi cabeza quedaría, y en tal circunstancia la única manera de seguir despierto y moverse era convertirse en cuervo. Me ordenó esforzarme por parpadear, añadiendo que cuando pudiese hacerlo estaría listo para proceder. Luego me dijo que mi cuerpo se había desvanecido por entero y que yo no tenía sino mi cabeza; dijo que la cabeza nunca desaparece porque es lo que se transforma en cuervo.

Me ordenó parpadear. Sin duda repitió esta orden, y todas las otras, incontables veces, pues yo podía acordarme de ellas con claridad extraordinaria. Debí de parpadear, pues don Juan dijo que me hallaba listo y me ordenó enderezar la cabeza y ponerla sobre la barbilla. Dijo que

en la barbilla estaban las patas de cuervo. Me instó a sentir las patas y a observar que iban saliendo despacio. Luego dijo que yo no estaba sólido aún, que debía crecerme una cola, y que la cola saldría de mi cuello. Me ordenó extender la cola como un abanico y sentirla barrer el suelo.

Luego habló de las alas del cuervo, y dijo que saldrían de mis pómulos. Dijo que era duro y doloroso. Me ordenó desplegarlas. Dijo que habían de ser extremadamente largas, tanto como me fuera posible extenderlas; de otro modo no podría yo volar. Me dijo que las alas estaban saliendo y eran largas y hermosas, y que yo debía agitarlas hasta que fueran alas de verdad.

Habló de la parte superior de mi cabeza y dijo que aún era muy grande y pesada; su bulto me impediría el vuelo. La manera de reducir su tamaño era parpadear; con cada parpadeo mi cabeza se achicaría más. Me ordenó parpadear hasta que el peso de arriba hubiese desaparecido y yo pudiera saltar libremente. Luego me dijo que había reducido mi cabeza al tamaño de un cuervo, y que debía caminar y saltar hasta perder la tiesura.

Antes de poder volar, dijo, tenía yo que cambiar una última cosa. Era el cambio más difícil, y para llevarlo a cabo debía ser dócil y hacer exactamente lo que él me dijera. Tenía que aprender a ver corro un cuervo. Dijo que mí boca y nariz iban a crecer entre mis ojos hasta dotarme de un pico fuerte. Dijo que los cuervos ven directamente de lado, y me ordenó volver la cabeza y mirarlo con un ojo. Dijo que si deseaba cambiar y mirar con el otro ojo, sacudiera el pico hacia abajo, y que ese movimiento me haría mirar con el otro ojo. Me ordenó alternar de uno a otro varias veces. Y entonces dijo que yo estaba listo para volar, y que el único modo de volar era que él me arrojase al aire.

No tuve la menor dificultad en despertar la sensación correspondiente a cada una de sus órdenes. Percibí cómo me crecían patas de ave, débiles y vacilantes al principio. Sentí una cola salir de mi nuca y alas de mis pómulos. Las alas estaban profundamente plegadas. Las sentí brotar por grados. El proceso era difícil pero no doloroso. Luego, parpadeando, reduje mi cabeza al tamaño de un cuervo. Pero el efecto más asombroso se llevó a cabo con mis ojos. ¡Mi vista de pájaro!

Cuando don Juan dirigió el crecimiento del pico, tuve una molesta sensación de falta de aire. Entonces brotó un bulto, creando un bloque frente a mí. Pero sólo cuando don Juan me indicó mirar lateralmente fueron mis ojos capaces de tener en realidad un panorama completo de lado. Podía yo cerrar un ojo y cambiar el enfoque al otro. Pero la visión del cuarto y de todos los objetos que había en él no era una visión ordinaria. Sin embargo, resultaba imposible decir en qué forma difería. Acaso estaba ladeada, o quizá las cosas se hallasen fuera de foco. Don Juan se hizo muy grande y resplandeciente. Algo en él era confortante y seguro. Luego las imágenes se borraron; perdieron sus contornos y se volvieron nítidos diseños abstractos que cintilaron un rato.

*Domingo, 28 de marzo, 1965*

El jueves 18 de marzo fumé de nuevo la mezcla alucinógena; El procedimiento inicial varió en pequeños detalles. Tuve que volver a llenar una vez el cuenco de la pipa. Cuando terminé la primera dotación, don Juan me indicó limpiar el cuenco, pero él mismo vertió la mezcla, pues yo carecía de coordinación muscular. Me costaba mucho esfuerzo mover los brazos. Había en mi bolsa mezcla suficiente para una nueva carga. Don Juan miró la bolsa y dijo que aquélla era mi última prueba con el humito hasta el año siguiente, pues ya había agotado mis provisiones.

Volvió del revés la bolsita y sacudió el polvo sobre el plato de las brasas. Ardió con un resplandor naranja, como si don Juan hubiera puesto sobre los carbones una lámina de material transparente. La lámina estalló en llamas, y luego se quebró en un intrincado diseño de líneas. Algo describía zigzags dentro de las líneas, a gran velocidad. Don Juan me dijo que mirara el movimiento en las líneas. Vi algo que parecía una canica pequeña rodando de un lado a otro en el área resplandeciente. Él se agachó, metió la mano en el resplandor, recogió la canica y la colocó en el cuenco de la pipa. Me ordenó dar tina fumada. Tuve la clara impresión de que había puesto la pequeña bola en la pipa para que yo la inhalase. En un momento el cuarto perdió su posición horizontal. Experimenté un entumecimiento profundo, una sensación pesada.

Al despertar, yacía de espaldas en el fondo de una zanja de riego poca profunda, sumergido en agua hasta la barbilla. Alguien sostenía mi cabeza. Era don Juan. Mi primer pensamiento fue que el agua en la zanja tenía una calidad insólita: era fría y pesada. Me golpeaba suavemente, y mis ideas se aclaraban a cada uno de sus movimientos. Al principio el agua tenía un halo o fluorescencia verde brillante que pronto se disolvió, dejando sólo una corriente de agua común.

Pregunté la hora a don Juan. Dijo que era temprano, de mañana. Tras un rato, ya completamente despierto, salí del agua.

—Debes decirme todo lo que viste —dijo don Juan cuando llegamos a su casa. También dijo que había estado tratando de «hacerme volver» durante tres días, y había tenido muchas dificultades al hacerlo. Hice muchos intentos de describir lo que había visto, pero no podía concentrarme. Más tarde, al anochecer, me sentí listo para hablar con don Juan y empecé a contarle lo que recordaba desde el momento en que caí de costado, pero él no quería oír de eso. Dijo que la única parte interesante era lo que vi e hice después de que él «me echó al aire y yo salí volando».

Todo cuanto recordaba era una serie de imágenes o escenas oníricas. No tenían orden de secuencia. Tuve la impresión de que cada una era como una burbuja aislada, que flotaba hasta quedar en foco y luego se alejaba. Sin embargo, no eran simplemente escenas para mirar. Yo estaba dentro de ellas. Tomaba parte en ellas. Cuando traté de evocarlas, tuve al principio la sensación de que eran destellos vagos, difusos, pero pensándolas me di cuenta de que cada una era extremadamente clara, aunque sin relación alguna con mi forma ordinaria de ver las cosas, de allí la sensación de vaguedad. Las imágenes eran pocas y sencillas.

Apenas don Juan mencionó haberme «echado al aire», tuve un leve recuerdo de una escena absolutamente clara en la cual yo lo miraba de lleno, desde alguna distancia. Miraba sólo su cara. Tenía un tamaño monumental. Era plana, con un resplandor intenso. Su cabello era amarillento y se movía. Cada parte de su rostro se movía por sí misma, proyectando una especie de luz ámbar.

La siguiente imagen era una en que don Juan me echaba realmente al aire, o me aventaba, en una dirección recta hacia adelante. Recuerdo que «extendí mis alas y volé». Me sentía solo, rasgando el aire, avanzando derecho, penosamente. Era más como caminar que como volar. Cansaba mi cuerpo. No había sentimiento de fluir libre, no había júbilo.

Entonces recordé un instante hallarme inmóvil, mirando una masa de filos agudos, oscuros, en un área que tenía una luz opaca y dolorosa; luego vi un campo con una variedad infinita de luces. Las luces se movían y parpadeaban y cambiaban su luminosidad. Eran casi como colores. Su intensidad me deslumbraba.

En otro momento, había un objeto casi contra mi ojo. Era grueso y puntiagudo; tenía un definido brillo rosáceo. Sentí un temblor súbito en alguna parte del cuerpo y vi una multitud de formas rosadas similares venir hacia mí. Todas se me acercaban. Me alejé de un salto.

La última escena que recordé fue de tres aves plateadas. Irradiaban una luz metálica, lustrosa, casi como acero inoxidable pero intensa y móvil y viva. Me gustaron. Volamos juntos.

Don Juan no hizo ningún comentario sobre mi recuento.

*Martes, 23 de marzo, 1965*

La siguiente conversación tuvo lugar al otro día, después del relato de mi experiencia. Don Juan dijo:

—No se necesita gran cosa para volverse cuervo. Lo hiciste y ahora siempre lo serás.

—¿Qué pasó después de que me volví cuervo, don Juan? ¿Volé durante tres días?

—No; regresaste al caer la noche, como yo te había dicho.

—Pero, ¿cómo regresé?

—Estabas muy cansado y te dormiste. Eso es todo.

—Quiero decir, ¿volé de regreso?

—Ya te dije. Me obedeciste y regresaste a la casa. Pero no te preocupes por ese asunto. No tiene importancia.

—¿Qué es importante, entonces?

—En todo tu viaje hubo una sola cosa de gran valor: ilos pájaros plateados!

—¿Qué tenían de especial? Sólo eran pájaros.

—No. Eran cuervos.

—¿Eran cuervos blancos, don Juan?

—Las plumas negras del cuervo son en realidad plateadas. Los cuervos brillan tan fuerte que las demás aves no los molestan.

—¿Por qué parecían plateadas sus plumas?

—Porque estabas viendo como cuervo. Un ave que nos parece oscura le parece blanca a un cuervo. Las palomas blancas, por ejemplo, son rosas o azuladas para un cuervo; las gaviotas son amarillas. Ahora, trata de recordar cómo te juntaste con ellos.

Pensé en eso, pero los cuervos eran una imagen nebulosa, disociada, sin continuidad. Le dije que sólo podía recordar que sentí haber volado con ellos. Preguntó si me les había unido en el aire o en la tierra, pero yo no tenía modo de responder. Casi se enojó conmigo. Exigió que pensara en eso. Dijo:

—Todo esto vale pura madre, no es sino un sueño de loco, a menos que recuerdes correctamente.

Me esforcé por hacer memoria, pero no pude.

*Sábado, 3 de abril, 1965*

Hoy pensé en otra imagen de mi «sueño» sobre los cuervos plateados. Recordé haber visto una masa oscura con miríadas de agujeros de alfiler. De hecho, la masa era un conglomerado de agujeritos, Ignoro por qué pensé que era blanda. Cuando estaba mirándola, tres aves volaron directamente hacia mí. Una de ellas hizo un ruido; luego las tres se hallaban junto a mí, en tierra.

Describí la imagen a don Juan. Me preguntó de qué dirección habían venido las aves. Le dije que no me era posible determinarlo. Se impacientó bastante y me acusó de ser rígido en

mi pensamiento. Dijo que muy bien podría recordar si trataba de hacerlo, y que en realidad yo tenía miedo de volverme menos rígido. Dijo que yo estaba pensando en términos de hombres y cuervos, y que no era ni hombre ni cuervo en el momento del que deseaba acordarme.

Me pidió recordar lo que me había dicho el cuervo. Traté de pensar en ello, pero mi mente jugaba con veintenas de cosas ajenas al asunto. No podía concentrarme.

*Domingo, 4 de abril, 1965*

Hoy di una larga caminata. Ya había oscurecido bastante cuando llegué a la casa de don Juan. Iba pensando en los cuervos cuando de pronto un «pensamiento» muy extraño cruzó por mi mente. Era como una impresión o sentimiento, más que pensamiento. El ave que había hecho el ruido dijo que venían del norte e iban al sur, y cuando nos encontráramos de nuevo vendrían por el mismo camino.

Conté a don Juan lo que había pensado, o quizá recordado. Él dijo:

—No pienses si lo recordaste o lo inventaste. Esos pensamientos pertenecen sólo a los hombres, no a los cuervos, y menos aún a los cuervos que viste, porque son los emisarios de tu destino. Tú ya eres un cuervo. Nunca cambiarás eso. De ahora en adelante, los cuervos te señalarán con su vuelo cada vuelta de tu destino. ¿Hacia dónde volaste con ellos?

—¡No podría saber eso, don Juan!

—Si piensas como se debe, recordarás. Siéntate en el suelo y dime en qué posición estabas cuando las aves volaron a ti. Cierra los ojos y haz una raya en el suelo.

Seguí su indicación y determiné el punto.

—¡No abras todavía los ojos! —prosiguió—: ¿Para dónde volaron todos en relación con ese punto?

Hice otra marca en el piso.

Tomando como referencia estos puntos de orientación, don Juan interpretó las diferentes pautas de vuelo que los cuervos observarían para predecir mi futuro personal o destino. Puse los cuatro puntos cardinales como eje del vuelo de los cuervos.

Le pregunté si los cuervos siempre seguían los puntos cardinales para anunciar el destino de un hombre. Dijo que la orientación era sólo mía; lo que los cuervos hicieron en mi primera

reunión con ellos tenía importancia crucial. Insistió en que recordara cada detalle, porque el mensaje y la pauta de los «emisarios» eran un asunto individual, personalizado.

Había una cosa más de la cual me instaba a acordarme: la hora en que me dejaron los emisarios. Me pidió pensar en la diferencia de la luz a mi alrededor entre la hora en que «empecé a volar» y la hora en que las aves plateadas «volaron conmigo». Cuando tuve inicialmente la sensación de vuelo penoso, estaba oscuro. Pero cuando vi a las aves, todo se hallaba rojizo: rojo claro, o tal vez naranja.

—Eso quiere decir que era casi el fin del día —dijo don Juan—; pero todavía no se había metido el sol. Cuando está todo oscuro, un cuervo se ciega de blancura y no de oscuridad, como nosotros de noche. Esta indicación de la hora quiere decir que tus emisarios finales vendrán al fin del día. Te llamarán, y al volar sobre tu cabeza se volverán blancos plateados; los verás brillar contra el cielo y eso querrá decir que llegó tu hora final. Querrá decir que te vas a morir y a volverte cuervo por última vez.

—¿Y si los veo de mañana?

—¡No los verás de mañana!

—Pero los cuervos vuelan todo el día.

—¡Tus emisarios no, tonto!

—¿Y *sus* emisarios, don Juan?

—Los míos vendrán de mañana. También serán tres. Mi benefactor me dijo que, si uno no quiere morir, puede volverlos negros a gritos. Pero ahora sé que no vale la pena. Mi benefactor era dado a gritar, y a todo el barullo y la violencia de la yerba del diablo. Yo sé que el humito es diferente porque no tiene pasión. Es justo. Cuando tus emisarios plateados lleguen por ti, no hay necesidad de gritarles. Vuela con ellos como ya lo hiciste. Después de haberte recogido darán media vuelta, y los cuatro se irán volando.

*Sábado, 10 de abril, 1965*

Había estado experimentando breves destellos de disociación, o estados superficiales de realidad no ordinaria.

Un elemento de la experiencia alucinógena con los hongos recurría sin cesar en mis pensamientos: la masa de agujeritos blanda y oscura. Continué visualizándola como una burbuja de grasa o de aceite que empezaba a tirar de mí hacia su centro. Era casi como si el centro fuera a abrirse y a tragarme, y en momentos muy breves yo experimentaba algo semejante a

un estado de realidad no ordinaria. Como resultado, sufría instantes de profunda agitación, angustia e incomodidad, y luchaba por poner fin a las experiencias apenas comenzaban.

Hoy discutí esta condición con don Juan. Pedí consejo. Él no pareció preocuparse, y me indicó olvidarme de esas experiencias, porque carecían de significado o más bien de valor. Dijo que las únicas experiencias dignas de mi esfuerzo y atención serían aquéllas en las que viera un cuervo; cualquier otra clase de «visión» no sería sino el producto de mis temores. Me recordó una vez más que para usar el humito era necesario llevar una vida fuerte, calmada. En lo personal, yo parecía haber alcanzado un umbral peligroso. Le dije que me sentía incapaz de proseguir; había en los hongos algo verdaderamente aterrador.

Al repasar las imágenes evocadas de mi experiencia alucinógena, yo había llegado a la conclusión inevitable de que había visto el mundo en una forma estructuralmente distinta de la visión ordinaria. En otros estados de realidad no ordinaria que había atravesado, las formas y los diseños que visualizaba se hallaban siempre dentro de los confines de mi concepción visual del mundo. Pero la sensación de ver bajo la influencia de la mezcla alucinógena de fumar no era la misma. Todo lo que veía estaba frente a mí en una línea directa de visión; nada había encima ni abajo de esa línea de visión.

Cada imagen tenía una irritante planura, y sin embargo, desconcertantemente, una gran profundidad. Acaso sería más exacto decir que las imágenes eran un conglomerado de detalles increíblemente precisos colocados dentro de campos de luz diferente; la luz se movía en los campos, creando un efecto de rotación.

Después de aguijarme y esforzarme por recordar, me hallé obligado a hacer una serie de analogías o símiles para «entender» lo que había «visto». El rostro de don Juan, por ejemplo, parecía como sumergido en el agua. El agua parecía moverse en un fluir continuo sobre la cara y el cabello, lo amplificaba a tal grado que, cuando yo enfocaba mi visión, podía ver cada poro de la piel o cada cabello de la cabeza. Por otra parte, vi masas de materia planas y llenas de aristas, pero no se movían porque no había fluctuación en la luz proveniente de ellas.

Pregunté a don Juan qué eran las cosas que vi. Dijo que, siendo ésta la primera vez que yo veía como cuervo, las imágenes no eran claras ni importantes, y que más tarde, con la práctica, me sería posible reconocerlo todo.

Saqué a colación la diferencia que había notado en el movimiento de la luz.

—Las cosas que están vivas —dijo él— se mueven por dentro, y tan cuervo puede ver con facilidad cuándo algo está muerto, o a punto de morir, porque el movimiento ya se paró o se va parando. Un cuervo sabe también cuando algo se mueve demasiado aprisa, y por lo mismo sabe cuando algo se mueve al paso justo.

—¿Qué significa cuando algo se mueve demasiado aprisa, o al paso justo?

—Significa que un cuervo sabe de hecho qué evitar y qué buscar. Cuando algo se mueve demasiado aprisa por dentro, quiere decir que está a punto de estallar con violencia, o de pegar el brinco, y un cuervo lo evita. Cuando se mueve por dentro al paso justo, es una vista placentera y un cuervo la busca.

—¿Se mueven las rocas por dentro?

—No, ni las rocas ni los animales muertos ni los árboles muertos. Pero es hermoso mirarlos. Por eso los cuervos andan por donde hay cadáveres. Les gusta mirarlos. Ninguna luz se mueve dentro de ellos.

—Pero cuando la carne se pudre, ¿no cambia ni se mueve?

—Sí, pero ese movimiento es distinto. Lo que el cuervo ve entonces son millones de cosas moviéndose dentro de la carne con luz propia, y eso es lo que le gusta ver. Verdaderamente es una vista inolvidable.

—¿La ha visto usted, don Juan?

—Cualquiera que aprenda a volverse cuervo la puede ver. Tú mismo la verás.

En este punto hice a don. Juan la pregunta inevitable.

—¿Me convertí realmente en cuervo? O mejor dicho, ¿habría pensado cualquiera, al verme, que era yo un cuervo común?

—No. No puedes pensar así cuando tratas con el poder de los aliados. Esas preguntas no tienen sentido, y eso que volverse cuervo es lo más simple que hay. Es casi como travesura; tiene poca utilidad. Como ya te he dicho, el humito no es para los que buscan poder. Es sólo para quienes anhelan ver. Yo aprendí a volverme cuervo porque son las aves más efectivas de todas. Ninguna otra las molesta, a menos que sean águilas grandes y hambrientas, pero los cuervos vuelan en parvadas y pueden defenderse. Tampoco los hombres molestan a los cuervos, y eso es importante, Cualquiera puede distinguir un águila grande, sobre todo un águila fuera de lo común, o cualquier otra ave grande y fuera de lo común, pero, ¿a quién le interesa un cuervo? Un cuervo está seguro. Es ideal en tamaño y en naturaleza. Puede meterse donde sea sin llamar la atención. En cambio, volverse oso o león es posible, pero sale bastante peligroso. Una criatura de éstas es demasiado grande; se necesita demasiada energía para convertirse en ella. También puede uno volverse grillo, o lagartija, o hasta hormiga, pero eso es todavía más arriesgado, porque los animales grandes cazan a las criaturas pequeñas.

Señalé que, según lo que él decía, uno se transformaba realmente en cuervo, o grillo, o cualquier otra cosa. Pero él insistió en que yo entendía mal.

—Se necesita mucho tiempo para aprender a ser un cuervo cabal —dijo—. Pero tú no

cambiaste, ni dejaste de ser hombre. Es otra cosa lo que pasa.

—¿Puede usted decirme qué es la otra cosa, don Juan?

—A lo mejor a estas alturas ya tú mismo lo sabes. Quizá si no tuvieras tanto miedo de volverte loco, o de perder tu cuerpo, entenderías este secreto maravilloso. Pero a lo mejor debes esperar a perder tu miedo para entender lo que quiero decir.

## XI

El último hecho que registré en mis notas de campo tuvo lugar en septiembre de 1965. Fue la última de las enseñanzas de don Juan. Lo llamé «un estado especial de realidad no ordinaria» porque no los produjo ninguna de las plantas que yo había usado con anterioridad. Al parecer don Juan lo provocó por medio de una manipulación cuidadosa de indicaciones acerca de sí mismo; es decir, se portó frente a mí en una forma tan hábil que creó la impresión clara y sostenida de no ser realmente él mismo, sino alguien que lo suplantaba. Como resultado, experimenté un profundo sentido de conflicto; quería creer que se trataba de don Juan, y sin embargo no podía estar seguro. La concomitante del conflicto fue un terror consciente tan agudo que minó mi salud por varias semanas. Después pensé que habría sido prudente poner fin entonces a mi aprendizaje. Desde aquel tiempo, nunca he sido participante, pero don Juan no ha cesado de considerarme aprendiz. Ha visto en mi retiro sólo un periodo necesario de recapitulación, otro paso de aprendizaje, que puede durar indefinidamente. Sin embargo, desde entonces, jamás me ha expuesto sus conocimientos.

Escribí la crónica detallada de mi última experiencia casi un mes después de que ocurrió, aunque tenía ya copiosas notas sobre sus puntos destacados, escritas al día siguiente, durante las horas de gran agitación emotiva que precedieron al punto más intenso de mi terror.

*Viernes, 29 de octubre, 1965*

El jueves 30 de septiembre de 1965 fui a ver a don Juan. Los estados breves y someros de realidad no ordinaria persistían a pesar de mis deliberados intentos por ponerles fin, o sacudírmelos de encima como don Juan había sugerido. Yo sentía que mi condición iba empeorando, pues aumentaba la duración de tales estados. Tomé conciencia aguda del ruido de los aeroplanos. El ruido de sus motores al pasar por encima captaba inexorablemente mi atención y la fijaba, hasta el punto en que me parecía seguir al avión como si fuera dentro de él o volara con él. Esta sensación era muy molesta. La incapacidad de sacudírmela me producía una honda angustia.

Don Juan, tras escuchar atentamente todos los detalles, concluyó que yo sufría de pérdida del alma. Le dije que tenía estas alucinaciones desde la vez que fumé los hongos, pero él insistió en que eran cosa nueva. Dijo que antes yo tenía miedo y «soñaba cosas sin sentido», pero que ahora estaba en verdad embrujado. La prueba era que el ruido de los aviones en vuelo podía arrastrarme. Por lo común, dijo, el ruido de un arroyo o de un río puede atrapar a un embrujado que ha perdido el alma y arrastrarlo a su muerte. Luego me pidió describir todas mis actividades durante la época anterior a las alucinaciones. Enumeré todas las actividades que pude recordar.

Y de mi recuento, él dedujo el sitio donde yo había perdido el alma.

Don Juan parecía francamente preocupado, cosa del todo insólita en él. Esto, como es natural, aumentó mi aprensión. Dijo que no tenía idea definida de quién había atrapado mi alma, pero quienquiera que fuese pretendía sin duda matarme o enfermarme de gravedad. Luego me dio instrucciones precisas acerca de una «forma para pelear», una posición corporal específica que yo debería mantener, permaneciendo en mi sitio benéfico. *Tenía* que conservar esta postura que él llamaba forma.

Le pregunté a qué venía todo eso y con quién iba yo a pelear. Repuso que él iría a ver quién había tomado mi alma y si era posible recuperarla. Mientras tanto, yo debía permanecer en mi sitio hasta su regreso. La forma para pelear era en realidad una precaución, dijo, en caso de que algo ocurriese durante su ausencia, y yo debía usarla si me atacaban. Consistía en palmotear contra la pantorrilla y el muslo de mi pierna derecha y dar de saltos con el pie izquierdo en una especie de danza que yo había de ejecutar enfrentando al atacante.

Me advirtió que la forma debía adoptarse sólo en momentos de crisis extrema; mientras no hubiera peligro a la vista, yo podía estar simplemente sentado en mi sitio, con las piernas cruzadas. Pero en circunstancias de peligro extremo, tenía el recurso de un último medio de defensa: arrojar un objeto contra el enemigo. Me dijo que por lo común se arroja un objeto de poder, pero como yo no tenía ninguno me era forzoso usar cualquier piedra que cupiese en la palma de mi mano derecha, una piedra que yo pudiera sostener apretada entre la palma y el pulgar. Dijo que tal técnica debía usarse sólo si uno se hallaba indudablemente en peligro de perder la vida. El lanzamiento del objeto tenía que acompañarse con un grito de guerra, un alarido con la propiedad de dirigir el objeto a su blanco. Insistió en recomendarme cuidado y deliberación con el grito, y no emplearlo al azar, sino sólo con «severas condiciones de seriedad».

Le pregunté qué quería decir con «severas condiciones de seriedad». Dijo que el clamor, o grito de guerra, era algo que se quedaba con un hombre toda la vida: por eso tenía que ser bueno desde el principio. Y la única manera de empezarlo correctamente era retener el miedo y la prisa naturales de uno hasta hallarse lleno por entero de poder, y entonces el alarido brotaría con dirección y fuerza. Dijo que éstas eran las condiciones de seriedad necesarias para soltar el grito.

Le pedí explicación sobre el poder que supuestamente lo llenaba a uno antes del clamor. Dijo que era algo que corría a través del cuerpo saliendo de la tierra donde uno estaba parado; era una especie de poder emanado del sitio benéfico, para ser exactos. Era una fuerza que empujaba el alarido para hacerlo salir. Si tal fuerza se manejaba debidamente, el grito de batalla sería perfecto.

De nuevo le pregunté si pensaba que algo iba a ocurrirme. Dijo no saber nada de eso y me advirtió dramáticamente quedarme pegado a mi sitio cuanto fuese necesario, porque ésa era la única protección que yo tenía contra cualquier cosa que pudiera pasar.

Empecé a asustarme; le supliqué ser más explícito. Dijo que todo cuanto sabía era que yo no debía moverme en ninguna circunstancia; no debía entrar en la casa ni ir al matorral. Sobre todo, dijo, no debía hablar una sola palabra, ni siquiera a él. Dijo que si me daba mucho miedo podía cantar mis canciones de Mescalito, y añadió que yo ya sabía demasiado sobre estos asuntos para que fuera necesario señalarme, como a un niño, la importancia de hacer todo correctamente.

Sus admoniciones me provocaron un estado de angustia profunda. Estuve seguro de que él esperaba que algo ocurriese. Le pregunté por qué me recomendaba cantar las canciones de Mescalito, y qué cosa creía él que fuera a asustarme. Rió y dijo que tal vez me diese miedo de estar solo. Entró en la casa y cerró la puerta tras de sí. Miré mi reloj. Eran las 7 p. m. Estuve sentado en calma un largo rato. No salían ruidos del cuarto de don Juan. Todo estaba tranquilo, Hacía viento. Pensé en correr a mi coche a sacar una mampara, pero no me atreví a actuar contra el consejo de don Juan. No tenía sueño, sino cansancio; el viento frío me imposibilitaba descansar.

Cuatro horas después oía don Juan caminar en torno a la casa. Pensé que podía haber salido por la parte trasera para orinar en el matorral. Entonces me llamó con voz fuerte.

—¡Oye muchacho! ¡Oye muchacho! Ven aquí —dijo.

Casi me levanté para ir con él. Era su voz, pero no su tono, ni sus palabras de costumbre. Don Juan nunca me había dicho «oye muchacho». De modo que seguí donde me hallaba. Un escalofrío corrió a lo largo de mi espalda. Él empezó a gritar de nuevo, usando la misma frase o una similar.

Lo oí dar vuelta a la pared trasera de su casa. Tropezó con una pila de leña como si no supiera que estaba allí. Luego llegó al zaguán y se sentó junto a la puerta, con la espalda contra la pared. Parecía más pesado que de costumbre. Sus movimientos no eran lentos ni torpes, sólo más pesados. Se dejó caer a plomo en el suelo, en vez de deslizarse ágilmente como solía. Además, ése no era su sitio, y don Juan nunca, en ninguna circunstancia, se sentaba en ningún otro lugar.

Entonces volvió a hablarme. Preguntó por qué me había yo negado a ir cuando él me necesitaba. Hablaba con voz fuerte. Yo no quería mirarlo, y sin embargo experimentaba una urgencia compulsiva de observarlo. Empezó a mecerse levemente de un lado a otro. Cambié de postura, adopté la forma para pelear que él me enseñó, y me volvía encararlo. Mis músculos estaban tiesos y extrañamente tensos. No sé qué me movió a adoptar la forma de pelea, acaso fue el creer que don Juan quería asustarme creando la impresión de que, en realidad, la persona que yo estaba viendo no era él mismo. Pensé que ponía mucho cuidado en hacer cosas fuera de costumbre, para implantar la duda en mi mente. Tuve miedo, pero aun así me sentía por encima de todo aquello, porque de hecho me hallaba evaluando y analizando la secuencia completa.

En ese punto, don Juan se levantó. Sus movimientos fueron completamente desconocidos. Puso los brazos frente al cuerpo y se empujó hacia arriba, alzando primero la espalda; luego asíó la puerta y enderezó la parte superior del cuerpo. Me asombró la honda familiaridad que yo tenía con sus movimientos, y el sentimiento terrible que él creaba al hacerme ver un don Juan que no se movía como don Juan.

Dio unos pasos hacia mí. Sostenía con ambas manos la parte inferior de su espalda, como si tratara de enderezarse o sufriera un dolor. Gemía y resoplaba. Parecía tener tapada la nariz. Dijo que me iba a llevar, y me ordenó levantarme y seguirlo. Caminé hacia el lado oeste de la casa. Cambié de posición para encararlo. Se volvió hacia mí. Yo no me moví de mi sitio; estaba pegado a él.

—¡Oye muchacho! —vociferó—. Te dije que vengas conmigo. ¡Si no vienes te llevo a empujones!

Se me acercó. Empecé a golpearme la pantorrilla y el muslo y a bailar aprisa. Don Juan llegó al filo del zaguán, frente a mí, y casi me tocó. Frenéticamente dispuse mi cuerpo para adoptar la posición de lanzamiento, pero él cambió de dirección y se alejó hacia los matorrales a mi izquierda. En cierto momento, mientras se alejaba, se volvió de pronto, pero yo le daba la cara.

Se perdió de vista. Conservé la postura de pelea un rato más, pero como ya no lo vi me senté de nuevo con las piernas cruzadas y la espalda contra la roca. A estas alturas me hallaba realmente asustado. Quise huir corriendo, pero esa idea me aterraba más aún. Sentí que, si él me atrapaba en el camino a mi coche, quedaría completamente a su merced. Empecé a cantar las canciones de peyote que sabía. Pero sentía de algún modo que allí eran impotentes. Sólo servían de pacificador, pero me serenaron. Las canté una y otra vez.

A eso de las 2:45 a. m. oí un ruido dentro de la casa. Inmediatamente cambié de postura. La puerta se abrió de golpe y don Juan salió trastabillando. Boqueaba y se agarraba la garganta. Se arrodilló frente a mí y gimió. Me pidió, en voz aguda y chillona, ir a ayudarlo. Luego vociferó nuevamente y me ordenó ir. Hacía ruidos de gargarismo. Me suplicó ir a ayudarlo, porque algo lo ahogaba. Se arrastró sobre las manos y las rodillas hasta hallarse a poco más de un metro. Extendió las manos hacia mí.

—¡Ven acá! —dijo. Entonces se levantó. Sus brazos estaban extendidos en mi dirección. Parecía dispuesto a aferrarme. Pateé el suelo y me di palmadas en la pantorrilla y el muslo. Estaba fuera de mí.

Don Juan se detuvo y caminó hacia el costado de la casa y se internó entre los matorrales. Cambié de postura para encararlo. Luego volví a sentarme. Ya no quería cantar. Mi energía parecía desgastarse. Todo el cuerpo me dolía; cada músculo estaba tieso y dolorosamente contraído. No sabía qué pensar. No podía decidir si enojarme con don Juan o no. Pensé en saltarle encima, pero de alguna manera supe que él me derribaría de golpe como a un insecto.

Tuve verdaderas ganas de llorar. Experimentaba una honda desesperanza; la idea de que don Juan iba a tales extremos por asustarme provocaba en mí una sensación de llanto. Me resultaba imposible hallar un motivo para su tremendo despliegue histriónico; sus movimientos eran tan habilidosos que me confundían. No era como si tratara de moverse como mujer; era como si una mujer tratara de moverse igual que don Juan. Tuve la impresión de que esa mujer intentaba en verdad caminar y moverse con la deliberación de don Juan, pero era demasiado pesada y no tenía la ligereza de don Juan. Quien estuviera frente a mí creaba la impresión de ser una mujer pesada, de menos edad, tratando de imitar los movimientos lentos de un anciano ágil.

Estos pensamientos me arrojaron a un estado de pánico. Un grillo empezó a clamar ruidosamente, muy cerca de mí. Noté la riqueza de su tono; imaginé que tenía voz de barítono. El canto empezó a disolverse. De pronto, todo mi cuerpo se contrajo. Volví adoptar la forma de lucha y encaré la dirección de donde había venido el canto del grillo.

El sonido me estaba atrapando; había empezado a atraparme antes de que yo me diera cuenta de que solamente era como de grillo. El sonido se acercó de nuevo. Se hizo terriblemente fuerte. Empecé a cantar mis canciones de peyote, más y más alto. De pronto el grillo calló. Inmediatamente me senté, pero seguí cantando. Un momento después vi la figura de un hombre correr hacia mí, viniendo de la dirección opuesta al llamado del grillo. Palmotee sobre mi muslo y mi pantorrilla y pateé vigorosa, frenéticamente. La figura pasó muy aprisa, casi tocándome. Parecía un perro. Experimenté un miedo tan espantoso que quedé insensible. No recuerdo haber sentido ni pensado nada más.

El rocío de la mañana fue refrescante. Me sentí mejor. El fenómeno, fuera lo que fuese, parecía haberse retirado. Eran las 5:48 a. m. cuando don Juan abrió calladamente la puerta y salió. Estiró los brazos, bostezando, y me miró. Dio dos pasos hacia mí, prolongando su bostezo. Vi sus ojos mirar a través de párpados entornados. Me levanté de un salto; supe entonces que quienquiera, o lo que fuera, que estuviese frente a mí, no era don Juan.

Recogí del suelo una piedra pequeña, con filos agudos. Estaba junto a mi mano derecha. No la miré; únicamente la sostuve apretándola con el pulgar contra los dedos extendidos. Adopté la forma que don Juan me había enseñado. En cuestión de segundos, sentí que me llenaba un extraño vigor. Entonces grité y arrojé la piedra. Me pareció un clamor magnífico. En ese momento, no me importaba vivir ni morir. Sentí que el grito era estremecedor en su potencia. Era penetrante y prolongado, y en verdad dirigió mi puntería. La figura frente a mí osciló y chilló y trastabilló hacia el costado de la casa, para internarse de nuevo en el matorral.

Tardé horas en calmarme. Ya no pude tomar asiento; trotaba de continuo en el mismo sitio. Tenía que respirar por la boca para recibir aire suficiente.

A las 11 a. m. don Juan volvió a salir. Yo iba a dar un salto, pero los movimientos eran *suyos*. Fue derecho a su sitio y se sentó como solía. Me miró y sonrió. ¡Era don Juan! Fui a él y, en vez de enojarme, besé su mano. Creía realmente que él no había actuado para crear un efecto dramático, sino que alguien lo había suplantado para hacerme daño o matarme.

La conversación se inició con especulaciones sobre la identidad de una persona *femenina* que supuestamente había tomado mi alma. Luego don Juan me pidió contarle cada detalle de mi experiencia.

Narré toda la secuencia de eventos en una forma muy deliberada. Él rió todo el tiempo, como si fuera un chiste. Cuando terminé, dijo:

—Te fue bien. Ganaste la batalla por tu alma. Pero el asunto es más serio de lo que yo creía. Anoche tu vida no valía ni un carajo. Tu buena suerte fue que sabías lo suficiente y te defendiste. De no haber tenido un poco de preparación, ahorita estarías muerto, porque lo que te visitó anoche traía ganas de acabar contigo.

—¿Cómo es posible, don Juan, que alguien tomara la forma de usted?

—Muy sencillo. Lo que te visitó anoche es una diablera y tiene un buen ayudante del otro lado. Pero no fue muy buena para tomar mi apariencia, y tú diste con el truco.

—¿Un ayudante del otro lado es lo mismo que un aliado?

—No, un ayudante es la ayuda de un diablero. Un ayudante es un espíritu que vive del otro lado del mundo y ayuda al diablero a causar enfermedad y dolor. Lo ayuda a matar.

—¿Puede un diablero tener también un aliado, don Juan?

—Por supuesto, si son los diablos los que tienen aliados, pero antes de que un diablero pueda domar a un aliado, el diablero acostumbra tener un ayudante que lo auxilie en sus tareas.

—¿Y la mujer que tomó su forma, don Juan? ¿Tiene sólo ayudante y no aliado?

—No sé si tenga aliado o no. A algunas personas no les gusta el poder de un aliado y prefieren un ayudante. Domar un aliado es trabajo duro. Sale más fácil conseguir un ayudante del otro lado.

—¿Piensa usted que yo podría conseguir un ayudante?

—Para saberlo, tienes que aprender mucho más. Estamos otra vez al principio, casi como el primer día que viniste a pedirme hablar de Mescalito, y yo no podía porque no me habrías entendido ni una palabra. Ese otro lado es el mundo de los diablos. Creo que lo mejor será decirte lo que yo creo y siento, como lo hizo mi benefactor. Él era diablero y guerrero; su vida se inclinaba hacia la fuerza y la violencia del mundo. Pero yo no soy ninguna de las dos cosas. Ésa es mi naturaleza. Tú has visto mi mundo desde el principio. En cuanto a enseñarte el camino de mi benefactor, nada más puedo dejarte en la puerta, y tú tendrás que decidir solo; tendrás que aprenderlo por tu propia cuenta. Debo reconocer ahora que cometí un error contigo. Habría sido mucho mejor, ahora lo veo, empezar como yo mismo empecé. Así es más fácil darse cuenta

de cuán sencilla y a la vez cuán profunda es la diferencia. Un diablero es un diablero y un guerrero es un guerrero. O se puede ser las dos cosas. Hay bastante gente que es las dos cosas. Pero un hombre que sólo recorre los caminos de la vida lo es todo. Hoy no soy ni guerrero ni diablero. Para mí ya no hay nada de eso. Para mí sólo recorrer los caminos que tienen corazón, cualquier camino que tenga corazón. Esos recorro, y la única prueba que vale es atravesar todo su largo. Y esos recorro mirando, mirando, sin aliento.

Hizo una pausa. Su rostro reflejaba un estado de ánimo peculiar; parecía inusualmente serio. Yo no sabía qué preguntar ni qué decir.

Don Juan prosiguió:

—La cosa que hay que aprender es cómo llegar a la raja entre los mundos y cómo entrar en el otro mundo. Hay una raja entre los dos mundos, el mundo de los diablos y el mundo de los hombres vivos. Hay un lugar donde los dos mundos se montan el uno sobre el otro. La raja está allí. Se abre y se cierra como una puerta con el viento. Para llegar allí, un hombre debe ejercer su voluntad. Debe, diría yo, desarrollar un deseo indomable, una dedicación total. Pero debe hacerlo sin ayuda de ningún poder ni de ningún hombre. El hombre sólo debe reflexionar y desear hasta el momento en que su cuerpo esté listo para emprender el viaje. Ese momento se anuncia con un temblor prolongado de los miembros y vómitos violentos. Por lo general, el hombre no puede dormir ni comer, y se va gastando. Cuando las convulsiones ya no cesan, el hombre está listo para partir, y la raja entre los mundos aparece enfrente de sus ojos como una puerta monumental: una rendija que sube y baja. Cuando se abre, el hombre tiene que colarse por ella. Del otro lado de esa frontera es difícil distinguir. Hace viento, como polvareda. El viento se arremolina. El hombre debe entonces caminar en cualquier dirección. El viaje será corto o largo, según su fuerza de voluntad. Un hombre de voluntad fuerte hace viajes cortos. Un hombre débil, indeciso, viaja largo y con dificultades. Después de este viaje, el hombre llega a una especie de meseta. Se pueden distinguir con claridad algunos de sus rasgos. Es un plano encima de la tierra. Se le reconoce por el viento, que allí sopla todavía más fuerte: golpea, ruge por todo el derredor. En la parte más alta de esa meseta está la entrada al otro mundo. Y hay una especie de piel que separa los dos mundos; los muertos la atraviesan sin ruido, pero nosotros tenemos que romperla con un grito. El viento reúne fuerza, el mismo viento indómito que sopla en la meseta. Cuando el viento ha juntado fuerza suficiente, el hombre tiene que gritar y el viento lo empuja al otro lado. Aquí también su voluntad debe ser inflexible, para poder combatir al viento. Todo lo que necesita es un empujón suave, y no que el viento lo mande al fin del otro mundo. Una vez que está del otro lado, tiene que vagar por allí. Su buena suerte sería encontrar un ayudante cerca, no muy lejos de la entrada. El hombre tiene que pedirle ayuda. En sus propias palabras, tiene que pedir al ayudante que lo instruya y lo haga diablero. Cuando el ayudante acepta, mata al hombre allí mismo, y mientras está muerto le enseña. Cuando hagas el viaje, a lo mejor encuentras a un gran diablero en el ayudante que te mate y te enseñe; eso depende de tu suerte. Pero las más de las veces uno encuentra brujos de mala muerte sin gran cosa que enseñar. Pero ni tú ni ellos tienen el poder de negarse. El mejor de los casos es hallar un ayudante macho para no caer en manos de una diablera que lo haga a uno sufrir en forma increíble. Las mujeres siempre son así. Pero eso depende de la pura suerte, a no ser que el

benefactor de uno sea también un gran diablero, caso en el cual tendrá muchos ayudantes en el otro mundo y puede mandarlo a uno a ver a un ayudante en particular. Mi benefactor era uno de esos hombres.

»Me guió al encuentro de su espíritu ayudante. Después de que regreses, ya no serás el mismo. Estás comprometido a volver y a ver seguido a tu ayudante. Y estás comprometido a alejarte más y más de la entrada, hasta que por fin un día irás demasiado lejos y no podrás regresar. A veces un diablero pesca un alma y la empuja por la entrada y la deja a la custodia de su ayudante mientras él le roba a la persona toda su voluntad. En otros casos, el tuyo por ejemplo, el alma pertenece a una persona de voluntad fuerte, y el diablero sólo puede guardarla en su morral, porque es demasiado difícil llevársela al otro lado. En tales casos, como en el tuyo, una batalla puede resolver el problema: una batalla en que el diablero se juega el todo por el todo. Esta vez perdió el combate y tuvo que soltar tu alma. De haber ganado, se la llevaba a su ayudante para que se quede con ella».

—Pero ¿cómo le gané?

—No te moviste de tu sitio. Si te hubieras apartado un centímetro, te habría hecho polvo. La diablera escogió el momento en que yo no estaba como la mejor hora para atacar, y lo hizo bien. Falló porque no contaba con tu propia naturaleza, que es violenta, y también porque no te saliste del sitio en el que eres invencible.

—¿Cómo me habría matado de haberme movido?

—Te habría golpeado como un rayo. Pero sobre todo se habría quedado con tu alma, y tú te habrías ido gastando.

—¿Qué va a suceder ahora, don Juan?

—Nada. Recobraste tu alma. Fue una buena batalla-Anoche aprendiste muchas cosas.

Después nos pusimos a buscar la piedra que yo había lanzado. Don Juan dijo que, de encontrarla, podríamos estar absolutamente seguros de que el asunto había terminado. Buscamos durante casi tres horas. Yo tenía el sentimiento de que la reconocería. Pero no pude.

Ese mismo día, empezando a anochecer, don Juan me llevó a los cerros cerca de su casa. Allí me dio instrucciones largas y detalladas sobre procedimientos específicos de pelea. En determinado momento, mientras repetía ciertos pasos prescritos, me hallé solo. Había subido corriendo una ladera y estaba sin aliento. Sudaba en abundancia, pero tenía frío. Llamé varias veces a don Juan, pero no contestó, y empecé a experimentar una aprensión extraña. Oí un crujir en el matorral, como si algo viniera hacia mí. Escuché atentamente, pero el ruido cesó. Luego volvió a oírse, más fuerte y más Cerca. En ese instante se me ocurrió que iban a repetirse los eventos de la noche anterior. En cuestión de segundos, mi miedo creció fuera de toda proporción. El crujir en las matas se acercó más, y mi fuerza menguó. Quería gritar o llorar,

correr o desmayarme, Mis rodillas se vencieron; caí por tierra, chillando. Ni siquiera pude cerrar los ojos. Después de eso, sólo recuerdo que don Juan encendió una hoguera y frotó los músculos agarrotados de mis brazos y piernas.

Permanecí varias horas en un estado de profunda zozobra. Más tarde, don Juan explicó mi reacción desproporcionada como un hecho común. Me declaré incapaz de descubrir lógicamente qué había ocasionado mi pánico; y él repuso que no fue el miedo de morir, sino más bien el miedo a perder el alma, un temor común entre los hombres que no poseen una intención indomable.

Esa experiencia fue la última enseñanza de don Juan. Desde entonces me he abstenido de buscar sus lecciones. Y, aunque don Juan no ha alterado su actitud de benefactor hacia mí, creo en verdad haber sucumbido al primer enemigo de un hombre de conocimiento.

## SEGUNDA PARTE UN ANÁLISIS ESTRUCTURAL

El SIGUIENTE esquema estructural, abstraído de los datos sobre los estados de realidad no ordinaria presentados en la parte anterior de este trabajo, se halla concebido como intento de revelar la cohesión interna y la fuerza lógica de las enseñanzas de don Juan. La estructura, según la determino, se compone de cuatro conceptos que son las unidades principales: 1) hombre de conocimiento; 2) un hombre de conocimiento tenía un aliado; 3) un aliado tenía una regla, y 4) la regla se corroboraba por consenso especial. Estas cuatro unidades se componen a su vez de cierto número de ideas subsidiarias; así, la estructura total comprende todos los conceptos significativos presentados hasta el momento en que interrumpí el aprendizaje. En un sentido, estas unidades representan niveles sucesivos de análisis, cada uno de los cuales modifica al precedente.<sup>[6]</sup>

Como esta estructura conceptual depende por entero del significado de todas sus unidades, la siguiente aclaración parece pertinente en este punto: a lo largo de todo este trabajo, el significado se ha transmitido según yo lo comprendí. Los conceptos componentes del conocimiento de don Juan, tal como los he presentado aquí, no podían ser el duplicado exacto de lo que él mismo decía. Pese al esfuerzo que he hecho por interpretar dichos conceptos con la mayor fidelidad posible, su significado ha sido alterado por mis propios intentos de clasificarlos. La disposición de las cuatro unidades principales de este esquema estructural es, sin embargo, una secuencia lógica, libre al parecer de la influencia de procedimientos clasificadores extrínsecos de mi propia cosecha. Pero, en lo que toca a las ideas componentes de cada unidad básica, ha sido imposible descartar mi influencia personal. En ciertos puntos, se necesitan elementos clasificadores extrínsecos para hacer comprensible el fenómeno. Y, si tal tarea iba a lograrse aquí, tenía que emprenderse zigzagueando entre los supuestos significados y el esquema clasificador del maestro, y los significados y recursos clasificadores del aprendiz.

## **EL ORDEN OPERATIVO**

## LA PRIMERA UNIDAD

### *Hombre de conocimiento*

En una etapa muy temprana de mi aprendizaje, don Juan declaró que la meta de sus enseñanzas era «enseñar» cómo llegar a ser un «hombre de conocimiento». Uso tal declaración como punto de partida. Es obvio que convertirse en hombre de conocimiento era una meta operatoria. Y no menos obvio que cada parte de las ordenadas enseñanzas de don Juan iba destinada a cumplir ese propósito en una forma u otra. Mi presente línea de razonamiento es que, en dichas circunstancias, «hombre de conocimiento», siendo una meta operatoria, debió de ser indispensable para explicar algún «orden operativo». Entonces, resulta justificable deducir que, para comprender ese orden, hay que comprender su objetivo: hombre de conocimiento.

Habiendo establecido «hombre de conocimiento» como la primera unidad estructural, pude disponer con seguridad los siguientes siete conceptos como sus componentes adecuados: 1) llegar a ser hombre de conocimiento era asunto de aprendizaje; 2) un hombre de conocimiento poseía intención rígida; 3) un hombre de conocimiento poseía claridad de mente; 4) llegar a ser hombre de conocimiento era asunto de labor esforzada; 5) un hombre de conocimiento era un guerrero; 6) llegar a ser hombre de conocimiento era un proceso incesante, y 7) un hombre de conocimiento tenía un aliado.

Estos siete conceptos eran temas. Corrían a lo largo de las enseñanzas, determinando el carácter de todo el conocimiento de don Juan. Por cuanto la meta operatoria de sus enseñanzas era producir un hombre de conocimiento, todo lo que enseñaba estaba imbuido de las características específicas de cada uno de los siete temas. Juntos configuraban el concepto «hombre de conocimiento» como manera de comportarse, forma de conducta que era resultado final de un entrenamiento largo y azaroso. «Hombre de conocimiento» no era, sin embargo, una guía de conducta, sino un conjunto de principios que comprendía todas las circunstancias no ordinarias pertinentes al conocimiento impartido.

Cada uno de los siete temas estaba compuesto, a su vez, de varios otros conceptos, que cubrían sus diferentes facetas.

Las aserciones de don Juan permitían suponer que un hombre de conocimiento podía ser un diablero, esto es, un brujo negro. Don Juan declaró que su maestro era diablero y que él también lo fue en el pasado, aunque había dejado de preocuparse por ciertos aspectos de la práctica de la brujería. Puesto que la meta de su enseñanza era mostrar cómo convertirse en hombre de conocimiento, y puesto que su conocimiento consistía en ser diablero, puede haber

existido una conexión inherente entre hombre de conocimiento y diablero. Aunque don Juan nunca usaba ambos términos indistintamente, la probabilidad de que estuvieran conectados evocaba la posibilidad de que «hombre de conocimiento», con sus siete temas y los conceptos correspondientes, cubriese, en teoría, todas las circunstancias que podrían haberse presentado en el curso de convertirse en diablero.

*Llegar a ser hombre de conocimiento era asunto de aprendizaje.* El primer tema implicaba que aprender era la única forma posible de llegar a ser hombre de conocimiento, y eso por su parte llevaba implícito el acto de realizar un esfuerzo decidido por alcanzar un fin. Llegar a ser hombre de conocimiento era el resultado final de un proceso, no una adquisición inmediata a través de un acto de gracia o de dádivas otorgadas por poderes sobrenaturales. La probabilidad de aprender a convertirse en hombre de conocimiento garantizaba la existencia de un sistema para enseñarle a uno cómo lograrlo.

El primer tema tenía tres componentes: 1) no había requisitos declarados para llegar a ser hombre de conocimiento; 2) había algunos requisitos encubiertos; 3) la decisión de quién podía aprender a ser hombre de conocimiento era tomada por un poder impersonal.

Al parecer no había requisitos declarados que determinasen quién estaba, o quién no, calificado para aprender a convertirse en hombre de conocimiento. Idealmente, la tarea se hallaba abierta a todo el que deseara emprenderla. Sin embargo, en la práctica, tal postura resultaba contradictoria con el hecho de que don Juan, como maestro, seleccionaba a sus aprendices.

De hecho, cualquier maestro en tales circunstancias habría seleccionado a sus aprendices presentándoles algunos requisitos encubiertos. Nunca se formalizó la naturaleza específica de estos requisitos; don Juan sólo insinuaba que al observar a un presunto aprendiz había que tomar en cuenta ciertos indicios, los cuales supuestamente revelaban si el candidato poseía cierta disposición de carácter que don Juan llamaba «intención rígida».

Sin embargo, la decisión final en asuntos de quién podía llegar a ser hombre de conocimiento se dejaba a un poder impersonal que era conocido para don Juan pero se hallaba fuera del ámbito de su volición. Se acreditaba al poder impersonal el acto de señalar a la persona adecuada permitiéndole realizar una hazaña de naturaleza extraordinaria, o creando un conjunto de circunstancias peculiares en torno a esa persona. Por tanto, no había nunca conflicto entre la ausencia de requisitos declarados y la existencia de requisitos no formulados, encubiertos.

El hombre señalado de esa manera se convertía en el aprendiz. Don Juan lo llamaba el «escogido». Pero ser escogido significaba más que ser un simple aprendiz. Un escogido, por el mero hecho de haber sido seleccionado por un poder, era ya considerado distinto de los hombres comunes. Se le consideraba ya recipiente de una mínima cantidad de poder, la cual supuestamente se acrecentaría con el aprendizaje.

Pero el aprendizaje era un proceso de búsqueda interminable, y se esperaba que el poder

responsable de la primera decisión, o un poder similar, tomara decisiones semejantes con respecto al asunto de si un escogido podía continuar aprendiendo o si había sido derrotado. Esas decisiones se manifestaban por medio de augurios que ocurrían en cualquier punto de las enseñanzas. En ese aspecto, cualesquiera circunstancias peculiares en torno a un aprendiz se consideraban augurios.

*Un hombre de conocimiento poseía intención rígida.* La idea de que un hombre de conocimiento necesitaba intención rígida se refería al ejercicio de la volición. Poseer intención rígida significaba tener la voluntad de ejecutar un procedimiento necesario manteniéndose en todo momento, rígidamente, dentro de los límites del conocimiento que se impartía. Un hombre de conocimiento necesitaba voluntad estricta para soportar la cualidad obligatoria que todo acto poseía cuando se ejecutaba en el contexto de su conocimiento.

La cualidad obligatoria de todos los actos realizados en tal contexto, y el que fuesen inflexibles y predeterminados, era sin duda desagradable para cualquier hombre, razón por la que se buscaba un mínimo de intención rígida como único requisito encubierto necesario para cualquier presunto aprendiz.

La intención rígida se componía de 1) frugalidad, 2) rectitud de juicio y 3) carencia de libertad para innovar.

Un hombre de conocimiento necesitaba frugalidad porque la mayoría de los actos obligatorios trataban con instancias o elementos que estaban fuera de los límites de la vida cotidiana ordinaria, o bien no eran habituales en la actividad ordinaria, y el hombre que debía actuar de acuerdo a ellos necesitaba un esfuerzo extraordinario cada vez que actuaba. Estaba implícito que uno sólo podía ser capaz de tal esfuerzo extraordinario siendo parco en cualquier otra actividad que no tratara directamente con aquellas acciones predeterminadas.

Como todos los actos eran obligatorios y estaban prefijados, un hombre de conocimiento necesitaba rectitud de juicio. Este concepto no implicaba sentido común, pero sí la capacidad de evaluar las circunstancias en torno a cualquier necesidad de actuar. Una guía para tal evaluación se proporcionaba juntando, como bases lógicas, todas las partes de las enseñanzas que estuvieran a disposición de uno en el momento dado en que cualquier acción debiera realizarse. Así, la guía cambiaba de continuo, conforme más partes se aprendían, pero siempre implicaba la convicción de que cualquier acto obligatorio que uno hubiese tenido que ejecutar era, de hecho, el más adecuado en las circunstancias.

Siendo todos los actos preestablecidos y obligatorios, tener que llevarlos a cabo significaba falta de libertad para innovar. El sistema usado por don Juan para impartir conocimiento se hallaba tan bien establecido que no había posibilidad de alterarlo en forma alguna.

*Un hombre de conocimiento poseía claridad de mente.* La claridad de mente era el tema que proporcionaba un sentido de dirección. El hecho de que todos los actos estuvieran

predeterminados significaba que la orientación de uno dentro del conocimiento que se impartía estaba igualmente prefijada; en consecuencia, la claridad de mente aportaba sólo un sentido de dirección. Reafirmaba continuamente la validez del curso emprendido, a través de las ideas componentes de 1) libertad para buscar un camino, 2) conocimiento del propósito específico y 3) ser fluido.

Se creía que uno tenía libertad para buscar un camino. Estar en libertad de elegir no era contradictorio de la carencia de libertad para innovar; las dos ideas no estaban en oposición ni se inmiscuían mutuamente. La libertad de buscar un camino se refería a la de escoger entre diferentes posibilidades de acción igualmente efectivas y practicables. El criterio para elegir era la ventaja de una posibilidad sobre las otras, basándose en la propia preferencia. De hecho, la libertad de escoger un camino ofrecía un sentido de dirección por medio de la expresión de inclinaciones personales.

También se creaba sentido de dirección mediante la idea de que había un propósito específico para cada acción realizada en el contexto del conocimiento que se impartía. Por tanto, un hombre de conocimiento necesitaba claridad de mente para hermanar sus propias razones específicas de actuar y el propósito específico de cada acción. El conocimiento del propósito específico de cada acción era la guía usada para juzgar las circunstancias en torno a cualquier necesidad de actuar.

Otra faceta de la claridad de mente era la idea de que, para fortalecer la ejecución de sus acciones obligatorias, un hombre de conocimiento necesitaba reunir todos los recursos que las enseñanzas habían puesto a su disposición. Ésta era la idea de ser fluido. Creaba un sentido de dirección dando a uno el sentimiento de ser maleable e inventivo. La calidad obligatoria de todos los actos habría infundido un sentido de rigidez o esterilidad de no ser por la idea de que un hombre de conocimiento necesita ser fluido.

*Llegar a ser un hombre de conocimiento era asunto de labor esforzada.* Un hombre de conocimiento debía tener, o desarrollar en el curso de su preparación, una capacidad muy amplia para el esfuerzo. Don Juan afirmaba que convertirse en hombre de conocimiento era una cuestión de labor esforzada. Dicha labor denotaba su capacidad 1) para hacer un esfuerzo, 2) para lograr eficacia y 3) para enfrentar el desafío.

En el camino de un hombre de conocimiento, el drama era sin duda el punto sobresaliente, tomado en forma aislada. Se requería un tipo especial de esfuerzo para reaccionar a circunstancias que pidieran explotación dramática; es decir, un hombre de conocimiento necesitaba esfuerzo dramático. Tomando como ejemplo la conducta de don Juan, a primera vista habría podido parecer que el esfuerzo dramático era sólo su propia preferencia idiosincrásica por el histrionismo. Pero su esfuerzo dramático siempre era mucho más que actuación; era más bien un profundo estado de fe. A través del esfuerzo dramático, don Juan daba la peculiar característica de definitivos a todos los actos que ejecutaba. Así, en consecuencia, sus actos se ubicaban en un escenario donde la muerte era uno de los protagonistas principales. Estaba implícito que la muerte era una posibilidad real en el curso del

aprendizaje, a causa de la naturaleza inherentemente peligrosa de los elementos que un hombre de conocimiento manejaba; entonces, resultaba lógico que el esfuerzo dramático, creado por la convicción de que la muerte era un actor ubicuo, fuese mucho más que histrionismo.

El esfuerzo se vinculaba no sólo con el drama, sino también con la necesidad de eficacia. El esfuerzo tenía que ser efectivo; debía poseer la cualidad de estar canalizado en forma adecuada, de ser conveniente. La idea de la muerte amenazante creaba, no sólo el drama necesario para el hincapié general, sino también la convicción de que, si el esfuerzo de uno no cumplía el requisito de ser eficaz, sobrevendría el aniquilamiento.

El esfuerzo también se vinculaba a la idea del desafío, es decir, al acto de probar y comprobar que uno era capaz de realizar un acto adecuado dentro de los rigurosos límites del conocimiento que se impartía.

*Un hombre de conocimiento era un guerrero.* La existencia de un hombre de conocimiento era una lucha incesante, y la idea de ser un guerrero, viviendo una vida de guerrero, le proporcionaba a uno los medios para alcanzar estabilidad emotiva. La idea de un hombre en guerra comprendía cuatro conceptos: 1) un hombre de conocimiento debía tener respeto; 2) debía tener miedo; 3) debía estar bien despierto; 4) debía confiar en sí mismo. Por tanto, ser guerrero era una forma de autodisciplina que subrayaba el logro individual, y sin embargo era una postura en la cual los intereses personales se reducían a un mínimo, pues en la mayoría de los casos el interés personal resultaba incompatible con el rigor necesario para ejecutar cualquier acto obligatorio prefijado.

En su papel de guerrero, un hombre de conocimiento estaba obligado a sostener una actitud de miramiento deferente hacia los elementos con que trataba; debía imbuir de profundo respeto todo lo relacionado con su conocimiento, a fin de colocarlo en una perspectiva apropiada. Tener respeto equivalía a haber evaluado los propios recursos insignificantes al encarar lo Desconocido.

Si uno permanecía dentro de tal marco de pensamiento, la idea de respeto se extendía, lógicamente, para incluirlo a uno mismo, pues uno era igual de desconocido que lo Desconocido en sí. El ejercicio de tan temperante sentimiento de respeto transformaba el aprendizaje de este conocimiento específico, que de otro modo habría podido parecer absurdo, en una alternativa muy racional.

Otro requerimiento de la vida de guerrero era el de experimentar, y evaluar cuidadosamente, la sensación del miedo. El ideal planteaba que, pese al miedo, uno debía seguir el curso de las propias acciones. Se suponía que el miedo se conquistaba y que, en determinado punto en la vida de un hombre de conocimiento, quedaba derrotado verdaderamente, pero antes había que ser consciente de tener miedo y evaluar con propiedad esa sensación. Don Juan afirmaba que sólo enfrentándose al miedo podría uno conquistarlo.

Como guerrero, un hombre de conocimiento también necesitaba estar bien despierto. Un

hombre en guerra debía hallarse alerta para tener conocimiento de la mayoría de los factores pertinentes a los dos aspectos obligados de la conciencia: 1) conciencia de intención y 2) conciencia del flujo esperado.

La conciencia de intención era el acto de tener conocimiento de los factores implícitos en la relación entre el propósito específico de cualquier acto obligatorio y el propósito específico de uno mismo al actuar. Como todos los actos obligatorios tenían un propósito definido, un hombre de conocimiento debía estar bien despierto; es decir, necesitaba ser capaz en todo momento de hermanar el propósito definido de cada acto obligatorio con la razón definida en la que él pensaba para desear actuar.

Al estar consciente de aquella relación, un hombre de conocimiento podía asimismo percibir racionalmente lo que se creía el flujo esperado. Lo que he llamado aquí «conciencia del flujo esperado» se refería a la certeza de que uno era capaz de percibir en todo momento las importantes variables involucradas en la relación entre el propósito específico de cada acto y el motivo específico de uno mismo para actuar. Se suponía que, estando consciente del flujo esperado, uno advertiría los cambios más sutiles. Esa deliberada conciencia de los cambios explicaba el reconocimiento y la interpretación de augurios y de otros hechos fuera de lo ordinario.

El último aspecto de la idea de la conducta de un guerrero era la necesidad de confiar en sí mismo, es decir, la seguridad de que el propósito específico del acto que uno pudiera haber elegido realizar era el único camino plausible para las propias razones específicas de actuar. Sin confianza en sí mismo, uno habría sido incapaz de cumplir uno de los aspectos más importantes de las enseñanzas: la capacidad de reclamar el conocimiento como poder.

*Llegar a ser hombre de conocimiento era un proceso incesante.* Ser hombre de conocimiento no era una condición que involucrase permanencia. Nunca había la certeza de que, llevando a cabo los pasos predeterminados del conocimiento que se impartía, uno se convertiría en hombre de conocimiento. Así, convertirse en hombre de conocimiento era una tarea que no podía lograrse verdaderamente; más bien se trataba de un proceso incesante que comprendía 1) la idea de que uno debía renovar la empresa de llegar a ser hombre de conocimiento; 2) la idea de la propia impermanencia, y 3) la idea de que uno debía seguir el camino con corazón.

La renovación constante de la empresa de llegar a ser hombre de conocimiento estaba expresada en el tema de los cuatro enemigos simbólicos hallados en el camino del aprendizaje: el miedo, la claridad, el poder y la vejez. Renovar la empresa significaba ganar y conservar el dominio de sí. Un verdadero hombre de conocimiento debía batallar contra cada uno de los cuatro enemigos, en sucesión, hasta el último instante de su vida, para seguir participando activamente en hacerse hombre de conocimiento. Sin embargo, pese a la auténtica renovación de la empresa, las probabilidades se hallaban inevitablemente en contra del hombre: éste sucumbiría ante su último enemigo simbólico. Tal era la idea de impermanencia.

Compensando el valor negativo de la propia impermanencia había la idea de que uno

debía seguir el «camino con corazón». El camino con corazón era un modo metafórico de aseverar que, pese a ser impermanente, uno debía seguir adelante y tenía que ser capaz de hallar satisfacción y cumplimiento personal en el acto de escoger la alternativa más tratable e identificarse por entero con ella.

Don Juan sintetizaba la exposición razonada de todo su conocimiento en la metáfora de que lo importante para él era hallar un camino con corazón y luego recorrer todo su largo, con lo cual quería decir que la identificación con la alternativa reductible era suficiente para él. El viaje en sí mismo bastaba; cualquier esperanza de alcanzar una posición permanente se hallaba fuera de los límites de su conocimiento.

## LA SEGUNDA UNIDAD

### *Un hombre de conocimiento tenía un aliado*

La idea de que un hombre de conocimiento tenía un aliado era el más importante de los siete temas componentes, por ser el único indispensable para explicar qué era un hombre de conocimiento. En el esquema clasificatorio de don Juan, un hombre de conocimiento tenía un aliado, mientras que el hombre medio no tenía, y tener un aliado era lo que lo diferenciaba de los hombres comunes.

Don Juan describía al aliado como «un poder capaz de transportar a un hombre más allá de los límites de sí mismo»; es decir, un aliado era un poder que permitía trascender el terreno de la realidad ordinaria. En consecuencia, tener un aliado implicaba la posesión de poder, y el hecho de que un hombre de conocimiento tenía un aliado era en sí mismo prueba de que se había alcanzado la meta operatoria de las enseñanzas. Como esa meta era enseñar a convertirse en hombre de conocimiento, y como un hombre de conocimiento era el que tenía un aliado, otra manera de describir la meta operatoria de las enseñanzas de don Juan era decir que también mostraban cómo obtener un aliado. El concepto «hombre de conocimiento», como marco filosófico del brujo, sólo tenía significado para cualquiera que deseara vivir dentro de ese marco, por cuanto dicha persona tenía un aliado.

He clasificado este último tema componente de «hombre de conocimiento» como la segunda unidad estructural principal a causa de que resulta imprescindible para explicar qué era un hombre de conocimiento.

En las enseñanzas de don Juan, había dos aliados. El primero se hallaba contenido en las plantas datura conocidas comúnmente como toloache. Don Juan daba a ese aliado uno de los nombres que la planta tiene en español: yerba del diablo. De acuerdo con él, cualquier especie de datura contenía el aliado. Pero cada brujo debía cultivar una especie en un sembrado que llamaba propio, no sólo en el sentido de que las plantas eran su propiedad privada, sino en el sentido de que estaban identificadas personalmente con él.

Las plantas del propio don Juan pertenecían a la especie *inoxia*; sin embargo, no parecía existir correlación entre ese hecho y las posibles diferencias entre las dos especies de *Datura* accesibles para él.

El segundo aliado estaba contenido en un hongo que identifiqué como perteneciente al género *Psilocybe*; era posiblemente *Psilocybe mexicana*, pero la clasificación fue sólo tentativa

porque me resultó imposible obtener un espécimen para análisis de laboratorio.

Don Juan llamaba a este aliado «humito», sugiriendo que el aliado era análogo al humo o a la mezcla de fumar que él hacía con el hongo. Se refería al humo como si éste fuera el verdadero vehículo, pero dejaba claro que el poder se asociaba con una sola especie de *Psilocybe*; así, se necesitaba especial cautela al recolectar, para no confundirla con ninguna de las diez o doce especies distintas del mismo género que crecían también en la zona.

Un aliado como concepto significativo incluía las siguientes ideas y sus ramificaciones: 1) un aliado carecía de forma; 2) un aliado se percibía como cualidad; 3) un aliado podía domarse; 4) un aliado tenía una regla.

*Un aliado carecía de forma.* Se creía que un aliado era una entidad que existía fuera e independientemente de uno mismo, pero el que se tratase de una entidad aparte no obstaba para que se le creyera carente de forma. He establecido la «carencia de forma» como condición opuesta a la de «tener forma definida», distinción realizada en vista del hecho de que había otros poderes, similares a un aliado, que poseían una forma definidamente perceptible. La condición amorfa de un aliado significaba que éste no tenía forma clara, ni vagamente definida, ni siquiera reconocible; y tal condición implicaba que un aliado no era visible en ningún momento.

*Un aliado se percibía como cualidad.* Una secuela de la carencia de forma en un aliado era otra condición expresada en la idea de que un aliado se percibía sólo como una cualidad de los sentidos, es decir, siendo amorfo el aliado, su presencia sólo se hacía notar por sus efectos sobre el brujo. Don Juan clasificaba algunos de estos efectos como poseedores de cualidades antropomórficas. Describía a cada aliado atribuyéndole el carácter de un ser humano, implicando así que un brujo individual se hallaba en posición de escoger el aliado más conveniente hermanando su propio carácter con las supuestas características antropomórficas de un aliado.

Don Juan presentó a los dos aliados incluidos en las enseñanzas señalándoles un conjunto de cualidades antitéticas.

Categorizaba al aliado contenido en la *Datura inoxia* por medio de dos cualidades: era mujeril y era dador de poder superfluo. Estas dos propiedades le parecían absolutamente indeseables. Sus formulaciones sobre el tema eran definidas, pero al mismo tiempo daba a entender que su juicio de valores sobre el asunto no era sino una elección personalista.

La característica más importante era sin duda lo que don Juan llamaba naturaleza mujeril. El hecho de que se le pintara mujeril no significaba, empero, que el aliado fuese un poder femenino. La analogía con una mujer podría ser sólo, según parece, una forma metafórica usada por don Juan para describir lo que él juzgaba efectos desagradables del aliado. Además, el género femenino de la palabra yerba puede haber ayudado a crear la analogía. En cualquier caso, la personificación de este aliado como un poder mujeril le asignaba las siguientes cualidades antropomórficas: 1) era posesivo; 2) era violento; 3) era imprevisible, y 4) tenía efectos nocivos.

Don Juan atribuía al aliado la capacidad de esclavizar a los hombres que se hacían seguidores suyos; explicaba esta capacidad como la propiedad de ser posesivo, que correlacionaba con el carácter de una mujer. El aliado poseía a sus seguidores otorgándoles poder, creando un sentimiento de dependencia, y dándoles fuerza y bienestar físicos.

También se atribuían características de violencia a este aliado. Su mujeril violencia se expresaba forzando a sus seguidores a ocuparse en acciones perturbadoras, de fuerza bruta. Y tal característica específica lo adecuaba mayormente a hombres de naturaleza fiera que desearan encontrar en la violencia una llave del poder personal.

Otra característica mujeril era la imprevisibilidad. Para don Juan, eso significaba que los efectos del aliado nunca eran coherentes; más bien, se suponía que cambiaban al azar, y no había manera discernible de predecirlos. La inconstancia del aliado debía contrarrestarse con el cuidado minucioso y dramático que el hechicero ponía en cada detalle de su manejo. Cualquier vuelta desfavorable que no pudiera derivarse del error en la manipulación, se explicaba como resultado de la imprevisibilidad mujeril del aliado.

A causa de sus efectos de posesión, violencia e inconstancia, se pensaba que este aliado tenía un efecto nocivo sobre el carácter de sus seguidores. Don Juan creía que el aliado pugnaba voluntariamente por transmitir sus características mujeriles, y que su esfuerzo por hacerlo realmente tenía éxito.

Pero, junto con su naturaleza mujeril, este aliado poseía otra faceta que también se percibía como cualidad: era dador de poder superfluo. Don Juan insistió mucho en este punto, y subrayó que, como dador generoso de poder, el aliado era insuperable. Se le atribuía dotar a sus seguidores de fuerza física, un sentimiento de audacia, y la destreza de realizar hazañas extraordinarias. Sin embargo, según el juicio de don Juan, un poder tan exorbitante resultaba superfluo; declaró que, en su caso al menos, ya no había necesidad de dicho poder. Sin embargo, lo presentaba como fuerte incentivo para el presunto hombre de conocimiento, si este último tuviera una inclinación natural a buscar poder.

El punto de vista idiosincrásico de don Juan era que el aliado contenido en la *Psilocybe mexicana* tenía, en cambio, las características más adecuadas y más valiosas: 1) era varonil, y 2) era dador de éxtasis.

Describió al aliado como antítesis del contenido en las plantas datura. Lo consideraba varonil, viril. Su condición de masculinidad parecía ser análoga a la condición femenina del otro aliado; es decir, no se trataba de un poder masculino, pero don Juan clasificaba sus efectos de acuerdo con lo que él consideraba conducta varonil. También en este ejemplo, el género masculino de la palabra humito puede haber sugerido la analogía con un poder macho.

Las cualidades antropomórficas de este aliado que don Juan consideraba propias de un hombre son las siguientes: 1) era desapasionado; 2) era suave; 3) era previsible, y 4) tenía efectos benéficos.

La idea de don Juan sobre la naturaleza desapasionada del aliado se expresaba en la creencia de que éste era ecuánime, de que nunca llegaba a exigir actos extravagantes a sus seguidores. Jamás esclavizaba a los hombres, porque no les otorgaba poder fácil; al contrario, Humito era duro, pero justo, con sus seguidores.

El hecho de que el aliado no mostraba declaradamente una conducta violenta lo hacía suave. Como supuestamente inducía una sensación de incorporeidad, don Juan lo presentaba como calmado, amable y dador de paz.

También era previsible. Don Juan declaraba constantes sus efectos sobre todos los seguidores individuales y en las experiencias sucesivas de cada hombre; en otras palabras, sus efectos no variaban o, de variar, eran tan similares que se contaban como iguales.

Como consecuencia de ser desapasionado, suave y previsible, se atribuía a este aliado otra característica viril: un efecto benéfico sobre el carácter de sus seguidores. Se suponía que la virilidad de Humito creaba en ellos una muy rara condición de estabilidad emotiva. Don Juan creía que bajo la guía del aliado uno templaba su corazón y adquiría equilibrio.

Se creía que un corolario de todas las características varoniles del aliado era la capacidad de dar éxtasis. Esta otra faceta de su naturaleza se percibía también como cualidad. Se acreditaba a Humito el llevarse el cuerpo de sus seguidores, permitiéndoles así ejecutar formas especializadas de actividad inherentes a un estado de incorporeidad. Y don Juan sostenía que tales formas especializadas de actividad llevaban inevitablemente a una condición de éxtasis. El aliado contenido en la *Psilocybe* se consideraba ideal para hombres predispuestos por su naturaleza a buscar la contemplación.

*Un aliado podía domarse.* La idea de que un aliado era domable implicaba que, como poder, tenía el potencial de ser usado. Don Juan lo explicaba como la capacidad, innata en el aliado, de ser utilizable; se consideraba que, habiendo domado a un aliado, el brujo tenía a su disposición el poder especializado de aquél, lo cual significaba que podía manipularlo según sus intereses. La capacidad que un aliado tenía de ser domado se contraponía a la incapacidad de otros poderes, similares a un aliado, excepto que no se dejaban manipular.

La manipulación de un aliado tenía dos aspectos: 1) un aliado era un vehículo; 2) un aliado era un ayudante.

Un aliado era vehículo en el sentido de que servía para transportar a un brujo al terreno de la realidad no ordinaria. Hasta donde llega mi conocimiento personal, ambos aliados servían como vehículos, aunque la función tenía diferentes implicaciones para cada uno.

Las cualidades indeseables e inclusivas del aliado contenido en la *Datura innoxia*, especialmente su característica de imprevisibilidad, lo convertían en un vehículo peligroso, incierto. El ritual era la única protección posible contra su inconstancia, pero eso nunca bastaba para asegurar la estabilidad del aliado; un brujo que usara este aliado como vehículo debía

esperar augurios favorables antes de proceder.

Por otra parte, el aliado contenido en la *Psilocybe mexicana* se tenía por un vehículo constante y previsible a causa de todas sus cualidades valiosas. Como consecuencia de su previsibilidad, un brujo que empleara este aliado no necesitaba ejecutar ningún tipo de ritual preparatorio.

El otro aspecto de la calidad manipulable de un aliado se expresaba en la idea de que un aliado era un ayudante. Ser ayudante significaba que un aliado, después de servir como vehículo al brujo, era nuevamente utilizable como ayuda o guía que lo asistiese en la consecución de cualquier meta que el hechicero tuviese en mente al entrar en el terreno de la realidad no ordinaria.

En su capacidad de ayudantes, los dos aliados tenían propiedades diferentes, únicas. La complejidad y la aplicabilidad de estas propiedades aumentaban conforme uno iba avanzando en el camino del aprendizaje. Pero, en términos generales, el aliado contenido en la *Datura innoxia* se tenía por un ayudante extraordinario, y esta capacidad se pensaba corolario de su facilidad para dar poder superfluo. El aliado contenido en la *Psilocybe mexicana*, sin embargo, se consideraba un ayudante aún más extraordinario. Don Juan pensaba que Humito no tenía rival en la función de ayudante, lo cual veía como extensión de las inclusivas cualidades valiosas del aliado.

## LA TERCERA UNIDAD

### *Un aliado tenía una regla*

Entre los componentes del concepto «aliado», la idea de que un aliado tenía una regla era el único indispensable para explicar qué era un aliado. Por tal motivo la he colocado como la tercera unidad principal en este esquema estructural.

La regla, que don Juan llamaba también la ley, era el rígido concepto organizador que regulaba todas las acciones a ejecutar y la conducta a observar durante el proceso completo de manejar un aliado. La regla se transmitía verbalmente de maestro a aprendiz, idealmente sin alteración, a través de la sostenida interacción entre ambos. Así, la regla no era sólo un conjunto de reglamentos; era, más bien, una serie de diagramas de actividad que gobernaban el curso a seguir en el proceso de manipular a un aliado.

Sin duda muchos elementos habrían cumplido con la definición que don Juan daba de un aliado como «un poder capaz de transportar a un hombre más allá de sus propios límites».

Quienquiera que aceptase tal definición habría podido concebir que cualquier cosa que poseyera dicha capacidad sería un aliado. Y, lógicamente, hasta las condiciones corporales producidas por el hambre, la fatiga, la enfermedad y cosas similares podrían haber servido como aliados, pues acaso tuvieran la capacidad de transportar a un hombre más allá del terreno de la realidad ordinaria. Pero la idea de que un aliado tenía una regla eliminaba todas estas posibilidades. Un aliado era un poder que tenía una regla. Todas las otras posibilidades no podían considerarse aliados porque no tenían regla alguna.

Como concepto, la regla comprendía las siguientes ideas y sus diversos componentes: 1) la regla era inflexible; 2) la regla era no acumulativa; 3) la regla se corroboraba en la realidad ordinaria; 4) la regla se corroboraba en la realidad no ordinaria, y 5) la regla se corroboraba por consenso especial.

*La regla era inflexible.* Los diagramas de actividad que formaban el cuerpo de la regla eran pasos inevitables que uno debía seguir para alcanzar la meta operatoria de las enseñanzas. Esta cualidad obligatoria de la regla se transmitía en la idea de que la regla era inflexible. La inflexibilidad estaba íntimamente relacionada con la idea de la eficacia. El esfuerzo dramático creaba una batalla incesante por sobrevivir, y en tales condiciones sólo el acto más efectivo que uno pudiera realizar aseguraría su propia supervivencia. Como no se permitían los puntos de referencia individualistas, la regla prescribía las acciones que constituían la única alternativa

para sobrevivir. Así, la regla debía ser inflexible; debía exigir un acatamiento definido de su fallo.

El acatamiento de la regla, sin embargo, no era absoluto. En el curso de las enseñanzas, anoté un caso en el que la inflexibilidad se suprimió. Don Juan explicó ese ejemplo de desviación como un favor especial brotado de la intervención directa de un aliado. En este caso, a causa de mi error involuntario al manejar al aliado contenido en la *Datura inoxia*, la regla había sido infringida. Don Juan señaló por medio del suceso, que un aliado tenía la capacidad de intervenir directamente y retener el efecto nocivo, y por lo común fatal, resultante del no acatamiento de su regla. Tal evidencia de flexibilidad se consideraba invariablemente producto de un fuerte lazo de afinidad entre el aliado y su seguidor.

*La regla era no acumulativa.* Aquí se asumía que todos los métodos concebibles de manipular a un aliado se habían usado ya. Teóricamente, la regla era no acumulativa; no había posibilidad de aumentarla. La idea de la naturaleza no acumulativa de la regla se relacionaba también con el concepto de la eficacia. Como la regla prescribía la única alternativa eficaz para la supervivencia personal de uno, cualquier intento de cambiarla o de alterar su curso por medio de la innovación se consideraba un acto no sólo superfluo, sino mortífero. Uno tenía exclusivamente la posibilidad de acrecentar su propio conocimiento personal de la regla, ya fuese bajo la guía del maestro o bajo la guía especial del aliado mismo. Esto último se consideraba una instancia de adquisición directa de conocimiento, no una adición al cuerpo de la regla.

*La regla se corroboraba en la realidad ordinaria.* La corroboración de la regla significaba el acto de verificarla, el acto de atestiguar su calidez confirmándola pragmáticamente en forma experimental. Como la regla trataba situaciones de realidad ordinaria y no ordinaria, su corroboración tenía lugar en ambas zonas.

Las situaciones de la realidad ordinaria con las que trataba la regla eran muy a menudo situaciones notablemente insólitas, pero, por más insólitas que fuesen, la regla se corroboraba en la realidad ordinaria. Por tal motivo, se ha considerado que eso queda fuera de los límites de este trabajo y propiamente debería ser el campo de otro estudio. Esa parte de la regla se refería a los detalles de los procedimientos empleados para reconocer, recolectar, mezclar, preparar y cuidar las plantas de poder en que estaban contenidas los aliados, los detalles de otros procedimientos implicados en los usos de dichas plantas de poder, y otras minucias similares.

*La regla se corroboraba en la realidad no ordinaria.* La regla también se corroboraba en la realidad no ordinaria, y la corroboración se llevaba a cabo en la misma forma de validación pragmática y experimental que se habría empleado en situaciones de la realidad ordinaria. La idea de una corroboración pragmática implicaba dos conceptos; 1) encuentros con el aliado, que he llamado estados de realidad no ordinaria, y 2) los propósitos específicos de la regla.

*Los estados de realidad no ordinaria.* Las dos plantas donde los aliados se hallaban contenidos producían, al usarse de acuerdo con las respectivas reglas de los aliados, estados de percepción peculiar que don Juan clasificaba como encuentros con el aliado. Hacía gran hincapié

en provocarlos, un hincapié resumido en la idea de que uno tenía que encontrarse con el aliado todas las veces posibles para verificar la regla de una manera pragmática, experimental. Se suponía que la proporción de la regla que probablemente se verificaría estaba en correlación directa con el número de veces que uno se encontraba con el aliado.

El método exclusivo de inducir un encuentro con el aliado era, naturalmente, el uso adecuado de la planta en que se hallaba contenido el aliado. Sin embargo, don Juan insinuó que en cierta etapa avanzada del aprendizaje los encuentros podían tener lugar sin el uso de la planta; es decir, podían ser inducidos por un simple acto volitivo.

He llamado estados de realidad no ordinaria a los encuentros con el aliado. Elegí el término «realidad no ordinaria» porque se adaptaba a la aseveración hecha por don Juan de que tales encuentros tenían lugar en un continuo de la realidad, en una realidad sólo levemente distinta de la realidad ordinaria de la vida cotidiana. En consecuencia, la realidad no ordinaria poseía características específicas que todo el mundo podría haber evaluado en términos probablemente iguales. Don Juan nunca formuló estas características en una forma definida, pero su reticencia parecía brotar de la idea de que cada hombre debía reclamar para sí el conocimiento como asunto de naturaleza personal.

Las siguientes categorías, que yo considero las características específicas de la realidad no ordinaria, fueron sacadas de mi experiencia personal. Sin embargo, pese a su origen aparentemente idiosincrásico, fueron reforzadas y desarrolladas por don Juan bajo las premisas de su conocimiento; condujo sus enseñanzas como si estas características fueran inherentes a la realidad no ordinaria: 1) la realidad no ordinaria era utilizable; 2) la realidad no ordinaria tenía elementos componentes.

La primera característica implicaba que la realidad no ordinaria era idónea para el servicio, literalmente. Don Juan explicó una y otra vez que la preocupación inclusiva de su conocimiento era la búsqueda de resultados prácticos, y que tal empresa era pertinente, en la realidad ordinaria tanto como en la no ordinaria. Mantenía que en su conocimiento había los medios de poner en servicio la realidad no ordinaria, en la misma forma que la ordinaria. De acuerdo con tal aseveración, los estados inducidos por los aliados se provocaban con la intención deliberada de usarlos. En esta instancia particular, el razonamiento de don Juan era que uno preparaba los encuentros con los aliados para aprender sus secretos, y este razonamiento servía como rígida guía para eclipsar otros motivos personalistas que uno pudiera haber tenido para buscar los estados de realidad no ordinaria.

La segunda característica de la realidad no ordinaria era que tenía elementos componentes. Dichos elementos eran los detalles, las acciones y los hechos que uno percibía, al parecer con sus propios sentidos, como el contenido de un estado de realidad no ordinaria. La imagen total de la realidad no ordinaria se componía de elementos que parecían poseer cualidades tanto de los elementos de la realidad ordinaria como de los componentes de un sueño ordinario, aunque no eran equiparables a ninguna de ambas cosas.

De acuerdo con mi juicio personal, los elementos componentes de la realidad no ordinaria tenían tres características únicas: 1) estabilidad, 2) singularidad y 3) carencia de consenso ordinario. Estas cualidades los hacían destacar por sí mismos como unidades desligadas poseedoras de una individualidad inconfundible.

Los elementos componentes de la realidad no ordinaria tenían estabilidad en el sentido de que eran constantes. En este aspecto eran similares a los elementos componentes de la realidad ordinaria, porque ni se movían ni desaparecían, como los elementos componentes de los sueños ordinarios. Parecía como si cada detalle de los que formaban un elemento componente de la realidad no ordinaria tuviera una concreción propia, una concreción que yo percibía como extraordinariamente estable. La estabilidad era tan pronunciada que me llevó a establecer el criterio de que, en la realidad no ordinaria, uno siempre poseía la capacidad de detenerse para examinar cualquiera de los elementos componentes durante lo que parecía ser un lapso indefinido de tiempo. La aplicación de este criterio me permitió diferenciar los estados de realidad no ordinaria usados por don Juan de otros estados de percepción peculiar que habrían podido parecer realidad no ordinaria, pero que no encajaban en este criterio.

La segunda característica exclusiva de los elementos componentes de la realidad no ordinaria —su singularidad— significaba que cada detalle de los elementos componentes era una cosa aislada e individual; parecía como si cada detalle estuviese aislado de los otros, o como si los detalles aparecieran uno por uno. La singularidad de los elementos componentes parecía además crear una necesidad única, que puede haber sido común a todo el mundo: la necesidad imperativa, la urgencia, de amalgamar todos los detalles aislados para componer una escena total. Don Juan tenía obviamente conciencia de tal necesidad, y la usaba en cada posible ocasión.

La tercera característica peculiar de los elementos componentes, y la más dramática de todas, era la carencia de consenso ordinario. Uno percibía los elementos componentes mientras se encontraba en un estado de soledad completa, más como el aislamiento de un hombre que contempla por sí mismo una escena inusitada en la realidad ordinaria, que como la soledad del sueño. Puesto que la estabilidad de los elementos componentes de la realidad no ordinaria le permitía a uno detenerse y examinar cualquiera de ellos durante un lapso al parecer indefinido, casi parecía que fuesen elementos de la vida cotidiana; sin embargo, la diferencia entre los dos estados de realidad yacía en su distinta capacidad para el consenso ordinario. Con esto me refiero al acuerdo tácito o implícito que, sobre los elementos componentes de la vida cotidiana, los hombres se proporcionan mutuamente de diversas maneras. Para los elementos componentes de la realidad no ordinaria, el consenso ordinario era inalcanzable. En este aspecto, la realidad no ordinaria estaba más cerca de un estado onírico que de la realidad ordinaria. Y aun así, a causa de sus características únicas de estabilidad y singularidad, los elementos componentes de la realidad no ordinaria poseían una apremiante cualidad de realismo que parecía recalcar la necesidad de validar su existencia de acuerdo con el consenso.

*El propósito específico de la regla.* El otro componente del concepto según el cual la regla se verificaba en la realidad no ordinaria era la idea de que la regla tenía un propósito específico. Dicho propósito era el de alcanzar, usando a un aliado, una meta utilitaria. En el contexto de las

enseñanzas de don Juan, se suponía que uno aprendía la regla corroborándola en la realidad ordinaria y en la no ordinaria. La faceta decisiva de las enseñanzas era, sin embargo, la corroboración de la regla en los estados de realidad no ordinaria; y lo que se corroboraba en las acciones y elementos percibidos en la realidad no ordinaria era el propósito específico de la regla. Ese propósito específico tenía que ver con el poder del aliado, es decir, con la manipulación de un aliado primero como vehículo y después como ayudante, pero don Juan siempre trataba cada caso del propósito específico de la regla como una sola unidad que implícitamente cubría estas dos zonas.

Al referirse a la manipulación del poder del aliado, el propósito específico tenía una secuela inseparable: las técnicas manipulatorias.

Las técnicas manipulatorias eran los procedimientos concretos, las operaciones realizadas en cada caso relacionado con la manipulación del poder de un aliado. La idea de que un aliado era manipulable garantizaba su utilidad para alcanzar metas pragmáticas, y las técnicas manipulatorias eran los procedimientos que supuestamente hacían utilizable al aliado. El propósito específico y las técnicas manipulatorias formaban una sola unidad que un brujo debía conocer exactamente para mandar a su aliado con eficacia.

Las enseñanzas de don Juan incluían los siguientes propósitos específicos de las reglas de los dos aliados. Los he colocado en el mismo orden en que él me los presentó.

El primer propósito específico que se verificó en la realidad no ordinaria fue hacer una prueba con el aliado contenido en la *Datura inoxia*. La técnica manipulatoria fue ingerir una poción hecha con una sección de la raíz de la datura. La ingestión produjo un estado superficial de realidad no ordinaria, que don Juan usó para probarme con el fin de determinar si yo, como presunto aprendiz, tenía afinidad con el aliado contenido en la planta. Supuestamente, la poción producía una sensación no específica de bienestar físico, o bien un sentimiento de gran incomodidad, efectos que don Juan juzgaba, respectivamente, signos de afinidad o de falta de ella.

El segundo propósito específico fue la adivinación. Era también parte de la regla del aliado contenido en la *Datura inoxia*. Don Juan consideraba la adivinación como una forma de movimiento especializado, basándose en la suposición de que el brujo era transportado por el aliado a un compartimiento particular de la realidad no ordinaria, donde aquél podía adivinar hechos que de otro modo desconocía.

La técnica manipulatoria del segundo propósito específico fue un proceso de ingestión-absorción. Se ingirió una porción de raíz de datura, y se frotó un unguento hecho con semillas de datura en las zonas temporal y frontal de la cabeza. He usado el término «ingestión-absorción» porque acaso la absorción cutánea ayudara a la ingestión a producir un estado de realidad no ordinaria, o la ingestión ayudara a la absorción.

Esta técnica manipulatoria requería la utilización de otros elementos aparte de la datura;

en este caso, dos lagartijas. Se suponía que servían al brujo como instrumentos de movimiento, lo cual se refería aquí a la peculiar percepción de hallarse en un terreno particular donde uno era capaz de oír hablar a una lagartija y, luego, de visualizar lo que ésta dijera. Don Juan explicaba tales fenómenos como la respuesta de las lagartijas a las preguntas planteadas para adivinación.

El tercer propósito específico del aliado contenido en las daturas tenía que ver con otra forma especializada de movimiento: el vuelo corporal. Según explicó don Juan, un brujo que usara este aliado podía volar corporalmente sobre enormes distancias; el vuelo corporal era la capacidad del brujo para desplazarse a través de la realidad no ordinaria y luego regresar a voluntad a la realidad ordinaria.

La técnica manipulativa del tercer propósito específico fue también un proceso de ingestión-absorción. Se ingirió una poción de raíz datura, y se frotó un ungüento hecho con semillas de la misma planta en las plantas de los pies, en la parte interior de ambas piernas, y en los genitales.

El tercer propósito específico no se corroboró a fondo; don Juan dio a entender que se había abstenido de revelar otros aspectos de la técnica manipulativa, los cuales permitirían a un brujo adquirir sentido de dirección en el curso del desplazamiento.

El cuarto propósito específico de la regla fue probar, hallándose el aliado contenido en la *Psilocybe mexicana*. La prueba no llevaba la intención de determinar afinidad o falta de afinidad con el aliado, sino más bien la de ser una inevitable prueba inicial, o el primer encuentro con el aliado.

La técnica manipulativa para el cuarto propósito específico utilizó una mezcla de fumar hecha de hongos secos, mezclados con diversas partes de otras cinco plantas, ninguna de las cuales se conocía por sus propiedades alucinógenas. La regla subrayaba el acto de inhalar el humo de la mezcla; así, el maestro usaba la palabra «humito» para referirse al aliado contenido en aquella. Pero yo he llamado a este proceso «ingestión-inhalación» porque era una combinación de, primero, ingerir, y después inhalar. A causa de su blandura, los hongos al secarse se convertían en un polvo muy fino que resultaba difícil de quemar. Los otros ingredientes se desmenuzaban al secarse. Los trozos se incineraban en el cuenco de la pipa mientras el polvo de hongos, que no ardía con tanta facilidad, era absorbido a la boca e ingerido. Lógicamente, la cantidad de hongos secos que se ingería era mayor que la cantidad de trozos quemados e inhalados.

Los efectos del primer estado de realidad no ordinaria provocado por la *Psilocybe mexicana* hicieron surgir la breve disertación de don Juan sobre el quinto propósito específico de la regla: moverse, con ayuda del aliado contenido en la *Psilocybe mexicana*, a modo de penetrar y atravesar objetos inanimados o seres animados. La técnica manipulativa total puede haber incluido la sugestión hipnótica además del proceso de ingestión-inhalación. Como don Juan presentó este propósito específico sólo en una breve disertación que no se comprobó

posteriormente, me resultó imposible evaluar en forma correcta cualquiera de sus aspectos.

El sexto propósito específico verificado en la realidad no ordinaria, que abarcaba asimismo al aliado contenido en la *Psilocybe mexicana*, se refería a otro aspecto del movimiento: moverse adoptando una forma alternativa. Este aspecto del movimiento se sujetó a la más intensiva verificación. Don Juan aseveró que se requería una práctica asidua para dominarlo. Mantenía que el aliado contenido en la *Psilocybe mexicana* poseía la esencial capacidad de hacer desaparecer el cuerpo del brujo; así, la idea de adoptar una forma alternativa resultaba una posibilidad lógica para desplazarse en condiciones de incorporeidad. Otra posibilidad lógica de lograr movimiento era, naturalmente, la de atravesar objetos y seres, la que don Juan había discutido brevemente.

La técnica manipuladora del sexto propósito específico de la regla incluía no sólo ingestión-inhalación sino también, según todos los indicios, sugestión hipnótica. Don Juan llevó a cabo tal sugestión durante las etapas de transición hacia la realidad no ordinaria, y también durante la primera parte de los estados de realidad no ordinaria. Clasificaba el proceso al parecer hipnótico como nada más que su supervisión personal, dando a entender que en esa ocasión particular no me había revelado la técnica manipuladora completa.

La adopción de una forma alterna no significaba que un brujo pudiese tomar, según el impulso del momento, cualquier forma que quisiera; al contrario, llevaba implícito un entrenamiento de toda la vida para lograr una forma preconcebida. La forma preconcebida que don Juan había preferido adoptar era la de cuervo, y en consecuencia subrayaba en sus enseñanzas esa forma particular. Sin embargo, dejó muy en claro que el cuervo era su elección personal, y que había un sinnúmero de otras posibles formas preconcebidas.

## LA CUARTA UNIDAD

### *La regla se corroboraba por consenso especial*

Entre los conceptos componentes que integraban la regla, el único indispensable para explicarla era la idea de que la regla se corroboraba por consenso especial; todos los otros conceptos eran insuficientes en sí mismos para explicar el significado de la regla.

Don Juan puso muy en claro que un brujo no recibía a su aliado como un don, sino que aprendía a manipularlo a través del proceso de corroborar su regla. El proceso completo de aprendizaje comprendía la verificación de la regla en la realidad no ordinaria como en la ordinaria. Pero la faceta crucial de las enseñanzas de don Juan era la corroboración de la regla, en forma pragmática y experimental, en el marco de lo que uno percibía como los elementos de la realidad no ordinaria. Sin embargo, esos elementos componentes no estaban sujetos a consenso ordinario, Y si uno se veía incapacitado de obtener un acuerdo sobre su existencia, su realidad percibida habría sido sólo una ilusión. Como un hombre tendría que estar a solas en la realidad no ordinaria, por razón de su aislamiento, cualquier cosa que percibiera tendría que ser idiosincrásica. El aislamiento y las idiosincrasias eran consecuencia del supuesto hecho de que ningún prójimo podía dar un consenso ordinario sobre las propias percepciones de uno.

En este punto, don Juan introdujo la parte constitutiva más importante de sus enseñanzas: me dio un consenso especial con respecto a las acciones y elementos que yo había percibido en la realidad no ordinaria: acciones y elementos que, se creía, corroboraban la regla. En las enseñanzas de don Juan, consenso especial significaba acuerdo tácito o implícito sobre los elementos componentes de la realidad no ordinaria, que él, en su capacidad de maestro, me daba como su aprendiz. Este consenso especial no era en forma alguna fraudulento o espurio, como el que dos personas pudieran darse al describir los elementos componentes de sus sueños individuales. El consenso especial que don Juan aportaba era sistemático, y tal vez el maestro necesitase, para suministrarlo, la totalidad de su conocimiento. Con la adquisición de consenso sistemático, las acciones y los elementos percibidos en la realidad no ordinaria se hacían consensualmente reales, lo cual significaba, en el esquema clasificador de don Juan, que la regla del aliado había sido corroborada. La regla, entonces, tenía significado como concepto sólo en cuanto sujeta a consenso especial, pues sin acuerdo especial sobre su corroboración la regla habría sido una elaboración puramente idiosincrásica.

Por ser indispensable para explicar la regla, he hecho que la idea de que la regla se corroboraba por consenso especial sea la cuarta unidad principal de este esquema estructural. Esta unidad, por ser básicamente la interrelación entre dos individuos, se componía de 1) el

benefactor, o guía al interior del conocimiento impartido, el agente que aportaba el consenso especial; 2) el aprendiz o sujeto a quien se suministraba el consenso especial.

El fracaso o el éxito en lograr la meta operatoria de las enseñanzas descansaba sobre esta unidad. Así, el consenso especial era la precaria culminación del siguiente proceso: Un brujo tenía una característica distintiva, la posesión de un aliado, que lo diferenciaba de los hombres comunes. Un aliado era un poder con la propiedad especial de tener una regla. Y la peculiar cualidad de la regla era su corroboración en la realidad no ordinaria por medio del consenso especial.

*El benefactor.* El benefactor era el agente sin el cual la corroboración de la regla habría sido imposible. Con el fin de suministrar consenso especial, ejecutaba las dos tareas de 1) preparar el terreno para el consenso especial sobre la corroboración de la regla, y 2) guiar el consenso especial.

*Preparar el consenso especial.* La primera tarea del benefactor era la de implantar los antecedentes necesarios para producir consenso especial sobre la corroboración de la regla. Como mi maestro, don Juan me hizo 1) experimentar otros estados de realidad no ordinaria que, explicaba él, se hallaban por entero aparte de aquellos inducidos para corroborar la regla de los aliados; 2) participar con él en ciertos estados especiales de realidad ordinaria, producidos al parecer por él mismo, y 3) recapitular con detalle cada experiencia. La tarea de don Juan para preparar el consenso especial, consistía en fortalecer y confirmar los elementos componentes de estos nuevos estados de realidad no ordinaria, y sobre los elementos componentes de los estados especiales de realidad ordinaria.

Los otros estados de realidad no ordinaria que don Juan me hizo experimentar fueron provocados por la ingestión del cacto *Lophophora williamsii*, comúnmente conocido como peyote. Por lo general, se cortaba la parte superior del cacto para almacenarla hasta que estuviera seca, y después se mascaba e ingería, pero en circunstancias especiales la parte superior se ingería cuando aún estaba fresca. La ingestión, sin embargo, no era la única manera de experimentar un estado de realidad no ordinaria con la *Lophophora williamsii*. Don Juan sugería que en condiciones peculiares se producían estados espontáneos de realidad no ordinaria, y los categorizaba como regalos o dádivas del poder contenido en la planta.

La realidad no ordinaria inducida por la *Lophophora williamsii* presentaba tres rasgos característicos: 1) se creía producida por una entidad llamada «Mescalito»; 2) era utilizable, y 3) tenía elementos componentes.

Mescalito se entendía como un poder único, similar a un aliado en el sentido de que le permitía a uno trascender las fronteras de la realidad ordinaria, pero a la vez enteramente distinto de un aliado. Como aliado, Mescalito se hallaba contenido en una planta definida: el cacto *Lophophora williamsii*. Pero a diferencia de un aliado, que meramente estaba *contenido* en una planta, Mescalito y la planta en que se hallaba contenido eran la misma cosa; la planta era centro de manifestaciones respetuosas declaradas, causa de honda veneración. Don Juan

creía firmemente que en ciertas condiciones, tales como un estado de sumisión profunda a Mescalito, el simple acto de estar junto al cacto produciría un estado de realidad no ordinaria.

Pero Mescalito no tenía regla, y por tal razón no era un aliado aunque fuese capaz de transportar a un hombre más allá de los límites de la realidad ordinaria. La carencia de regla no sólo impedía que Mescalito se usara como aliado, pues sin regla no era concebible manipularlo, sino también lo hacía un poder notablemente distinto de un aliado.

Como consecuencia directa de no tener regla, Mescalito estaba disponible a cualquier hombre, sin necesidad de un largo aprendizaje ni de la dedicación a las técnicas manipulatorias, como en el caso de un aliado. Y como estaba disponible sin ningún entrenamiento, se decía que Mescalito era un protector. Ser protector significaba ser accesible para cualquiera. Sin embargo, Mescalito, como protector, no se hallaba accesible a todos, y con algunos individuos no era compatible. Según don Juan, tal incompatibilidad nacía de la discrepancia entre la «moral rígida» de Mescalito y el carácter dudoso del propio individuo.

Mescalito era también un maestro. Se suponía que ejercía funciones didácticas. Era un director, un guía para la buena conducta. Mescalito enseñaba el buen camino. La idea que don Juan tenía del buen camino parecía ser un sentido de propiedad, que no consistía en una rectitud en términos morales, sino en una tendencia a simplificar las normas de conducta según la eficacia promovida por sus enseñanzas. Don Juan creía que Mescalito enseñaba la simplificación de la conducta.

Mescalito era considerado una entidad. Y como a tal, se le asignaba una forma definida que por lo general no era constante ni previsible. Esta cualidad implicaba el que Mescalito fuera percibido en forma diferente no sólo por distintas personas, sino por la misma persona en distintas ocasiones. Don Juan explicaba esta idea por la facultad que Mescalito tenía de adoptar cualquier forma concebible. Sin embargo, para los individuos con quienes era compatible, adoptaba una forma constante, después de que aquéllos hubieran participado de él durante unos años.

La realidad no ordinaria producida por Mescalito era utilizable, y a este respecto resultaba idéntica a la inducida por un aliado. La única diferencia era el razonamiento que don Juan usaba en sus enseñanzas para provocarla: se suponía que uno buscaba «las lecciones de Mescalito sobre el buen camino».

La realidad no ordinaria producida por Mescalito tenía también elementos componentes, y también en este caso eran idénticos los estados de realidad no ordinaria inducidos por Mescalito y por un aliado. En ambos, las características de los elementos componentes eran estabilidad, singularidad y carencia de consenso.

El otro procedimiento que usó don Juan al preparar el terreno para el consenso especial fue hacerme copartípe en estados especiales de realidad ordinaria. Un estado especial de realidad ordinaria era una situación que podía describirse en los términos de las propiedades de

la vida cotidiana, excepto que tal vez habría sido imposible obtener un consenso ordinario sobre sus elementos componentes. Don Juan preparaba el terreno para el consenso especial sobre la corroboración de la regla dando un consenso especial sobre los elementos componentes de los estados especiales de realidad ordinaria. Dichos elementos componentes eran elementos de la vida cotidiana cuya existencia sólo podía ser confirmada por don Juan mediante un arreglo especial. Esto era una suposición por parte mía, pues como copartícipe en los estados especiales de realidad ordinaria creía que sólo don Juan, como el otro copartícipe, sabría qué elementos componentes integraban el estado especial de realidad ordinaria.

Según mi propio juicio personal, los estados especiales de realidad ordinaria fueron producidos por don Juan, aunque él nunca afirmó haberlo hecho. Al parecer los produjo mediante una hábil manipulación de indicios y sugerencias para guiar mi conducta. He llamado a ese proceso la «manipulación de indicaciones». Tenía dos aspectos: 1) indicar con respecto al ámbito, y 2) indicar con respecto a la conducta.

Durante el curso de las enseñanzas, don Juan me hizo experimentar dos de tales estados. Tal vez produjo el primero mediante el proceso de indicar con respecto al ámbito. El razonamiento de don Juan al producirlo fue que yo necesitaba una prueba para demostrar mis buenas intenciones, y sólo después de haberme dado consenso especial sobre los elementos componentes de la experiencia consintió en iniciar sus enseñanzas. Con «indicar con respecto al ámbito» quiero decir que don Juan me llevó a un estado especial de realidad ordinaria aislando, por medio de sugerencias sutiles, elementos componentes de la realidad ordinaria que formaban parte de los alrededores físicos inmediatos. Los elementos de tal modo aislados crearon en este caso una percepción visual específica de color, que don Juan verificó tácitamente.

El segundo estado de realidad ordinaria pudo ser producido por el proceso de indicar con respecto a la conducta. Mediante su estrecha relación conmigo y mediante el ejercicio de una forma coherente de comportarse, don Juan había logrado crear una imagen de sí mismo, una imagen que me servía de norma esencial para reconocerlo. Luego, realizando ciertas reacciones de elección específicas, irreconciliables con la imagen que había creado, don Juan pudo deformar esta norma esencial de reconocimiento. La deformación pudo, a su vez, cambiar la configuración natural de elementos asociada con la norma, volviéndola una norma nueva e incongruente que no podía sujetarse a consenso ordinario; don Juan, como copartícipe de ese estado especial de realidad ordinaria, era la única persona que sabía cuáles eran los elementos componentes, y por ello la única que podía ratificarme su existencia.

Don Juan creó el segundo estado especial de realidad ordinaria también como prueba, como una especie de recapitulación de sus enseñanzas. Al parecer, ambos estados especiales de realidad ordinaria marcaban una transición en las enseñanzas. Parecían ser puntos de coyuntura. Y el segundo estado pudo marcar mi entrada en una nueva etapa de aprendizaje, caracterizada por una coparticipación más directa entre maestro y aprendiz con el fin de llegar al consenso especial.

El tercer procedimiento que empleó don Juan para preparar el consenso especial fue

hacerme rendir cuenta detallada de lo que había experimentado, como consecuencia de cada estado de realidad no ordinaria y cada estado especial de realidad ordinaria, y luego recalcar ciertas unidades selectas que aislaba del contenido de mi relato. El factor esencial era dirigir el resultado de los estados de realidad no ordinaria, y aquí mi suposición implícita era que las características de los elementos componentes de la realidad no ordinaria —estabilidad, singularidad y carencia de consenso ordinario— eran inherentes a ellos y no eran productos de la guía de don Juan. Este supuesto se basaba en la observación de que los elementos componentes del primer estado de realidad no ordinaria que yo atravesé poseían las mismas tres características, y sin embargo don Juan apenas había empezado a dirigirme. Suponiendo, entonces, que estas características se hallaban inherentes en los elementos componentes de la realidad no ordinaria en general, la tarea de don Juan consistía en usarlos como base para dirigir el resultado de cada estado de realidad no ordinaria producido por la *Datura inoxia*, la *Psilocybe mexicana* y la *Lophophora williamsii*.

El relato detallado que don Juan me pedía hacerle como corolario de cada estado de realidad no ordinaria era una recapitulación de la experiencia. Imponía una minuciosa transmisión verbal de lo que yo había percibido durante el curso de cada estado. Una recapitulación tenía dos facetas: 1) la remembranza de sucesos y 2) la descripción de elementos componentes percibidos. La remembranza de sucesos atañía a los incidentes que yo había parecido percibir durante el curso de la experiencia que me hallaba narrando, es decir, los sucesos que parecían haber ocurrido y las acciones que yo parecía haber ejecutado. La descripción de los elementos componentes percibidos era mi relato de la forma específica y el detalle específico de los elementos componentes que parecía haber percibido.

De cada recapitulación de experiencias, don Juan seleccionaba ciertas unidades mediante los procesos de 1) atribuir importancia a determinadas partes propicias de mi relato y 2) negar toda importancia a otras partes de mi relato. El intervalo entre estados de realidad no ordinaria era el tiempo en que don Juan comentaba la recapitulación de la experiencia.

He llamado al primer proceso «hincapié» porque involucraba una especulación forzosa sobre la distinción entre lo que don Juan había concebido como las metas que yo debería haber alcanzado en el estado de realidad no ordinaria, y lo que yo mismo había percibido. El hincapié significaba, entonces, que don Juan aislaba una parte de mi relato centrandó en ella el grueso de su especulación. El hincapié era positivo o negativo. El hincapié positivo implicaba que don Juan se sentía satisfecho con algo particular, percibido por mí, porque iba de acuerdo con las metas que, según esperaba don Juan, yo debía haber alcanzado en el estado de realidad no ordinaria. El hincapié negativo significaba la insatisfacción de don Juan con mis percepciones, tal vez porque no se ajustaban a lo que él había esperado, porque las juzgaba insuficientes. Sin embargo, aun entonces colocaba lo principal de la especulación en esa parte de mi relato, con el fin de subrayar el valor negativo de mi percepción.

El segundo proceso selectivo empleado por don Juan era el de negar toda importancia a algunas partes de mi relato. Lo he llamado «ausencia de hincapié», porque era opuesto y contraparte del hincapié. Parecía que, al negar importancia a las partes de mi relato relativas a

elementos componentes que él juzgaba completamente ajenos a la meta de sus enseñanzas, don Juan borraba literalmente mi percepción de dichos elementos en estados sucesivos de realidad no ordinaria.

*Guiar el consenso especial.* El segundo aspecto de la tarea de don Juan como maestro era guiar el consenso especial dirigiendo el resultado de cada estado de realidad no ordinaria y cada estado especial de realidad ordinaria. Don Juan dirigía tal resultado mediante una ordenada manipulación de los niveles extrínseco e intrínseco de la realidad no ordinaria, y del nivel intrínseco de los estados especiales de realidad ordinaria.

El nivel extrínseco de la realidad no ordinaria correspondía a su organización operativa. Abarcaba los mecanismos, los pasos hacia la realidad no ordinaria propiamente dicha. El nivel extrínseco tenía tres aspectos discernibles: 1) el período preparatorio, 2) las etapas de transición y 3) la supervisión del maestro.

El período preparatorio era el tiempo transcurrido entre un estado de realidad no ordinaria y el siguiente. Don Juan lo usaba para darme instrucciones directas y para desarrollar el curso general de sus enseñanzas. El período preparatorio era de importancia crítica para armar los estados de realidad no ordinaria, y por girar en torno a ellos tenía dos facetas claras: 1) el período anterior a la realidad no ordinaria, y 2) el período posterior a la realidad no ordinaria.

El período anterior a la realidad no ordinaria era un intervalo relativamente corto: veinticuatro horas cuando más. En los estados de realidad no ordinaria inducidos por la *Datura innoxia* y la *Psilocybe mexicana*, el período se caracterizaba por las dramáticas y aceleradas instrucciones directas de don Juan sobre el propósito específico de la regla y sobre las técnicas manipulatorias que supuestamente debía corroborar en el inminente estado de realidad no ordinaria. Con la *Lophophora williamsii*, el período era esencialmente un tiempo de conducta ritual, pues Mescalito no tenía regla.

El período posterior a la realidad no ordinaria era, en cambio, un lapso largo; por lo general duraba meses, y daba tiempo a don Juan para discutir y clarificar los hechos ocurridos durante el precedente estado de realidad no ordinaria. Este período tenía especial importancia después del uso de la *Lophophora williamsii*. Como Mescalito no tenía regla, la meta perseguida en la realidad no ordinaria era la verificación de las características de Mescalito; don Juan delineaba tales características durante el largo intervalo que seguía a cada estado de realidad no ordinaria.

El segundo aspecto del nivel extrínseco eran las etapas de transición, o el paso de un estado de realidad ordinaria a un estado de realidad no ordinaria, y viceversa. Los dos estados de realidad se traslapaban en estas etapas de transición, y el criterio que yo usaba para diferenciar ésta de ambos estados era que sus elementos componentes eran borrosos. Jamás pude percibirlos ni tampoco recordarlos con precisión.

En cuestión de tiempo percibido, las etapas de transición eran súbitas o bien lentas. En

el caso de la *Datura innoxia*, los estados ordinario y no ordinario casi se yuxtaponían, y la transición de uno al otro se realizaba súbitamente. Los estados más perceptibles eran los pasajes a la realidad no ordinaria. En cambio, la *Psilocybe mexicana* provocaba etapas de transición que me parecen lentas. El paso de la realidad ordinaria a la no ordinaria era especialmente dilatado y perceptible. Siempre tuve más conciencia de él, acaso por mi aprensión con respecto a lo que se avecinaba.

Las etapas de transición provocadas por la *Lophophora williamsii* parecían combinar rasgos de las otras dos. Por ejemplo, tanto el pasaje de entrada a la realidad no ordinaria, como el de salida, eran sumamente perceptibles. La entrada en la realidad no ordinaria era lenta, y yo la experimentaba casi sin menoscabo de mis facultades; pero el regreso a la realidad ordinaria era una etapa de transición súbita, que yo percibía con claridad, pero con menos facilidad para evaluar sus detalles.

El tercer aspecto del nivel extrínseco era la supervisión del maestro, o la ayuda concreta que yo, como aprendiz, recibía en el curso de experimentar un estado de realidad no ordinaria. He puesto la supervisión como categoría en sí misma porque estaba implícito que en cierto punto de las enseñanzas el maestro debería entrar con su aprendiz en la realidad no ordinaria.

Durante los estados de realidad no ordinaria inducidos por la *Datura innoxia*, recibí una supervisión mínima. Don Juan recalca fuertemente el cumplimiento de los pasos del período preparatorio, pero una vez que yo había cumplido ese requisito me dejaba proceder solo.

En la realidad no ordinaria inducida por la *Psilocybe mexicana*, el grado de supervisión fue el opuesto, pues aquí, según don Juan, el aprendiz necesitaba la guía y la ayuda más extensas. La corroboración de la regla exigía la adopción de una forma distinta, lo cual parecía sugerir que yo debía pasar por una serie de ajustes muy especializados de mi percepción del ámbito. Don Juan producía esos ajustes necesarios por medio de órdenes y sugerencias verbales durante las etapas de transición a la realidad no ordinaria. Otro aspecto de su supervisión consistía en dirigirme durante la primera parte de los estados de realidad no ordinaria, ordenándome enfocar mi atención hacia ciertos elementos componentes del estado previo de realidad ordinaria. Las cosas que enfocaba se elegían aparentemente al acaso, pues lo importante era el acto de perfeccionar otra forma adoptada. El aspecto final de la supervisión era devolverme a la realidad ordinaria. Estaba implícito que esta operación requería también la máxima supervisión por parte de don Juan, si bien yo no podía recordar el procedimiento concreto que empleaba.

La supervisión necesaria para los estados inducidos por la *Lophophora williamsii* era una mezcla de las otras dos. Don Juan permanecía a mi lado tanto como podía, pero no intentaba en forma alguna dirigir mi entrada ni mi salida de la realidad no ordinaria.

El segundo nivel de orden discriminativo en la realidad no ordinaria eran las pautas al parecer internas o el arreglo aparentemente interno de sus elementos componentes. Lo he llamado el «nivel intrínseco», y he supuesto aquí que los elementos componentes se hallaban

sujetos a tres procesos generales, que parecían producto de la guía de don Juan: 1) progresión hacia lo específico; 2) progresión hacia una gama de evaluación más extensa, y 3) progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria.

La progresión hacia lo específico era el aparente avance de los elementos componentes de cada estado sucesivo de realidad no ordinaria hacia una mayor precisión y claridad. Involucraba dos aspectos separados: 1) progresión hacia formas individuales específicas, y 2) progresión hacia resultados totales específicos.

La progresión hacia formas individuales específicas implicaba que los elementos componentes eran amorfamente conocidos en los estados tempranos de realidad no ordinaria, y se hacían específicos y ajenos en los estados tardíos. La progresión parecía abarcar dos niveles de cambio en los elementos componentes de la realidad no ordinaria: 1) una complejidad progresiva en el detalle percibido, y 2) una progresión de formas familiares a formas desconocidas.

La complejidad progresiva en el detalle significaba que, en cada estado sucesivo de realidad no ordinaria, los minúsculos particulares que según mi percepción constituían los elementos componentes se hacían más complejos. Yo evaluaba la complejidad de acuerdo con mi propia conciencia de que la estructura de los elementos componentes se hacía más complicada, pero sin embargo los detalles no se volvían excesivos ni desconcertantemente enredados. La complejidad creciente se refería más bien al aumento armonioso del detalle percibido, cuya gama fue desde mis impresiones de formas vagas durante los estados tempranos hasta mi percepción, en los estados tardíos, de ordenamientos masivos y elaborados de diminutos particulares.

La progresión de formas familiares a desconocidas implicaba que al principio las formas de los elementos componentes eran formas familiares halladas en la realidad no ordinaria, o que al menos evocaban la familiaridad de la vida cotidiana. Pero en los estados sucesivos de realidad no ordinaria las formas específicas, los detalles que componían la forma, y las pautas en que se hallaban combinados los elementos componentes fueron haciéndose progresivamente extrañas, hasta serme imposible equiparlas con nada que hubiera jamás percibido en la realidad ordinaria; en algunos casos, ni siquiera podían evocarlas.

La progresión de los elementos componentes hacia resultados totales específicos fue la aproximación gradual del resultado total que yo logré en cada estado de realidad no ordinaria, al resultado total buscado por don Juan, en cuestión de corroborar la regla; es decir, la realidad no ordinaria fue inducida para corroborar la regla, y la corroboración se hizo más específica en cada sucesivo instante.

El segundo proceso general del nivel intrínseco de la realidad no ordinaria era la progresión hacia una gama de evaluación más extensa. En otras palabras, era la ganancia que yo percibía en cada estado sucesivo de realidad no ordinaria hacia la expansión de la zona sobre la cual me era posible ejercitar mi capacidad de enfocar la atención. La cuestión era aquí que

existía una zona definida que se extendía, o bien que mi capacidad de percibir parecía aumentar en cada estado sucesivo. Las enseñanzas de don Juan fomentaban y reforzaban la idea de que había una zona que se agrandaba, y he llamado a tal supuesta zona la «gama de evaluación». Su expansión progresiva consistía en una evaluación, al parecer sensorial, que yo realizaba de los elementos componentes de la realidad no ordinaria situados dentro de cierto campo. Al parecer, yo evaluaba y analizaba estos elementos componentes con mis sentidos y, según todas las apariencias, en cada estado sucesivo percibía en forma más extensa, más vasta, el campo dentro del cual ocurrían.

La gama de evaluación era de dos clases: 1) la gama dependiente, y 2) la gama independiente. La gama dependiente era una zona en que los elementos componentes eran los detalles del ámbito físico que se habían hallado dentro de mi conciencia en el anterior estado de realidad ordinaria. La gama independiente, por otra parte, era la zona en que los elementos componentes de la realidad no ordinaria parecían cobrar existencia por sí mismos, libres de la influencia de los alrededores físicos de la precedente realidad ordinaria.

La alusión clara de don Juan en asuntos de la gama de evaluación era que cada uno de los dos aliados y Mescalito poseían la propiedad de inducir ambas formas de percepción. Sin embargo, me parecía que la *Datura innoxia* tenía mayor capacidad para inducir una gama independiente, aunque en la faceta de vuelo corporal, que no percibí el tiempo suficiente para evaluarla, la gama de evaluación era, implícitamente, dependiente. La *Psilocybe mexicana* tenía la capacidad de producir una gama dependiente; la *Lophophora williamsii* tenía la capacidad de producir ambas.

Mi suposición fue que don Juan usaba esas propiedades diferentes para preparar el consenso especial. En otras palabras, en los estados producidos por la *Datura innoxia* los elementos componentes que carecían de consenso ordinario existían independientemente de la realidad ordinaria precedente. Con la *Psilocybe mexicana*, la ausencia de consenso ordinario involucraba elementos componentes que dependían del ámbito de la realidad ordinaria precedente. Y con la *Lophophora williamsii*, algunos elementos componentes eran determinados por el ámbito, mientras otros eran independientes de éste. Así, el uso de las tres plantas juntas parecía haberse planeado para crear una amplia percepción de la ausencia de consenso ordinario en los elementos componentes de la realidad no ordinaria.

El último proceso del nivel intrínseco de la realidad no ordinaria era la progresión que en cada estado sucesivo percibí hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria. Esta progresión parecía hallarse relacionada con la idea de que cada nuevo estado era una etapa más compleja del aprendizaje, y de que la complejidad creciente de cada nueva etapa requería un uso más inclusivo y pragmático de la realidad no ordinaria. La progresión se notaba mayormente cuando se usaba la *Lophophora williamsii*; la existencia simultánea en cada estado, de una gama de apreciación dependiente y de otra independiente hacía más extenso el uso pragmático de la realidad no ordinaria, pues cubría ambos campos a la vez.

Dirigir el resultado de los estados especiales de realidad ordinaria parecía producir un

orden en el nivel intrínseco, un orden caracterizado por la progresión de los elementos componentes hacia lo específico, es decir, los elementos componentes eran más numerosos y se aislaban con mayor facilidad en cada sucesivo estado especial de realidad ordinaria. En el curso de sus enseñanzas, don Juan sólo provocó dos de ellos, pero aun así me fue posible notar que en el segundo le resultó más fácil aislar un gran número de elementos componentes, y esa facilidad para resultados específicos afectó la rapidez con que se produjo el segundo estado especial de realidad ordinaria.<sup>[7]</sup>

## **EL ORDEN CONCEPTUAL**

## EL APRENDIZ

El aprendiz era la última unidad del orden operativo. El aprendiz era por derecho propio la unidad que canalizaba las enseñanzas de don Juan, pues él debía aceptar la totalidad del consenso especial dado sobre los elementos componentes de todos los estados de realidad no ordinaria y de todos los estados especiales de realidad ordinaria, antes de que el consenso especial pudiese cobrar significado como concepto. Pero el consenso especial, a fuerza de ocuparse con las acciones y elementos percibidos en la realidad no ordinaria, involucraba un orden peculiar de conceptualización, un orden que colocaba tales acciones y elementos percibidos en concordancia con la corroboración de la regla. Por tanto, la aceptación de consenso especial significaba para mí, como aprendiz, la adopción de cierto punto de vista validado por la totalidad de las enseñanzas de don Juan; esto es, significaba mi entrada en un nivel conceptual, el cual abarcaba un orden de conceptualización que haría comprensibles en sus propios términos las enseñanzas. Lo he llamado el «orden conceptual» porque era el orden que daba significado a los fenómenos inusitados que formaban el conocimiento de don Juan; era la matriz de significado en la que se hallaban enclavados todos los conceptos individuales expresados en sus enseñanzas.

Tomando en cuenta, pues, que la meta del aprendiz consistía en adoptar ese orden de conceptualización, el individuo tenía dos alternativas: podía fallar en sus esfuerzos, o bien podía tener éxito.

La primera alternativa, el no adoptar el orden conceptual, significaba asimismo que el aprendiz no había logrado alcanzar la meta operatoria de las enseñanzas. La idea del fracaso se explicaba en el tema de los cuatro enemigos simbólicos de un hombre de conocimiento; estaba implícito que el fracaso no era meramente el acto de discontinuar la búsqueda de la meta, sino el acto de abandonar por entero la empresa bajo la presión creada por cualquiera de los cuatro enemigos simbólicos. El mismo tema aclaraba también que los primeros dos enemigos —el miedo y la claridad— causaban la derrota de un hombre en el nivel de aprendiz; que la derrota en ese nivel significaba no haber aprendido a mandar a un aliado, y que en consecuencia de tal fracaso el aprendiz había adoptado el orden conceptual de manera superficial y falaz. Esto es, su adopción del orden conceptual era falaz por ser una afiliación fraudulenta al significado propuesto por las enseñanzas, o un compromiso fraudulento con él. La idea era que, al ser derrotado, un aprendiz, además de su incapacidad para mandar un aliado, se quedaría sólo con el conocimiento de ciertas técnicas manipulatorias, más el recuerdo de los elementos componentes percibidos de la realidad no ordinaria, pero no se identificaría con el razonamiento que habría podido darles significado en sus propios términos. En tales circunstancias, cualquiera podía verse forzado a desarrollar sus propias explicaciones con respecto a áreas idiosincrásicamente elegidas de los fenómenos que había experimentado, y ese proceso involucraría la adopción falaz del punto de vista propuesto por las enseñanzas de don Juan. Sin

embargo, la adopción falaz del orden conceptual no parecía exclusiva del aprendiz. En el tema de los enemigos de un hombre de conocimiento, se hallaba también implícito que un hombre, tras haber alcanzado la meta de aprender a mandar a un aliado, aún podía sucumbir a los embates de sus otros dos enemigos: el poder y la vejez. En el esquema de categorización de don Juan, tal derrota significaba que un hombre había caído en una adopción superficial o falaz del orden conceptual, lo mismo que el aprendiz derrotado.

El éxito en la adopción del orden conceptual significaba, en cambio, que el aprendiz había alcanzado la meta operatoria: una adopción de buena fe del punto de vista propuesto en las enseñanzas. Es decir, su adopción del orden conceptual era de buena fe por ser una afiliación completa al significado en tal orden de conceptualización y un compromiso completo con él.

Don Juan nunca clarificó el punto exacto, ni la forma exacta, en que un aprendiz dejaba de ser aprendiz, aunque estaba clara la alusión a que, una vez alcanzada la meta operatoria del sistema —es decir, cuando supiera mandar a un aliado—, ya no se necesitaría la guía del maestro. La idea de que llegaría el tiempo en que las direcciones de un maestro fuesen superfluas implicaba que el aprendiz lograría adoptar el orden conceptual, y al hacerlo adquiriría la capacidad de extraer inferencias significativas sin el auxilio del maestro.

En lo que concernía a las enseñanzas de don Juan, y hasta el momento de interrumpir mi aprendizaje, la aceptación del consenso especial parecía involucrar la adopción de dos unidades del orden conceptual: 1) la idea de una realidad de consenso especial; 2) la idea de que la realidad de consenso ordinario, cotidiano, y la realidad de consenso especial tenían un valor igualmente pragmático.

*La realidad de consenso especial.* El cuerpo principal de las enseñanzas de don Juan, como él mismo declaraba, se refería al uso de las tres plantas alucinógenas con las que provocaba estados de realidad no ordinaria. El uso de estas tres plantas parece haber sido asunto de intención deliberada por parte suya. Al parecer, las empleaba porque cada una poseía diferentes propiedades alucinógenas, que don Juan interpretaba como las distintas naturalezas inherentes a los poderes contenidos en ellas. Dirigiendo los niveles extrínseco e intrínseco de la realidad no ordinaria, don Juan explotó las diversas propiedades alucinógenas hasta que éstas crearon en mí, como aprendiz, la percepción de que la realidad no ordinaria era una zona perfectamente definida, un terreno aparte de la vida ordinaria, cotidiana, cuyas propiedades esenciales iban revelándose conforme yo avanzaba.

Sin embargo, también era posible que las propiedades supuestamente distintas fuesen tan sólo el producto del proceso, ejecutado por don Juan, de dirigir el orden intrínseco de la realidad no ordinaria, aunque en sus enseñanzas él explotaba la idea de que el poder contenido en cada planta producía estados de realidad no ordinaria que diferían entre sí. De ser cierto esto último, las diferencias, según las unidades de este análisis, parecen haber estado en la gama de evaluación perceptible en los estados provocados por cada una de las plantas. Por peculiaridades de su gama de evaluación, las tres contribuían a producir la percepción de una zona o terreno perfectamente definido, que consistía en dos compartimientos: la gama independiente, llamada

el terreno de las lagartijas, o de las lecciones de Mescalito, y la gama dependiente, aludida como la zona donde uno podía desplazarse por sus propios medios.

Como ya se ha anotado, uso el término «realidad no ordinaria» en el sentido de realidad extraordinaria, fuera de lo común. Para un aprendiz principiante, tal realidad era por todos conceptos inusitada, pero el aprendizaje del conocimiento de don Juan exigía mi participación obligatoria y mi compromiso con la práctica pragmática y experimental de lo que yo hubiera aprendido. Eso significaba que yo, como aprendiz, debía experimentar cierto número de estados de realidad no ordinaria, y que el conocimiento obtenido personalmente haría que, tarde o temprano, las clasificaciones «ordinaria» y «no ordinaria» perdiesen sentido para mí. La adopción de buena fe de la primera unidad del orden conceptual habría involucrado, pues, la idea de que había otro reino de la realidad, separado pero ya no inusitado: la «realidad de consenso especial».

El aceptar como premisa mayor que la realidad de consenso especial fuera un reino aparte habría explicado significativamente la idea de que los encuentros con los aliados o con Mescalito eran en un terreno que no era ilusorio.

*La realidad de consenso especial tenía valor pragmático.* El mismo proceso de dirigir los niveles extrínseco e intrínseco de la realidad no ordinaria, que al parecer creó el reconocimiento de la realidad de consenso especial como reino separado, también parecía responsable de mi percepción de que la realidad de consenso especial era práctica y utilizable. La aceptación de consenso especial sobre todos los estados de realidad no ordinaria, y sobre todos los estados especiales de realidad ordinaria, estaba planeada para consolidar la conciencia de su igualdad con respecto a la realidad de consenso ordinario, cotidiano. Esta igualdad se basaba en la impresión de que la realidad de consenso especial no era un reino que pudiera equipararse con los sueños. Al contrario, poseía estables elementos componentes que se hallaban sujetos a acuerdo especial. Era, de hecho, un reino donde uno podía percibir los alrededores de una manera deliberada. Sus elementos componentes no eran idiosincrásicos ni caprichosos, sino detalles o hechos concisos cuya existencia era atestiguada por todo el cuerpo de las enseñanzas.

La implicación de la igualdad estaba clara en el tratamiento que don Juan otorgaba a la realidad de consenso especial, un tratamiento utilitario y familiar; en ningún momento se refirió a ella en forma que no fuese utilitaria y familiar, ni requirió que yo lo hiciera. Sin embargo, el hecho de que las dos zonas se consideraran iguales no quería decir que en cualquier momento uno hubiese podido tener exactamente la misma conducta en cualquiera de las zonas. Al contrario, la conducta de un brujo tenía que ser distinta, pues cada zona de realidad poseía cualidades que la hacían utilizable a su propio modo. El factor de definición, de acuerdo con su significado, parece haber sido la idea de que tal igualdad podía medirse en relación con la utilidad práctica.

Así, un brujo debía creer que era posible trasladarse una y otra vez a una y otra zona, que ambas eran esencialmente utilizables, y que la única diferencia entre las dos era su diferente capacidad de ser usadas, es decir, los distintos propósitos a los que servían.

Empero, su separación parecía ser sólo un ordenamiento adecuado que era característico de mi nivel particular de aprendizaje, y que don Juan la usaba para hacerme tomar conciencia de que podía existir otro reino de realidad. Pero sus actos, más que sus afirmaciones, me llevaron a creer que para un brujo no había sino un solo continuo de realidad que tenía dos partes —o quizá más—, de las cuales él sacaba inferencias de valor pragmático. La adopción de buena fe de la idea de que la realidad de consenso especial tenía valor pragmático habría dado una perspectiva significativa al movimiento.

De haber yo aceptado la idea de que la realidad de consenso especial era utilizable por tener propiedades esencialmente utilizables que eran tan pragmáticas como aquéllas de la realidad de consenso cotidiano, entonces habría sido lógico que yo comprendiera por qué explotaba tan largamente don Juan la noción de movimiento en la realidad de consenso especial. Tras aceptar la existencia pragmática de otra realidad, lo único que un brujo tendría que hacer sería aprender el aspecto mecánico del movimiento. Naturalmente, el movimiento en tal caso debía ser especializado, porque atañía a las propiedades pragmáticas inherentes a la realidad del consenso especial.

## SUMARIO

LOS TEMAS de mi análisis han sido los siguientes:

1. El fragmento de las enseñanzas de don Juan que he presentado aquí constaba de dos aspectos: el orden operativo o la secuencia significativa en que todos los conceptos individuales de sus enseñanzas se eslabonaban el uno con el otro, y el orden conceptual o la matriz de significado en que se hallaban enclavados todos los conceptos individuales de su enseñanza.

2. El orden operativo tenía cuatro unidades principales con sus respectivas ideas componentes: 1) el concepto «hombre de conocimiento»; 2) la idea de que un hombre de conocimiento tenía la ayuda de un poder especializado llamado un aliado; 3) la idea de que un aliado se gobernaba por un cuerpo de regulaciones llamado la regla, y 4) la idea de que la corroboración de la regla estaba sujeta a consenso especial.

3. Estas cuatro unidades se hallaban relacionadas entre sí de la siguiente manera: la meta del orden operativo era enseñar a uno a convertirse en hombre de conocimiento; un hombre de conocimiento era distinto de los hombres comunes por tener un aliado; un aliado era un poder especializado que tenía una regla; uno podía adquirir o domar un aliado por medio del proceso de verificar su regla en el reino de la realidad no ordinaria, y obteniendo consenso especial sobre esa corroboración.

4. En el contexto de las enseñanzas de don Juan, convertirse en hombre de conocimiento no era un logro permanente, sino más bien un proceso. Es decir, el factor que hacía a un hombre de conocimiento no era solamente la posesión de un aliado, sino la lucha del hombre, durante toda la vida, por mantenerse dentro de los límites de un sistema de creencias. Las enseñanzas de don Juan iban, sin embargo, encaminadas a resultados prácticos, y su meta práctica, en relación con enseñar a convertirse en hombre de conocimiento, era enseñar a adquirir un aliado aprendiendo la regla de éste. Así, la meta del orden operativo era dotarlo a uno de consenso especial sobre los elementos componentes percibidos en la realidad no ordinaria, que se consideraban la corroboración de la regla del aliado.

5. Para aportar consenso especial sobre la corroboración de la regla del aliado, don Juan debía aportar consenso especial sobre los elementos componentes de todos los estados de realidad no ordinaria y los estados especiales de realidad ordinaria inducidos en el curso de sus enseñanzas. Por tanto, el consenso especial trataba con fenómenos fuera de lo ordinario, hecho que me permitió suponer que cualquier aprendiz, al aceptar el consenso especial, era llevado a adoptar el orden conceptual del conocimiento enseñado.

6. Desde el punto de vista de mi etapa personal de aprendizaje, pude deducir que, hasta

el tiempo en que me retiré del aprendizaje, las enseñanzas de don Juan habían fomentado la adopción de dos unidades del orden conceptual: 1) la idea de que existía un reino de realidad separado, otro mundo, que he llamado la «realidad de consenso especial»; 2) la idea de que la realidad de consenso especial, o ese otro mundo, era tan utilizable como el mundo de la vida cotidiana.

Casi seis años después de iniciado mi aprendizaje, el conocimiento de don Juan se volvió un todo coherente por vez primera. Me di cuenta de que él se había propuesto aportar un consenso de buena fe sobre mis hallazgos personales, y aunque no continué porque no me hallaba, ni me hallaré jamás, preparado para soportar los rigores de tal entrenamiento, mi propio modo de cumplir sus normas de esfuerzo personal fue mi intento de comprender sus enseñanzas. Sentí el deber de probar, aunque sólo fuera ante mí mismo, que no eran una rareza.

Tras haber organizado mi esquema estructural, y ya en posibilidad de descartar muchos datos superfluos con relación a mi esfuerzo inicial de descubrir la fuerza lógica de las enseñanzas, se me aclaró que éstas poseían una cohesión interna, una secuencia lógica que me permitía contemplar todo el fenómeno a una luz que disipaba ese sentido de lo grotesco que era la marca de todo cuanto yo había experimentado. Me pareció obvio entonces que mi aprendizaje había sido sólo el principio de un camino muy largo. Y las arduas experiencias que yo había atravesado, tan avasalladoras para mí, eran apenas un fragmento muy pequeño de un sistema de pensamiento lógico del que don Juan sacaba inferencias significativas para su vida cotidiana, un sistema de creencias vastamente complejo donde el acto de indagar era una experiencia que llevaba a la exultación.

## **APÉNDICE A**

### **EL PROCESO DE VALIDAR EL CONSENSO ESPECIAL**

VALIDAR el consenso especial involucra, en cada punto, la acumulación de las enseñanzas de don Juan. Para el propósito de explicar el proceso acumulativo, he ordenado la validación de consenso especial de acuerdo con la secuencia en que ocurrieron los estados de realidad no ordinaria y de realidad ordinaria especial. Don Juan no parecía haber fijado el proceso de dirigir en forma exacta el orden intrínseco de la realidad no ordinaria y de la ordinaria especial; parecía haber aislado las unidades para dirección, de modo bastante fluido.

Don Juan empezó a preparar el terreno para el consenso especial produciendo el primer estado especial de realidad ordinaria mediante el proceso de manipular indicaciones acerca del ámbito. Aisló por tal método ciertos elementos componentes de la gama de la realidad ordinaria, y aislándolos me hizo percibir una progresión hacia lo específico, en este caso la percepción de colores que parecían emanar de dos pequeñas zonas sobre el suelo. Aisladas, tales zonas de color quedaban privadas de consenso ordinario; al parecer, sólo yo era capaz de verlas, y así creaban un estado especial de realidad ordinaria.

El aislar aquellas dos zonas sobre el suelo privándolas de consenso ordinario servía para establecer el primer eslabón entre la realidad ordinaria y la no ordinaria. Don Juan me dirigió a percibir en forma desacostumbrada una porción de realidad ordinaria; es decir, transformó ciertos elementos ordinarios en cosas que necesitaban un consenso especial.

El epílogo del primer estado especial de realidad ordinaria fue mi recapitulación de la experiencia; de ella, don Juan seleccionó la percepción de diferentes zonas de color como las unidades para el hincapié positivo. Aisló para el hincapié negativo el recuento de mi miedo y mi fatiga, y la posibilidad de que yo careciese de persistencia.

Durante el subsiguiente período preparatorio, colocó el grueso de la especulación sobre las unidades que había aislado, y trasladó la idea de que era posible advertir en los alrededores más de lo acostumbrado. Basado en las unidades extraídas de mi recapitulación, don Juan introdujo también algunos de los conceptos componentes del hombre de conocimiento.

Como el segundo paso para preparar el consenso especial sobre la corroboración de la regla, don Juan provocó un estado de realidad no ordinaria, con la *Lophophora williamsii*. El contenido total de ese primer estado de realidad no ordinaria era un tanto vago y disociado, pero los elementos componentes se hallaban muy bien definidos; percibí sus características de estabilidad, singularidad y carencia de consenso ordinario casi con tanta claridad como en estados posteriores. Tales características no eran tan obvias, acaso por mi falta de pericia; se trataba de la primera vez que yo había experimentado realidad no ordinaria.

Fue imposible determinar el efecto de la dirección previa de don Juan sobre el curso concreto de la experiencia; empero, su maestría para dirigir el resultado de estados subsiguientes de realidad no ordinaria fue muy clara desde ese punto.

De mi recapitulación de la experiencia, seleccionó las unidades para dirigir la progresión hacia formas individuales específicas y resultados totales específicos. Tomó el recuento de mis acciones con un perro y lo conectó con la idea de que Mescalito era un ente visible. Era capaz de adoptar cualquier forma; sobre todo, era un ente fuera de uno mismo.

El relato de mis acciones también servía a don Juan para orientar la progresión hacia una gama de evaluación más extensa; en este caso la progresión fue hacia una gama dependiente. Don Juan hizo un hincapié positivo en la noción de que yo me había desplazado y portado en la realidad no ordinaria casi como lo hubiera hecho en la vida cotidiana.

La progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria fue fijada mediante un hincapié negativo al relato de mi incapacidad de prestar atención lógica a los elementos componentes percibidos. Don Juan insinuó que me habría sido posible examinar los elementos con despego y exactitud; esta idea hizo resaltar dos características generales de la realidad no ordinaria: que era pragmática y que tenía elementos componentes que podían valuarse sensorialmente.

La falta de consenso ordinario para los elementos componentes se destacó dramáticamente por un juego de hincapié positivo y negativo hecho sobre los modos de ver de personas que observaron mi conducta durante el curso de ese primer estado de realidad no ordinaria.

El período preparatorio posterior al primer estado de realidad no ordinaria duró más de un año. Don Juan pasó ese tiempo en introducir más conceptos componentes de hombre de conocimiento, y en revelar algunas partes de la regla de los dos aliados. Provocó asimismo un estado superficial de realidad no ordinaria con el fin de probar mi afinidad con el aliado contenido en la *Datura innoxia*. Don Juan aprovechó las vagas sensaciones que tuve en el curso de ese estado para delinear las características del aliado contrastándolo con lo que había aislado como características perceptibles de Mescalito.

El tercer paso al preparar el consenso especial sobre la corroboración de la regla fue provocar otro estado de realidad no ordinaria con la *Lophophora williamsii*. El encauzamiento previo de don Juan me había guiado a percibir este estado de realidad no ordinaria en la siguiente manera:

La progresión hacia lo específico creó la posibilidad de visualizar un ente cuya forma había cambiado notablemente, de la familiar figura de un perro en el primer estado a la forma completamente inusitada de un compuesto antropomórfico que existía, al parecer, fuera de mí mismo.

La progresión hacia una gama de evaluación más extensa fue evidente en mi percepción de un viaje. En el curso de tal viaje, la gama de evaluación fue tanto dependiente como independiente, aunque una mayoría de los elementos componentes dependían del ámbito del estado precedente de realidad ordinaria.

La progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria fue, quizá, el rasgo más sobresaliente de mi segundo estado. Me resultó evidente, en forma compleja y detallada, que uno podía desplazarse en la realidad no ordinaria.

También examiné los elementos componentes con despego y exactitud. Percibí muy claramente su estabilidad, singularidad y carencia de consenso.

De mi recapitulación de la experiencia, don Juan subrayó lo siguiente: Para la progresión hacia lo específico hizo hincapié positivo en mi relato de haber visto a Mescalito como un compuesto antropomórfico. El grueso de la especulación sobre esta zona se centró en la idea de que Mescalito era capaz de ser un maestro, y asimismo un protector.

Para dirigir la progresión hacia una gama más extensa de evaluación, don Juan hizo hincapié positivo en el relato de mi viaje, que obviamente había tenido lugar en la gama dependiente; también hizo hincapié positivo en mi versión de las escenas visionarias que contemplé en la mano de Mescalito, escenas que parecían independientes de los elementos componentes de la previa realidad ordinaria.

El relato de mi viaje, y las escenas vistas en la mano de Mescalito también permitieron a don Juan dirigir la progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria. Primero, expuso la idea de que era posible obtener dirección; segundo, interpretó las escenas como lecciones referentes a la forma correcta de vivir.

Algunas partes de mi recapitulación, que trataban de la percepción de compuestos superfluos, no se subrayaron en absoluto, pues no eran útiles para fijar la dirección del orden intrínseco.

El siguiente estado de realidad no ordinaria, el tercero, fue inducido para la corroboración de la regla con el aliado contenido en la *Datura inoxia*. El periodo preparatorio fue importante y perceptible por vez primera. Don Juan presentó las técnicas manipulatorias y reveló que el propósito especial que yo debía corroborar era la adivinación.

Su encauzamiento previo de los tres aspectos del orden intrínseco pareció haber producido los siguientes resultados: La progresión hacia lo específico se manifestó en mi capacidad de percibir un aliado como una cualidad; esto es, verifiqué la aseveración de que un aliado no era visible en absoluto. La progresión hacia lo específico también produjo la peculiar percepción de una serie de imágenes muy similares a las que había visto en la mano de Mescalito. Don Juan interpretó estas escenas como adivinación, o como corroboración del propósito específico de la regla.

Percibir esa serie de escenas involucró también una progresión hacia una gama más extensa de apreciación. Esta vez la gama era independiente del ámbito de la realidad ordinaria previa. Las escenas no parecían hallarse sobreimpuestas en los elementos componentes, como las imágenes que vi en la mano de Mescalito; de hecho, no había otros elementos componentes además de aquellos que eran parte de las escenas. En otras palabras, la gama total de evaluación fue independiente.

La percepción de una gama por completo independiente también mostró progresión hacia un uso más pragmático de la realidad ordinaria. La adivinación implicaba que uno podía dar un valor utilitario a lo que hubiera visto.

Para el objeto de dirigir la progresión hacia lo específico, don Juan hizo hincapié positivo en la idea de que era imposible moverse por los propios medios en la gama independiente de evaluación. Explicó que allí el movimiento era indirecto, y que se realizaba, en este caso particular, por medio de las lagartijas como instrumentos. Para fijar la dirección del segundo aspecto del nivel intrínseco, la progresión hacia una gama de apreciación más extensa, don Juan centró el grueso de la especulación en la idea de que las escenas percibidas por mí, que eran las respuestas a la adivinación, habrían podido ser examinadas y prolongadas tanto como yo quisiera. Para guiar la progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria, don Juan hizo hincapié positivo en la idea de que lo que se adivinara debía ser sencillo y directo para obtener un resultado utilizable.

El cuarto estado de realidad no ordinaria se provocó asimismo para la corroboración de la regla del aliado contenido en la *Datura inoxia*. El propósito específico que de la regla debía corroborarse tenía que ver con el vuelo corporal como otro aspecto del movimiento.

Un resultado del dirigir la progresión hacia lo específico puede haber sido la percepción de remontarse corporalmente por los aires. Tal sensación fue aguda, aunque le faltaba la profundidad de todas las anteriores percepciones de actos que yo supuestamente había ejecutado en la realidad no ordinaria. El vuelo corporal pareció tener lugar en una gama de evaluación dependiente, y al parecer involucraba el moverse por fuerza propia, lo cual pudo ser el resultado de una progresión hacia una gama de evaluación más amplia.

Otros dos aspectos de la sensación de remontarse por el aire pueden haber sido producto del dirigir la progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria. Eran, primero, la percepción de distancia, percepción que creó la sensación de un auténtico vuelo, y segundo, la posibilidad de adquirir dirección en el curso de tal supuesto desplazamiento.

Durante el período preparatorio subsiguiente, don Juan especuló sobre la naturaleza, considerada nociva, del aliado contenido en la *Datura inoxia*. Y aisló las siguientes partes de mi relato. Para dirigir la progresión hacia lo específico, hizo hincapié positivo en mi remembranza de haberme remontado por los aires. Aunque no percibí los elementos componentes de aquel estado de realidad no ordinaria con la claridad que ya entonces era costumbre, mi sensación de movimiento fue muy definida, y don Juan la usó para reforzar el resultado específico del

movimiento. La progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria se estableció centrando el grueso de la especulación en la idea de que los brujos podían recorrer, volando, distancias enormes: especulación que hacía surgir la posibilidad de desplazarse por la gama de evaluación dependiente y luego prolongar tal movimiento en la realidad ordinaria.

El quinto estado de realidad no ordinaria fue producido por el aliado contenido en la *Psilocybe mexicana*. Fue la primera vez que se usó la planta, y el estado consiguiente tuvo más en común con una prueba que con un intento de corroborar la regla. En el período preparatorio, don Juan presentó sólo una técnica de manipulación; como no reveló el propósito específico a verificar, no creí que el estado se indujera para corroborar la regla. Sin embargo, la dirección antes fijada del nivel intrínseco de la realidad no ordinaria pareció culminar en los siguientes resultados.

El encauzamiento de la progresión hacia resultados totales específicos produjo en mí la percepción de que los dos aliados eran diferentes entre sí, y cada uno de Mescalito. Percibí al aliado contenido en la *Psilocybe mexicana* como una cualidad: amorfo e invisible, e inductor de una sensación de incorporeidad. La progresión hacia una gama de apreciación más extensa desembocó en la sensación de que el ámbito total de la realidad ordinaria precedente, que permanecía dentro de mi conciencia, era utilizable en la realidad no ordinaria; es decir, la expansión de la gama dependiente parecía haberlo cubierto todo. La progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria produjo la peculiar percepción de que yo podía atravesar los elementos componentes dentro de la gama dependiente de apreciación, pese al hecho de que parecían ser elementos ordinarios de la vida cotidiana.

Don Juan no exigió la acostumbrada recapitulación de la experiencia; era como si la ausencia de un propósito específico hubiera reducido este estado de realidad no ordinaria a una prolongada etapa de transición. Durante el posterior período preparatorio, sin embargo, don Juan especuló sobre ciertas observaciones que de mi conducta había hecho en el curso de la experiencia.

Hizo hincapié negativo en el atolladero lógico que me impedía creer que uno pudiera atravesar cosas o seres. Con esa especulación, dirigió la progresión hacia un resultado total específico de movimiento, a través de los elementos componentes de la realidad no ordinaria percibidos dentro de la gama de evaluación dependiente.

Don Juan usó aquellas mismas observaciones para dirigir el segundo aspecto del nivel intrínseco, una más extensa gama de apreciación. Si era posible el desplazamiento a través de cosas y de seres, entonces la gama dependiente tenía que agrandarse en conformidad con eso; tenía que cubrir el ámbito total de la realidad ordinaria precedente, el cual se hallaba dentro de la conciencia de uno en cualquier momento dado, pues el desplazamiento involucraba un cambio constante de alrededores. En la misma especulación se hallaba también implícito el hecho de que la realidad no ordinaria habría podido usarse de manera más pragmática. El atravesar objetos y seres implicaba un definido punto de ventaja, inaccesible a un brujo en la realidad ordinaria.

Don Juan utilizó a continuación una serie de tres estados de realidad no ordinaria, inducidos por la *Lophophora williamsii*, para avanzar en la preparación del consenso especial sobre la corroboración de la regla. Estos tres estados se han tratado aquí como una sola unidad porque tuvieron lugar en cuatro días consecutivos, y durante las pocas horas entre uno y otro no tuve la menor comunicación con don Juan. El orden intrínseco de los tres estados se ha considerado también una sola unidad, con las siguientes características. La progresión hacia lo específico produjo la percepción de Mescalito como un ente antropomórfico visible, capaz de enseñar. La capacidad de dar lecciones implicaba que Mescalito podía actuar sobre la gente.

La progresión hacia una gama más extensa de evaluación llegó al punto en que percibí ambas gamas al mismo tiempo, y no me fue posible establecer la diferencia entre ellas más que en relación con el desplazamiento. En la gama dependiente, yo podía moverme por mis propios medios y mi volición, pero en la gama independiente sólo podía moverme con ayuda de Mescalito como instrumento. Por ejemplo, las lecciones de Mescalito comprendían una serie de escenas que yo sólo pude observar. La progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria iba implícita en la idea de que Mescalito podía dar lecciones concretas sobre la forma correcta de vivir.

Durante el período preparatorio que siguió al último estado de realidad no ordinaria en esta serie, don Juan seleccionó las siguientes unidades. Para la progresión hacia lo específico, hizo hincapié positivo en las ideas de que Mescalito fungía como instrumento para moverlo a uno a través de la gama independiente de apreciación, y de que Mescalito era una entidad didáctica capaz de dar lecciones permitiéndole a uno la entrada en un mundo visionario. También especuló sobre la implicación de que Mescalito había pronunciado su propio nombre y, supuestamente, me había enseñado canciones; estos dos casos se explicaron como ejemplos de la capacidad de Mescalito de ser un protector. Y el hecho de que yo había percibido a Mescalito como una luz se subrayó, como posibilidad de que hubiera al fin adoptado para mí una forma abstracta, permanente.

Recaltar estas mismas unidades sirvió también a don Juan para dirigir la progresión hacia una gama más extensa de evaluación. Durante el curso de los tres estados de realidad no ordinaria percibí claramente que la gama dependiente y la independiente eran dos aspectos distintos, e igualmente importantes, de la realidad no ordinaria. La gama independiente era la zona en que Mescalito daba sus lecciones, y como estos estados de realidad no ordinaria habían sido provocados, según se suponía, sólo para buscar tales lecciones, la gama independiente era, lógicamente, una zona de importancia especial. Mescalito era un protector y un maestro, lo cual significaba que era visible; sin embargo, su forma no tenía nada que ver con el estado precedente de realidad ordinaria. Por otra parte, se suponía que uno viajaba, se desplazaba dentro de la realidad no ordinaria para buscar las lecciones de Mescalito: idea que implicaba la importancia de la gama dependiente.

La progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria se fijó dedicando el grueso de la especulación a las lecciones de Mescalito. Don Juan dio a estas lecciones el carácter de indispensables para la vida de un hombre; resultaba clara la inferencia de que la

realidad no ordinaria habría podido usarse en forma más pragmática para sacar puntos de referencia que tuviesen valor en la realidad ordinaria. Era la primera vez que don Juan verbalizaba tal implicación.

El siguiente estado de realidad no ordinaria, noveno de las enseñanzas, se indujo para corroborar la regla del aliado contenido en la *Datura innoxia*. El propósito específico que se debía corroborar en ese estado se refería a la adivinación, y el encauzamiento previo del nivel intrínseco culminó en los puntos siguientes. La progresión hacia un resultado total específico creó la percepción de un conjunto coherente de escenas, que según se afirmaba eran la voz de la lagartija narrando los hechos por adivinar, y la sensación de una voz describiendo en realidad tales escenas. La progresión hacia una gama de evaluación independiente produjo la percepción de una gama independiente, extensa y clara, libre de la influencia ajena de la realidad ordinaria. La progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria culminó en las posibilidades utilitarias de explotar la gama independiente. Esa tendencia particular fue presentada por la especulación de don Juan con base en la posibilidad de extraer puntos de referencia de la gama independiente y usarlos en la realidad ordinaria. Así, las escenas adivinatorias tenían un valor pragmático obvio, pues se creía que representaban una visión de actos ejecutados por otras personas, actos a los que uno no habría tenido acceso por medios ordinarios.

En el período preparatorio que siguió, don Juan subrayó más de los elementos componentes de hombre de conocimiento. Parecía estarse aprestando a cambiar a la búsqueda de uno solo de los dos aliados, el aliado humito. Sin embargo, hizo hincapié positivo en la idea de que yo tenía afinidad íntima con el aliado contenido en la *Datura innoxia*, porque éste me había permitido presenciar una incidencia de flexibilidad de la regla cuando yo cometí un error al ejecutar una técnica manipulatoria. Mi suposición de que don Juan se disponía a abandonar la enseñanza de la regla del aliado contenido en la *Datura innoxia* fue confirmada por el hecho de que se abstuvo de aislar cualquier parte de mí recapitulación de la experiencia que pudiese corresponder a dirigir el nivel intrínseco de los estados subsecuentes de realidad no ordinaria.

Luego hubo una serie de tres estados de realidad no ordinaria inducidos para corroborar la regla del aliado contenido en la *Psilocybe mexicana*. Se han tratado aquí como una sola unidad. Y aunque entre uno y otro pasó tiempo considerable, durante esos intervalos don Juan no hizo el menor intento de especular sobre ningún aspecto del orden intrínseco de los estados.

El primer estado de la serie fue vago; terminó rápidamente y sus elementos componentes no fueron precisos. Tuvo la apariencia de ser más una etapa de transición que un estado propiamente dicho de realidad no ordinaria.

El segundo estado tuvo mayor profundidad. Por vez primera, percibí por separado la etapa de transición a la realidad no ordinaria. Durante el curso de esa primera etapa de transición, don Juan reveló que el propósito específico de la regla, que yo debía corroborar, atañía a otro aspecto del movimiento, un aspecto que requería la supervisión completa del mismo don Juan; lo he formulado como «moverse adoptando una forma alternativa». En consecuencia, dos

aspectos del nivel extrínseco de la realidad no ordinaria se hicieron evidentes por primera vez: las etapas de transición, y la supervisión del maestro.

Don Juan usó esta supervisión, durante aquella primera etapa de transición, para señalar con exactitud la dirección subsiguiente de los tres aspectos del nivel intrínseco. Sus esfuerzos se canalizaron, en primer lugar, a producir un resultado total específico guiándome a experimentar la sensación precisa de haber adoptado la forma de un cuervo.

La posibilidad de adoptar una forma alterna para lograr movimiento en la realidad no ordinaria involucraba a su vez una expansión de la gama de apreciación dependiente, la única zona en que podía tener lugar tal movimiento.

El uso pragmático de la realidad no ordinaria se determinó dirigiéndome a enfocar mi atención sobre ciertos elementos componentes de la gama dependiente, con el fin de usarlos como puntos de referencia para desplazarme.

Durante el período preparatorio posterior al segundo estado de la serie, don Juan se negó a especular sobre cualquier parte de mi experiencia. Trató el segundo estado como si sólo hubiera sido otra prolongada etapa de transición.

Sin embargo, el tercer estado de la serie fue de suprema importancia en las enseñanzas. Fue un estado en el que el proceso de dirigir el nivel intrínseco culminó en los resultados siguientes: La progresión hacia lo específico creó la fácil percepción de que yo había adoptado una forma alterna, y lo hizo en forma tan completa que incluso indujo ajustes precisos en la manera de enfocar mis ojos y en mi modo de ver. Un resultado de tales ajustes fue mi percepción de una nueva faceta de la gama dependiente de evaluación —las minucias que formaban los elementos componentes—, y dicha percepción amplió definitivamente la gama de evaluación. La progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria culminó en mi conciencia de que era posible moverse, en la gama dependiente, tan pragmáticamente como uno camina en la realidad ordinaria.

En el período preparatorio que siguió al último estado de realidad no ordinaria, don Juan introdujo un tipo distinto de recapitulación. Seleccionó las zonas por recordar antes de haber oído mi relato: es decir, pidió oír sólo las partes pertinentes al uso pragmático de la realidad no ordinaria y al movimiento.

Con base en esos relatos parciales, fijó la progresión hacia lo específico haciendo hincapié positivo en la versión de cómo había explotado yo la forma de cuervo. Pero sólo asignó importancia a la idea de moverse tras haber adoptado aquella forma. El movimiento fue la parte de mi recapitulación en la que hizo un juego de hincapié positivo y negativo. Hizo en el relato hincapié positivo cuando resaltaba la idea de la naturaleza pragmática de la realidad no ordinaria, o cuando trataba de la percepción de elementos componentes, que me había permitido obtener un sentido general de orientación, mientras al parecer me desplazaba en la gama dependiente de evaluación. Hizo hincapié negativo en mi incapacidad de recordar con precisión la

naturaleza o la dirección de dicho movimiento.

Al dirigir la progresión hacia una gama más amplia de evaluación, don Juan centró su especulación en mi relato de la forma peculiar como yo había percibido las minucias que formaban los elementos componentes situados dentro de la gama dependiente. La especulación del maestro me llevó a suponer que, de ser posible ver el mundo como lo ve un cuervo, la gama dependiente de evaluación tenía que aumentar en profundidad, y tenía que extenderse para cubrir todo el espectro de la realidad ordinaria.

Para dirigir la progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria, don Juan explicó que mi peculiar manera de percibir los elementos componentes era el modo en que un cuervo veía el mundo. Y, lógicamente, tal manera de ver presuponía la entrada en una gama de fenómenos más allá de las posibilidades normales en la realidad ordinaria.

La última experiencia anotada en mis notas de campo fue un estado especial de realidad ordinaria; don Juan lo produjo aislando elementos componentes de la realidad ordinaria por medio del proceso de indicar con respecto a su propia conducta.

Los procesos generales usados para dirigir el nivel intrínseco de la realidad no ordinaria produjeron los siguientes resultados durante el curso del segundo estado especial de realidad ordinaria. La progresión hacia lo específico desembocó en el fácil aislamiento de muchos elementos de la realidad ordinaria. En el primer estado especial de realidad ordinaria, los poquísimos elementos componentes aislados por medio del proceso de indicar con respecto al ámbito se transformaron también en formas inusitadas privadas de consenso ordinario; sin embargo, en el segundo estado especial de realidad ordinaria los elementos componentes eran numerosos, y aunque no perdieron su característica de elementos familiares, tal vez hayan perdido su capacidad de consenso ordinario. Tales elementos componentes cubrían, quizá, el ámbito total que se hallaba dentro de mi conciencia.

Don Juan puede haber producido este segundo estado especial con el fin de fortalecer la liga entre la realidad ordinaria y la no ordinaria desarrollando la posibilidad de que la mayoría, si no la totalidad, de los elementos componentes de la realidad ordinaria podían perder su capacidad de tener consenso ordinario.

Desde mi punto de vista, sin embargo, ese último estado especial fue el resumen final de mi aprendizaje. El formidable efecto del terror en el nivel de la conciencia sobria tuvo la peculiar cualidad de minar la certeza de que la realidad de la vida cotidiana era implícitamente real; la certeza de que, en asuntos de realidad ordinaria, podía proveerme indefinidamente de consenso. Hasta ese punto, el curso de mi aprendizaje parece haber sido una edificación constante hacia el derrumbe de tal certeza. Don Juan usó cada faceta de su esfuerzo dramático para lograr el derrumbe durante aquel último estado especial: hecho que me instó a creer que el derrumbe completo de aquella certeza habría apartado la última barrera que me impedía aceptar la existencia de una realidad: la realidad de consenso especial.

## APÉNDICE B

### DIAGRAMA PARA EL ANÁLISIS ESTRUCTURAL

EL ORDEN OPERATIVO

LA PRIMERA UNIDAD

*Hombre de conocimiento*

*Llegar a ser hombre de conocimiento era asunto de aprendizaje*

No había requisitos declarados

Había algunos requisitos encubiertos

Un aprendiz era seleccionado por un poder impersonal

El escogido

Las decisiones del poder se indicaban en augurios

*Un hombre de conocimiento poseía intención rígida*

Frugalidad

Rectitud de juicio

Falta de libertad para innovar

*Un hombre de conocimiento poseía claridad de mente*

Libertad de buscar un camino

Conocimiento del propósito específico

Ser fluido

*Llegar a ser hombre de conocimiento era asunto de labor esforzada*

Esfuerzo dramático

Eficacia

Desafío

*Un hombre de conocimiento era un guerrero*

Debía tener respeto

Debía tener miedo

Debía estar bien despierto

Conciencia de intención

Conciencia del flujo esperado

Debía confiar en sí mismo

*Llegar a ser hombre de conocimiento era un proceso incesante*

Debía renovar la empresa de convertirse en hombre de conocimiento

Era impermanente

Debía seguir el camino con corazón

LA SEGUNDA UNIDAD

*Un hombre de conocimiento tenía un aliado*

*Un aliado carecía de forma*

*Un aliado se percibía como cualidad*

El aliado contenido en la *Datura innoxia*

Era mujeril

Era posesivo

Era violento

Era imprevisible

Tenía un efecto nocivo sobre el carácter de sus seguidores

Era dador de poder superfluo

El aliado contenido en la *Psilocybe mexicana*

Era varonil

Era desapasionado

Era amable

Era benéfico para el carácter de sus seguidores

Era dador de éxtasis

*Un aliado podía domarse*

Un aliado era un vehículo

El aliado contenido en la *Datura innoxia* era imprevisible

El aliado contenido en la *Psilocybe mexicana* era previsible

Un aliado era un ayudante

LA TERCERA UNIDAD

*Un aliado tenía una regla*

*La regla era inflexible*

Excepción debida a la intervención directa del aliado

*La regla era no acumulativa*

*La regla se corroboraba en la realidad ordinaria*

*La regla se corroboraba en la realidad no ordinaria*

Los estados de realidad no ordinaria

La realidad no ordinaria era utilizable

La realidad no ordinaria tenía elementos componentes

Los elementos componentes tenían estabilidad

Tenían singularidad

Carecían de consenso ordinario

Los propósitos específicos de la regla

Primer propósito específico: prueba (*Datura innoxia*)

Técnica manipuladora: ingestión.

Segundo propósito específico: adivinación (*Datura inoxia*)

Técnica manipuladora: ingestión-absorción.

Tercer propósito específico: vuelo corporal (*Datura inoxia*)

Técnica manipuladora: ingestión-absorción.

Cuarto propósito específico: prueba (*Psilocybe mexicana*)

Técnica manipuladora: ingestión-inhalación.

Quinto propósito específico: movimiento (*Psilocybe mexicana*)

Técnica manipuladora: ingestión-inhalación.

Sexto propósito específico: movimiento por adopción de una forma alternativa (*Psilocybe mexicana*)

Técnica manipuladora: ingestión-inhalación

#### LA CUARTA UNIDAD

*La regla se corroboraba por consenso especial*

*El benefactor*

Preparar el consenso especial

Los otros estados de realidad no ordinaria

Los producía Mescalito

Mescalito se hallaba contenido

El recipiente era el poder mismo

No tenía regla

No requería aprendizaje

Era un protector

Era un maestro

Poseía forma definida

La realidad no ordinaria era utilizable

La realidad no ordinaria tenía elementos componentes

Los estados especiales de realidad ordinaria

Los produjo el maestro

Indicar con respecto al ámbito

Indicar con respecto a la conducta

La recapitulación de la experiencia

La remembranza de sucesos

La descripción de los elementos componentes

Hincapié

Hincapié positivo

Hincapié negativo

Ausencia de hincapié

Guiar el consenso especial

El nivel extrínseco de la realidad no ordinaria

El período preparatorio

El período anterior a la realidad no ordinaria

El período posterior a la realidad no ordinaria

Las etapas de transición

La supervisión del maestro

El nivel intrínseco de la realidad no ordinaria

Progresión hacia lo específico

Formas individuales específicas

Complejidad progresiva en el detalle percibido

Progresión de formas familiares a ajenas

Resultados totales específicos

Progresión hacia una gama de apreciación más extensa

Gama dependiente

Gama independiente

Progresión hacia un uso más pragmático de la realidad no ordinaria

Progresión hacia lo específico en estados especiales de realidad ordinaria

EL ORDEN CONCEPTUAL

EL APRENDIZ

La adopción falaz del orden conceptual

La adopción de buena fe del orden conceptual

Realidad de consenso especial

La realidad de consenso especial tenía valor pragmático



CARLOS CÉSAR SALVADOR ARANHA CASTANEDA (Cajamarca, Perú, 25 de diciembre de 1925 o Juqueri, Brasil, 25 de diciembre de 1935 - Los Ángeles, 27 de abril de 1998) fue un antropólogo y escritor, autor de una serie de libros que describirían su entrenamiento en un tipo particular de nahualismo tradicional mesoamericano, al cual él se refería como una forma muy antigua y olvidada.

Sus libros, publicados en 17 idiomas, fueron grandes éxitos de ventas dentro y fuera de Estados Unidos, tenía decenas de millones de lectores en todo el mundo y una vez había sido portada de la revista Time con el calificativo de «líder del Renacimiento Americano».

Aunque el origen de los libros de Castaneda seguirá siendo siempre un misterio, no puede negarse que el autor tenía un conocimiento notable de los estados alterados de consciencia, de los efectos de las plantas visionarias y de formas de pensar de las culturas arcaicas del continente americano. Además, su habilidad con la pluma, los apuntes psicológicos de los personajes que desfilan por sus libros, la capacidad para mantener en vilo al lector, y el acierto de contactar con los desvelos e intereses de una época, acabaron por dar en el clavo y convertir su obra en un punto de referencia.

Para acabar, mencionar que el personaje descrito por Castaneda no es un chamán en el sentido tradicional del término —o sea, una persona que se dedica a realizar sesiones en bien de la comunidad, o para sanar—, sino que representa una «persona de conocimiento» que sigue su propio camino personal para descubrir y entrenarse, empleando plantas u otras técnicas, en su relación con el mundo, con su parte invisible y misteriosa.

Pero murió tan secretamente como había vivido. Era Carlos Castaneda, autor de la serie de libros sobre las enseñanzas del mago indio Don Juan, y un mito de la espiritualidad en los años 70.

## Notas

[1] Son tres: *The Teachings of Don Juan: A Yaqui Way of Knowledge*, University of California Press, 1968; *A Separate Reality: Further Conversations with Don Juan*, Simon and Schuster, 1970; *Journey to Ixtlán: The Lessons of Don Juan*, Simon and Schuster, 1972.

[2] Cf. *El arco y la lira*, México, 1956, especialmente «Los signos en rotación».

[3] *Hallucinogens and Shamanism*, editado por Michael J. Harner, Oxford University Press. Entre los ensayos que recoge este libro, dos me llamaron particularmente la atención, uno de Henry Munn sobre el uso de los hongos entre los chamanes mazatecos y otro de Harner sobre la importancia, hasta ahora ignorada, de los alucinógenos —datura, mandrágora, belladona— en la hechicería medieval y renacentista. La hipótesis de Munn es apasionante: los hongos excitan la facultad hablante y poetizante del chamán. En cuanto a la hechicería de Occidente, hay que releer, a la luz del estudio de Harner, ciertas obras clásicas, como los primeros capítulos de *El asno de oro*.

[4] Naturalmente, a diferencia de sus discípulos, Marx no fue insensible del todo a la prodigiosa pluralidad de sociedades. Ejemplos: sus observaciones sobre la India y sus ideas, por desgracia nunca desarrolladas, acerca de lo que llamaba «el modo asiático de producción».

[5] *A Treatise of Human Nature*. «Cuando veo esta mesa y esa chimenea, lo único que se me hace presente son determinadas percepciones particulares, que son de naturaleza semejante a la de todas las demás percepciones... Cuando vuelvo mi reflexión sobre *mí mismo*, no puedo jamás percibir este *yo mismo* sin alguna o algunas percepciones: ni puedo percibir nada más que las percepciones. Es pues la composición de éstas lo que forma al *yo*».

[6] El bosquejo de las unidades de mi análisis estructural puede verse en el Apéndice B.

[7] Sobre el proceso de validar consenso especial, ver el apéndice A.